



Germán Becker Ureta

De memoria

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Germán Becker Ureta

De memoria

«La cordura del individuo reside en la continuación de sus recuerdos; y la del grupo en la continuidad de sus tradiciones».

WILL DURANT

Introducción

En lo que escribo, no encontrarán ni odios contenidos ni amores desbocados. La intimidad personal y la de los demás, pertenece al patrimonio inviolable y reservado de cada ser humano. Divulgarlo es una ordinariez; raíz y origen profundo de la pornografía y del mal gusto.

He tratado, en lo posible, que el desarrollo, cronológico, no sea absolutamente lineal. Recuerdos traen recuerdos; y cuando uno mira hacia atrás, las imágenes se agolpan, se confunden se entrelazan y se apoyan.

Dentro de estas páginas, hay hechos fácilmente reconocibles por la mayoría de las personas, en cambio, hay otros, que necesitan una explicación. Claro que esto depende de la edad que tengan los presuntos lectores. En todo caso, siempre habrá un viejo cerca, que pueda explicar de qué se trata.

Nací el 8 de junio de 1927, en la calle Maestranza, hoy Portugal y antiguamente, calle de las Ollerías, siendo Presidente de la República el general don Carlos Ibáñez del Campo y arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuriz Larraín. Este primitivo nombre de mi calle natal, se debía, a que en ella, funcionaba una fábrica de los jesuitas, donde se construían esas grandes tinajas de greda -ollas-, que eran los containers de la época. En ellas se guardaban granos y líquidos: trigo, lentejas, vino, aceite. Cuando a mediados del siglo XVIII, la Compañía de Jesús fue expulsada de los reinos de España, los sacerdotes abandonaron la ollería, entre otras e innumerables posesiones. Un antiguo maestro, que trabajaba con los padres, de apellido Jofré, se instaló por su cuenta, para seguir fabricando tinajas. Su modesto taller lo ubicó en el costado Poniente de la calle. Él, su familia, colaboradores y clientes, transitaban por un costado de su negocio, abriendo una senda con el uso. La gente le llamó callejón de Jofré. Pasaron los años, se urbanizó la zona, y ya se hablaba de la calle Jofré, Tiempo después, se reemplazaron los letreros identificadores y surgió: Coronel Jofré. Sin duda la antigüedad de la calle, le permitió un merecido ascenso. Hoy es la calle General Jofré. Por lo demás no es el único hecho pintoresco en esto de los nombres de las calles. En 1818, después de la Batalla de Maipú, las diferentes órdenes

religiosas, poseedoras de grandes terrenos, sospecharon que O'Higgins tenía la intención de hacer importantes expropiaciones. Para evitar males mayores, algunos conventos de la Chimba, vendieron a don Pedro Nolasco León, algunos terrenos, que el comprador urbanizó y loteó. Como es el uso y costumbre, una de las calles recibe el nombre del loteador que vende. Conocemos el caso de Arrieta, Rabat y otros. Es así que la urbanización, tuvo una calle León, en recuerdo de don Pedro Nolasco. Pasaron los años, y en una ocasión el Alcalde de Santiago, visitando el barrio Recoleta, se encontró con la calle León. Le dijo a los vecinos que lo acompañaban:

-El león no es animal chileno. Esta calle cambiará de nombre; desde ahora se llamará «Calle Puma».

Tengo clara la diferencia entre escritor y escribiente. En esta última condición, inicio mi lucha contra el papel en blanco. He sido testigo de algunas cosas, en otras, me ha tocado ser protagonista. También hay hechos, que sin tener las condiciones ante dichas, me los han contado testigos merecedores de absoluta fe o he leído lo que ellos han dejado por escrito.

Cuando te dicen: «Escribe tus memorias»; a uno se le olvida todo. Felizmente, usando algunos trucos de nemotecnia, el muro comienza a desmoronarse. Lanzo mi memoria, como unas boleadoras mágicas, hasta los confines del recuerdo. (¡Olé!) Hasta esa frontera, en que no se sabe, si lo que se evoca, lo vivimos realmente, o lo oímos de nuestros mayores, durante los repetitivos recuerdos familiares. Que por lo demás, siempre nos gusta recordar. Por eso, comienzo con el color del auto de la matrona, que llegó a mi casa, cuando nació mi hermana. Desde ese hecho concreto, que me consta que nadie me lo ha contado, porque nadie se dio cuenta, si la comadrona había llegado en auto o a pie, se comienzan a hilvanar, como en un largo tren de muchos carros, recuerdos tras recuerdos.

Este episodio de mi vida, tiene, para mí, cierta importancia.

Mis primeros años

Antes que yo naciera, tuve una hermana que murió guagüita. Se llamaba Norma. Desde el seno de mi madre, debo haber escuchado ese nombre y los recuerdos, que sin duda, estaban siempre a flor de labios de mi familia. Se hablaba de la hermanita muerta, de la niña que ya no estaba. Por eso cuando llegó mi hermana, a quien también pusieron Norma, mi confusión era completa. Mi mamá, seguramente para aclararme la cuestión, cuando recordaba a la muerta, decía: «la primera Normita». En esa época, yo no captaba mucho, el asunto de los números ordinales: Primero, segundo, tercero... Esto lo vine a entender, cuando solía pasar de curso en el colegio. Experiencia poco frecuente.

Sin ser tuerca, ni mucho menos, mis recuerdos se encadenan, entre al auto verde, ya nombrado, y mi auto rojo, a pedales, que para la Noche Buena, me lo trajo el Niño Dios.

En esos entonces, en la Fiesta de la Primavera, la gente se disfrazaba. Mi mamá me vistió de diablo, con cachos y cola. Cuando andaba en los cuatro años, se me compró, en Gath y Chávez, un hermoso traje de marinero, con pito, rabisa y gorra que decía «Esmeralda». Mis padres, seguramente algo chochos, partieron conmigo, de marino, rumbo a Valparaíso. En el tren me ocurrió una desgracia. Mi mamá lavó mis pantalones en el baño del vagón, y los puso a secar, flameando por la ventanilla del tren. (Se secaron entre Las Vegas y Tiltil.)

En mi generación, el ferrocarril es consustancial a nuestras evocaciones, e incluso a nuestro inconsciente colectivo. Los niños pagaban medio pasaje, hasta cierta estatura. Cuando pasaba el inspector, con su ayudante, revisando los boletos, también llevaba una huincha de medir. Los papás ahorrativos, no se daban cuenta que uno iba creciendo. Se producía el siguiente diálogo:

-A ver, señora, que se pare el niñoito.

Uno se ponía de pie, después de haber estar acurrucado en el asiento, por expresa instrucción paterna.

-Ya está pasado de estatura. Tiene que sacar pasaje entero.

En este momento venía el parlamento de la mamá:

-Por Dios, este niño con la alfombrilla, se dio el estirón.

Después de la vergüenza que se pasaba con la medida, uno sentía la satisfacción, de no haber tenido nunca alfombrilla y ya ser grande. ¡Cómo añoro la alfombrilla, y que me midan en el tren!

Volviendo a mi interrumpido viaje a Valparaíso, Todo se arregló. Desembarqué en la Estación Puerto, correctamente uniformado.

Visitamos la Escuadra. Me acuerdo del crucero Blanco Encalada. Entramos al buque por un portalón que daba directamente a la zona de bodegas. En un bote verde, estaba amarrado un chanco vivo. Es posible, que de este episodio de mi niñez, surjan las raíces de mi atracción por la Armada y su gente. Todos mis hijos han tenido traje de marinero y también mis nietos. Lo narrado se suma a los relatos de mi abuela Gricelda, mi super yo, tal como lo descubrió el periodista Isidoro Bassis, en una entrevista que me hizo para la revista Ecrán. Ella era quien me contaba la Historia Sagrada y la Guerra del Pacífico. A veces los hechos se me confundían, y me los explicaba con infinita paciencia. Mi abuela conoció a Prat, en un baile en la Embajada Argentina. Un día me dijo:

-Qué buen mozo era Arturo.

Esto siguió amarrando mi espíritu al mar y sus héroes. Treinta y cuatro años después, cuando yo trabajaba en la Moneda, para el primer 21 de mayo del presidente Frei, hice que todo el personal de cocina y de comedor, que tradicionalmente pertenecen a nuestra Armada Nacional, vistieran su uniforme institucional, y formados, recibieran, a primera hora, el saludo del presidente. Todo lo pude lograr, gracias a la importante colaboración de mi amigo el comandante Roberto Peralta, Edecán Naval del presidente. Esto ocurría en la mañana, pues en la tarde se efectuaba la ceremonia del Congreso Pleno, donde se leía el Mensaje Presidencial. Le dije a la prensa:

-La mañana es para Prat y la tarde es para Frei.

Tiene una cierta divulgación pública, la reunión que hacemos en nuestra casa, todos los años, con motivo de conmemorar la gesta del 21 de mayo. Esta ceremonia se viene efectuando desde 1964, cuando llegamos a nuestra actual dirección. Todos esperamos con devoción, las doce horas y diez minutos, que es el momento en que la Esmeralda se va a pique. Anteriormente, en una casa más chica, hacíamos una comida la noche del 20, esperando el 21. Eran de la partida, Enrique Bunster, Arturo Aldunate Phillips, Jorge Inostroza y sus respectivas esposas. Este último las cambiaba bastante a menudo...

Mi Primera Comunión

Hice la Primera Comunión el 8 de diciembre de 1934, a los siete años. A uno lo comenzaban a preparar a fines de octubre y durante todo el Mes de María. Para este efecto, los padres contaban con el catecismo en las Parroquias o con personas conocedoras del Evangelio y la liturgia católica, que como obra de apostolado, enseñaban a los niños el sentido de este Sacramento.

A mí me preparó una santa señora, amiga de mi abuela, doña Clarita Murillo. De ella aprendí algunas oraciones, el significado de la Hostia Consagrada y reconocer la presencia de Cristo Jesús, en cuerpo y alma, en la Eucaristía.

Dos días antes del gran momento, había que confesarse. Yo lo hice en la iglesia de San Ignacio.

La ocasión, era sin duda, importante por ello la ceremonia era muy solemne. Los niños, hombres y mujeres, vestían una ropa especial. Las niñas enteras de blanco, con vestido largo y velo en la cabeza. En una vara de azucena, llevaban su cinta de Primera Comunión, prendida con un lazo. En ella, con letras doradas, estaba escrito el nombre de la niña y la fecha. Un librito de misa y rosario, completaban la tenida.

Los hombres vestíamos traje azul marino, de pantalón corto, camisa y guantes blancos, zapatos negros y calcetines del mismo color que los guantes. En la mano llevábamos

rosario, devocionario y un cirio, el cual se encendía en el momento que nos acercábamos al comulgatorio. La cinta de Primera Comunión, más pequeña que las de las niñas, se llevaba en el brazo izquierdo; esta era blanca con galones dorados. Del cuello nos pendía sobre el pecho, una medalla de la Virgen María.

La misa era a las ocho de la mañana. Recordemos que había que comulgar en ayunas. Mi Primera Comunión la hice en la Basílica del Corazón de María, en la calle Gálvez esquina de Copiapó. Quien me dio la Eucaristía, fue el padre Aguirre, hermano del Presidente de los vascos. Años después presidió su Gobierno en el exilio, debido a la Guerra Civil. Vino a Chile y dio una conferencia en el teatro Principal.

Se estilaba, perpetuar ese día, con un retrato fotográfico de cada niño. Había estudios especializados.

Hay algo que no se olvida. El recuerdo de tantas niñas de blanco, pequeñas novias, que caminaban por las calles y sendas de Chile, acompañadas por sus familiares, rumbo al templo o ya de vuelta tras el esperado desayuno: chocolate, pan tostado, Bils y queque.

En el colegio nos hacían escribir: «El día más feliz de mi vida es el de mi Primera Comunión». Lo creo.

De aquel día, en lo material, todavía conservo la cinta con galones y letras doradas; en lo espiritual, mis anhelos de Salvación.

Valparaíso

El mar la armada, es Valparaíso. Al Puerto me atrae una fuerza atávica. Mi bisabuelo, marino alemán, llegó de Hamburgo, su pueblo natal, directamente a Valparaíso. Se quedó. Se caso con chilena, doña Eloísa Delgado. Mi abuelo nació en esa ciudad ventolera. Siempre he asociado mis recuerdos de «Pancho», a olores característicos. El aroma de Valparaíso es una mezcla de brea, plátanos, café molido y cordel. El único olor comparable a este, es el que percibíamos en los viejos almacenes de barrio, cuando se nos prestaba el teléfono y debíamos pasar a la trastienda. A todos los olores ya nombrados, debemos, en este caso, agregar el de yerba mate. Ahí se hablaba por teléfono; el aparato era de muralla, y ella un verdadero puzzle de números telefónicos, direcciones y recados. Creo que nadie entendía nada.

Cuando escribía lo de la estatura en el tren, me vino a la memoria, otro «vejamen» que sufríamos los niños hombres. Cuando nos sacaban los pañales, nos ponían unos pantaloncitos cortos, los cuales, no sé por qué razón, no tenían marrueco. Cuando uno le decía a la mamá, que quería hacer pipí, la progenitora, para no sacarnos los pantalones, nos hacían funcionar por la pierna. Nos estiraban el «pirulín» sin piedad.

Valparaíso, lugar de mi primer romance. Inocente, sereno y muy emocionante. En una ocasión, vagando por la costanera del puerto, me senté sobre un objeto metálico que tenía, como asiento, una capa de alquitrán. De esto no me di cuenta. Estuve un buen rato mirando a una niña que columpiaba a su hermanito. Ella, que si había hecho la lesa, de mi larga vigilia, al fin me miró coquetamente y sonrió. Era preciosa. De inmediato intenté ponerme de pie, acercarme a los columpios y, por que no, convidarle alguna pastilla de menta u otro afrodisíaco. Dije, intenté, porque el alquitrán se había derretido con el calor de mi cuerpo y me impedía levantarme. Hice un supremo esfuerzo. Me alcé. Pero en el asiento había quedado pegado, como un tapiz, el género de las asentaderas de mis pantalones e incluso de los calzoncillos. No he sufrido, jamás, tragedia igual. En un kiosco de diarios, compré un tabloide, y poniendo dignamente mis manos atrás, con el periódico tapé mis vergüenzas. Ella, no sé qué cara pondría; no miré hacia donde estaba, nunca más.

Otro recuerdo porteño. Mi amigo Enrique Mastrantonio, tenía una buena lavandería instalada en Viña del Mar, destinada a servir en toda esa zona del litoral. Le iba bien. Un verano se anunció el arribo del gran trasatlántico galo, el Ile de Francia. Era y es muy importante, lograr el contrato para lavar la ropa blanca del buque, durante su estadía en el puerto. Pensemos que se trata de seis mil sábanas, fundas, toallas, etc. Mastrantonio, imaginativo y busquilla, alquiló una hermosa lancha a motor, embarcó en ella a puñado de niñas de la lavandería, ataviadas con coquetas polleritas azul mar, minúsculos delantales blancos y sentadores gorros marineros. Él, de pantalones blancos de fina lanilla, chaqueta azul con botones dorados y cubriendo su cabeza, con gorra blanca de dueño de yate y un ancla dorada coronando la visera. Cuando se acercaban al buque, el cual se había detenido fuera de la posa, esperando la llegada del práctico, quien fondeará la nave en el sitio designado, nuestro navegante, que venía a saludar a las autoridades del buque y a entregarles tarjetas con el nombre, dirección y precios -en dólares- de su establecimiento, se percató que la banda de abordaje, estaba lista para tocar, situada en el castillo de proa. De pronto la banda irrumpió con la Canción Nacional de Chile, que fue dignamente escuchada por la gente del Ile de Francia, con Mastrantonio cuadrado, y las niñas con la manito en el pecho. Acto seguido, se escucharon los inconfundibles sonos de la Marsellesa. Nuestro «lavadero» estaba estupefacto. Pronto se descubrió el entuerto, cuando el capitán lo invitó a subir a bordo; el francés lo saludó con la siguiente frase:

-Bon jour mesie le gobernador du Valparaisó.

Enrique Mastrantonio se mantuvo digno hasta el final. Incluso se dejó fotografiar con algunos turistas. Las niñas salvaron la situación comercial, entregándole tarjetas al mayordomo del buque.

Cuando en agosto de 1906, se produjo el terremoto de Valparaíso, con el anochecer avanzado, diversas y crueles penurias sufrieron los porteños. Casas en el suelo, incendios abrasadores, y la paradoja de un violento aguacero. Esa noche nadie durmió. A todo esto, la guarnición militar de nuestro puerto, estaba en maniobras, a algunas horas de marcha de la ciudad. Cuando el almirante Gómez Carreño, sufrió el remezón del sismo, ordenó levantar los campamentos, y en marcha forzada volvió a Valparaíso. Con las primeras claridades del alba, llegó con su tropa al alto del puerto, las cumbres que rodean las zonas edificadas. La

visión era aterradora. El almirante, con el afán de levantar la moral de los sobrevivientes, desplegó su gente en línea, coronando las alturas, al mismo tiempo que hizo tocar las trompetas y clarines, a los músicos, que con la luz que nacía a sus espaldas, eran solamente negras siluetas. La gente al oír y ver los seres fantasmales, en el alto horizonte, creyeron que era el Juicio Final. Caían de rodillas golpeándose el pecho, y confesando a gritos sus pecados. Costó calmar a la gente.

Volviendo a mi primera infancia, otro lugar, junto al recuerdo de Valparaíso, es Doñihue. En ese campo nació mi madre. Fue tierra de mis abuelos. Muchas tierras, el Tata las perdió todas. Mi abuela le decía:

-Samuel, usted en cada comparendo, pierde un potrero.

Yo alcancé a conocer los finales de su apogeo. Con orgullo reconozco su influencia huasa dentro de mí. Valparaíso y Doñihue, el primero por mi padre y el segundo por mi mamá: mar y Media Luna.

La crisis

Mi primera infancia transcurrió, por lo que después supe, en plena crisis. Nunca me di cuenta. Al contrario, lo encontraba entretenido que no hubiera pan y que este se hiciera en la casa. No entendía nada cuando mi papá contaba que se había declarado el Estado de Sitio; que los carabineros andaban de «bala en boca», y que se temía que se sublevara la Escuadra, todas estas noticias me parecían fascinantes. Frente a donde yo vivía, había un almacén que se llamaba «El Batatazo». Lo asaltaron los mineros cesantes que venían de las salitreras.

Con todos estos estropicios, mi papá decidió que necesitaba un revólver. Se aprestaba a ir a la casa de un amigo, que se lo había ofrecido, cuando mi mamá montó en cólera, alegando que si salía a la calle, se iba a meter en peloterías. Solución; que fuera conmigo, pues de esa manera no se iba a arriesgar. Salimos. Yo feliz, agarradito de la mano de mi papá. A pesar de las advertencias de mi mamá, nos dimos una vuelta por el centro. Vi, como unos carretones, llenos de arena, la iban desparramando por las calles. Después supe, que era para que no resbalaran los caballos de la policía. En lo que tiempo después, identifiqué como Estado con Huérfanos, vimos a un carabinero montado, batiéndose con su lanza contra una multitud enardecida. Realmente el jinete era un diestro combatiente. Él se defendía con la punta de su lanza, y con el regatón, cuando lo atacaban por la espalda. El hombre realmente sabía usar la esgrima de lanza. El papá, ya estaba a punto de meterse a defender al carabinero, cuando felizmente llegó un piquete que dispersó a los agresores.

Cae Ibáñez. Es deportado a la Argentina con camas y petacas, la Ester era una de sus empleadas y lo acompañó al destierro, al cuidado de algunos de los niños del general y la

señora Graciela. Años después, esta Ester, trabajó en la casa de mis padres y nos contaba detalles, del viaje hacia la Argentina. Ella admiraba a Ibáñez.

Todo este período de la historia de Chile, lo vivimos en una casa enorme, de tres pisos, en la calle Claras 720, hoy Mac Iver, al llegar a Esmeralda. El país se debatía en medio de una crisis política, social y económica. Subían y caían gobiernos. Yo seguía oyendo cosas que no entendía, por ejemplo, la Cosach. Siempre creí que esa palabra era la que causaba todos los conflictos y preocupaciones de los grandes. En esos años, mis abuelos maternos ya vivían con nosotros, más una tía soltera, doña Ema Ureta, la Tití. No se casó para estar siempre junto a mi hermana y a mí. Una santa. El Tata ya había perdido todo. Mi papá lo recibió y lo acogió con «las patas y el buche».

Cuando se ponía el sol, se escuchaban los gritos de los canillitas, anunciando ediciones extraordinarias de los diarios, éstos los llamaban Suplementos. Era el medio para informarse. Nació en esos días. Había noches que los canillitas voceaban más de un suplemento por noche. Todo dependía de las noticias y su importancia. Conmoción causó la presencia de un avión rojo, no identificado, que volaba sobre Santiago. Cuando la Fuerza Aérea salió a interceptarlo, se perdió entre los cerros de la pre-cordillera.

A todo este panorama de incertidumbre, inquietud y pobreza, que afectaba a todo el mundo, en el caso de mi familia se acrecentaba por un motivo particular. Mi primo hermano, Hernán Ureta, que vivía con nuestros abuelos, porque era huérfano, estaba haciendo la guardia en el Regimiento Maturana. No se sabía nada de él, por que estaba acuartelado. Una tarde, en plenos motines y desórdenes, Hernán, de uniforme, llegó a la casa con un brazo vendado. Una bala lo había herido. Lo mandaron a su domicilio porque la enfermería de la unidad estaba repleta.

Providencialmente, un antiguo empleado doñihuano de mi abuelo, vino a verlo, trayéndole tortillas de rescoldo y un costillar de chanco. El hombre, como era ocurrente, también trajo un chiquito de chacolí. Esa noche, Hernancito fue agasajado con un verdadero banquete. En la sobre mesa, hablaba de mi coronel. Supimos que era el coronel Marmaduque Grove Vallejos, que era el factotum de todo lo estaba ocurriendo. Grove era odiado por sus detractores. Se decía que era un patán, un terrorista y cuanto pueda denigrar a un ser humano. Presidió el primer gobierno socialista en Chile, el cual duró unos pocos días. Don Rafael Luis Gumucio, desde el Diario Ilustrado, lo calificaba con los peores epítetos.

Si bien Grove era socialista, nada tenía de patán e ignorante. Era un distinguido oficial egresado de la Escuela Militar, dominaba varios idiomas, entre otros, el griego.

Al frente de nuestra casa, vivía don Pedro Aguirre Cerda y la señora Juanita. Siempre creí que ella era la Gabriela Mistral.

A propósito, la Marta Rivas, la esposa de Rafael Agustín Gumucio, el hijo del famoso líder conservador, siempre fue una mujer con gran encanto y sentido del humor, un día nos dijo:

Rafa amanece todas las mañanas, cada vez más parecido a la Gabriela Mistral.

Gumucio, uno de los últimos políticos de la vieja guardia. Bien intencionado, pero no siempre muy feliz al elegir sus opciones.

Contaba Bernardo Leighton, que él estaba en la Moneda cuando cayó don Juan Esteban Montero. En su calidad de presidente de la juventud del Partido Conservador, estaba en la Moneda, cuando en las calles la violencia arreciaba. El presidente Montero lo hizo pasar a su despacho, donde el mandatario se encontraba acompañado de algunos ministros. De pronto los gritos y disparos se hicieron más frecuentes y cercanos. Las grandes puertas del Palacio Presidencial, se encontraban cerradas y con fuertes trancas, La guardia se parapetaba tras unos sacos de papas, porotos y otras menestras, que se habían traído de la cocina. Se produce una pausa y luego el estruendo: las puertas de la Moneda habían sido derribadas de cuajo. Hubo pocos disparos; la guardia fue copada, felizmente sin bajas. La zalagarda se sentía subir por la escala de piedra que conduce al despacho del presidente. A medida que la turbamulta avanzaba, por cierto que la bulla iba creciendo. Por fin llegaron frente a la puerta, que estaba cerrada: guardaron silencio, este fue interrumpido por unos discretos golpes en la puerta. El Presidente Montero dijo en voz alta:

-Edecán, abra la puerta. ¡Pasen!

Entraron con Grove a la cabeza.

-Excelencia, vengo a que me entregue el gobierno.

Montero, mirando al ministro de la Guerra:

-Ministro, ¿Tenemos con qué responder?

El ministro respondió:

No, Excelencia...

Montero:

-En es caso me voy.

Tomó su abrigo, bufanda y sombrero y salió de su despacho y de la Moneda.

La verdad que no había con qué responder, si bien el ejército tenía tanques, éstos eran un poco más grandes que las futuras cidronelas. El comandante de esta unidad blindada era el Guatón Lagos, coronel, el cual por su volumen y corpulencia, no cabía en los tanques. Éstos marchaban por la calle, mientras él, lo hacía a pie por le vereda.

El Centenario y El Mercurio

Desde niño me interesé por los hitos históricos. Por las fechas y los acontecimientos; por las efemérides y las conmemoraciones. Un hecho, lejano en el horizonte, era el Cuarto Centenario de la Fundación de Santiago, el cual me llenaba de curiosidad por los festejos que intuía. Por fin llegó el 12 de febrero de 1941. A esos años, el tiempo avanzaba muy lento. Ahora galopa y nadie lo detiene.

¿Y qué tiene que ver El Mercurio?

Al menos, en mi generación, del Silabario Matte se pasaba al Libro de Lectura, de ahí al Peneca, para, finalmente arribar a El Mercurio. Nuestra precaria capacidad intelectual, en esos entonces, nos impulsaba a esperar con entusiasmo el domingo; así nos encontrábamos con don Fausto y su apetitoso guiso de repollo. Con Doña Crisanta, su esposa, gruñona y violenta, haciéndole la vida imposible al pobre don Fausto. Facundito y su eterno idilio con Rosita; y no olvidemos a Eufrasia, atractivo personaje dominguero. Todos estos «monos», como los llamábamos, eran en colores.

Sin duda la lectura permanente de este Diario, nos creó una suerte de cultura, un adiestramiento, tanto es así, que habiendo habido otros excelentes periódicos en el país y en el extranjero, uno no se acostumbra a su lectura. En cierta ocasión que me ausenté de Chile por motivos de trabajo, un periodista me preguntaba, entre otras materias, que es lo que extrañaba más durante mi ausencia. Le respondí:

-Mi mujer, mis hijos y El Mercurio.

Mis vínculos con este diario, han sido variados. Las importantes críticas teatrales de Antonio Romera, Critilo, durante el tiempo que fui Director del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, los comentarios y opiniones de Pacull y Moreno en las páginas deportivas, referente al último Clásico Universitario, del cual yo formaba parte como jefe de la Barra de la U. C. Se estrecharon estas relaciones con El Mercurio, cuando tuve la oportunidad de fundar El Mampato, publicación infantil que aparecía los miércoles, junto a cada ejemplar del Diario.

Finalmente, fuera del aspecto administrativo, que significa ser suscriptor, conservo en mi poder un diario histórico. Cuando en 1941, Santiago cumplió 400 años de su fundación, el 12 de febrero, El Mercurio publicó una edición especial de 126 páginas. A pesar que yo tenía 13 años de edad, me interesé sobre manera con este ejemplar y lo guardé. Lo he tenido en mi poder, durante sesenta años. Lo han conocido mis hijos, y ahora mis nietos.

Me voy a permitir reseñar, someramente, algunas secciones. En la portada aparece a gran tamaño, una fotografía del cuadro la Fundación de Santiago pintado por don Pedro Lira Rencoret. Completa la página, un artículo de don Benjamín Vicuña Makenna. Numerosos son los autores que firman los diferentes artículos y crónicas históricas, publicados en esta edición que comentamos: Félix Nieto del Río, Monseñor Crescente Errázuriz, Rafael Cabrera Méndez, Tomás Thayer Ojeda, Ricardo Donoso, Galvarino Gallardo Nieto, Rafael

Maluenda, Raúl Silva Castro, Abel Valdés, Julio Vicuña Cifuentes, Ricardo Donoso, Francisco Encina, Agustín Edwards, Antonio Huneus, Alfonso Bulnes, Carlos Silva Vildósola, Hernán Díaz Arrieta (Alone) María Luisa Lara, Carlos Leyton, Archivero, Joaquín Díaz Garcés, Jenuario Espinoza, José Torre Revelló, Luis Adán Molina, Néstor Meza Villalobos, Ricardo Rojas, Raúl Cuevas, Justiniano Opazo Maturana, H. E. Olea y otros. Sus escritos se refieren a las viejas costumbres nacionales, la ropa, los primeros planos de la ciudad, las comidas, las construcciones, los antiguos nombres de las calles, fiestas y tradiciones. Junto a lo citado, se muestran hermosas fotografías, de muy poca divulgación: La Iglesia de la Compañía después del incendio, el Cerro Santa Lucía rodeado de las primeras casas alledañas, diversos rincones y esquinas de nuestro viejo Santiago.

Las noticias internacionales estaban prácticamente copadas con los sucesos de la 2.^a Guerra Mundial. La Escuadra inglesa del Mediterráneo bombardeó el puerto italiano de Génova; fuerzas francesas, leales al general De Gaulle, atacaron a los alemanes en África. El general Chiang-Kai-Sheik, le pide armas a los EE. UU., para iniciar la contraofensiva hacia Japón. El Generalísimo Francisco Franco llega a Roma para tener una reunión con el Duce Benito Mussolini. La guerra, hasta esos momentos, era bastante civilizada; después se inició la catástrofe.

El Deporte, como siempre, era noticia ese miércoles 12 de febrero de 1941. Se disputaba en Santiago, el Campeonato Sudamericano de Fútbol, en homenaje a los 400 años de nuestra capital. Esa tarde, en el flamante Estadio Nacional, y con la asistencia del Presidente de la República, don Pedro Aguirre Cerda se jugaría el partido entre Perú y Argentina. Para deleite de los aficionados, estos fueron los equipos. Argentina: Estrada, Salomón y Alberti. Línea Media, Sbarra Minella y Videla. Delantera, Belén, Moreno. Este último uno de los mejores jugadores del mundo. En 1949, jugó por la Católica: Marvezzi, Sastre y Arlegui. Ese mismo día llegaron tres refuerzos desde Buenos Aires: Pedernera, Colombo y el Chueco García.

Entre los innumerables avisos publicitarios y de homenaje que ese día se publicaron, recordemos los más típicos de la época; Aliviol, Bárbara Lee, Lamifun, Calzados Pluma, Artículos de Galalita y Baquelita, la Casa Costoya -especialista en artículos para el hogar y menaje- Veamos algunos precios: Sommier con patas en tejido fino inglés con cabezal y pie. Una plaza.- \$59,80. Sábanas de plaza y media, en fina crea. -\$18 cada una.

La Vida Social no podía estar ausente. La Parroquia del Sagrario, contigua a la Catedral, invitaba a la celebración de sus propios 400 años. Las ceremonias serían oficiadas por el arzobispo de Santiago, monseñor José María Caro Rodríguez.

Ese día del Cuarto Centenario de Santiago, el diario comunicaba los funerales de cuatro personas. Ellos fueron don Roberto Izaurieta Arestizábal, doña Filomena Aranguiz de Villavicencio, don Benito Padilla Zúñiga y la señora Guillermina von Kalchberg de Froemel.

Se destacaba una encendida proclama del Alcalde Metropolitano, don Rafael Pacheco Stay, a los santiaguinos.

Gran cantidad de espectáculos se anunciaban para ese día. Sin duda había un clima de fiesta y alegría. Esto lo reflejaba El Mercurio en su edición extraordinaria de 126 páginas. La Compañía Cinematográfica Italo-Chilena, ofrecía funciones gratis en sus cines Portugal y Alameda. En el Teatro Imperio, Lucho Córdoba y Olvido Leguía, presentaban su más reciente suceso cómico: Ropita «usá» compro. El Teatro Coliseo anunciaba a la Compañía de Revistas IV Centenario. El Caupolicán mostraba sus mejores y más espectaculares galas. Lo mismo ocurría con el Teatro Balmaceda, quien se incorporaba a la fiesta, presentando «El Huaso speaker» Espectáculo humorístico musical. En el Teatro Municipal, la Orquesta Sinfónica, bajo la batuta del prestigioso director vienés, de fama mundial, Erich Klæiber y actuando como solista, la insigne pianista chilena, Rosita Renard. Se interpretaron, entre otras, la Obertura de Las bodas de Fígaro y la Sinfonía de Schubert en Re Mayor.

Los cines capitalinos programaron sus mejores estrenos. Se destaca el Teatro Metro, con la comedia Armonías de juventud, con Mickey Rooney y Judy Garland. Hasta aquí, en apretada síntesis, lo que hizo El Mercurio con motivo de este Cuarto Centenario. Creo que esta edición que comentamos, deja la vara muy alta para futuras celebraciones.

Soy lector y subscriptor antiguo de esta publicación diaria. He recordado algunos lazos que me unen a El Mercurio. Terminó diciendo, que en sus páginas se anunció la muerte de mis padres, el matrimonio de mis hijos y el nacimiento de mis nietos.

Los chascarros de Leighon

El Hermano Bernardo, como lo llamaba Ricardo Boizard, Picotón, dentro de sus amables y sonrientes maneras, eran una fuente inagotable de chascarros, situaciones humorísticas, de preguntas insólitas, de salidas memorables. Cuando las famosas 4 Marchas de Ibáñez, en 1952, elocuente vaticinio de su victoria, Bernardo recorría las calles por donde pasarían las hueste ibañista, gritando:

-¡Faramalla, faramalla!

Posteriormente, en su lucha electoral con el doctor Monkeberg, en tiempos de don Jorge Alessandri, lo proclamábamos en el Teatro Baquedano, una mañana fría y con neblina el mismo día que murió la Marilyn Monroe. Mientras esperaba que se abriera el teatro, me ubiqué en la rotonda central al pie del monumento del general Baquedano. De pronto una moto anunció su llegada, con el típico estruendo. Por lo resbaladizo del pavimento, moto y motorista rodaron por los suelos. Me acerqué para socorrer al piloto. Se puso de pie, me agradeció mi intención, y montando en su vehículo me gritó:

-Voy a matar el chuncho.

Raudamente repitió la pasada del estropicio. Y suerte aciaga, se volvió a caer. Mejor me hice el lesa, para que no se acholara.

Leighton subió al escenario de abrigo y gran bufanda. Comenzó su discurso. Su adversario era candidato de gobierno, por lo tanto tuvo que referirse al presidente:

-Yo le digo al presidente Alessandri, de cara al país, de bufanda a bufanda.

Bernardo había sido el ministro más joven de toda la administración pública. Fue Ministro del trabajo de don Arturo Alessandri, Ministro de Educación de don Gabriel González Videla y Ministro del Interior de don Eduardo Frei.

Estábamos, en una ocasión, con Raúl Troncoso, durante el gobierno de Eduardo Frei, en la antesala del ministro. Bernardo atendía en audiencia a algunos sacerdotes. Éstos vestían sotanas negras, abotonadas a todo el alto de la prenda, faja y teja (sombrero clerical). En la sala en que nosotros estábamos, aguardaban su turno, dos «señoras», propietarias o regentas de sendas casas de «caramba y zamba». Con Troncoso nos felicitábamos que estas damas no nos encontraran caras conocidas. En un momento aparecieron los sacerdotes. Una de las mencionadas al notar la sotana con esa larga hilera de botones, le dijo a la otra:

-Mira, mira los medios marruecos que tienen los padrecitos.

Cuando conocí a don Arturo

Mi tío abuelo, don Toribio Ureta Valdivieso, era muy amigo de don Arturo.

Alessandri Palma, que desde la Navidad de 1932, era, otra vez, Presidente de la República. Con cierta frecuencia, jugaban ajedrez en la Moneda. Una vez me llevó. Era la primera vez que me acercaba a la Moneda. El presidente me hizo servir unas ricas galletas de champaña. Con mi tío Toribio, se sentaron en una salita, donde ya estaban las piezas listas en el tablero. El presidente me invitó a que saliera a caminar por las diversas salas y corredores, y así no me aburriera. Uno de los empleados me pasó unas revistas con monos en colores. Solamente miraba los monos, porque todavía no leía muy bien. Volví a donde estaban jugando. Mi tío sonreía, mientras don Arturo, bufaba. Se pusieron de pie y nos encaminamos hacia la escala que conducía a la puerta, de Morandé 80. Mi tío Toribio había dejado su elegante coliza, un sombrero de paja que se usaba desde la primavera hasta el verano, en una silla del vestíbulo. El Presidente ya había, aparentemente, aplacado su furia. Sonriente y dicharachero nos acompañaba para despedirnos:

-No sé por qué estoy tan cansado.

Y diciendo esto. Se sienta en la primera silla que encontró. Por cierto que se instaló encima de la coliza de mi tío, haciéndola pedazos. Pidió perdón y para que no se fuera don Toribio a cabeza pelada, cosa inaudita en esos años, pidió un automóvil para que fueran a dejar a mi tío. Cuando avanzábamos por las calles del centro, mi tío Toribio comentó:

-Esto es típico de Arturo. Se pone furioso cuando pierde. Pero mañana, a primera hora, o esta noche, llegará a mi casa un propio, trayéndome una coliza nueva, con las tarjeta de la presidencia.

Primeras experiencias escolares

Estando a punto de cumplir cuatro años, mis padres consideraron que ya era tiempo que iniciara mi vida escolar. Como vivíamos en la calle de Las Claras, sólo nos separaba la iglesia de San Pedro, del colegio Rosa Santiago Concha. Sin reparar que era de monjas y para niñitas, me quisieron matricular en él. Como diríamos, en procaces términos actuales, las monjitas tienen que haber hecho una tapa que se escuchó hasta en San Bernardo. Una cuadra más distante de mi casa, estaba el colegio de San Pedro Nolasco. Ahí me matricularon y entré a kindergarten. Los sacerdotes usaban hábitos blancos. A lo mejor alcancé a ser condiscípulo de Julito Martínez. Me acuerdo de una clase donde el padre, nos contó que la Reina de España, había empeñado sus joyas para ayudar a Cristóbal Colón.

Nos cambiamos de casa, me sacaron del colegio y tuve clases particulares con la señorita Ida Belmar. Cuando hacíamos Tertulia en T. V., tuve el enorme agrado de hablar con ella por teléfono. Tiempo después entre a San Ignacio, colegio que había sido de mi padre y de mi abuelo.

Cartagena

Veraneo en Cartagena. En esos años, este era el balneario preferido por las familias de Santiago. Mi papá arrendaba una casa, cerca de la calle de Los Suspiros. Por cierto que se llevaba toda la ropa de cama, así como los colchones, en unos bultos de saco, los cuales se cosían, con cáñamo y una gran aguja. Terminada la faena, se les marcaba: Alameda-Cartagena. Otra parte del rito del traslado a veranear, con camas y patecas, consistía en que una de las empleadas, saliera a buscar una carretela para llevar los bultos hasta la Estación Central. La misma muchacha viajaba junto al carretelero, con toda dignidad, en el pescante del vehículo. Estos enseres seguían su traslado en el carro de equipaje, del mismo tren en

que viajábamos. ¡Qué lástima que los niños de hoy no puedan disfrutar de esta verdadera epopeya, que significaba salir a veranear.

Llegar con los bultos y las maletas, desde la Estación de Cartagena, a la casa que habitaríamos, también tenía su encanto, al menos para nosotros los cabros chicos. Llegamos a nuestro hogar veraniego, ya bastante oscuro. En la dichosa casa la luz estaba cortada, por un problema técnico. Mi papá, lleno de «recursos», manifestó que él era médico, por lo tanto la electricidad le era indispensable. La gente de la compañía eléctrica le creyó, y tuvimos luz en media hora. Se armaron las camas, comimos lo que mi mamá había traído desde Santiago y nos acostamos. Dicen que serían las tres de la mañana, cuando fuertes golpes en la puerta, nos despertaron a todos. Una vecina estaba con dolores de parto y no había nadie que la atendiera. Su marido, que era el mismo empleado de la Compañía Eléctrica, que nos dio luz, se acordó del «médico» y llegó a pedir socorro. Partió mi papá, con mi mamá y la Zoraida, cocinera doñihuana, diestra en todos estos avatares. El alumbramiento fue un éxito. Mis padres y la empleada, se quedaron a desayunar en casa de la feliz madre.

La estadía veraniega siguió con toda normalidad y agrado: baño de mar en la mañana, fricciones con agua salada, pan de huevo y vuelta a almorzar. Cuando amanecía nublado, nos ponían chombas y salíamos a caminar. Terminábamos la jornada, en el paseo de la terraza de la Playa Chica. Después de comida, se juntaban un grupo de matrimonios con sus niños, al rededor de una fogata, y se hacía música. Guitarra, acordeón y canto. Cada cual hacía su gracia. Mi papá cantaba Rimpianto. Los niños oíamos, mirábamos y nos dormíamos. Había un joven argentino que tocaba guitarra y cantaba. Se llamaba Carlos; me costó convencerme que no era Carlos Gardel.

Willy Arthur contaba de haber visto, en la playa Grande del balneario, a una robusta señora, la cual hizo armar un catre de bronce, de plaza y media, en la arena.

Mi cultura musical en esos días, pasaba por dos discos que se tocaban mucho en mi casa: Celeste Aída, interpretado por Caruso, con una etiqueta azul al centro, y El Tortillero, cantado por los Cuatro Huasos. Etiqueta negra. También recuerdo una canción, que se tocaba con orquesta y serrucho, cuyo nombre era Nerón. La letra era increíble:

-Nerón, Nerón, asómate a la ventana...

Tengo el disco. El que no tengo ni he oído jamás, desde entonces, es uno que decía:

-Celebremos que se ha muerto Garibaldi ¡Pum! Garibaldi ¡Pum»...

Garibaldi era una fiera era un perro prepotente, que mordía a toda la gente, etc. ¿Qué les parece? Ya en los tiempos más cercano, durante la fiebre del mambo, se cantaba y bailaba una pieza que decía en su estribillo:

-Champú de cariño, champú de cariño...

Inaudito. Parece que en esa época, era motivo de interés musical, la higiene personal, sino como se explica la canción que decía:

-Se acabó el jabón, qué vamos a hacer...

Y dentro de las letras descriptivas, es inolvidable:

-Las Pelotas, las pelotas las pelotas de carey...

Una tarde estábamos en la Playa Chica, cuando pasaron dos aeroplanos a muy baja altura. Eran de doble ala (biplanos) sin carlingas, así que se veían las cabezas de los pilotos, con sus gorras de cuero que le cubrían las orejas y sus anteojos de vuelo. Apenas pasaron sobre las dunas que están en dirección de Las Cruces y desaparecieron. La pareja de carabineros que montaban guardia diariamente en todas las playas, para rescatar presuntos ahogados y calmar a los borrachos y rateros, picaron espuelas y partieron a toda carrera hacia el lugar en que habían desaparecido las naves aéreas. Todos los que estábamos en la playa, en gigantesca estampida, seguimos a los jinetes: bañistas, turistas, veraneantes, vendedores de pan de huevo y un barquillero. Por cierto que este último, apenas llegamos al lugar de los hechos, comenzó a pregonar y vender su frágil mercadería. Ahí estaban los dos aviones aterrizados. Uno era rojo entero, el otro tenía el fuselaje rojo y las alas azules. Los aviadores ya habían descendido de sus naves y conversaban con los carabineros. Ambos vestían correctos trajes de calle. Supimos que uno, el más gordito, era el famoso Aladino Azzari, campeón de automovilismo, y el otro, un piloto de la Milicia Republicana, sin duda Eulogio Sánchez Errázuriz fundador del movimiento.

Aniversario del Club Aéreo

Muchos años después, cuando Eulogio era miembro del directorio del Club Aéreo, y organizábamos algunos actos de celebración de esa entidad, volé con él. Era un gran señor.

Entre las variadas programaciones de ese aniversario del Club, se hizo un bombardeo sobre Santiago. Los aviones arrojaban bolsas de harina, mientras los cañones de la Defensa Antiaérea, de la FACH, les disparaba balas de fogueo. A cargo de la Batería situada en la Plaza Baquedano, estaba el oficial del arma, y dirigente de la Barra de la U, «Condorito» Espinoza. Como a las once y media de la noche, me comunica por radio, que se le habían acabado las municiones. No me quedó más remedio que apelar a la buena voluntad del coronel Ducaud, Director de los arsenales de Guerra, quien vivía cerca. El oficial, con una buena voluntad y humor notables, se levantó fue a Arsenales y dispuso que se nos entregaran dos cajones de proyectiles a fogueo.

Otro gran momento, fue cuando Mauricio Serrano, presidente del Club Aéreo, y Cristián Cox, aterrizaron en la avenida Bulnes, tal como lo había hecho, en 1941 el coronel Enrique

Flores, el 20 de agosto, con el lema de «Alas Para Chile». Los aviadores Serrano y Cox, como eran pilotos civiles, bajaron del avión de correcto terno, corbata y calañés. El avión carreteando, llegó desde la zona de la estatua de Bulnes a las puertas de la Moneda, por el lado de la Cancillería, donde fuimos recibidos por el presidente Ibáñez. Cuando el avión despegó, corriendo hacia la Plaza Almagro, iba de pasajera la alcaldesa María Teresa Del Canto. Cristián se quedó en tierra.

La Milicia Republicana

Esta ya mencionada organización, político-militar, organizó un gran desfile, que se realizó como un abierto respaldo al Gobierno de don Arturo Alessandri. Éste se efectuó un sábado en la tarde y tenía un largo recorrido. En uno de sus tramos pasaba frente a la Escuela Militar en la calle Blanco Encalada. La Milicia Republicana era, razonablemente, mirada con desagrado por el Ejército y por Carabineros de Chile. Los integrantes de este desfile, que se estimaron en 20.000 hombres, ataviados con sus overoles azules, coscachos del mismo color y fornituras blancas, no llevaban armamento, al menos en forma visible. Se dijo que unos camiones, que acompañaban al contingente, a prudente distancia o que transitaban por vías paralelas a la marcha, transportaban fusiles, ametralladoras y proyectiles. Por que menciono este acontecimiento, porque un tío mío era miembro activo y con grado en uno de estos regimientos paramilitares, y reclutó, para esta presentación, algunos niños de seis a siete años, para que encabezaran el desfile junto a la bandera de Chile. Yo fui uno de los que marcharon, dicen que simbolizábamos el futuro. Nunca olvidaré a un grupo de oficiales, que en la puerta de la Escuela observaban nuestra marcha. Afirmados en sus sables con las dos manos, casco prusiano, capote de servicio y botas, no nos miraban con ojos muy amistosos.

Respecto del uniforme de nuestros soldados, este era versión fiel de los del Ejército Alemán, sugeridos por los instructores de esa nacionalidad que llegaron a Chile, encabezados por el coronel Köerner. Este distinguido oficial, que ascendió en este país a general, fue jefe del Estado Mayor de nuestro Ejército. En los archivos de esta repartición castrense, hay documento firmado por el alemán, que dice:

«El concripto mapuche es un buen soldado. Valiente, disciplinado, fornido; el único problema es peinarlos».

Estos primeros instructores germanos, llegaron en la segunda mitad del siglo XIX. La posterior delegación arribó una vez terminada la primera guerra europea de 1914. Me comentaba don Tobías Barros Ortiz, que fue Embajador en Alemania, que el Ejército

Alemán, nunca ha dejado de agradecer el gesto de Chile, que a pesar que los alemanes habían perdido la guerra, el gobierno nacional, los llamó nuevamente como instructores.

Volvamos a Cartagena en tren

Como de Cartagena llegamos a la Milicia Republicana, un postrer recuerdo de este nostálgico balneario. Los viajantes que llegaban al lugar, se les llamaba «excursionista»; incluso el tren tenía ese mismo nombre. A propósito de trenes, don Pedro Blanquier, distinguido ingeniero, fue director de los FF. EE., y en esa calidad le tocó viajar a Europa por razones de servicio. Cuando transitaba por Suiza, vio en los campos, en gran cantidad, unas hermosas flores anaranjadas, que crecían en forma silvestre. Le encantaron. Y como el clima de la zona en la cual las vio, era muy parecido al de Chile, compró alguna cantidad de semillas. De vuelta en nuestro país, las hizo repartir en pequeños sobres y se las entregaron a los maquinistas de los trenes, para que fueran tirándolas a ambos lados de la vía. Es así como comenzaron a brotar esas florecillas anaranjadas, primero junto a los rieles, y después a todo el campo chileno. Esta flor se llama «Dedal de Oro».

Y recordando a Cartagena, el veraneo y los trenes, surge espontáneo y tranquilo, la evocación de mis mayores. En forma inexorable, uno a uno, comienzan a morir mis abuelos. En esa época, casi todos morían de uremia, vestían de negro y no pasaban agosto. Para mí fueron muy importantes. Mi abuelo don Germán Becker Delgado, murió en 1935. En 1937 falleció mi abuelo materno don Samuel Ureta Estrada, once años después, mi abuela doña Griselda Cornejo de Ureta. Finalmente perdí a mi abuela doña Elena Silva de Becker (1963).

Tranvías, góndolas, micros golondrinas

Los carros, como habitualmente se les llamaba, ocupan un lugar destacado en nuestros recuerdos de infancia y adolescencia. Su origen más antiguo lo constituye los carros de sangre; vehículos destinados al transporte público, que corrían por rieles y su fuerza motriz eran caballos de tiro. En una evocación muy vaga, me parece rememorar una línea de estas características, en la zona de la Estación Central, con rumbo al poniente, hacia la Pila del Ganso. En cambio, del que tengo un recuerdo claro, es del Carro de Sangre que corría en el pueblo de Peña Flor.

Los primero tranvías eran de fabricación alemana (A. E. G.). Las unidades de servicio generalmente estaban integrados por dos carros. El primero, el que arrastraba, era de color

amarillo y costaba veinte centavos, el acoplado era pintado de azul, tenía menos asientos y el boleto costaba diez centavos. El carro amarillo tenía plataformas abiertas en ambos extremos, con sus respectivos comando: un motor vertical con palanca de bronce en la parte alta, con la cual se regulaba la marcha, una rueda, como timón de buque, que era el freno y un pedal para tocar la campanilla, que era la bocina del vagón. Claro que con la bulla que producía al correr por los rieles, poco se oía la campanilla. Cuando uno ya era un mozalbete, el lugar preferido para viajar a bordo, aunque hubiera asientos, era de pie en la plataforma delantera donde iba el maquinista. Éste, igual que el resto del personal del carro, vestía correcto uniforme gris de paño y gorra militar. En la plataforma trasera, donde estaba la subida, funcionaba el cobrador, quien nos vendía los boletos. Estos eran color rosado. Primitivamente este cargo lo desempeñaban mujeres. Ellas lucían amplias polleras, delantal de pechera blanco, petaca de cuero para las monedas y capotas negras para la cabeza.

Había un carro muy especial, que corría entre el Matadero y la Vega Central, atravesando todo Santiago. Estaba entero pintado de plomo y su interior forrado en planchas de latón. En él se transportaba la carne a los diversos lugares de distribución. En firmes ganchos de acero, se veían colgar los vacunos descuerados, rumbo a las carnicerías.

Aunque los carros alemanes jamás quedaban en pana, llegaron nuevos tranvías más modernos, desde los EE. UU. Éstos eran totalmente cerrados y con cómodos y mullidos asientos y forrados en un entramado de fino mimbre. Otra novedad consistía en un artefacto de vidrio, que se colocaba en la zona del cobrador, para hacer más segura y cómoda la adquisición del boleto. Este artilugio debe haber medido unos cincuenta centímetros de alto por unos veinte en cada una de sus cuatro caras. Esta especie de acuario vertical, tenía una tapa metálica, en la cual había una ranura para depositar la moneda: Veinte centavos, es decir, una «chaucha». Cuando ésta caía por el interior transparente, iba golpeando diversos sensores, produciendo un ruido característico. Cuando la «chaucha» terminaba su circuito, al fondo de este aparato de control, se suponía que debería aparecer el boleto, por otra ranura al hoc. Rara vez ocurría. Fueron discontinuados. Fracaso total. ¡Nada nuevo bajo el sol! Sesenta años después pasó lo mismo con los Cobradores Automáticos, instalado recientemente en los buses santiaguinos.

Un momento típico, de gran tensión y divertimento, era cuando al tranvía se le salía el trolley. Éste era una larga vara metálica, ubicada sobre el techo y se conectaba con el cable del tendido eléctrico, que le transmitía energía al vehículo. Para esta objeto, el trolley toma corriente, como lo llamaba el personal, tenía una ruedecilla de unos quince centímetros de diámetro, con una ranura central y dos pestañas que protegían la línea para que no se saliera. A pesar de ello, por la velocidad, el cambio de rieles o por el cruce de un desvío, el trolley se soltaba y el carro quedaba muerto. Para esta contingencia, el maquinista se bajaba y comenzaba a maniobrar con unas cuerdas, que para dicho propósito estaban atadas en el extremo más alto del toma corriente. El trabajo no era fácil. Cada vez que esto ocurría, no faltaban cuarenta o cincuenta transeúntes, como mínimo, que cesaban sus labores y quehaceres para observar la faena. Otro momento estelar, era cuando el carro tenía que cambiar de vía para doblar y no seguir de largo. Para este propósito, por la parte exterior de la trompa, desde un gancho, colgaba una barra de fierro de unos noventa centímetros, la cual tenía la punta espatulada, como un calzador de zapatos. Con este instrumento, que el

conductor había agarrado diestramente, al descender del carro, hacía los cambios. El tranvía que venía a continuación, si era de otro recorrido, tenía que modificar el cambio y seguir derecho.

Cuando viajábamos en la plataforma delantera, como hemos mencionado, nos encantaba bajar la reja de la pisadera de descenso y subir la del otro costado. Esto ocurría cuando los rieles que iban por un lado de la calzada, tras un desvío o cruce se cargaban hacia la otra vereda.

En los meses de verano salían a circular unos carros acoplados que eran totalmente abiertos. Prácticamente una plataforma con ruedas y techo. Los asientos corridos estaban ubicados a lo ancho, como bancas de una iglesia. Una pisadera continua, se extendía a lo largo de ambos costados del vehículo. Se les llamaba «Góndolas», nunca supe la razón. En las películas en que se ven las calles de San Francisco en EE. UU., se ven estos tranvías.

Antes de bajarme del carro, algunos de sus números y recorridos. El «36» Matadero Palma, en él llegábamos a la Plaza Chabuco, donde estaba el Estadio de la Católica y Santa Laura. El carro «6» Tobalaba; éste partía de la Estación Central, seguía por la Alameda, Vicuña Makenna y doblaba por Irrarázabal, hacia el oriente, hasta donde terminaba Santiago. En punta de rieles había una rotonda donde el carro daba la vuelta y volvía a la Estación. Ésa era la ruta de las Quintas de Recreo. Blancas de día, negras de noche. Los «33» y los «4», Avenida Matta, Blanco Encalada. Por San Diego, rumbo al sur, siguiendo por la Gran Avenida, un carro pasaba El Llano, Lo Vial, Lo Ovalle, Cisterna, El Bosque y llegaba a San Bernardo. A ese lugar nos llevaban cuando había epidemia de tos convulsiva

El noble carro «19», Castro, Parque Cousiño, Vergara. Este fue el último tranvía con «imperial» (carro con segundo piso), que hubo en Santiago. El recorrido, cuando este ingresaba al parque, era espectacular. La línea rodeaba la gran elipse, por una ruta densamente arbolada. Una vez que dejaba atrás la Plaza Ercilla, se detenía al otro extremo, frente a la laguna. Completando la vuelta, volvía hacia el norte, por el lado oriente. A la altura de la Avenida Matta, a mano derecha de la vía, se levantaba un imponente edificio, con un estilo semejante al actual Palacio de Bellas Artes. Dentro de la construcción había una superficie circular, de gran tamaño y finamente entablada. En los altos muros que circundaban este espacio, en 360 grados, estaba pintado un gigantesco mural representando la batalla de Maipú. El público se instalaba en el espacio central, y desde allí, girando la cabeza, seguía el desarrollo de la batalla. El recordado pabellón fue construido con motivo del «Centenario», en 1910, y tenía por nombre «El Panorama de Maipú». Avanzando el siglo XX, una gotera comenzó a manchar la pintura. Los peñascos al techo vidriado, ampliaron los estropicios. El agua entró en mayor cantidad. Nadie se ocupó de reparar los perjuicios. Así, poco a poco, y ante la indolencia municipal, el Panorama se destruyó. Yo alcancé a conocer los escombros. Mis abuelos me lo contaban. Ellos lo disfrutaron.

Una mañana, venía sentado, al lado de la ventanilla del carro 19, un caballero ensimismado leyendo el Diario Ilustrado. A la altura de la calle Domeyko, subió una niña joven, la cual se sentó al lado de este señor. La muchacha sacó de la cartera un pañuelo blanco para un último retoque facial. En ese instante el tranvía dio un barquinazo, y la niña, por sujetarse, dejó caer el pañuelito, el que cayó en la falda de su compañero de asiento. Éste, de reojo,

vislumbró este género blanco sobre su pantalón. Rápidamente bajó el diario y cubrió su bajo vientre. El buen señor, creyendo que se le asomaba algún faldón de su camisa, protegido por El Ilustrado, cuidadosamente, lo introdujo al interior de sus pantalones. Por cierto que esta operación la hizo a través del marrueco.

Doy fe de esta historia, pues le ocurrió a una tía, cuando estaba soltera.

Las góndolas: Estos autobuses funcionaron paralelamente a los carros. Tenían cuatro puertas y estaban pintadas de blanco, llevando una franja de color a lo largo de la carrocería y el nombre del recorrido. Vega Poniente-Amarillo; Ovalle Negrete-Rojo; Pila Cementerio-Verde; Avda. España-Azul; Fábricas de Cartuchos-Naranja; Diagonal-Granate. Este recorrido era muy importante pues nos dejaba en la puerta del Estadio Nacional.

Estos vehículos también tenían cobradores, con la diferencia que éstos se movilizaban por la góndola. Cuando ésta venía repleta, se trasladaban por fuera, usando una pequeña moldura que se extendía a lo largo de la franja de color. Claro que eran muchachos jóvenes y con la agilidad de un trapealista.

Tenían un lenguaje especial para orientar al chófer. Cuando gritaban: «¡Pare!»; significaba que el vehículo aminoraba la marcha, sin detenerse. Entonces los muchachos nos bajábamos sobre andando. Cuando se trataba de una persona mayor, gritaban: «¡Pare bien... señora con guagua!». Cuando todos habían subido y otros bajado, decían: «¡Vámonos!». Cuando terminaba de descender una mujer, solían pregonar: «¡Cayó la vieja!». Más de un carterazo le llegó a algunos de estos graciosos.

Con la llegada del progreso, las góndolas comenzaron a ser desplazadas, paulatinamente, por las Micros, buses más modernos y aerodinámicos. Tenían solamente puertas delanteras y su interior era más bajo. Las micros estaban diseñadas y autorizadas para llevar pasajeros solamente sentados. La tarifa de veinte centavos de las góndolas, subió a \$1 en las micros. Estaban enteramente pintadas de rojo. Las llamábamos «Las Tomates». La primera línea que circuló era la Bilbao, un cartel amarillo con letras negras en el parabrisas. Al poco tiempo salió otro recorrido por Pedro de Valdivia, con los vehículos totalmente verde. Las llamábamos «Las Lechugas». Todo esto ocurría en 1938. Un año después, vino la guerra, hubo escasez de bencina, y el gobierno, en forma transitoria, autorizó a las micros a transportar pasajeros de pie. Se terminó la guerra, llegó la paz. Y hace largo tiempo, más de medio siglo, y la autorización sigue vigente.

El color de las micros se fue diversificando. Las Macul eran amarillas con una franja azul; las Diagonal, plateadas. Cada empresario las decoraba a su gusto, dándole preferencia a lo que llaman colores buenos para la mugre. Estos colores, lo único que logran, es que aunque el objeto esté limpio, se vea sucio.

Durante el gobierno del presidente Frei, el subsecretario de Transporte, ingeniero don Sergio Saldivia, me llamó por citófono y me contó que se iba a reglamentar el color de las micros, y como yo había sido muy criticón de los actuales coloridos, me pedía la opinión sobre los nuevos colores y diseños. Ni corto ni perezoso, le di mi opinión: Techo blanco, para que sea lavado todos los días, franja roja y resto de la carrocería azul. Gustó la idea y

así se hizo. Sergio nunca supo que esa combinación la saqué de una micro que mi hijo Germán la había recibido para la Pascua.

Esos colores duraron varios años. En la actualidad tienen un amarillo parejo, que las hace más visibles y se ve el tránsito más ordenado.

Finalmente las Golondrinas: Éstas eran unos vehículos a tracción animal, en los cuales se hacían las mudanzas de muebles y otros enseres domésticos, en los meses de buen tiempo. Las Golondrinas, las cuales salían a trabajar en primavera, igual que los pájaros, de estas aves tomaron el nombre, eran unos carros planos de cuatro ruedas y arrastrados por una pareja de caballos. En forma visible llevaban un letrero que decía: «Se fleta». Se paraban en las esquinas igual que los taxis. Jamás ninguna de ellas fue asaltada, como en estos días le ocurre a los blindados y sofisticados vehículos que transportan dinero.

El colegio

Entré al Colegio de San Ignacio el último año de Livingstone (1937). Entonces conocí a los San Miguel. Amigos de toda una vida. El referente Sergio Livingstone, es importante para los ignacianos, pues en nuestro colegio se formó una legión de arqueros, bajo la impronta del Sapo: Paulo Garcés, que incluso fue reserva de Sergio en la católica, Carlos Sánchez, en las mismas condiciones que Garcés; a Carlos se le motejaba con el apodo de «Rosita», por ser el nombre de una polola que tuvo en su época escolar. Carlos que ha estado vinculado al mundo diplomático, tiene el sano orgullo de tener dos hermanos sacerdotes jesuitas, uno de ellos, Agustín, fue mi compañero de curso. Exequiel Maldonado, el Pollo, hoy médico. Jorge Astaburuaga, tal vez uno de los más dotado para este puesto, de todo el colegio; lamentablemente, no se dedicó al deporte y fue un brillante abogado. Si Astaburuaga hubiera perseverado como arquero profesional, sin duda sus fotografías en los diarios, habrían sido mucho más frecuentes, que lo que son las de su hermana Julita. A esta lista, debemos agregar a Sergio Rivadeneira, «El Pelicano», Salo San Miguel, etcétera. En esta última palabra, me incluyo.

Entre los personajes «inolvidables» de mi generación escolar, está una extraña señora, más bien señorita, enteramente vestida de negro. Con la cabeza cubierta por un velo espeso, zapatos puntiagudos y un gran rosario colgado al cuello. Era una mujer de edad. Vivía en la iglesia. Asistía a todas las misas. Era la beata Hidalgo, extraña, misteriosa, acusete, fuertona. Se comentaba que el Padre Soria la había visto volar. Vamos ahora al sucedido. En San Ignacio, cuando a uno lo echaban de clase, era cosa seria. Si lo pillaba el Prefecto, era peor, y si el Prefecto era el padre Villaplana, era mortal. Una tarde, echaron de clase al Macaco Ruiz. Debo advertir que esta historia ha dado la vuelta al mundo. Estaba nuestro expulsado, afirmado a un poste, cuando divisó la silueta del Prefecto. El Macaco sabía lo que arriesgaba si lo encontraba fuera de clase. A medida que el padre se acercaba, Ruiz se iba corriendo, de manera de mantener siempre la misma distancia del peligro. El Prefecto

tenía mucha experiencia en estas persecuciones tácitas y poco a poco fue acorralando al fugitivo. Hasta que no le quedó más escapatoria que el patio de vidrio, lugar donde no hay donde esconderse, salvo en la sacristía y luego en la iglesia. Así ocurrió. El Macaco, ya en el templo, sintió como se abría la puerta de un costado del presbiterio, y aparecía, en gloria y majestad, el padre Prefecto. No le quedó otro recurso que meterse a un confesionario. El Prefecto dio una mirada amplia y se retiró. El Macaco Ruiz se relajó satisfecho, sonriente, victorioso. De pronto siente el chirrido de la uno de los postigos laterales y una voz cascada que dice: «Ave María Purísima». Una vieja venía a confesarse. ¡Horror! Era la beata Hidalgo. El Macaco la confesó. Todo pudo haber tenido un final feliz, si este salvaje no se le ocurre darle de penitencia a la anciana, una vuelta por dentro de la iglesia, de rodillas. La pobre mujer, se creyó endemoniada, por la magnitud del castigo. Sollozando inició el tour místico. Estaba llegando a la mitad de su pena, cuando el Prefecto volvió a la iglesia. La detuvo. Entendió todo. Él conocía al Macaco. Como epílogo de lo narrado, debemos agregar un punto a favor del hechor: jamás reveló la confesión de la penitente.

Pero, bromas aparte, el Sapo Livingstone, por varias décadas, acaparó y acapara la atención y el cariño público. Cuando fue transferido al exigente fútbol argentino, los Domingos en la tarde, los hinchas estábamos pegados a la onda corta de la radio, escuchando los partidos de Racing, del cual llegó a ser capitán. Curioso fue el hecho, que el día que debutaba el Sapo, en el partido de Racing con River Plate, por este último también lo hacía el Cholo Valbuena, tradicional rival de Sergio, en las Clásicos Universitarios.

En nuestra época, en el San Ignacio, los cursos estaban divididos en dos bandos: Roma, bandera roja, y Cartago, bandera azul. Recreación pedagógica de Las Guerras Púnicas. Ambas estaban en sus respectivos mástiles, cada una en distintos muros de la sala de clase. Dentro de cada grupo, había un rango: Cónsul, Legado. Abanderado y Decurión. Después seguían soldado 1, soldado 2, etc. A cada nacionalidad le correspondía un costado de la sala, y la ubicación en los bancos, de acuerdo al orden y protocolo que hemos anotado. Con este sistema, se efectuaban desafíos de conocimientos, en relación al ramo que correspondiera en esa hora de clase. Podían ser internos, dentro del bando, con los cuales se ganaban puestos, o contra los rivales, para ganar puntos. Etc. En la actualidad, entre los ex-alumnos, queremos formar el Grupo de los Cartagineses.

En nuestra época escolar, transitábamos por la calle «18», Ejército, Alonso Ovalle, etc. Por Ejército, frente a la iglesia de San Lázaro, vivía la familia Piwonka, en una espléndida casa. El dueño era ateo y «come frailes». Sus amigos, que los tenía muchos, lo embromaban y lo invitaban a que profesara la verdadera fe. En una ocasión, uno de ellos, en serio, le preguntó cuando se iba a convertir. Él contestó:

-El día que se me caiga la torre de San Lázaro encima.

Así fue: se le cayó encima. Primitivamente la iglesia tenía la torre de madera, y en un incendio que afectó al templo, la torre se desplomó sobre la vereda de enfrente.

En el Colegio, tuvimos la oportunidad de conocer a personajes extraordinarios. En el recuerdo se confunden sacerdotes, hermanos, profesores seculares y mozos: el hermano Ildefonso Delgado Espada, el Padre Hurtado, Campito (Mariano Campo Menchaca), el

padre Mestre y Dussuel. El padre Ebel (Pajibel), el padre Galcerán, etc. El hermano Domingo y el Macho Santo (Estos dos últimos eran de la época de mi papá. El hermano Domingo que era el portero, durante sesenta años, jamás salió del Colegio); el Padre Lorenzo; el hermano Mendoza (Mocho bicicleta); el Padre Martí, maestro de ceremonia en las más importantes ceremonias litúrgicas; el señor Lobos (Chumita)...

El padre Martí nos comandaba cuando nos revestíamos para el Mes de María y Semana Santa.

Una vez la Marichu San Miguel y otra compañera de las monjas, pasó al colegio nuestro a buscar a Salo. Entra al gran vestíbulo, y en lugar de doblar a la izquierda, que era el acceso a los patios, se equivocó y lo hizo a la derecha, y abre la puerta. El Padre Martí, a unos cuarenta metros, paseándose por los corredores, mientras rezaba el breviario, vio a estas niñas que habían abierto la puerta y se aprontaban a ingresar al recinto, el Padre, sin explicación previa, comenzó a gritar:

-¡Pecado mortal... pecado mortal!...

¿Qué había sucedido? La Marichu se había equivocado y estaba entrando a la Clausura. En esa época, la mujer que violara la Clausura, estaba automáticamente excomulgada.

Con el padre Martí me ocurrió un sucedido, que paso a relatar. Siempre me atrajeron las ceremonias litúrgicas. La misa del Domingo de Resurrección, me era especialmente atractiva. Era una ceremonia de tres padres -misa trimotor, como las llamábamos-, que de acuerdo a los ritos de la época, requería de una serie de momentos y detalles, para lo cual se contaba con un cuarto sacerdote, el Maestro de Ceremonia, que era nuestro padre Martí, por supuesto. En la ocasión que comento, yo me había instalado en la mejor ubicación posible. En unas especies de palcos, que se usan para colgar los cortinajes, en las grandes ceremonias, y que están ubicados, como en un tercer piso, a ambos costados del altar mayor. Por cierto que estaba y está, absolutamente prohibido llegar a ese lugar. Hay un momento, en la ceremonia que comentamos, en que el muchacho, revestido con sotana, roquete y esclavina, que lleva el incensario, debe incensar al Oficiante, al Diácono, al Subdiácono, Maestro de Ceremonia, hacia un costado de la iglesia, hacia el otro, al centro. No es fácil. El padre Martí, para ayudar al alumno, le iba indicando, discretamente con la mano, lo que debía hacer. No sé como, acaso, por el brillo de sus anteojos, se percató que yo estaba instalado en ese lugar de privilegio, y mirando hacia arriba, me hizo un gesto para que abandonara el palco. Todo esto ocurría, mientras le hacía las señas pertinentes al incensario. Éste, nervioso y tenso, cuando miró el padre y me hizo la seña, se tupió y no encontró nada mejor, que mirando hacia arriba, hacerme una venia y lanzarme incienso. La risa me produjo un ataque nervioso.

A los que colgaron la sotana no los nombro, salvo a Francisco Dussuel, que a pesar de su falta, vivió y murió con dignidad. Cuando en 1956 fundé el Ictus, él me ayudó a conseguir un lugar para las clases y los ensayos. Con el Padre Rafael Maroto, nos instaló en la Escuela Sindical Padre Hurtado. Alfredo Délano nos regaló la Volcanita. Es imposible olvidar al señor Lobos-Chumita, que ya mencioné, quien llevó a trabajar al colegio, en la secretaría, a un joven muchacho, que sería secretario de San Ignacio por varias décadas,

culminando su carrera como rector del Colegio: Samuel Muñoz. Varias generaciones de ex-alumnos, lo recordamos con cariño y amistad.

Sin la menor duda, uno de los personajes que más influyeron en mi generación y en otras posteriores fue el padre Alberto Hurtado Cruchaga y el hermano Idelfonso Delgado Espada. Uno ya está en los altares, el otro todavía no. El Padre ejercía sobre los jóvenes, una suerte de embrujo, por su entusiasmo, su virilidad, su piedad. Yo lo conocí en mi casa, pues había sido compañero de colegio de mi papá igual que con don Germán Domínguez y monseñor Manuel Larraín. El padre Hurtado decía que los tres votos, castidad, pobreza y obediencia, no eran tan difíciles de cumplir; el ambiente, la vocación y el auxilio de Dios, ayudaban. De lo que nunca se acostumbró, aunque lo cumplía, era la levantada temprano. Dormía una corta siesta sentado en una silla. Más de una vez lo vimos, y también unos hilillos de sangre que le corrían por las pantorrillas. En esa época los jesuitas usaban silicio.

El padre Hurtado decía que no le gustaban los colegios mixtos «porque hacían a las niñas más hombres y a los niños más mujeres».

El hermano Delgado, rumbo a los cien años en este siglo XXI, ha sido el camino por donde transita la mejor tradición del Colegio: la fe, la disciplina, el buen talante, el compañerismo, la amistad, todo esto «A la Mayor Gloria de Dios».

En el colegio abundaban los sobrenombres, con apodos de animales: Sapo, mula, pollo, vaca, marmota, chancha, salmón, laucha, gato, chuncho, conejo, pelícano, lora; todos compañeros muy queridos. No era raro que una «vaca» tuviera de hermano a un «pollo», es el caso de los Zañartu.

Algunos compañeros destacados de mi época y de tiempos más recientes: Saló San Miguel, Andrés Prieto, Raimundo Infante, Fernando Riera, Sergio Livingstone, Gabriel Valdés, Rafael Eyzaguirre, Sergio Molina, Raúl Troncoso, Jaime Ravinet, Eugenio Yrarrázabal, Arsenio Alcalde, el padre Juan Ochagavía, el padre Raúl Hasbun, Vicente Sotta, el padre Agustín Sánchez, el padre Luis Covarrubias, Jaime Martínez.

El hermano Delgado era tan hinchado del Guatón Livingstone, que los Domingos, cuando jugaba la Católica, llevaba a todos los internos que estaban castigados, en un bus del colegio, al estadio. Se ubicaban en galería, formando una pequeña barra para avivar a Sergio. El Sapo siempre acudía a saludar a su claqué particular.

En el colegio no era puro fútbol, como algunos peladores, especialmente de los Padres Franceses, propalaban. Entre ellos se destacaba Víctor Manuel Muñoz Risopatrón, anti-ignaciano confesional. Tal vez porque éramos imbatibles.

Confirmando lo dicho, el padre Mestre tenía a su cargo los Círculos de Estudios, destinado al conocimiento y práctica de varias disciplinas culturales y formadores. Yo me inscribí en oratoria. En la primera reunión, que se hacían después de las horas de clase, el Padre nos pidió que hiciéramos un discurso, totalmente improvisado en el momento. Lo hice. El Padre Mestre me hizo la crítica:

-Hablas con el mismo entusiasmo con que lo hace el padre Hurtado.

Por cierto, que no valoré en ningún sentido la opinión que daba sobre mi improvisación.

Como las calles aledañas a San Ignacio, eran nuestras canchas, un día vimos gran cantidad de gente apostada a lo largo de la calle Del Ejército -así la llamaba mi abuela- esperando, tal vez a algún personaje importante. Le preguntamos a un policía quien nos informó, que se estaba esperando la pasada del mandatario cubano, Fulgencio Batista, en visita oficial a Chile. Batista era un sargento (R.), que había asumido el poder, por caminos no muy ortodoxos. Casi esquina con la Alameda, se apostaba una entusiasta y numerosa formación del partido Comunista chileno, quienes, incluso con orquesta y exóticas rumberas, animaban la fiesta y honraban a Batista. ¡Cómo cambian los tiempos!

En otra ocasión, transitando por la calle Castro, vimos a un niño chico sentado en la grada de la puerta de su casa, con guantes de Box, firmemente amarrados. Haciéndonos los graciosos, le preguntamos si era pugilista, y el niño nos dijo que los guantes se los ponía la mamá, para que no se metiera los dedos a las narices.

Viejos sucedidos

Fue ministro de relaciones exteriores, un connotado ciudadano y figura pública, don Ramón Gutiérrez Allende. Su único defecto, si así puede llamarse, era ser muy distraído. Un día, sábado, llegó tarde a su casa, en la zona de la Plaza Brasil, a almorzar. Mientras pasaban a la mesa le comentaba a su señora, la impopularidad del gobierno. Comentaba textualmente:

-Como era tarde, despaché al chófer a su casa y me vine manejando yo mismo. Por Morandé llegué a Compañía y bajé hacia Brasil. Como el coche tiene patente fiscal, sin duda los transeúntes reparaban que era un auto del gobierno, y todos, sin excepción, me hacían toda suerte de gestos y morisquetas.

Claro que la gente notaba que el auto era de un ministro de Estado, pero lo que don Ramón no se dio cuenta, era que había transitado catorce cuadras contra el tránsito. Esto me lo contó su hijo, Sergio Gutiérrez Olivos.

Se supo, que en el Estadio Militar, ubicado en el costado sur del Parque Cousiño, se iba a efectuar un partido de fútbol, entre la Universidad Católica y la Chile. Este, precursor Clásico Universitario, se efectuó el 13 de junio de 1937. La Beatriz Jara, natural de Antuco, antigua y recordada empleada de mi casa, me llevó en el carro 19. El estadio estaba bote a bote. Dos bandas de música alegraban el ambiente. Los alumnos de ambas universidades, alentaban a sus respectivos equipos. La U. C. formó con Loézar, Prohens y Arana; Álvarez, Rivas y Buccicardi; Pásara, Lira, Bown, Bolumburo y Braithwaite. La U.: Simián, Miranda y Murua; Fuentes, Las Heras y Lira; Holzapfel, Becerra, Suárez, Cabrera y Riera.

Cuando meses después, nuestro compañero de colegio, Serio Livingstone, fue nombrado arquero de la Católica, llegamos al paroxismo Con Salo fuimos, el año 1938, los primeros y únicos niños, socios de la Católica: Salo el número 507 y yo el 506. La fotografía para el carnet, la sacamos con un fotógrafo ambulante, en la Plaza Almagro.

La torre de sangre

El mismo año de nuestra entrada e incorporación al Club Deportivo de la Universidad Católica, ocurrió un hecho político de inusitada violencia: el tristemente célebre «5 de septiembre». Fue grande la impresión que estos sucesos nos causaron, cuando faltaban menos de dos meses para la elección presidencial. Trataré de relatarlos, tal como los vi, o se comentaba. Serían la una y media de la tarde, cuando nos encontrábamos chuteando en el patio de cemento, sentimos unos estampidos. Eran disparos. No pudimos averiguar qué pasaba, por qué nadie sabía nada. Partimos hacia la zona de la Moneda, porque de esa dirección nos llegaban los estampidos. Pudimos ubicarnos en Teatinos con Moneda. En esa esquina estaba el Ministerio de Justicia. Vi a los nazistas en las ventanas disparando. Pero veamos en orden cronológico los hechos. Cerca del medio día, había una reunión en una de las salas de la Universidad de Chile, presidida por el Rector don Juvenal Hernández y con la asistencia de diversos funcionarios del Ministerio de Educación, vinculados con las actividades deportivas. Recordemos que el Estadio Nacional durante muchos años, fue una repartición del mencionado ministerio. Por el Instituto Nacional, saltando algunas murallas, un grupo de civiles armados, irrumpió en la universidad, tomando a don Juvenal y resto de los presentes como rehenes y acto seguido ocuparon la Casa Central universitaria. Esta parte la supe, pues don Ramón Palma, recordado administrador del Estadio, era uno de los que fueron hechos prisioneros. Paralelamente, otro grupo procedió a tomarse el edificio del Seguro Obrero, ubicado en Morandé con Moneda, esquina encontrada con el Palacio Presidencial. Un carabinero de franco, que notó algo anormal en este grupo de gente, que ingresaba fuera de las horas de oficina, trató de pararlos. Uno de ellos le disparó matándolo en el acto. El cuerpo del malogrado policía, cayó sobre el capó de un auto que estaba estacionado en la puerta del Seguro. Este vehículo estaba esperando al papá de Willy Arthur, que era uno de los ejecutivos del servicio. Santiago era mucho más chico que ahora, por lo tanto, ya todo el mundo sabía que estaban atacando la Moneda. La actual radio Nuevo Mundo, que entonces tenía otro nombre, transmitía proclamas a favor de los insurgentes, las cuales se emitían desde un lugar de la pre-cordillera, usando la antena de la emisora para aumentar su potencia. Esta radio clandestina, con la clave de Pitón 10, la manejaba un joven universitario nazista, que luego sería el doctor Óscar Jiménez. Con el correr de los años, llegó a ser ministro de Salud, de los primeros meses del gobierno de la U. P. Mi mujer y yo, tenemos una deuda de gratitud con este médico, que, como ministro nos ayudó a que un hijo nuestro, Pedro, de pocos años, pudiera ser operado.

Volviendo al tema de la antena, no sé por qué razón no podía ser interceptada o callada. Un sargento de Carabineros, de una puntería excepcional, recibió la orden de dispararle. De un tiro cortó la antena.

Otro ingenioso sistema que usaron los nazistas, para apoyar su golpe y crear un ambiente caótico, era llamar por teléfono a cualquiera persona, y cuando esta contestaba, fingían un diálogo, ad hoc, para dar la sensación que eran líneas cruzadas. En estos casos, todo el mundo se queda escuchando. Por cierto que los diálogos eran alarmistas y ponderaban la toma de la Moneda y la colaboración de algunos regimientos.

El intercambio de disparos era intenso en la universidad. La autoridad dispuso que una pieza de artillería del Regimiento Tacna, llegara al lugar de la pelotera y derribara la puerta de la Casa de Bello. Se hizo. La puerta desapareció con el impacto. El cañón al retroceder hirió al oficial. Los que se habían tomado la universidad, se rindieron, y en una larga fila, algunos con las manos en alto y otros con ellas sobre la cabeza, marchaban por la Alameda y luego por Morandé, para que pasaran frente al edificio del Seguro Obrero, y sus compañeros se desmoralizaran. Los vimos pasar frente al Seguro, y cuando ya iban llegando al costado del Banco Central, los hicieron devolverse.

Durante algunos minutos no está claro que ocurría, con las fuerzas policiales; una parte de ella, seguía cambiando disparos con los sublevados, y otro fuerte contingente, concentrado en una puerta lateral que da a la calle Moneda, frente a donde estaba el Diario Ilustrado. Los nazistas estaban apostados en diferentes pisos. De pronto, en las ventanas del piso más alto, apareció una bandera blanca. Los ocupantes del edificio se rendían. Entonces, por la puerta lateral que hemos mencionado, la policía comenzó a subir. Los fusileros nazistas de los pisos inferiores, parece que no se percataron de la bandera blanca que habían sacado por la ventana, sus compañeros del último piso, por lo tanto, cuando se enteraron que los carabineros subían por las escalas, comenzaron a disparar y a arrojar cuanto objeto pudiera servir en la defensa: Máquinas de escribir, sillones, escritorios eran lanzados por la caja de la escala. Las fuerzas policiales, que subían porque habían visto bandera blanca, se sintieron traicionadas y víctimas de una trampa. La reacción fue muy dura. Hicieron subir a los prisioneros de la universidad como escudos humanos. Se cometieron excesos injustificables: los mataron y repasaron a todos. El general don Leonidas Bravo, en su libro Memorias de un auditor de guerra, cuenta que en algunos lugares del recinto, la sangre le llegaba hasta los tobillos. Con razón el edificio del Seguro Obrero fue llamado la Torre de Sangre. Debido a su parentesco con mi señora, tuve la inapreciable oportunidad de ser su amigo y escuchar de sus labios, pormenores de esta tragedia. Otro testigo, fidedigno y veraz, fue el recordado Padre Gilberto Lizana, quien en su calidad de capellán de la policía, subió a los pisos de mayor cantidad de cadáveres, por si todavía pudiera ayudarse, espiritualmente, a algún moribundo. Bajo un montón de cuerpos, se dio cuenta que uno estaba vivo. Mientras musitaba algunas oraciones por los fallecidos, le dio a entender al sobreviviente, que estuviera tranquilo, pues él lo iba a salvar. Así lo hizo. Tengo entendido, que también hubo otro, que logró salir con vida. Con el paso del tiempo, uno relata estos hechos con mucho desenfado, casi con espíritu deportivo, pero cuando estas cosas ocurrieron, el país estaba desolado. Horrorizado; era difícil borrar de la memoria las imágenes fotográficas de diarios y revistas. Para mí, hay una visión, que me persiguió por muchos años: los nazistas, vestidos de civil, algunos con sombreros e incluso con

sobretodos, avanzando por la calle Morandé, con los brazos en alto. Todos dieron la cara. Ninguno de ellos se ocultó con pañuelos o pasa montañas. Aun que estaban equivocados en sus procedimientos, eran chilenos valientes. Una placa de bronce, en la esquina del ex Seguro Obrero, los nombra y los recuerda.

La situación política del gobierno era desesperada. El presidente Alessandri asumió toda la responsabilidad de la represión. Se ordenó la prisión de Ibáñez, a la sazón candidato a la Presidencia de la República, al comprobarse su participación en la conspiración, cuyo objetivo era derrocar al gobierno, pues había la certeza entre los conspiradores, que el aparato estatal iba a intervenir en beneficio de la candidatura de don Gustavo Ross, candidato oficial a la presidencia. Ibáñez era el candidato del partido nazista. Al no poder continuar en campaña, sus fuerzas apoyaron a don Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular, integrado por radicales, socialistas y comunistas. Don Pedro, acompañado de su comando, acudió a la sede central del nazismo a agradecer y aceptar la adhesión. Por lo demás, no faltaba mucho para el acuerdo entre Hitler y Stalin: el pacto von Ribentrop-Molotov.

Don Pedro, presidente electo

La elección se había llevado a efecto, el 24 de octubre, por lo tanto al nuevo presidente le correspondía asumir el 24 de diciembre. A don Arturo le quedaba pasar todavía el último Rubicón: la inauguración del Estadio Nacional, tal vez la obra pública, de su gobierno, que él más apreciaba. Semanas antes de entregar el mando, se realizó una gran programación deportiva y artística, en el nuevo y hermoso recinto. El Estadio estaba repleto. La efervescencia contra el gobierno y en especial hacia Alessandri, era feroz. Cuando la gente se enteró que estaba en la tribuna oficial, los insultos y la pasión, realmente sobrecogía. Yo estaba en el Estadio. Todo esto lo oí y lo vi. Ahora le paso la palabra a don Eduardo Alessandri, que lo acompañó ese día. Me contaba don Eduardo, que en la familia le insistieron que no fuera. No hubo caso. Estando ya en plena ceremonia inaugural, decidió hacer uso de la palabra. Don Eduardo le quitó el micrófono, produciéndose un bochornoso forcejeo entre padre e hijo. Ganó don Arturo y empezó a hablar. La gente bramaba en contra. Don Eduardo me decía que él estaba seguro que los iban a matar. Y, por cierto, moriría junto a su padre. El León, impertérrito, seguía con su discurso. No sé si por cansancio, u otra razón misteriosa, la muchedumbre se fue quedando callada. Se podían entender algunas de las palabras de Alessandri. Él estaba diciendo, con su tono pausado y profundo:

-Todas las tardes después de terminar el trabajo en la Moneda, salía a recorrer Santiago, buscando el mejor sitio para construir el Estadio para el pueblo. Un día pasé por estos parajes. Le dije al chófer que detuviera el auto. Me bajé y le confidencí: «Aquí construiré el Estadio; sobre estas verdes praderas y al pie de estas blancas montañas, que ya parecen

indicarme el camino del cielo». El León comenzó el discurso en medio de una monumental rechifla. Al final, su adorada chusma lo ovacionó.

El Frente Popular

El presidente Aguirre Cerda, asumió en vísperas de Navidad.

Había temor en amplios sectores ciudadanos. Estaba vivo el conocimiento de las tropelías, anti religiosas, de la reciente Guerra Civil española, donde el Frente Popular de la península, se encarnizó con los sacerdotes, monjas e imágenes religiosas. En Chile, para evitar sacrilegios los párrocos mandaban guardar los vasos sagrados, en casa de familias de confianza, que tuvieran cajas fuertes. En mi casa se depositaron objetos litúrgicos de la iglesia del Corazón de María.

En la iglesia de San Francisco, era tradicional el Mes de María. En esos entonces, la Pérgola de la Flores, estaba en el medio de la Alameda, frente al templo. Las devotas pergoleras llenaban el altar de la Virgen de nardos y azucenas. A la hora que se rezaba el Mes, las brigadas socialistas, de uniforme, cantaban a la entrada de la iglesia:

-Que vivan los pobres del mundo...

Mientras adentro se entonaba:

-Venid y vamos todos...

Entre los uniformados estaba el doctor Allende. Más de medio siglo después, sus amigos y parientes le hicieron una estatua. Sin uniforme.

Siendo consecuentes con la verdad, debemos reconocer, al menos los de mi generación, que durante estos gobiernos radicales, en el ámbito artístico y cultural, nacieron importantes realizaciones: La Orquesta Sinfónica, el Ballet Nacional dirigido por el notable Ernest Uthof, el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, los bien recordados Clásicos Universitarios. Yo soy hijo putativo de estas realizaciones.

Otro hecho y personaje destacable, del gobierno del Frente Popular, era don Ismael Edwards Matte, arquitecto, vinculado por sangre y relaciones, a las más conspicuas familias chilenas. A pesar de ello, trabajo por el triunfo de don Pedro. Sin duda por su gran enemistad con Alessandri. Cuando Aguirre Cerda asumió, don Ismael, con el seudónimo de «El Vigía del Aire», diariamente, en la noche, y por cadena nacional de radio, transmitía una audición política, de defensa del gobierno y pinchazos a la oposición. Como es natural, era aplaudido por algunos y execrado por otros.

Se nos acerca la guerra

Un buque escuela alemán, de la armada de ese país, un hermoso velero de tres palos, lo sorprendió la guerra, al ancla en Valparaíso. Su nombre era «Priwal».

Como no podía volver a su patria, pues no tenía como defenderse, optó su capitán por quedarse en nuestro puerto, en calidad de internado. No podía salir hasta que terminara el conflicto. Los veraneantes seguíamos a los cadetes, en una manera de acercarnos a la guerra. Esta experiencia infantil, se acentuó, cuando una vez ocurrido el combate de Punta del Este, en Uruguay, donde se batió el acorazado de bolsillo Von spee, contra tres cruceros ingleses, uno de éstos, el Exeter arribó a Valparaíso. Como nave de guerra, de un estado beligerante, solamente podía estar cuarenta y ocho horas en nuestras aguas. Esos dos días, en que los tripulantes ingleses, salían a caminar por las calles del puerto, tal como diariamente lo hacían los alemanes, era para nosotros de un atractivo tremendo. Seguíamos, a un grupo o al otro, para ver que iba a pasar cuando se cruzaran en su paseo. En la plaza Victoria, frente a la iglesia del Espíritu Santo, se encontraron. Con toda cortesía, se saludaron mutuamente. Hasta aquí, la guerra iba lo más bien.

El gobierno alemán, después de un año de permanencia de su buque internado, decidió donárselo a la Armada de Chile. Esta lo recibió y lo bautizó con el nombre de Lautaro. Reemplazando como buque escuela a la vieja Baquedano. Nuestro «Vigía del Aire», era muy anti-germanófilo, por lo tanto, aprovechó la oportunidad, y dijo en uno de sus programas cotidianos, que Chile, al recibir el Priwal, debiera retribuirle a Hitler, mandándole de regalo a Jorge González von Marés. Como pasa con casi todas las cosas humanas, con el tiempo don Ismael se aplacó. Cambió de giro, dedicándose al arte en general y al teatro en particular. Fuimos amigos. Un par de lustros después tuvo una audición radial, semanal, que se llamaba «La Mesa Redonda del Teatro». Se transmitía todos los sábados a las tres de la tarde. Cuando hice la caída del Disco Volador, me hizo un gran homenaje, incluso publicando avisos en El Mercurio, por lo que él consideraba «La genial broma del siglo».

La Lautaro, ex-Priwal, con guardia-marinas a bordo, y llevando un cargamento de salitre, a la cuadra de las costas peruanas se incendió y se fue a pique. Murió el segundo comandante, algunos cadetes y marineros.

Me comentaba un día el presidente Frei, que don Pedro, a pesar de ser presidente de radicales, comunistas y socialistas, todos los jueves, en la tarde, salía de la Moneda por Morandé 80 y se dirigía a pie, hacia el Club de la Unión, al salón Verde, a jugar billa.

El terremoto de Chillán

A los 30 días de haber asumido el nuevo gobierno, la noche del 24 de enero, un violentísimo terremoto azotó el centro y sur del país. Chillán, Concepción, Parral, solamente por nombrar los que esos momentos más se mencionaban. Fuimos reclutados de inmediato por el colegio, para preparar colchones destinados a los damnificados.

Un episodio trágico lo constituyó el caso de una muchacha, que llegó traumatizada desde Chillán. Sus amigos santiaguinos, para distraerla la llevaron al cine Matiné en el Teatro Carrera. Daban la película Llegaron las lluvias. En una parte de la cinta ocurre un terremoto, esta pobre niña entró en pánico y se tiró de la platea. Este teatro tenía la platea en el segundo piso.

«Manso Terremoto»... Con este encabezamiento en primera página, un linotipista, se fue de recambio, al ser sorprendido por el sismo, en circunstancias que todos los periodistas ya se habían retirado y el diario traía otra noticia en su portada.

Un recuerdo desgarrador, era escuchar a Renato Deformes, el famoso locutor, quien por la Radio Cooperativa Vitalicia, en onda corta, se comunicaba con la zona desbastada, tomando contacto con una radio de esa zona. Día y noche escuchábamos a Renato: «Llamando a C. B. T. Chillán, C. B. T. Chillán...» A esto se agregaba los datos que iba dando el locutor sureño, ante las preguntas de Santiago: «Toda la familia muerta. De los Valenzuela, don Luis y la señora están vivos. Los hijos murieron», etc., así todos los días y durante día y noche.

El ingeniero don Guillermo Franke, con los camiones de su empresa constructora y con la maquinaria que pudo llevar, más sus trabajadores voluntarios, fue el primer socorro que llegó a la zona del cataclismo. El padre Hurtado y otros sacerdotes, en un viejo automóvil de la Compañía de Jesús, conducido por el hermano Delgado, emprendieron marcha hacia Chillán, los preocupaba el colegio y el noviciado de la orden.

El doctor Max Müller, un joven estudiante de medicina, integró un equipo de auxilio, que a las cuarenta y ocho horas, partió hacia el sur. Conozcamos su relato inédito:

«Al día siguiente de haber ocurrido el terremoto, y conociéndose ya su magnitud, fuimos llamados los miembros de la Falange, especialmente médicos y estudiantes de medicina, a viajar al sur, en auxilio de los damnificados. El grupo lo encabezaba el Dr. Enrique Waugh Rojas y lo integraban, entre otros, el Dr. Ismael Canessa, así como camaradas de la Escuela de Medicina. Se ofreció y viajó, en calidad de camillero, mi amigo de toda una vida, Alfonso Naranjo Urrutia».

Agrega el Dr. Müller, que todos los gastos del viaje y la estadía en la zona, corría por cuenta de cada voluntario. Se embarcaron en el «nocturno» y llegaron a Talca, a media noche. En la estación los esperaba un camión de la empresa Frank, que los llevó hasta Parral. El vehículo no podía seguir por estar los caminos cortados. Continúa el relato:

«Para poder continuar hacia la zona que era más urgente la ayuda humanitaria, se nos ocurrió conseguirnos coches con caballos, que nos transportaran a Chillán. En el trayecto, entre barquinazo y barquinazo, pudimos dormir algo. Con el sol alto, llegamos. El espectáculo era horroroso. Todo estaba en el suelo. En la plaza, había un solo edificio en pie: la compañía de teléfonos.

Nos presentamos ante el médico jefe de la ciudad, el Dr. Valdemar Coutss, profesor de buen prestigio. Nos recibió pésimo. Para justificar su actitud, nos preguntó si veníamos a trabajar en serio, pues estaba hasta la coronilla con las brigadas socialistas que deambulaban con sus camisas plomas y corbatas rojas. Nuestro Dr. Waugh, le contestó directo y golpeado. Todo se aclaró. Nos llevó hasta un plano de Chillán y procedió a indicarnos los sectores de la desbastada ciudad. Yo fui designado, acompañado por una enfermera de la Cruz Roja, a hacer un listado con los heridos, enfermos, y sobrevivientes».

A continuación el Dr. Max Müller, nos cuenta, lo que fue, realizar la labor a que habían ido, y cumplir con lo encomendado:

«Caminar por las calles, en un caluroso día de enero, en una de las ciudades más cálidas de Chile en el verano, con el hedor de los cadáveres, todavía sin ser sepultados, es penoso y mortificante. No podíamos acercarnos mucho, a donde se supone que estuvieron las veredas, porque a cada momento se derrumbaban, algunos escombros que aún estaban en pie. Para que decir entrar a las casas destruidas y encontrar, en el último patio, gente acurrucada, con la vista extraviada por el horror. Muchos llevaban dos días sin comer ni beber.

En la tarde se produjo en la Plaza de Chillán, un espectáculo macabro. En uno de los muros del teatro aparecía colgado el cadáver de una persona que había sido atrapada en la grieta de una cornisa. El Dr. Coutss mandó a un estudiante de medicina a desarticular la muñeca de la mano de la cual pendía el cadáver. El muchacho hizo lo mandado. El cuerpo cayó produciendo un extraño ruido. El Dr. Coutts era descendiente de belga y había luchado en la primera Guerra Mundial, en 1914. Tenía gran experiencia en desastres. A pesar de ello, recibió la orden de abandonar la plaza. Sus públicas críticas a las brigadas de corbata roja, sin duda, causaron su alejamiento. Esa noche, antes de partir, le indicó al Dr. Waugh que se hiciera cargo del tren nocturno, que estaba en las afueras de la estación. Este convoy ferroviario había partido de Chillán hacia Santiago, minutos antes del terremoto. Cuando vino el remezón, el maquinista detuvo la máquina y no se atrevió, por prudencia, a cruzar el largo puente de Cocharcas, y, retrocediendo, volvió a Chillán. Ahí se encontró con la estación en el suelo. Ese tren lo convertimos en hospital. En él embarcamos los pacientes más graves, con fracturas de extremidades y de columna. Después de tener el tren repleto

de heridos, partimos hacia la capital. El Dr. Coutts nos acompañó. El convoy se movía a la vuelta de la rueda, pues había gran temor con el puente de Cocharcas. Los médicos y estudiantes, nos reunimos en el coche comedor. El pánico era evidente. Si el puente no resistía, moriríamos juntos. El Dr. Coutts ordenó cantar la Canción Nacional. La repetimos tres veces. Pasamos Cocharcas».

El futuro Dr. Müller, en una prueba de confianza de sus superiores, recibió la misión de custodiar la morfina, el calmante supremo para los desgarradores dolores de los enfermos y accidentados. Las ampollas las guardó en lo único que disponía: una caja de zapatos. No podía darle el analgésico, a nadie que no fueran los doctores Coutts o Waugh, o a quien ellos ordenaran:

«No me separaba ni un instante de mi valiosa caja. A las cinco de la mañana, llegando a Linares, recibí la orden, de acompañado por un carabinero, ir a una panadería y requisar canastas de pan fresco.

No se permitía que nadie subiera al tren, donde nos deteníamos a hacer agua y carbón. Cientos de personas se agolpaban en las estaciones, tratando de viajar a Santiago. Pero teníamos que velar por los heridos. Lentamente el tren siguiendo avanzando hasta que llegamos a Talca. En esa estación que estaba bastante dañada, entre la gente, divisé al padre Hurtado, que era uno de los que quería embarcarse. Le abrí la puerta del vagón y le expliqué la orden que se nos había dado. Le pregunté si Santiago era su destino. Me respondió que sí.

-Padre, voy a quebrantar el mandato que hemos recibido, pues usted puede asistir y confortar a este pobre gente.

En otro momento del viaje, creo que Curicó, se me presentó un anciano de barba venerable que me dijo:

-Soy el doctor Darío Benavente.

Era nada menos que el profesor de anatomía de la Universidad de Concepción, quien me solicitó una ampolla de morfina para una paciente que él acompañaba con una fractura expuesta y un trozo de hueso le asomaba por la pierna. El Dr. Benavente me dio una lección:

-Los dos medicamentos más útiles son la morfina y la tintura de yodo; uno actúa como desinfectante y el otro como calmante.

El doctor pincelaba cada cierto tiempo la herida y le colocaba morfina para aliviar el dolor. De esta manera, yo había roto dos órdenes: dejar subir al padre Hurtado y darle morfina al Dr. Benavente. Jamás me he arrepentido. El obedecer, no significa no aplicar el criterio».

Después de tres días sin dormir y comiendo algún pedazo de pan, llegó a Santiago el tren con los heridos. Su arribo fue en la estación de Pirque. Esta terminal ferroviario, estaba a la entrada del hoy Parque Bustamante, donde se encuentra la estatua a Manuel Rodríguez. Principalmente esta estación, estaba destinada al ferrocarril, de trocha angosta, que unía Santiago con Puente Alto. Al margen de este servicio, existía un desvío de trocha ancha, entre la estación Alameda, San Eugenio y estación de Pirque. Termina el relato de esta misión médica voluntaria, organizada por la Falange Nacional. Dice Müller:

«Llegamos cansados como perros. Nos costaba mantenernos despiertos. El tren llegó a esa estación, porque quedaba cerca de los dos hospitales más grandes de Santiago: Salvador y San Borja. Las ambulancias trasladaron a los enfermos y heridos que llagaron con vida, a los hospitales que ya les estaban designados. Todo el equipo se relajó. Habíamos estado en permanente tensión. Éramos como sonámbulos. Cada partió a su casa. La mayoría a pie. Llegué a mi modesta pensión de estudiante, en la calle Santo Dumontt. Me tiré en la cama vestido. Antes de dormirme, puse los pies en un lavatorio con agua. Tras diez horas de sueño, desperté, con los pies macerados».

Hoy día, en Chillán y Concepción, lugares en que los he visto, todavía quedan rastros de este «Manso Terremoto».

La estación de Pirque

Recordando el relato del Dr. Müller, hemos mencionado la Estación Pirque, muy ligada a las evocaciones infantiles de varias generaciones. En aquel lugar se tomaba el tren de trocha angosta, rumbo a Puente Alto. En ese pueblo se trsbordaba al Ferrocarril Militar, el cual se internaba por el Cajón del río Maipo, rumbo al Volcán, en plena cordillera. La línea pasaba por hermosos pueblitos de montaña: El Canelo, La Obra, San José de Maipo, San Gabriel, este ultimo famoso por su rodado, y algunos otros. En esos entonces no existía la cultura de vida al aire libre, como ahora, por lo tanto no existían las ropas ni tenidas apropiadas, para estas eventuales excursiones. Nuestras madres, para estos viajes a la nieve, nos «cacharpeaban» de la siguiente manera: pantalones cortos, chomba, vestón, sobretodo, bufanda, guantes, calcetines largos de lana, zapatones con papel de diario, galochas y jokey. Cuando íbamos dentro del tren, bufábamos de calor. Pero el sumum de la protección maternal, sin tasa ni medida, era cuando se nos tiraban encima y tapándonos nariz y boca, no nos permitían respirar. Cuando ya nos estábamos poniendo azul, nos permitían volver a consumir el aire del recinto. Qué pasaba. Sencillamente, que al poco salir el tren de la

Estación de Puente Alto, este pasaba frente a los hospitales y sanatorios de los enfermos de tuberculosis, y cada mamá cuidaba a su niño del contagio. Para entender este agresivo proceder, recordemos que la tisis era más temible que el cáncer, puesto que era una grave enfermedad, que se transmitía de uno a otro ser humano, incluso sin contacto directo. Los bacilos del terrible mal, flotaban en el aire, al menos así pensaba mi mamá.

El Congreso Eucarístico

Con tantos temores y desgracias, la gente y el país, volvieron sus ojos hacia Dios. Este anhelo de auxilio y de protección Divina, se materializó en el anuncio y feliz realización de un Congreso Eucarístico. El gobierno -era que no- prestó gran colaboración. Frente a la Moneda, por su fachada sur, se construyó un monumental altar. Este tapaba la pila, que era de buen tamaño, y agregaba desniveles, plataformas y una gran Cruz blanca de veinte metros de altura, equivalente a un edificio de siete pisos. Como delegado personal del Sumo Pontífice, llegó a Santiago, el cardenal Copello. Hubo momentos cumbres de los diversos actos y liturgias. En la misa que se celebró, usando el altar de la gran cruz, y con asistencia multitudinaria, en el momento de la Consagración, un clarín del Ejército, tocó silencio, mientras, por el cielo pasaba una escuadrilla de la FACH, formando una cruz con sus aviones. Otro momento memorable, lo constituyó la alocución del Papa, el cual, directamente desde el Vaticano, pronunció un mensaje por radio, que fue amplificado, con acierto, por Eduardo Costoya, técnico insuperable. Los cientos de miles de asistentes, escuchamos claramente a Pío XII. El saludo del Pontífice fue breve. Recuerdo que hizo alusión a la Virgen del San Cristóbal: «Que protege a Santiago y a todo Chile». Tuvo palabras encomiásticas para nuestra Universidad Católica.

Al segundo día del Congreso, en la mañana, se efectuó la comunión de los niños en el Estadio Nacional. En la mañana, porque en esa época se comulgaba en ayunas. Se estimó en setenta mil los niños, que esa mañana, recibimos la Eucaristía.

Permítanme algunos comentarios sobre el Estadio Nacional, que durante más de la mitad de mi vida, ha sido escenario de algunas de mis actividades artísticas, junto al Teatro Municipal. En ese recinto, se han alternado y mezclado, diversos actos, sucesos, disciplinas, circunstancias y talentos. En su cancha se montó la ópera Aída, se jugó un Mundial de Fútbol, batió varios récords de atletismo el ejemplar Guillermo García Huidobro, Arturo Godoy y José Luis tuvieron un combate de exhibición, cuando este último todavía era Campeón del Mundo. En su recinto se han realizado concentraciones políticas, espectáculos con cantantes modernos, un Viernes Santo, se representó el Drama del Gólgota. Lo malo fue, que siendo día de ayuno y abstinencia, en el Estadio se vendían sándwiches de pernil. Vi a una señora, que mientras caían lágrimas de sus ojos, mordía con entusiasmo su causeo. Terminada la Segunda Guerra Mundial, sirvió de hospedería a centenares de familias que llegaron de Europa en calidad de refugiadas. En este Estadio, Fidel Castro, durante su larga estadía en Chile, se quejaba en su discurso, por la poca asistencia en este acto en su honor.

Fue lugar de reclusión, después del Pronunciamiento Militar. Se hicieron grandes bailes con motivo de la Fiesta de la Primavera. Para ese fin, se entabló toda la cancha, para facilitar el baile y cuidar el pasto. En ese mismo lugar se conmemoró y celebró los 50 años de Carabineros de Chile.

No debemos olvidar, aunque es triste recordarlo, que cuando se estaba construyendo este edificio deportivo, se quebró y cayó la marquesina que cubre la tribuna, dando muerte a varios trabajadores. Sus nombres debieran estar escritos en la historia del Estadio Nacional. Este recuerdo, valga, como un homenaje a sus memorias.

La Segunda Guerra Mundial

El verano de 1939, veraneando en Valparaíso, me tocó conocer grandes y famosos trasatlánticos: Oropesa y Orduña de Inglaterra; Horacio, Virgilio y Augusto de Italia; los «Santas» de los EE. UU. y el famosísimo Bremen, de Alemania. Era el último respiro, antes de la segunda Guerra Mundial.

Durante mucho tiempo se especuló, que estaría haciendo en estas latitudes, el gran buque alemán. Dentro de los mitos en boga, se decía que les habría llevado armamento a los alemanes del sur. Medio siglo después, se aclaró parte del misterio. Cuando la organización terrorista del Partido Comunista, realizó el enorme contrabando de armas, que se ocultaron en minas abandonadas del norte chileno, entre otros lugares, Carrizal, los servicios de inteligencia, tras profesional trabajo, descubrieron casi todo el armamento. En búsqueda de más armas de guerra, el ejército hizo la famosa operación rastrillo, que no dejó metro cuadrado de terreno sin revisar. Y ahí surgió la respuesta, sobre el Bremen en nuestras costas. Los soldados encontraron varios centros de abastecimiento para submarinos. Éstos, convenientemente ocultos, y preservados, contenían cerveza, conservas, aceite, frutas secas, quinina, etc. Alimentos para los marinos del almirante Doenizt. Yo le habría agregado Cocoa.

En septiembre, con la invasión de Polonia, estalla la guerra. Para nosotros, lejanos y ausentes, era una gran y atractiva aventura... que costó millones de muertos. En el colegio nos dividíamos en aliadófilos y germanófilos. Los últimos sufríamos en clase de inglés con Mr. Skiuow. Para la batalla naval de Punta del Este, no me dejaba entrar a clase, ni a mí ni a la «Chancha» Cruz, ni al Papi Fontecilla, a los tres nos gustaban los alemanes. Ambos, Jaime y Javier, que en paz descansen.

En los altos del Teatro Continental nos entregaban material germanófilo de propaganda.

Muere el Presidente

El mismo día que dábamos examen de trabajos manuales, fallece don Pedro Aguirre Cerda. En esos entonces, los exámenes de los llamados ramos técnicos, eran los primeros que se efectuaban. Con los trabajos de Salo, cambiándoles las etiquetas, conque se identifica el nombre del alumno y el curso, saqué mejores notas que él.

Era nuestro profesor de carpintería, don Ramón Alegría Toro, «pariente del Conde la Conquista», como él decía. Hombre llano, rústico, simpático. Sabía su profesión. Nos encantaba con sus confidencias: «En Bolivia, una millonaria se enamoró de mí, perdidamente»... Nos señalaba que los instrumentos, eran para la música; en cambio para los trabajos manuales, se usaban los «estrumentos». Carlos del Río Rondanelli, gracioso y ocurrente, le compuso una canción, que al final del año, se la cantábamos a coro: «Muchos «estrumentos» usamos, hasta el jodío formón».

Golpe para los germanófilos

Chile rompió con el eje el día del «Roto Chileno» 20 de enero de 1941. Siendo presidente de Chile don Juan Antonio Ríos. Sectores interesados, difundieron rumores sobre un posible conflicto en el norte, para forzar este rompimiento. Desde Valparaíso, se vio zarpar, días antes, un buque de la línea naviera de los Ferrocarriles del Estado, cargado con cañones y cureñas, hasta en la cubierta. ¿Intencional para apoyar el complot, este cargamento bélico a la vista de todo el mundo? En esa época, creo que no existía la CIA, pero los chanchullos yankees, sí.

Don Julián San Miguel, padre de los San Miguel Bertrán, tras algunas incompatibilidades académicas, de algunos de sus hijos, en el colegio de San Ignacio, como buen vasco, cortó por lo sano. Los matriculó en el Liceo del Puerto de San Antonio. Como ya tenía una segunda casa en Llolleo, por el buen clima para el corazón, la logística del cambio fue fácil. Motivado por estos sucesos, comienza un período trascendental en mi vida de mozalbete: los veraneos en Llolleo, en casa de los San Miguel. Misia Clementina, madre y dueña de casa, nos cobijaba con singular bondad. Por cierto que siempre contamos con el beneplácito de don Julián. Al sur del pueblo, una colina separa Llolleo de Tejas Verdes. La hermosa hostería, los jardines, confortables casas, la gran piscina y la presencia del río Maipo, hacían de este lugar, un atractivo panorama. Por lugareños de Tejas Verdes, nos enteramos, que este balneario fue construido para que, una vez que hubiera abdicado el rey Cárol de Rumania, se fuera a vivir, con la señora Popescu. La guerra dejó a la pareja en Europa. La hostería que hemos mencionado, es hoy día la Escuela de Ingenieros del Ejército.

Ocurrido el ataque japonés a Pearl Harbour, EE. UU. entra en la guerra. Los cañones yanquis en la costa y en las dunas, para defenderse en caso de invasión nipona, nos traía la guerra a domicilio. Vivíamos en gran agitación. Nos explicaban los entendidos, que la zona del Puerto de San Antonio, era de prioridad estratégica, porque por ese lugar se embarcaba el cobre, hacia Norte América. Pero cuando llegamos al paroxismo, fue el día que unos jeeps de EE. UU., con alta voces, llamaban a los veraneantes, para pintar de negro los vapores, de esa nacionalidad, que estaban al ancla en San Antonio. Eran las mínimas medidas por miedo a los submarinos. Como era un trabajo, nos lo pagaron. Y muy bien, en dólares. La plata la hicimos añicos en la Hostería de Tejas Verdes.

Elecciones presidenciales

Como el lamentable deceso del Presidente ocurrió en diciembre, las elecciones presidenciales, no se efectuaron sino hasta el año siguiente. Ríos versus Ibáñez. Los germanófilos estábamos con este último, a pesar que don Juan Antonio, había sido presidente de la A. A. A. (Asociación de Amigos de Alemania). Es oportuno señalar, que los partidarios de Alemania, en la guerra, nada sabíamos ni entendíamos sobre el régimen Nacional Socialista que gobernaba ese país, ni sus horrendas consecuencias contra el pueblo judío.

A Ibáñez lo apoyaba la derecha, la misma que había ayudado a derrocarlo en la década del 30. Solamente un sector del Partido Liberal, acaudillado por don Arturo Alessandri Palma, estaba con el candidato Ríos, por la tradicional enemistad del León, contra el Caballo Ibáñez. La última concentración de don Juan Antonio, fue en la avenida Bulnes, estando el estrado, tras del monumento de aquel general. Evidente que el número fuerte de ese acto, era el discurso de don Arturo Alessandri, preclaro y fogoso orador. Desde la zona de acceso al Cine Continental, surgió un vendedor de maní tostado, con su clásico buque humeando. Después se supo, que este, era pariente de una de las víctimas de la masacre del Seguro Obrero, y en su inocente embarcación llevaba una bomba, para asesinar a don Arturo. Un carabinero le solicitó el permiso municipal a este manisero, y como no lo tenía, le impidió comerciar entre la gente, y por cierto el acercarse al estrado. Conocí al «manisero»; supe su nombre, pero lo he olvidado en consideración a algún descendiente de ese fracasado terrorista. Alessandri, ignorante de todo lo contado, pronunció un violento discurso contra su enemigo Ibáñez:

«Señores, estamos reunidos en este verdadero Altar de la Patria. Por que lo digo; porque estamos bajo la estatua ecuestre de un general que ganó sus estrellas luchando en cien batallas; no como otro general que usurpó ese rango, sentado en su oficina y robando desde los cajones de un escritorio».

Don Arturo era temible.

Sucedidos de don Arturo, don Ramón y otros

Su apodo de «El León de Tarapacá», tiene su historia. El primero a quien se llamó así, fue al coronel Eleuterio Ramírez, héroe y mártir en la batalla del mismo nombre. Sus restos se veneran en el Regimiento Maipo en Valparaíso. Después se le cedió al poeta Víctor Domingo Silva, por su reconocido patriotismo. Todos recordamos aquel poema suyo, que aprendimos en el colegio: «Al pie de mi bandera». Siendo este, candidato a Senador, por la entonces provincia de Tarapacá, en una asamblea política, renunció a la candidatura, y proclamó a Alessandri:

-Y con las banderas del triunfo, será Alessandri, el nuevo León de Tarapacá.

Por cierto que el León ganó. Es conocida la euforia y el entusiasmo que don Arturo despertaba en las masas. Cuando pronunciaba sus discursos desde el balcón de su casa, producía delirio en la gente. La casa estaba ubicada en la acera sur de la Alameda, entre Lord Cochrane y Nataniel, y la gente fanatizada, sacaba estuco de la fachada, para llevarlos de recuerdo. Una vez Alessandri, arrojó su sobretodo hacia la multitud, para que lo despedazaran y se llevaran, cada uno, este verdadero relicario. Lo malo era, que el abrigo pertenecía a don Cornelio Saavedra, que lo acompañaba.

Las anécdotas, chascarros y sucesos que han protagonizado los políticos, son infinitos. El campeón sin duda, fue don Ramón Barros Luco. Cuando en la Revolución contra Balmaceda, fue hundido por una torpedera del gobierno, el acorazado Blanco Encalada, don Ramón estaba a bordo, en su calidad de alto dirigente del bando Congressista, y no le quedó otra que tirarse al mar para salvar su pellejo. La torpedera gobiernista, que atacó al blindado opositor, estaba comandada por un joven teniente, que sería el abuelo del distinguido periodista y escritor, mi amigo René Silva Espejo. Barros Luco no era buen nadador, esto lo percibió otro de los naufragos, que viendo cerca, una vaca que nadaba rauda hacia la playa, le gritó que se agarrara de la cola del animal. Así lo hizo. Otro nauta, más entendido y baquiano, viendo que el animal flaqueaba, se acercó nadando a don Ramón y le explicó que los vacunos se ahogan por el ano, por lo tanto tenía que obstruírselo. Barros Luco, ni corto ni perezoso, empuñando su mano, le metió mano y brazo hasta el codo por el mencionado orificio. Como dato curioso, el guardia marina, leal a Balmaceda, que apuntó y disparó el torpedo, fue el padre de don René Silva Espejo, importante periodista y escritor.

En otra ocasión, en plena sesión del parlamento, el ministro del interior informaba a la cámara, sobre los graves disturbios que se estaban produciendo en Lota: «Donde trabajadores y policías combaten arduamente». Don Ramón levantó la mano y dijo:

-¿Y quién va ganando señor presidente?

Ya que estamos recordando a políticos de otrora, no debe faltar don Luis Izquierdo. En una ocasión fue a Valparaíso a esperar a su amigo don Jorge Buchanan, el entonces dueño de la hacienda Cocalán, que volvía de Europa. Cuando lo divisó en la pasarela del buque, vio que traía puesto un hermoso abrigo, tipo Mac Farlan, esos con esclavina como los de Scherloc Holmes. Se dieron apretado abrazo, al mismo tiempo que don Luis le manifestaba su admiración por la prenda londinense. El señor Buchan, al oír los halagos a su abrigo, se lo sacó de inmediato y se lo obsequió a don Luis Izquierdo. Pasaron los años, don Luis era ministro del interior del presidente don Pedro Montt. Una mañana su secretario le comunicó que don Jorge Buchanan solicitaba audiencia. El ministro despachó rápidamente un par de papeles y ordenó que hicieran pasar a su dilecto amigo. Tratado el asunto que lo traía la Moneda, don Jorge reparó en un hermoso perchero de caoba, en un rincón del despacho. De él colgaba un abrigo, sin duda inglés, con esclavina y rica tela. El Mac Farlan, que ya conocimos. Se acercó al perchero y alabó la calidad de la tela, lo sobrio del color, etc. El ministro, se puso de pie, y con elegante ademán, descolgó el abrigo y se lo obsequió a la visita.

La última de don Luis. Don Pedro Montt era casado con doña Sara del Campo, hermosa, imponente y dominante. Ella tenía la costumbre de invitar a tomar té, una vez por semana a un grupo de ministros. Los iba turnando. Doña Sara no tenía ninguna simpatía por don Luis Izquierdo, al contrario: le cargaba. Pero era el canciller y no podías omitirlo. Una tarde ya sentados a la mesa, en un silencio, doña Sara del Campo, dijo en voz alta, sin mirar a nadie:

-Últimamente han llegado muchos siúuticos a Santiago.

Izquierdo, como un relámpago, le acotó:

-Sí, señora, y la mayoría vienen del campo.

La despedida con don Luis Izquierdo. Conjurada la tristemente célebre Rebelión de la Armada, en 1931, la Justicia dictó severas penas. Quienes fueron simples instrumentos, de los reales responsables, fueron condenados a muerte, en cambio, Astica y Zagal -llamados cabos dispenseros- se les condenó a cadena perpetua. Estos últimos, que estaban siguiendo un cursillo como alumnos libres de la Armada, dirigentes ocultos del partido Comunista, fueron los cabecillas que involucraron a honorables sub oficiales de carrera. El fusilamiento debía producirse el 17 de septiembre. La noche anterior, el gabinete en pleno estuvo reunido con relación a este ajusticiamiento. Don Luis Izquierdo, ministro de Relaciones, de pronto se puso de pie:

-Cómo se nos puede pasar por la cabeza, el fusilar a unos marinos, precisamente para Fiestas Patrias. Señores pido que esto se postergue por el tiempo que sea necesario.

Así se hizo. Nadie fue fusilado. Nos contaba Bernardo Leighton, recién recibido de abogado, que le tocó ir a entrevistar a los famoso cabos dispenseros, y dice, que cual sería

su estupor, cuando reconoció, en uno de ellos, el de anteojos -Astica- a un ex-dirigente de la Acción Católica de la Parroquia de San Lázaro.

Acercándome a los Clásicos

En 1939 se efectuaría el primer Clásico Universitario en el entonces gigantesco Estadio Nacional. Con Salo San Miguel, partimos hacia la Universidad Católica, subimos al segundo piso y preguntamos dónde estaba el Salón de Honor, pues en ese lugar se efectuaban los ensayos de la Barra. Nuestra intención y anhelo, era inscribirnos en ella. Cuando nos disponíamos a cruzar la puerta del Salón, un señor nos impidió la entrada, a pesar que éramos socios con carnet:

-Lo siento, cabritos, pero no se aceptan niños chicos.

Teníamos doce años. Andábamos de pantalones cortos. Quien nos cerró el paso era el alumno de Comercio -así se llamaba la carrera en ese tiempo-: Washington Cañas. Aún se lo enostro. Cuando ya habíamos estallado en llanto, apareció Nemesio Bertrán, alumno de Leyes y tío de Salo y nos hizo pasar. Ahí se inició mi larga carrera en la U. C. Primero en el club deportivo y luego en el teatro y después en la FEUC. Desde 1939, fui miembro de la Barra. Ocupé todos los puestos: levanté cartones, actué en la cancha, jefe de fila, pintor, utilero etc. Iba ascendiendo, y en 1945, ya estaba más cerca del Negro Aguirre, el y el Flaco Guzmán, eran nuestros héroes. Había todo un rito en los ensayos. Con el Salón de Honor, repleto de alumnos, entraba Gustavo Aguirre; gran ovación. Minutos después aparecía Jorge Guzmán, el que sería padre del asesinado senador Jaime Guzmán. El solista de nuestra claque, «el tenor de la voz de oro», se lucía cantando La casita:

-Que de donde amigo vengo, yo vengo del sur de Chile, vengo a Santiago admirar; pero más que a nada, vengo, a ver la Barra de la U. Católica.

El problema del Flaco, era que se «chupaba» y no seguía cantando. El Negro Aguirre, por razones de trabajo, se retiró de la dirección de la Barra. Después de él, en este período que culmina en 1945, hubo diversos directores: Nemesio Bertrán, el Cholo Ureta, Rogelio Chomón, el Flaco Adana. Como ya está dicho, nos habíamos acercado bastante a la cúpula de dirigentes. Éramos, Salo, por cierto, el Tuco Montero, alumno de ingeniería y eximio guitarrista. Con los años llegó a ser escritor. Gastón Concha, Ariel Arancibia y tantos, con ellos conformé mi equipo cuando tomé el mando.

En 1942, en la noche, se había estrenado una nueva canción, un himno con letra de Charle Bown y otros. La cantó Jorge Montaldo, futura primera voz de los Quincheros. La música era de dos marchas norteamericana, que Mauricio Wainer se había conseguido en el Colegio Santiago College. Vicente Bianchi, el distinguido músico, tomó una parte de una

pieza y la mezcló con otra marcha. El resultado fue espectacular. Éste fue el himno del Club, y lo que es más, de la Pontificia.

«Alta la frente al cielo
Y con fe hacia el porvenir
Llena de luz nos guía
El alma mater inmortal».

No sólo cambios de directores, hubo en esos años que comentamos, sino una suerte de vacío de poder, preámbulo de nuevos tiempos. Hubo cosas de dulce y de agraz. De dulce fue un Clásico Nocturno en homenaje al Canciller brasileño Arahna. Siempre fue recordado como hito. De agraz, dos incendios: el primero fue de una fábrica de fuegos artificiales a la cual se le habían encargados todos los elementos pirotécnicos para nuestro espectáculo. El siniestro ocurrió 24 horas antes de la presentación de la U. C. Lo que es inaudito, es que esta fábrica, un verdadero polvorín, estuviera instalada y funcionando en la calle Lo Encalada, a metros de Yrarrázabal y del Teatro Andes. Alguien podrá acordarse de ella, pues tenía una enorme torre verde, como un faro o la casa de Rapuncel. Según sus dueños, en lo alto de la mencionada torre, se efectuaban los procesos más peligrosos (El guatón Weeb).

Al grupo que he mencionado, se acercó un muchacho de leyes, con el ánimo de colaborar. Lo aceptamos gustosos. Era Rodolfo Soto Venegas, quien nos contó que su papá era regidor de la Municipalidad de Santiago, así que podíamos conseguir lo que quisiéramos en el Teatro Municipal. A mí se me había encomendado la decoración de la Torre Norte. Con carta de don Serafín Soto, llegamos a Municipal, el administrador que era don Óscar Dahm, nos atendió en forma muy deferente. Pedí trajes, los más vistosos, Aída y Thurandot. Los más vistosos... y los más caros. Resumen: un volador mal lanzado, inflamó unas cortinas, se prendió un encatrado de madera, parafina y disolventes; el incendio era en serio. Estampida... Como habíamos pedido trajes de más, la mayoría se encontraban en canastos, bajo la conflagración. La Universidad pagó los perjuicios. La ropa se mandó a hacer en Europa. Los dirigentes de la Barra de la Chile nos prestaron ayuda generosa. Organizaron un baile, en la casa central de la U., para juntar fondos para la Católica y así disminuir las pérdidas. El patio principal de la Universidad fue decorado con símbolos de ambas Barras: Chunchos y Cruces Azules. En la fachada de la Casa de Bello, sobre la puerta principal, colocamos una gran insignia de la Católica, formada por ampolletas de colores. Esto lo hicimos cuatro días antes del baile, como un elemento de propaganda. Al segundo día de estar encendida, como a las 11 de la noche, me llamó por teléfono don Juvenal Hernández, rector de la Universidad de Chile, quien, con muy buenas maneras, propias de un gran señor, como que lo era, me pidió que sacáramos el aviso luminoso. Tenía toda la razón. La fiesta fue estupenda, claro que no ganamos ni un peso. René Charpentier y sus hermanos, no le cobraban a sus amigos, que eran muchos, cuando estos se acercaban a la barra a

tomarse un trago. Desde entonces a Charpentier y su gente, se les llamó: «Alibabá y los cuarenta ladrones», con juvenil exageración.

Actor de Lucho Córdoba

Cuando la Católica jugaba los sábados, la mayoría asistíamos a la matiné del teatro Imperio a ver a Lucho Córdoba y su mujer Olvido Leguía. Sus obras eran graciosísimas; la comicidad de Lucho y su compañía era insuperable. Estábamos con Salo San Miguel, por supuesto, en las últimas filas del teatro, como siempre, repleto. En el intermedio se asoma por la puerta de la platea, y avanza unos pasos por el pasillo del medio, una niñera, correctamente de blanco, llevan a un niño de más o menos tres años. Se apagan las luces, se abre el telón y comienza el segundo acto. Con la gracia y la fuerza de siempre, entra la Olvido, lanzando una sonora carcajada. El niño, la ve y soltándose de la mano de su cuidadora, corre hacia el escenario gritando:

-¡Mamá! He tenido la oportunidad de comentárselo esto a Luchito, que ya es grande, incluso abuelo.

Yo ya estaba ligado al Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, y hacía mis primeros apromtes en el cine nacional, como comparsa y luego partiquino trabajé en una película que se llamaba el Guapo, protagonizada por Lucho Córdoba. En esa ocasión el actor nos ofreció a algunos de nosotros que ingresáramos a su compañía. Aceptamos felices. También fueron de la partida Tito Rodríguez, Carlos Molina y René Esquella. Actuamos en una obra que se llamaba El caballero de las siete lunas. Fue una de las primeras platas que gané en mi vida. Salo estaba haciendo el Servicio Militar, y cuando no estaba arrestado, por chacotear en el cuartel, iba los domingos a visitarnos. En esa ocasión, hacíamos zumbiar el viático en Pechmelba y Banana spli. En mi temporada de actor de Lucho Córdoba, pasé muchos momentos de agrado, incluso, cuando los Domingos teníamos tres funciones: matiné, vermut y noche. Muchas veces, los domingos, estaban en primera fila los jugadores de la Católica. El haber conocido a Lucho y la Olvido, fue otro de los agrados que deparó esta experiencia de teatro profesional. Hasta el final de sus días, tuvimos una cordial relación. Otro de los haberes de esta época, es haber conocido a Santiago del Campo, escritor, periodista, actor y el más simpático de los tranochadores. Él me presentó a Arturo Soria, personaje inolvidable. Irascible, insolente, cascarrabias, agresivo. Él mismo se autodefinía diciendo:

-Arturo Soria: publicista, anti-multitudinario y caballero español.

Todo era cierto. No sé por qué motivo me tomó simpatía, y así sosteníamos largas charlas: Él hablando y yo oyendo. Tenía una editorial que se llamaba Cruz del Sur, cuando la Falange se hizo cargo de la radio El Mercurio, le cambió nombre y le puso radio Cruz del Sur. Esto provocó las iras más iracundas de Soria. Por este motivo confesaba su odio contra los demócratas cristianos, incluso Frei.

Un día acompañamos, Soria y yo, a Santiago del Campo a una entrevista con un señor Ossandón, para algunos asuntos profesionales. Al despedirse, Arturo Soria le pregunta el nombre al anfitrión. Éste le dice:

-Osandón.

Soria monta en cólera, nunca se supo por qué, y le espetó:

-Osandón; con el don por detrás, igual que condón.

Y salió majestuosamente. Santiago se desplomó en una silla y pidió un vaso de agua.

El humor en esos años

En la década del 40, varios humoristas nacionales se destacaron y se les recuerda. Nombraré a los que vi, a los que me hicieron reír, personalmente. La Elena Donoso, Elena Puelma, Romilio Romo, Pepe Rojas, Luis Rojas Miller, «Monicaco», Tato Cifuentes. Este último contaba, que su hermana tenía los pies tan grandes, que cuando se desmayaba, tenía que empujarla para que se cayera. Monicaco, que era hincha de la Católica, nos colaboró en un Clásico Universitario. En una de sus intervenciones dijo:

-Monseñor Caro ha prohibido la penicilina en todos los conventos, porque hace «curas radicales».

Monicaco era un artista fino, elegante de mucho ingenio. Su humor era para mayores y menores. De las generaciones que lo sucedieron, sin duda el que más se asemeja a su estilo, es Jorge Romero «Firulete».

Ya he dicho que recuerdos traen recuerdos. Pepe Rojas tenía un monólogo, famosísimo, que lo oí desde mi más tierna infancia: El Cuento del Loro. Trataré de dejarlo por escrito para la posteridad. Espero que la memoria no me falle:

«El cochero del fundo, fue a esperar al patrón, a la estación de los ferrocarriles, que quedaba a una legua de las casas. Sombrero en mano lo recibió, subió las maletas al coche y el patrón se le sentó al lado, en el pescante:

-¿Alguna novedad Rosamel?

-No, patrón..., salvo la muerte del loro.

-¿Del loro?

- Sí patrón, ése que hablaba en inglés y andaba en francés.
- Sí lo recuerdo. Pobre pajarito. ¿Y de qué murió?
- Yo creo que de tanto comer carne de caballo.
- ¿Y quién le dio carne de caballo?
- Nadie patrón, él se la encontró solo, no ve que se murieron todos los caballos del fundo.
- ¡Qué! ¡Alguna epidemia...!
- No, patrón, se murieron de tanto acarrear agua para el incendio de las casas.
- ¡Dios mío! ¡Qué incendio...!
- Mala suerte, fue para la capilla ardiente de la patrona cuando la estábamos velando.
- ¡Mi mujer murió! ¿Qué le pasó? ¡No puedo creerlo!
- Tampoco nosotros en el fundo, pero le dio un ataque al corazón, cuando supo que las niñitas se habían ahogado en el estero.
- ¡Ay, Señor, ampárame!
- Disculpe, patrón, la muerte del loro»

Entre los numeritos divertidos, que suelen hacerse a nivel de reuniones domésticas, nunca olvidaré uno que hacían, a dúo, la Sonia, de Sonia y Miriam, con mi compadre Carlos Morgan, Quinchero de la primera hora. Ella, con algunos aderezos, interpretaba a una cantante tropical, mientras que el

«Pelado» Morgan, como erudito bilingüe, traducía la letra de la canción al alemán. ¡Insuperables! Desgraciadamente nunca hicieron la gracia para un gran público. Esto me recuerda lo que contaba Jaime Guzmán Errázuriz, sobre las imitaciones que solía hacer don Jorge Alessandri, sobre conocidos personajes públicos, en sus reuniones familiares en su parcela de Malloco. Según quienes las vieron, entre otros su sobrino Arturito, estos «remedos», como Alessandri los llamaba, eran estupendos.

Los panoramas de esos años

Santiago era más pequeño y todos los lugares de sana diversión, estaban prácticamente en el centro. Fueron para mí lugares señeros, el restaurán La Bahía, el café Torres, Ramis Clar, El Negro Bueno, El Casino del Portal (las mejores pastillas y confites de la ciudad), el Crillón, el Naturista, que era de propiedad de la sociedad de los señores Valdés, uno, y Fuensalida el otro. A pesar que la sociedad duró mucho tiempo, tenían encarnizadas diferencias, las cuales las ventilaban, por intermedio de carteles que exhibían en las vitrinas de su establecimiento. Todas las mañanas, la gente se aglomeraba en la vereda oriente de la calle Ahumada, para leer las mutuas diatribas que se endilgaban los propietarios. Como eran naturistas, la sangre no llegó al río.

Recordando los lugares nocturnos, a los cuales solíamos asistir, cuando ya habíamos dejado de usar pantalones de golf, están El Patio Andaluz, El Sótano de la Quintrala, en Estado con Agustinas, esquina nor-oriente, precisamente donde vivió doña Catalina de los Ríos y Lisperguer. Respecto a esta dama, Vicuña Makenna cuenta, entre otras muchas cosas, que en su testamento, le dejó a los Padres Agustinos, cuyo convento estaba frente a su casa, el dinero suficiente para que le rezaran cuatrocientas misas, durante la misma cantidad de años, para los 29 de abril, día de Santa Catalina de Siena. Hace algunos años, le conté este dato al periodista González Alfaro, el cual, ni corto ni perezoso, acudió al templo y le preguntó al Párroco por este legado y su cumplimiento. Al sacerdote no le gustó nada la investigación, y despidió al periodista con cajas destempladas. En La Quintrala, a la hora de onces, conocimos y nos reímos con el Zorro Iglesias, el exitoso humorista argentino, quien comenzaba su actuación cantando:

-Señoras y señores: Qué tal, qué tal... Aquí venimos todos con voz cordial...

El Zorro era casado con chilena, e incluso murió aquí en Chile. Asistí a la misa en el Patrocinio de San José, junto a mi amigo Raúl Matas.

Volviendo a la vida nocturna. Época hizo el Tap Room, regentado por el famoso Negro Tobar, en las primeras cuadras de la calle Estado. Ése fue el lugar santiaguino, donde tuvo su apogeo «La Conga», ese baile en que se armaban filas, llamadas colas y se avanzaba al compás de la música, sacando un pie para el lado, cada tres tiempos:

-Uno dos y tres, qué paso más chévere.

Esta graciosa sacada de pierna hacia el costado, se hacía en forma alternada: la izquierda, la derecha, y así sucesivamente. Me confidenciaba Willy Arthur, que durante su soltería, él era número puesto en las noches del Tap, y que la fiesta culminaba cuando la gigantesca cola de «La Conga», salía bailando a la calle, dando vuelta a la manzana y volviendo al local. El Negro Tobar, canchero y avisado, hacía que los mozos siguieran discretamente la fila de danzantes, para detectar si alguno se retiraba del baile y no pagaba su cuenta. Pero como me decía Willy, toda era gente conocida y nunca hubo nada que lamentar. Salvo, una vez que venía un grupo de gente por la calle Moneda, y se incorporaron a la cola.

El Lucerna, frente al Banco de Chile, era otro lugar atractivo a toda hora. Las Medias Lunas con mantequilla en las mañanas, la hora del té y la comida, el baile y espectáculo artístico. Ahí escuchamos a los legendarios Lecuona Cuban Boys. Llegaron por pocos días y tuvieron que quedarse varias semanas. Eran estupendos. Cantaban, entre decenas de éxitos, una canción que decía:

-Linda chilena, princesita del sur...

Lo malo era que cuando llegaban a Lima, la entonaban así:

-Linda peruana, princesita del sur...

De esta manera acomodaban el gentilicio, en los diversos países. Hoy se diría: ¡marketing! El Lucerna cambió de dueño y de nombre. El Goyesca comenzó en el mismo lugar, hasta que un incendio lo hizo emigrar a la esquina sur poniente de Huérfanos con Estado. Dentro de mis trabajos relacionados con el teatro y el espectáculo en general, fui nombrado director artístico del Goyesca. Ejercí el cargo por un tiempo aceptable. Actuaron en mi época, Jorge Romero, «Firulete», quien lo hacía de frac; Gaby Cousin, Arturo Millán que recién volvía de España, con su importante éxito en el Festival de Benidorm y su Puente de piedra. Entre otros, una orquesta de Jamaica, compuesta de puros tambores bencineros, especialmente arreglados, con los cuales interpretaban la novedad del momento: El Calipso. Anterior al Goyesca, estaba El Violín Gitano, reino de Sonia y Miriam y de la recordada Cora Santa Cruz, con su voz cálida y misteriosa. Otro número notable de esa Boîte, fue la orquesta de jazz argentina «Santa Anita».

Todavía no teníamos televisión en Chile, por lo tanto, para financiar los artistas extranjeros, generalmente caros, los empresarios usaban el sistema de tripleta; es decir, el número actuaba en una boîte, en la radio y en el Bim Bam Bum. De esa manera vinieron Imperio Argentina, Sarita Montiel, Olga Praher Coello, Angelillo, Pedro Vargas, Leo Marini. Los Indios Tabajaras, Charles Trennet, Los Bocheros y tantos otros. Con el mismo sistema nuestros Quincheros, viajaron a actuar a la Radio El mundo de Buenos Aires.

Importante fue la inauguración del Hotel Carrera. En su escenario se presentó la famosa orquesta de Ray Ventura.

No olvidemos El Oriente de los Pubill. Igual que en La bahía, tenían Cola de Mono todo el año. Otros nombres que me acuerdo, aunque nunca los visité, son el Tong Fhan -primer restaurant chino en Santiago- y la Boîte África. Sitios más populares eran encabezados por «El Quita Penas», aldaño al Cementerio General, el cabaret Zepelín, por Bandera al llegar a Mapocho y finalmente «Las Cachás Grandes», en varias esquinas de la ciudad. Buen café con leche y las más sabrosas sopaipillas de la capital

En el cuarto piso de Gath y Chávez, estaba su apreciado Salón de té, que junto al Club de Señoras, eran el tradicional sitio para las «Despedidas de Soltera».

En los diferentes establecimientos que hemos nombrado, había espectáculo a la hora del té, en la comida y a la salida de los cines. No debemos olvidar al Club de la Unión y al Club

Militar, donde todos los años había un baile de Año Nuevo, de etiqueta: las niñas de largo y los jóvenes de frac. No era un gran problema, pues existían muchas tiendas donde arrendar estas ropas de hombre. La juventud, que era la mayoritaria asistencia a estas fiestas, no tenía automóvil, y la más de las veces, ni plata para taxi. Felizmente, en general, todos vivíamos a lo sumo a diez cuadras a la redonda, del lugar de estos bailes, por lo tanto, en grupos, llegábamos a pie. La retirada tenía una suerte de rito: a las cinco y media de la mañana, acudíamos a misa de seis al Colegio de San Ignacio. Terminada la liturgia partíamos a dejar a cada niña a su casa. ¡Que lástima que los jóvenes de hoy, no hayan disfrutado de esos tiempos dorados!

Junto a Los Quincheros

Este notable conjunto de música chilena, fue fundado cuando yo tenía diez años. Cuando mi vida se orientó hacia el mundo del teatro y el espectáculo, con el avanzar del tiempo, los Quincheros fueron número puesto en mis diversas actividades artísticas. Con Los Quincheros hemos hecho radio, teatro, cine y televisión. Así como espectáculos al aire libre, en estadios, medias lunas y parques.

Diversos libros se han editado sobre este singular conjunto, que suman a su calidad musical y artística, una permanencia en nuestro medio absolutamente inédita; sesenta y cuatro años de vida activa y continuada. Varias son las generaciones que han conocido y disfrutado de sus tonadas y boleros. Más de un romance, comenzó en sus canciones y culminó en el altar.

La última obra sobre estos artistas y su historia, se debe a la pluma del musicólogo, profesor don Cristián Guerra Rojas y ha sido editada por la Sociedad Chilena del Derecho de Autor, que preside el distinguido músico, don Luis Advis. De esta manera, la mencionada entidad gremial, amplía su campo de acción, en pro de la cultura nacional. Este libro tiene como título, una frase que lo dice todo: «Los Quincheros: Tradición que perdura».

Ahondando en el sentido de las palabras, podríamos definir la tradición, como lo que enlaza el pasado con el futuro. El ayer con el pasado mañana; lo que fue con lo que será. El permanente fluir de la vida, desde el comienzo de los tiempos; desde el primer amanecer hasta la última tarde. Si bien sesenta y tres años, no alcanzan ni a ser un suspiro, en el tiempo sideral, en cambio, en el mundo real de la vida humana, es un largo permanecer.

Tradición que perdura: sin permanencia no hay tradición; y la tradición es la que logra que las cosas perduren. Los Quincheros, porque encarnan la tradición, han podido perdurar, sorteando modas, gustos, estilos, nuevos públicos, nuevas tecnologías, nuevas costumbres, nuevos tiempos.

¿Quién es el quinchero? El que hace quinchas. El que teje, entrelaza, une. El verbo quinchar, voz mapuche, nos da el significado que acabamos de anotar. La quincha en la Media Luna del rodeo, suaviza el pechazo del caballo, cuando ataja el novillo. Con mimbres quinchado se protegía el vidrio de los antiguos chuicos vineros y se cubría el pudor de «Las damas Juanas». Los Quincheros, más que por un imperativo semántico, deben unir, entrelazar, obedeciendo a la impronta de sus fundadores. Si lo dicho no hubiera ocurrido, sin duda el conjunto no habría durado largo más de medio siglo.

El tiempo de Los Quincheros, se inició, a fines de octubre, en la Escuela de Química de la Universidad Católica. Sus primeros integrantes, eran alumnos de esa Facultad. El debut se preparaba para el 4 de noviembre, de ese año, de 1937. La fecha precisa, era determinada por el santoral: San Carlos, día en los universitarios rendían homenaje al Rector, monseñor Carlos Casanueva.

Recordemos a los que fundaron a estos «tejedores»; a los primeros Quincheros; a los que impusieron un estilo, que perdura, a pesar de «las mudanzas del tiempo». Ellos fueron Pedro y Ernesto Amenábar, Mario Besoain y Carlos Morgan. Esta institución que son Los Quincheros, han tenido la fortuna, que uno de sus más importantes creadores, Carlos Morgan, haya permanecido largos años en forma activa, cantando en el conjunto, y de esa manera, imprimiéndole carácter, manteniéndoles en la ruta, de manera de conservar lo esencial; lo que marca un estilo, sin ignorar los matices de cada época. Cuando Morgan dejó de cantar, siempre en el lugar que corresponde, ha permanecido interesado y atento a Los Quincheros. Desde un discreto segundo plano, vela, aconseja, apoya, oye. Sin duda él es la figura patriarcal del conjunto. Es el abuelo, que sin hablar, dice; que no se entremete, pero orienta. Carlos Morgan, con sus ochenta y dos años, recién cumplidos, actúa por presencia; pero no nos cabe la menor duda, que cuando ya no esté, seguirá actuando por ausencia. Aunque, esto que hemos llamado «ausencia», ha tenido, por más cuarenta años, la presencia de Benjamín Makenna, quien recibiendo la antorcha, de manos de Carlos Morgan, ha hecho honor a su misión de artista, de conductor, de chileno, de Quinchero. El país tiene una deuda con él.

Los Quincheros, en cuanto a ciudadanos, a personas libres, entre sus diecisiete integrantes, al margen de lo musical, tienen derecho a tener sus propias inclinaciones y preferencias. Es así como en el plano filosófico, político, religioso o deportivo, no es raro que haya más de una opinión. La libertad en cuanto a los tópicos señalados, es tan amplia, que incluso ha habido en Los Quincheros, hinchas de la Chile, en fútbol, por cierto, siendo el cuarteto, mayoritariamente de la Católica. Nos referimos a Aníbal Ortúzar, el recordado y querido «Tábano» Jamás el conjunto ha cantado o grabado alguna canción ofensiva para nadie. No han hecho ni hacen proselitismo. Esperamos que no se considere como tal, cuando cantaron en la Beatificación del padre Hurtado. Por lo demás, Makenna y Videla, fueron alumnos, en el Colegio de San Ignacio, de este santo sacerdote.

Una vez, Benjamín Makenna en una presentación de Los Quincheros, en el Teatro Municipal, dijo:

-La única canción de protesta, que hemos cantado, son: «Los pollitos dicen pío, pío, cuando tienen hambre, cuando tienen frío».

El recordado conjunto de Los 4 Huasos, fueron los precursores, del gusto de la comunidad por las canciones huasas; tonadas, estilos, cuecas. Curiosamente, estas expresiones del folclore rural, solamente las cantaban las mujeres: Las Cantoras. El hombre, fuera de las vesanias con guitarrón, no solía cantar. Se consideraba poco viril el hacerlo. Todavía en los Rodeos, cantan mujeres.

Los 4 Huasos rompieron esta discutible costumbre, y de las entonadas voces, de las viejas «mamas» de campo, miembros privilegiados de las antiguas familias chilenas, aprendieron y cantaron sus primeras canciones. Herederos de este repertorio, fueron, por cierto, Los Quincheros, Los Provincianos, Los Huasos de Chincolco, el Dúo Rey Silva, Los Huasos del Algarrobal, Tierra Chilena, Cuncumén, Villa San Bernardo, Los Huasos Colchaguinos, etc.

Al poco andar, los que serían nuestros más destacados autores y compositores, comenzaron a crear y producir obras, en la huella de esos viejos cantares: Diego Barros, Jorge Bernales, Petronila Orellana, Ester Martínez, Clara Solovera, Nicanor Molinare, Vicente Bianchi, Donato Román, Luis Aguirre Pinto, Cristina Miranda, Margot Loyola, Luis Bahamondes, Violeta Parra, Sergio Rengifo, Francisco Flores del Campo, Sergio Souvalle, Raúl De Ramón y tantos otros, conocidos o anónimos, son los que han enriquecido nuestro tesoro de canciones populares campesinas. De los unos y de los otros, citemos algunos temas: El tortillero, Roto andariego, Bajando pa Puerto Aysén, La enagüita, Bajo el sauzal del estero, El martirio, El rodeo, Chicha de Curacaví, El volantín... La verdad, es que emociona y deleita, solamente recordar estos títulos, y cientos de otros, que han acunado el Alma Nacional, y la han dado sonido a nuestra patria.

Mi afición por Los Quincheros, fue a la primera vista, es decir, a la primera oída. En la «espectacular» vitriola de mi casa paterna, donde mi papá le rendía culto a la ópera, los escuché en uno de sus primeros discos. Pasado algún tiempo, y siendo ya un mozalbete, el paroxismo se produjo con el estreno del bolero Nosotros. Esa trompeta con la cual se iniciaba el tema, era, en verdad, un sublime acicate para nuestras más elevadas pasiones. De ellas fue testigo y cómplice, la terraza de la Playa Chica de Cartagena.

En 1950, hace medio siglo, fue la primera vez que Los Quincheros actuaron en un espectáculo que yo dirigiera. La Fiesta de la Vendimia en Curicó. Integraban el conjunto, Carlos Morgan, Javier Campos, Hernán Velasco y Aníbal Ortúzar.

Desde entonces, una larga amistad, personal y artística, nos ha mantenido vinculados. En 1957, asumí la dirección de C. B. 114 Radio Corporación. Una de mis primeras acciones, fue llamar a Los Quincheros como artistas de la emisora. En esos mismos momentos, había un cierto entredicho, entre dos miembros que se habían retirado voluntariamente, y los que seguían en la huella. El asunto radicaba en el uso del nombre del conjunto, por los dos miembros que continuaban. Se llegó a una solución salomónica: quienes seguirían cantando, serían llamados Los Huasos Quincheros.

Nuestro trabajo con el conjunto continuó con diversos programas de radio y televisión. Espectáculos en vivo en el Estadio Nacional, Teatro Municipal, Casino de Viña del Mar,

Quinta Vergara y en otros teatros y gimnasios de las regiones de Chile. Filmamos dos películas: Ayúdeme Ud., compadre y Volver. En 1974, en el estadio de Francfort, Alemania, hicimos, junto a otros artistas, la presentación de Chile, en el Campeonato Mundial de Fútbol.

Anteriormente a lo citado, a nombre del Gobierno de don Eduardo Frei Montalva, coordiné la gira de este conjunto chileno a la Unión Soviética. El éxito fue sin precedentes para un conjunto de música típica de latino-américa. Ahí nació la versión rusa del Corralero de Sergio Souvalle. Contaba el compositor, que se pasaba largas y arduas noches con el traductor soviético, trabajando en la creación literaria. Cuando volvieron a Chile, se supo la verdad; no existía el traductor ruso, seco y casca rabia, sino una hermosa traductora de rubios veinticuatro años, digna de ser polola de algunos de nuestros futbolistas internacionales.

Cerrando esta síntesis de los trabajos que hemos realizado juntos, en el Teatro de la Teletón, hicimos una comedia musical, biográfica, celebrando la fecha en que Los Quicheros cumplían sesenta años. En esa ocasión, como siempre, se recordó a todos los integrantes que han cantado en Los Quincheros. Algunos estaban presentes, otros fueron representados por un familiar: Ernesto Amenábar, Pedro Amenábar, Mario Besoain, Carlos Morgan, Hernán Velasco, Raúl Velasco, Aníbal Ortúzar, Javier Campos, Jorge Montaldo, Ricardo Videla, Sergio Souvalle, Alfredo Souvalle, Benjamín Mackenna, Eduardo Riesco, Patricio Reyes, Héctor Inostroza, Gerardo Ríos.

De la vieja vitriola a internet: los tiempos cambian, las costumbres se modifican, unas para bien otras para mal; pero el eco de ese primer arpegio, pulsado en un laboratorio de química de la Universidad Católica, es el permanente acorde, que les da el tono y orienta sus voces; tal como cuanto le cantaron al rector monseñor Carlos Casanueva, un 4 de noviembre de 1937.

Sigo en el teatro

Mi carrera actoral fue breve y poco significativa. En el TEUC actué en La comedia de la felicidad, de Evreinoff, como comparsa; en El gran farsante, de Balzac, dirigido por Mortheiru, Comedias de guerra, de Santiago del Campo, dirigido por Tobías Barros Alfonso y en un pequeño reemplazo en El burlador de Sevilla, de Tirso de Molina, dirigido por Pedro Mortheiru. Finalmente, en una ceremonia de la entrega del premio Caupolicán, en el Teatro Municipal, me pidieron montar los organizadores, el Círculo de Periodistas de Espectáculos, la tradicional pieza de José María Peman, La cena de los cardenales. El reparto, de solo tres actores, era espectacular: Alejandro Flores, Rafael Frontaura y Américo Vargas. Yo interpreté al criado que sirve la mesa. Sobre esta obra en verso, a la manera decimonónica, hay abundantes y variadas versiones. Pero, a mi entender, hay una que es «sublime». Es la versión del actor Ernesto Urra en el Teatro Dieciocho. Urra era un

conocido actor, de destacada carrera, sobre todo en radio, que era el fuerte de la época. El teatro quedaba a la entrada de la calle del mismo nombre, a pasos de la Alameda. Conozcamos la puesta en escena de marras. El actor y director mandó pintar un telón, realista, que representara una gran sala de un palacio del renacimiento, donde estaba una mesa puesta, con tres siales, que lo ocupaban tres cardenales, de tamaño natural. La única licencia que se permitía la escenografía, es que los monseñores no tenían caras. Había un hueco ovalado, por donde, en cada parlamento, aparecía la cara de Urra, haciendo diferentes voces. ¿Se imaginan el espectáculo?

Dentro del teatro tuve una oportunidad, que no supe aprovechar. Cuando ya había dirigido algunas obras, con buenos resultados, se me otorgó una beca por un año, para ir a perfeccionarme a Londres. En el TEUC me matricularon en un instituto para estudiar inglés. El viaje tenía muchos atractivos. Entre otros, que sería por mar, a bordo de un famoso trasatlántico, que hacía su última travesía en esta ruta. El «Reina del Pacífico». No me embarqué, no fui ni usé la beca. Mi decisión, verdadera «cantata» a la estupidez, fue motivada por la necesidad que no dejara botado el Clásico Universitario de ese año.

Lo sacarán volando

Aurelio Vega, máxima autoridad de la Barra de la Chile, había recibido el pedido de la Fuerza Aérea, para que los ayudara en una Olimpiada Militar, que se estaba preparando. En un gesto que no olvidaré, me invitó a acompañarlo:

-Tanto la Católica como la U. le llevamos pidiendo favores a los aviadores para nuestros espectáculos, lo menos que podemos hacer nosotros, juntos, es devolverles la mano.

¡Y así dicen que en la Chile no hay caballeros! Abreviando, viví cuarenta días en la Escuela de Aviación. Terminé comandando la Barra de la Aviación. Conocí y reconocí a muchos cadetes: Juan Soler Manfredini, compañero de curso en San Ignacio, quien murió prematuramente, con el grado de general. Otro cadete, de mi colegio, el Guatón del Río, también llegó a general. Había un alumno en la Escuela, que se llamaba Lautaro Murúa; años después lo convertí en Martín Rivas. Emigró a Argentina, donde tuvo gran figuración en el teatro y en el cine. En ese país murió.

Mi permanencia en la Escuela de Aviación, camuflado de miembro de la Fuerza Aérea, tuvo un pequeño problema, no podía vestirme de cadete, por que yo tenía bigotes, y a esa edad, no me los iba a cortar ni «a cañón rayado». Un oficial, el Tuco Spinace, que tenía a su cargo «el ejercicio», como dicen los uniformados, encontró la solución: usaría uniforme de sub teniente. Cuando partíamos hacia el Estadio a los ensayos, la caravana era impresionante. Era encabezada por carro scout, donde viajaba yo, de pie y afirmado en el marco del parabrisas. Un detalle, que le daba gran verdad, a mi caracterización, era saludar, llevándome la mano a la visera, pero con cierto desgano. Así lo he visto en las películas. Mi

tenida fue motivo de comentarios, de diversas opiniones. Hela aquí: Capote de campaña, larguito, botas de infantería, la hermosa gorra celeste de los cadetes de entonces, y sobre la visera, anteojos de vuelo: igual a Romel. El que más me celebraba estas tonteras, era el coronel Max Errázuriz, director de la Escuela de Aviación. En el gobierno de Frei, fue comandante en jefe. Durante su mando llegaron los famosos Hockey Hunter.

El solista de la Barra era un cadete llamado Pompello Saavedra. Afinado, melódico y simpático. Hicimos muy buenas migas; tanto fue así que lo invité a ser el solista de la Barra de la Católica.

Lamentablemente, dentro de la Fuerza Aérea, no logró todo lo que anhelaba: la piocha roja de piloto de guerra. Se retiró e ingresó a la Escuela de Medicina. No prosperó. Y en vez de sumergirse en el alcohol, para pasar sus penas y quebrantos, como se suele escribir en las novelas, su inmersión la hizo en el Partido Comunista. La última vez que supe de él, estaba en Checoslovaquia; con el derrumbe de la URSS, a lo mejor volvió al buen camino. ¿Qué será de Pompeyo?

Estuve viviendo en la Escuela de Aviación, poco más de un mes. Es un hermoso recuerdo. A media noche, el alférez de guardia, revisa si uno está bien tapado y arregla las frazadas. El cadete nunca está desamparado, ni en el aire ni en la tierra.

Una noche vivimos un episodio dramático. Uno de los ejercicios claves, para pasar de curso, o de nivel, para los cadetes, es un raid nocturno, sin comunicación por radio ni instrumentos especiales. La orientación se lograba por la identificación de algunos accidentes geográficos y otras señales de ciudades, puentes y construcciones. El vuelo era una triángulo, cuyos vértices eran El Bosque, San Antonio, Valparaíso y vuelta al Bosque. El despegue debía realizarse hacia el sur poniente. Al poco volar, el piloto ve las luces de Melipilla, y luego el Puerto de San Antonio. Llegando a ese lugar, volando por la costa, el avión se enfila hacia el norte. La señal del pronto arribo, esta vez, es Cuaracaví con sus luces ya conocidas por el piloto.

En la Torre de Control, comenzó a sentirse una cierta desazón. Según el tiempo transcurrido, la distancia estimada y la cantidad de combustible que llevaba el avión, un Farchaild de instrucción primaria, la máquina debiera ya haber vuelto. El capitán Stuardo, que era el jefe del vuelo, abrió las ventanas del recinto, esperando oír el motor del avión en su regreso. Nada. Silencio absoluto. Dijo el Capitán, mirando su cronómetro:

-En este momento se le terminó la bencina.

Cuando se ordenaba la alarma para iniciar la rebúsqueda, nos pareció sentir los últimos estertores de un motor, luego silencio y en la loza se vieron desplazarse las luces de posición del aparato. Stuardo impidió que nos abalanzáramos a la pista. Los mecánicos recibieron el avión y lo llevaron a un hangar. El cadete se dirigió a la Torre de Control, y cuadrándose saludó a su superior y pidió permiso para retirarse. El Capitán le pidió a otro cadete que lo acompañara. Nadie se acostó hasta que no se supo que la había ocurrido. Éstos son los hechos: cuando despegó, creyendo que se dirigía al sur poniente, en realidad iba hacia el Norte-Poniente, por lo tanto, cuando el creyó que estaba sobre Melipilla, en

realidad se encontraba en Curacaví. Al rumbar a San Antonio, llegó a Valparaíso, y comienza lo grave; siguió volando hacia el norte, sin encontrar nunca el puerto. Se le acababa la gasolina, se preocupó y se devolvió. Se supone que a la altura de Las Vegas, enfiló hacia el oriente, con la intención de cruzar la Cordillera de la Costa. Comenzó a elevarse, y el altímetro ya le marcaba 4.000 metros de altura, y los cerros no daban señales de mostrar sus cumbres. No siguió montando y otra vez se devolvió. Por la altura que había alcanzado, se dio cuenta que estas montañas no podían ser la cadena costilla, sino que la Cordillera de los Andes. Totalmente perdido, cuenta que rezaba en voz alta al mismo tiempo que ahorra combustible, debilitando la mezcla. Cuando, no sabe cómo, llegó de vuelta a la Escuela y ya más repuesto, dio cuenta a los oficiales: el cerro, que no pudo pasar, era nada menos, que El Aconcagua.

Voy a hacer cumbre

Al año siguiente del desastre, del segundo incendio, en el mes de abril mientras se lustraba al solcito, Mauricio Wainer, bajo la estatua de don Crescente Errázuriz, acompañado de Alamiro González, arquitecto U. C., me mandaron llamar. Acudí. Mauricio me dijo:

-Prepárate. El próximo Clásico Diurno lo diriges tú.

Casi me caí muerto. Alamiro agregó:

-Si necesitas ayuda, avisa.

El doctor Mauricio Wainer Norman, fue un dirigente quien hizo del deporte un verdadero apostolado. Uno de los fundadores del Club Deportivo de la Universidad Católica; integró la rama de basketbol y de rugby. Gran colaborador de los primeros Clásicos Universitarios, socio distinguido, del club de la Cruz Azul y también miembro de organismos rectores del deporte en Chile. Disciplinado, constante, alegre, ingenioso, con un claro sentido del humor, Mauricio, el «Mota», como lo llamábamos cariñosamente, era punto puesto para cualquiera acción en pro de la Católica o del deporte en general. Sus aportes fueron diversos, recordemos algunos, que para la muchachada de entonces, nos parecían dignos de encomio: Pintar el muro que circundaba el Estadio en la Plaza Chacabuco, que se inauguraba al día siguiente; conseguirse en el colegio Santiago College un archivo musical, para elegir la melodía más adecuada, y hacer con ella una canción para nuestra Barra. Con la valiosa colaboración del maestro Vicente Bianchi, se escogió la música y se escribió la letra, como ya lo hemos mencionado. Fue tanto el éxito, que esta se transformó en el himno del Club y luego de la Universidad. Famosas fueron las peripecias que sufrimos con la nombrada «Máquina Infernal», un conjunto de luces de diversos colores, con las cuales se hacían figuras en los Clásicos nocturnos. Ahí trabajó Mauricio durante dos meses, uniendo los setenta mil metros de alambre eléctrico que se requerían. Nadie sabe de donde sacaba tiempo, pues junto a estas labores juveniles, estudiaba Medicina, terminando su carrera en

forma brillante. Evidente que buscó una especialidad que lo mantuviera ligado al deporte: Traumatología. Organizó y presidió innumerables giras deportivas dentro y fuera del país. Su espíritu creador, lo llevó a fundar uno de los más importantes y modernos centros hospitalarios de Chile. El éxito jamás lo perturbó. Siempre sencillo, alegre y bromista. Para celebrar los primeros diez años del Club de la Católica, junto a Juanito Riera, Perico Sáez y el Gordo Pozo, unieron por tierra, Santiago de Chile con California, en un viaje lleno de aventuras y sabrosos episodios. Todo esto a bordo del automóvil, apodado el «Bólide Blanco».

Mauricio Wainer fue muchísimo más de todo lo que hemos recordado. Yo lo conocí durante mi adolescencia. Fui su amigo y su discípulo. Él me condujo por los caminos de la Católica. Él, junto a Alamiro González, arquitecto U. C., me nombraron, representando al Club, Director de la Barra de la Católica. Creo que es el honor más grande que he recibido en mi vida. Y se lo debo al «Mota» Wainer.

Alamiro González tuvo una vida muy parecida. Eso sí, más corta en la Católica, recién casado emigró a Guayaquil en Ecuador. Ese país fue su segunda patria. Fundó la Escuela de Arquitectura. Siendo su decano, prácticamente hasta su muerte. Alamiro, en Chile, fue un gran basketballista de la U. C.

A ambos los recuerdo con gratitud y cariño.

Desde ese momento, dirigí veintidós Clásicos de fútbol, en el Estadio Nacional; dos de box, en el Teatro Caupolicán; dos de sky, en Farellones, tres de basketball, en Famae y cuatro de hockey, en la Alameda frente a las puertas de la Moneda. En todos ellos, hice los libretos, diseñé la escenografía, elegí el tema y los dirigí. Mi primer Clásico, fue una parodia de la recién llegada a Santiago, de Jorge Negrete. Protagonista fue el alumno de arquitectura, Claudio Guzmán (1946).

Hoy es una de las importantes figuras del cine y la TV, en los Estados Unidos. Entre otros trabajos, dirigió Mi bella genio.

A pesar que tengo los libretos y los recortes de prensa, los recuerdos de los espectáculos presentados, se me agolpan, se me confunden. Hay imágenes que me vienen a la mente, más fuertes que otras. En el Clásico Un viaje al fondo del mar, le pedimos al público, que como un saludo a toda la gente de mar de nuestro país, con el estadio a oscuras, encendieran un fósforo. Fue algo que no se olvida. Muy posteriormente lo he visto repetido en recintos y espectáculos de grandes estadios del mundo, pero en lugar de fósforos, encienden flash fotográficos. Otro momento: los caballos con la vista vendada y llevados de la brida por los mineros, saliendo por los fosos hacia la cancha. La imposibilidad de ver y el subir por las gradas de cemento, le daban a los animales un gesto desgarrador. La escena era acompañada por el ulular de una sirena. El libreto contaba, que esos caballos que bajaban por vida a trabajar en los piques de Lota, cuando se enfermaban o envejecían, los sacaban a morir a la superficie. Les vendaban la vista para protegerlos de los rayos del sol. Este espectáculo se llamaba: A caballo vive el hombre. En la preparación de esta obra, poética y documental, tuvimos la colaboración de innumerables personas relacionadas con todos los ámbitos en que interviene el noble bruto. El rector de la Universidad, don

Fernando Castillo Velasco, presidió, en la solemne Sala del Consejo Superior, una reunión con los diversos representantes de las actividades equinas. Concurrieron cocheros, carreteleros, polistas, corredores en vaca, jinetes civiles y militares, tanto del Ejército como de Carabineros; así como herreros, preparadores y jokey de carreras. Solamente para nombrar a algunos: Arturo Aldunate Phillips, el equitador civil, en competencia, más viejo del mundo (75 años), el general César Mendoza, medalla olímpica (Prefecto de Santiago), coronel Alberto Larraguibel, campeón mundial de salto, don Pancho Romo, corralero de Quilicura, Julio Zégers, jugador de polo, Carlos Vargas, huaso; y el otro coronel de Ejército (Los Vargas eran dos), Bárbara Barone, Américo Simonetti y Eduardo Cuevas.

Es sorprendente la cantidad de personas y organizaciones, que a nivel mundial, cultivan el amor al caballo. Semanas después que presentamos este acto en el Estadio Nacional, llegaron a la Universidad Católica, decenas de cartas y comunicaciones, de variados países, felicitándonos por la iniciativa.

Otro recuerdo es el del Clásico sobre «Diego Portales». Para ejecutar la Canción de Yungay, formé la banda más grande que se ha hecho en Chile. Todos los músicos militares de Santiago y Valparaíso. Del Buin al Maipo. A éstos se le sumaron los orfeones de Carabineros, Fuerza Aérea y Armada, así como las bandas de las Escuelas Matrices. Todos los integrantes de esta enorme banda, estaban vestidos con los uniformes de la época 1830: Morrión negro, pantalón blanco y leva militar azul con vivos rojos en el cuello y las mangas. Éstas las fabricó Julín Serra, «El Rey de los Delantales». Como cada botón costaba dos pesos cincuenta, se optó por perforar los pesos de aluminio, que estaban en uso, y así bajar el costo. Esto constituyó, «miel sobre hojuelas», para el «objetivo» diario El siglo, que sobre la firma de Orlando Rodríguez, condenó este verdadero, según él, desacato a nuestro peso. Rodríguez, joven comunista, era crítico de arte, miembro menor del Teatro Experimental de la Universidad de Chile y anduvo rondando la cúpula de la Barra del «Chuncho». No escapará al elevado criterio de los lectores, que la imparcialidad, no era la mayor virtud de nuestro comentarista.

La experiencia musical que recordamos, dio pie para que se creara la Gran Banda de la Guarnición, que aplaudimos todos los años en la Parada Militar. Cuando hicimos Rosauro Faúndez, una historia huasa, la trilla con yeguas que se efectuó tras de la zona penal, es otro hito. Y por último, el momento que el actor Roberto Parada, de frac y condecoraciones, encarnando a Pablo Neruda, se acerca al rey de Suecia ha recibir las insignias del Premio Nobel. Inolvidable. A todo esto, un pequeño percance. En el Clásico Diurno de 1949, preparé un espectáculo sobre la guerra ente el general Sapo y el general Chuncho. Para vestir a los dos ejércitos, necesitaba dos mil uniformes militares. En San Bernardo, hay varios negocios de ropa usada, regentados, generalmente por comerciantes de origen árabe. Estos caballeros, compran todas las prendas que da de baja el Ejército. Recordemos que esa localidad está la Escuela de Infantería. Fui a San Bernardo, acompañado por Carlos Helo, hijo de árabe. Nos atendieron con gran cortesía. Les arrendé dos mil capotes. Los cascos y las armas, eran por cuenta de mi departamento de utilería. Las espadas eran de madera y los cascos, bacinicas. Cada soldado llevaba la suya. Firmé los papeles necesarios, y en un camión, partí para Santiago. A los dos días, la empleada me dice que unos señores querían verme. Los hice pasar. Se identificaron. Eran agentes de investigaciones. Querían saber para qué había arrendado esos uniformes militares. La verdad que me dio risa. A ellos

también, cuando supieron de qué se trataba. Averigüé qué pasaba. Ésta es la verdad. Ese año se había detectado un complot contra el gobierno de don Gabriel González Videla, que la prensa le daba el nombre, del «Complot de las patitas de chanco». Sin duda, por los consumos que los confabulados harían en sus reuniones secretas. El plan consistía en tomarse los regimientos, mientras los soldados estuvieran ocupados en la Revista Preparatoria en el Parque Cousiño. Los que ocuparían los cuarteles, irían disfrazados de militares. Eso lo explicaba todo. Pero para ese Clásico de la Guerra, estaba escrito que cayera preso. En efecto, dentro del desarrollo del combate, en un momento aparecía el avión biplano, pilotado por el inolvidable Carlos Cortínez, quien picaba dentro del Estadio para dispersar a las tropas del general Chuncho. El copiloto era su hijo Carlitos Jr. Por lo peligrosa de la maniobra, después del partido, fuimos detenidos, el piloto y yo, el director de la Barra. Nos salvó el recordado Aquiles Savañac, coronel de justicia de la FACH. Otro recuerdo, es el Adán que hizo Constantino Kúsulas, en el Clásico Nocturno La creación del mundo. Sobre una alta tarima, aparecía la estatua de barro de un hombre. Las luces descendían de intensidad, cuando a un golpe de timbal, más ráfaga de viento y trueno, la estatua se parte por la mitad, e iluminado por un destello de una brillante luz, aparece Adán, desnudo (Kúsulas, hasta minutos antes de representación, no se convenció que era en serio).

Mi vida en la farándula

Cuando mi papá compró casa en la calle José Domingo Cañas, en Ñuñoa, fui feligrés de la Parroquia San Bruno. Este santo es el fundador de la orden de los Cartujos, cuya principal característica, es guardar, por vida, absoluto silencio. Los monjes solamente trabajan y oran. El párroco era don Rafael Cuitiño Cueto; sta. Hortensia, su hermana, y Dalila, la perra. Pertenecíamos a la juventud de la Acción Católica. Nuestra primera actividad comunitaria, fue integrar el coro para el Mes de María. Hice amigos, que todavía conservo. No sé por qué, sin antecedentes, más que los escolares, se me ocurrió montar un acto con motivo de la Pascua. Ése fue mi primer espectáculo de Navidad. En esa parroquia comenzó mi vida artística, en 1945, y está terminando en la parroquia de San Vicente Ferrer en los dominicos, a pocas semanas que termine el siglo XX. Buena partida y mejor llegada.

Ya en 1945, yo había ingresado a la Academia de Arte Dramático del Teatro de Ensayo de la Universidad. Quedé muy impresionado con El abanico de Goldoni, pieza de la Comedia del Arte italiana, que dirigió Pedro Mortheiru Salgado y decorados de Fernando Debesa. Pedro, a pesar de ser irascible, era bondadoso y con gran sentido del humor. Un día, hablando de genealogía le preguntamos de a donde venían los Salgados, y contestó:

-De lo mejorcito de Lebu.

Todavía, cuando nos juntamos los pocos sobrevivientes del Teatro de Ensayo, nos reímos con este y muchos otros recuerdos y chascarros. Estábamos representando El burlador de Sevilla en el Municipal, y Pedro como era muy nervioso, apuraba a los actores en los

diversos cambios de traje que exigía la obra. La Schea de Morgan, tímida actriz, excelente persona, le tenía pánico a Morthairu. Ella encarnaba un pequeño papel, pero con muchos cambios de vestuario. Una tarde, en que Pedro estaba más apurón que nunca, entró gritando al hall de camarines:

-La Schea, la Schea a escena..., ¿dónde está la Schea?

La pobre mujer se estaba cambiando en su camarín, con el ritmo y el tiempo adecuado, pero cuando sintió los alaridos de Pedro, corrió como una exhalación hacia el escenario. Entró a escena en enaguas.

En el Teatro se producen sabrosos chascarros y sucedidos. En una compañía española, había una escena, en que un personaje estaba en el extremo derecho del decorado -un salón- y entraba otro por el costado izquierdo, empuñando una pistola, dispuesto a asesinarlo. Para evitar chascos, la mecánica de este tipo de momentos teatrales es la siguiente: el arma del presunto asesino, va cargada con balas de fogueo. Si ésta llegara a fallar, como ha ocurrido, el traspunte, entre bastidores, tiene una pistola similar. Al notar que no se produce el clásico estampido, él dispara y el actor en escena, finge que salió la bala. Si por los avatares del destino, también la segunda arma fallara, existe una tablita, que sujeta por el pie, en un extremo, se hace azotar el suelo con ella, produciendo la sensación de un estampido. Hasta aquí los recursos. Pero veamos qué ocurrió, cuando el vengador armado, dice su parlamento y dispara. Su pistola no funcionó. Con pavor oyó que la del traspunte tampoco. Para colmo de males, se oía el cuchicheo entra bambalinas:

-¿Dónde está la tablita?

Mientras uno de los personajes esperaba el estampido para morir, momento cumbre de su interpretación, el otro no tenía como producir el ruido pertinente. ¡Idea salvadora! En un segundo improvisó, pegando una patada en el suelo, que reemplazaba el «pum» del estampido. Ahora que pasó con el otro. Éste solamente notó que su antagonista golpeaba el suelo con su pie. No le pareció creíble, que bastará eso para matarlo, por lo tanto, en una reacción, que a él le pareció genial, improvisó este parlamento:

-Me has muerto con tu bota envenenada.

Y expiró. Telón.

En la academia fue mi profesor Teodoro Lowey. Compañeros de clase, entre otros, los alumnos de arquitectura Nicolás Eyzaguirre y Carlos Bolton, el primero padre del ministro de hacienda del Presidente Lagos y el otro, poeta y socio de la firma Bolton, Larraín y Prieto.

Rápidamente subí de categoría y pase a ser comparsa en La comedia de la felicidad, como ya lo he adelantado. Tenía dos roles: tramoyista en el primer acto y joven florentino, para una escena de carnaval del acto segundo.

Estaba por la puerta de San Antonio, por donde entran los artistas, cuando apareció la diva española, Conchita Piquer, cargada de maletas. Por cierto que de inmediato la ayudé. Mi caracterización de tramoyista surtió efecto, pues cuando la dejé en el camarín, me dio una suculenta propina.

El carnaval que he mencionado, era en la escena nueve del segundo acto; yo tenía que seguir a otro disfrazado, Ramón Prieto. Ramón se equivocó y entró a escena, y yo detrás, cuatro episodios antes del que correspondía. El decorado era pequeño, un comedor de una pensión modesta. No había donde ocultarse. Decidimos, tácitamente, quedarnos inmóviles. Como dos estatuas vivientes. Por lo demás, para el público de estas primeras etapas de los teatros experimentales, estos efectos «surrealistas», los aceptaban mansamente. Como este es un texto decente, no repito los improperios a medio voz que nos lanzaba Pedro. Ramón Prieto, a pesar de este traspie artístico, llegó ser integrante del Ballet Ruso. Mi carrera histriónica iba de viento en popa, según yo creía. El próximo estreno era El gran farsante de Balzac. Se me dio el papel de Agustín el criado, que pone en antecedentes al público de la trama de la pieza, típica característica de estas obras románticas. También ocurrió una pequeña catástrofe el día del estreno. Mi debut fue haciendo pareja con Silvia Infanta, actriz y cantante, la cual desempeñaba el papel de Virginia, la criada. Nunca he conocido a una mujer con más talento y mejor instrumento dramático. El decorado de Debesa era muy hermoso.

Por la psicología de la obra y trama, era un salón bellamente recargado de cornucopias, capiteles blondas y encajes. Todo el recinto estaba lleno de diferentes candelabros, los cuales portaban, mínimo, seis velas por ejemplar. Al abrirse el telón, se producía un buen efecto, con esta gran cantidad de cirios encendidos. Esto se justificaba, en el parlamento inicial de Justina, mi personaje:

-Tú ves esta ridícula costumbre de tener velas encendidas, en pleno día, solamente para que los acreedores del patrón, se digan: Nuestras deudas están seguras. Si mantiene lumbres a pleno sol, es porque debe estar muy rico.

El día del estreno, con un Teatro Municipal repleto, se abrió la pesada cortina roja, la cual produce un ruido aterrador, escenario adentro, sobre todos para los debutantes. Encandilado por las luces que iluminaban la escena, comencé a decir mi parlamento:

-Tú ves esta ridícula costumbre...

En ese momento nos dimos cuenta, la Silvia Infantas y yo, que las velas estaban apagadas. En ese momento uno siente un vacío, un rumor en los oídos, como cuando se escuchan conchas marinas. Salvé la situación, agregando una frase al parlamento:

-Hoy, como hace mucho calor, las apagué.

Otro hecho que acrecentó mi vocación artística, fue Nuestro pueblo dirigida por Pedro de la Barra del Teatro Experimental de la Chile. Entre los actores del Teatro de Ensayo, hubo uno con que compartí una larga amistad: Alberto Rodríguez. El hecho que las casas de nuestros padres fueran cercanas, contribuyó a este contacto. Después de los ensayos,

viajábamos juntos, desde la universidad a nuestros respectivos aleros paternos, en la legendaria micro Diagonal. En cierta ocasión en que yo viajaba solo, en dicho autobús, me entretenía leyendo la revista *Vea*. En esos años el *Vea* era tamaño tabloide y se imprimía en blanco y negro. La dirigía mi recordado amigo, Genaro Medina. Como esta publicación se leía mucho en provincias, tenía varias páginas destinadas a esas zonas del país. Yo, leyendo hasta el último concho, llegué a lo que nos contaba el corresponsal de Taltal:

«Fue motivo de una positiva reacción ciudadana, el gesto de las damas de Taltal, al bordar un nuevo estandarte para la compañía de bomberos de esta localidad y la hermosa ceremonia en la que éste fue entregado. Con sentidas palabras el señor alcalde recordó los grandes servicios prestados a la comunidad, por estos Caballeros del Fuego. Con especial hincapié, hizo mención al heroico comportamiento, de estos bomberos, el día que se les quemó el cuartel».

Ese día yo viajaba solo, como está dicho, por eso, que al lanzar una estruendosa carcajada, y todo el pasaje darse vuelta para mirarme, me sentí en la imperiosa necesidad de bajarme de la micro. El llanto uno lo puede disimular, pero la risa, jamás. En otro bus del mismo recorrido viajaba una señora con una guagüita en la falda. Junto a ella, otra señora, la típica dama chilena, cordial, atarantada, preguntona y constante. Mirando al crío, le dice a la vecina:

-Qué linda guagüita, Dios la bendiga. Dígame señora, ¿Qué edad tiene?

La madre, que era española, muy complacida le responde:

-Seis meses y pico.

-Ah, dice la otra, es hombrecito.

Cosas de las micros Diagonal.

En radio chilena

Tito Rodríguez me presento a Sergio Vodánovic, un estudiante de leyes de la U. Sergio tenía una fuerte vocación autoral. Lo primero que conocí de él, fueron unos libretos de radio. Llevaban el nombre de «Personajes», y eran entrevistas a seres reales o imaginarios: La Luna, La Tonada, La Primavera, Pedro de Valdivia etc. La única radio que podría interesarse por un programa de esa calidad, era la Radio Chilena, entonces propiedad de la Grace, gran compañía naviera y comercial. El que manejaba, con mano de hierro la

emisora, era un gerente de la empresa propietaria, don Manuel León Montt. Pedimos audiencia. Fue negada. Felizmente una sobrina muy querida de don Manuel, una chiquilla Montt, pololeaba con mi compañero de colegio, Raimundo Infante -el recordado Huaso-, ella nos abrió la puerta de su fiero y temido tío. No sé por qué insondable misterio, le caímos bien. Le gustaron las ideas de Vodánovic, y me nombró director de la Radio Chilena. Pero como este caballero era excéntrico, mi cargo era solamente de ocho de la mañana a la una de la tarde. Ese inaudito sistema, los aceptamos. La Radio, en esos entonces, era dirigida por la señora Blanca Anthes de Bombal, madre de la gran escritora. Su desempeño era simple y coloquial. Por ejemplo, cuando ella tenía a un grupo de amigas invitadas a tomar el té a su casa, tomaba el micrófono, tipo tres y media de la tarde y le recordaba a sus amigas, por el aire, el compromiso. Quien tenía a cargo la excelente programación de música selecta, era Waldo Concha, caballero, cordial, conocedor de su oficio, desgraciadamente era el bocado predilecto del León... Montt. El personal que trabajaba en la radio, era de especial categoría social y humana. Ismael Rengifo, padre de Eugenio, músico y uno de los fundadores de Los Huasos del Algarrobal. Jorge Daham en sus primeros pasos del mundo de las comunicaciones. Jorge estudiaba arquitectura en la U. C. y era hijo de don Óscar, Administrador del Teatro Municipal y cantante lírico muy cotizado. René Bafalluy, Enrique Prieto, Arturo Carvallo, gran músico, íntimo de Ramón Vinay y Claudio Arrau. Arturo está radicado en USA. Un domingo de verano, a las dos de la tarde, con un calor agobiante, Carvallo estaba de turno para transmitir la ópera. El estudio se encontraba solitario; solamente él y el control Bafalluy. Era tanto el calor, que el chico Carvallo se fue sacando la ropa hasta quedar desnudo. Como la radio estaba en el noveno piso de un edificio que está en Tenderini con Moneda, algunas ventanas quedaban para el lado de la sombra y producían algún frescor. A una de ellas se asomó Arturo, acodándose en el alféizar y disfrutando de cierta brisa que corría por Moneda. Por cierto, que quien mirara a esa ventana, veía a un joven con el torso desnudo, tomando el fresco. Los gruesos muros estructurales del edificio, ocultaban el resto de las intimidades corporales de Carvallo. Pero; ¡Oh!, qué aciaga coincidencia, la señora Bombal había vuelto, por algunas horas, de su veraneo, y decidió darse una vuelta por la radio. Tenía llave y el estruendo de El anillo de los nibelungos, impidió que nadie la oyere entrar. Lo primero que vio, fue la espalda y las asentaderas de Carvallo. Atónita, sólo pudo decir:

-¡Arturo que le han hecho!

Tal vez imaginando lo peor. El Chico sorprendido e incómodo, le respondió:

-¡De la vuelta señora para pasar a vestirme!

Fuera de la Radio Chilena, colaboramos con el Departamento de Radio de la Acción Católica. Con libretos de Vodanovic, desarrollando, preferentemente, los temas policiales. Quien lideraba esta sección radial, era un joven muy ligado a don Horacio Walker y que luego sería parlamentario: Héctor Valenzuela Valderrama. Y a beneficio de este departamento, Sergio Vodánovic escribió El Príncipe Azul, obra en un acto, que con decorados de Salo San Miguel, y la actuación de Irma Morán, Eliana Simpson, María Kluczynska, Alberto Rodríguez y Alfonso Amenábar, presentamos en el Teatro Municipal, con mi dirección, en un espectáculo que llamamos Ballet, Música y Teatro. La Yerka

Lucsic, destacada bailarina y coreógrafa infantil, presentó su ballet. El departamento de radio de la Acción Católica patrocinaba la función.

San Pedro, don Carlos y el Papa

La primera dirección teatral que me asignaron en el TEUC, fue El Retablo de las Maravillas, de Cervantes, con motivo de San Pedro, día del Pontificado.

Esta ceremonia solemne, que se efectuaba todos los años en el Municipal, con asistencia del Cuerpo Diplomático, Nuncio, Arzobispo, Obispo etc. la organizaba la Universidad Católica y estaba a mi cargo.

Me correspondía acompañar a monseñor Casanueva en la antesala del Palco Presidencial, para recibir al arzobispo. Ambos muy elegantes y envarados con sus mejores galas eclesiásticas, manteos, capas, esclavinas, fajas etc., hacían precario el desplazarse y el equilibrio de los dos ilustres ancianos. Don Carlos, mientras esperaba la llegada del cardenal, dormitando, sentado, rezaba el rosario. De pronto aparecía monseñor Caro en la entrada del saloncito, y don Carlos, como electrificado, se levantaba y se abalanzaba hacia el cardenal, para besarle el anillo, mientras se arrodillaba. Por su parte el arzobispo, con cortesía, trataba que don Carlos no se arrodillara. Este era el momento peligroso. Monseñor Fuenzalida que acompañaba al Cardenal, y yo, así lo sabíamos. En este forcejeo entre arzobispo y rector, se enredaba el rosario de don Carlos Casanueva en la cadena de la cual pendía la cruz pectoral, de monseñor Caro, y como ninguno de los dos aflojaba, teníamos que separarlos, más bien desenredarlos. Algunas veces quedaban prácticamente trabados, entre tafetanes, rasos, cíngulos, ojales y botones forrados. Todo este episodio se desarrollaba, teniendo como telón de fondo, el murmullo de eminencia...: «Don Carlitos... Señor arzobispo... Es un honor... Dios le dé salud... Cuidado... Bendito sea Dios, etc.»

Monseñor Carlos Casanueva, rector de la Universidad Católica por más de treinta años, dejó toda una leyenda entre los miles de alumnos y otras personas que lo conocimos y tratamos. Famoso era el quedarse dormido, o aparentarlo, cuando tal situación le era conveniente. Iba a los Clásicos Universitarios acompañado de don Pancho Vives, pro rector de la U. C. y compartía el palco presidencial con don Juvenal Hernández rector de la U. de Chile. Según las numerosas fotos de los diarios de entonces, nunca don Carlos estaba despierto para un gol de la U. Sencillamente no los veía. Ojos que no ven, corazón que no siente. Sus relaciones con el teatro, con las cosas artísticas, no eran de las mejores. Desconfiaba de ese ambiente. Debido a mi participación en las fiestas de San Pedro y posteriormente la Navidad que hice en el Clásico Nocturno de 1949, me situaban en una posición muy cómoda y amistosa con él. En cierta forma me convertí en un oficioso intermediario entre el rector y el TEUC. Después del estreno de El burlador de Sevilla, en una magnífica puesta de Pedro Mortheiru, le pregunté qué la había parecido:

-Con la oscuridad del teatro, me quedé dormido varias veces; para cada vez que despertaba, don Juan estaba besando a una niña distinta.

Una vez venía caminando desde el Instituto Politécnico de la Universidad, que quedaba en la calle Santa Filomena, al otro lado del río Mapocho, hacia la Casa Central. En sus bolsillos traía \$80.000 en billetes -una fortuna-, fruto de una donación que había recibido. Sabemos que sus sotanas eran un solo remiendo y que sus bolsillos no representaban ninguna seguridad. En el trayecto, entre el Poli y la Católica, se le cayeron todos los billetes. Cuando en su oficina se dio cuenta, salió a la calle, deshizo el camino y los encontró todos. Una tarde le avisaron que en el Hospital de la U. C., acababa de fallecer la Violeta Quevedo, la famosa escritora naif (Las hermanas Huneus). Ella solía decir:

-Violeta por lo humilde y Quevedo por lo que he visto.

La hermana de la muerta, que eran parecidas como dos gotas de agua, cuando llegó a la clínica se desmayó. Los doctores la atendieron y la dejaron reposando en la cama de una pieza del establecimiento. A todo estos don Carlos con su capa de coro negra, como corresponde a la ocasión y acompañado de su fiel Tapia, escudero, secretario y sacristán, quien portaba el balde con agua bendita y el hisopo para asperjar, llegaron al piso de la difunta. Por la puerta entreabierta vieron a la dama tendida en la cama. Don Carlos entra y orando comienza a salpicarla con agua bendita. Cuando le cayó en la cara, la presunta muerta despierta y abre los ojos. Don Carlos, despavorido sale al pasillo gritando:

-¡Milagro, milagro de la Virgen de Fátima!

El agua se la había asperjado a la hermana de la difunta y la despertó.

En los largos días que estuvo hospitalizado al fin de su vida, llegó a visitarlo el nuncio monseñor Baggio, y lo encontró en cama, por supuesto, pero sentado, afirmado en almohadas, con casulla y una bandeja sobre su falda, celebrando misa. El nuncio lo acompañó. Cuando quedaron solos, con tacto y cariño, le preguntó cómo se había conseguido la dispensa para decir misa en cama. Don Carlos le contestó que está muy claro en el derecho canónico, que en caso de enfermedad, el sacerdote podía officiar misa en cámara. Lo malo, que en latín, cámara es pieza y nocama. En sus últimos meses en la Universidad y en esta vida, su salud estaba muy deteriorada, le costaba andar y mucho más subir la escala al segundo piso, donde estaba su oficina, el Consejo Superior acordó instalarle un ascensor. No alcanzó a usarlo. Se le llamaba el «Ascensor de Don Carlos». Sin que nadie jamás lo empleara, se desarmó. Cuando uno cuenta cosas de monseñor Casanueva, los recuerdos se agolpan. El último día que él fue a su despacho, le hice un reportaje, para el diario de la FEUC, titulado El último día de don Carlos. Para lo cual llegamos muy temprano a su oficina, con el fotógrafo, y nos escondimos tras unas cortinas, pues queríamos sacarle fotos sin que se diera cuenta. Minutos después llegó el rector y se sentó frente a su escritorio. Cuando íbamos a sacar la primera instantánea, se abrió la puerta con rapidez y entró una monja, la que saludó a don Carlos con un escueto Buenos días, mientras abría un cajón del escritorio y sacaba un frasco con bencina y un trapito, procediendo a desmanchar a don Carlos: Hay testimonio fotográfico. Llegaba a Lourdes y nuestro embajador lo esperaba a la entrada del santuario, y con mucho cariño lo abraza y le

palmorea la espalda, gesto el cual produce que se levante polvo de la sotana de don Carlos. Esto se vio claramente y el embajador dijo en voz alta:

-Qué emoción, tierra chilena.

Máquina fotográfica eléctrica

Tapia su secretario y sacristán me dice una mañana que monseñor Casanueva quiere hablar conmigo. Voy a su oficina:

-Quiero que vayas a la R. C. A., Víctor, y converses con Julio del Río. La Universidad acaba de comprar una máquina fotográfica eléctrica.

Era nuestro primer equipo de televisión en circuito cerrado. Hicimos un espectáculo en el gimnasio que se transmitía al auditorio de física. En dicho lugar se ubicaron las visitas, autoridades, periodista, por lo demás era la primera transmisión de TV que se hacía en Chile, dirigida por un chileno. La verdad que con muy precarios elementos hicimos una función bastante pasable. Transmitimos desde el gimnasio universitario.

La cámara la manejó Julio del Río; la luz Eduardo Tironi y el audio el ingeniero Carlos Morales. La función que preparé estaba integrada por varios números artísticos y escena de la Universidad. Tres de mis alumnos de teatro montaron un soliloquio de Rosita, la soltera de García Lorca por Monserrat Julió, una parodia fonomímica de Rosita Serrano, por Silvia Piñeiro y un monólogo del Enrique IV de Pirandello, por Hernán Letelier. Se incluía un asalto de esgrima, preparaciones de alumnos de medicina en un cadáver, una Consagración, simulada, por el padre Enrique Valenzuela, pro Rector de la Universidad, terminando con el coro cantando el himno de la U. C.

Terminada la transmisión, acudimos a donde estaba el público para saber que les había parecido. Todos estaban mudos. Sólo habló la María Romero, prestigiosa periodista y ser muy querido. Dijo:

-Pensar que todo lo que vimos, ocurría en otra parte...

Genial síntesis.

El primer contacto que tuvimos los santiaguinos con este sistema de transmisión, fue alrededor de 1936, cuando vino a Chile una delegación de la empresa alemana Telefunken, quienes hicieron una demostración en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. En esa oportunidad, actuó, entre otros artistas, la cantante nacional Cora Reyes, a quien conocí en la compañía de Lucho Córdoba. De entonces nos saltamos a 1950. Pero, previamente, el periodista deportivos de El Mercurio, Pity Moreno, en uno de sus viajes,

compró, por monería, un televisor. De vez en cuando, en las noches, solía encenderlo. La pantalla blanca y radiante iluminaba la habitación, mientras un ruido de estática acompañaba los reflejos del aparato. Esto ocurrió varias veces. Mas, una vez, estando solo en su departamento, creyó que se había vuelto loco: ¡En el televisor comenzaron a verse unas figuras humanas, al mismo tiempo que se escuchaban, claramente voces que dialogaban! En su impresión, salió al pasillo del edificio y le golpeó la puerta al vecino, para que viniera a ser testigo del prodigio. De otra manera nadie le iba a creer. Se le creyó. Los técnicos explicaron el fenómeno, como un rarísimo rebote de ondas, que venían de Venezuela, las cuales se encontraron con condiciones meteorológicas sumamente inusuales, las cuales provocaron este milagro electrónico.

De cómo me vinculé a esta primera experiencia televisiva en la Católica, es fácil de detectar. Yo era miembro del Teatro de Ensayo de la Universidad, como director de obras y profesor de Arte Dramático, al mismo tiempo tenía a mi cargo los espectáculos de los Clásico Universitarios y dirigía el departamento cultural de Federación de Estudiantes. Por lo tanto el Rector me sabía interesado en toda actividad artística.

Tiempo después me incorporé de lleno a la televisión, trabajando en Protab, la única empresa privada con estudios y equipos móviles, que producía en Chile. Protab, creada por Ricardo Miranda, pionero en estas nuevas disciplinas. Primero apoyó al Canal 13, quien prácticamente copaba sus servicios. Ahí se grabaron las primeras tele series, en blanco y negro. Fueron sus directores, profesionales como Elvio Soto, Leopoldo Contreras, José Caviedes. En lo personal, en Protab hice Ayúdeme Ud., compadre, La silla eléctrica, El doctor Mortis, Dominó, Los compatriotas, El show de la Silvia Piñeiro, Hombres y mujeres de Chile, Estas son nuestras canciones, Palabras de Semana Santa, La Navidad de Pedro, etc.

Protab fue la empresa que repatrió a Javier Miranda, para sacar en Santiago, el canal de la Universidad Católica de Valparaíso.

Cuando llegó el color, le hicimos empeño para ponernos al día, pero era mucho dinero, por lo demás los Canales habían crecido y cada día tenían mejores equipos e infraestructura.

Protab nació en blanco y negro y murió en color

He seguido grabando programas, directamente con los diferentes canales. Especialmente me he dedicado a los temas religiosos e históricos. La excepción, en cuanto a tema, ha sido «Tertulia», que a su vez es heredero de otra similar que dirigí en el 13.

En un diario en que fue entrevistado Javier Miranda, respecto a algunos comentarios sobre la televisión, Javier señalaba, que lo que a él, más le molestaba, era la procacidad del lenguaje que se estaba poniendo en boga, en algunos Canales. Con razón el doctor Otto Dörr señala que la crisis del lenguaje, es la crisis de la mente.

¡Campeones!

En 1949, que ya hemos mencionado, la Católica fue campeón de fútbol, por primera vez. A los doce años que se había fundado el Club. La alegría fue inmensa. Se organizó una gira a Europa, Alemania, España, Holanda. Les tocó a nuestros jugadores, por primera vez en sus vidas, jugar mientras nevaba. Se cuenta que Fernando Roldán, destacado futbolista, nacional e internacional, es un poco corto de vista, y en un partido en Holanda, con una nevazón cerrada, bien poco es lo que veía. Se acercó al guardia línea de su costado, y en fluido inglés le preguntó:

-Señor, ¿mis compañeros ya se habrán ido?

Fruto de ese mismo viaje, fue haber conocido a Elías Reyes en España, un notable entrenador de hockey. Se hicieron todos los arreglos y Elías llegó a Chile contratado por el CDUC. Su labor fue espectacular, comparable a lo que hizo Davinson en el basketball. Nos contaba Elías algo que lo estremeció cuando llegó a nuestro país. En España, la voz grosera para nombrar el aparato genital masculino es «polla». Ustedes comprenderán su estupor, cuando en Santiago vio un gran letrero luminoso que decía: «Polla chilena de beneficencia». ¡Qué habrá pensado de nosotros!

San Pedro y monseñor Caro

En otra celebración del día de San Pedro, después que monseñor Caro había estado enfermo de cuidado, e incluso se temió por su vida, acudió al Teatro Municipal, pero esta vez acompañado del presidente la República don Gabriel González Videla y la señora Mitti. Su presencia era una sorpresa. De pronto, alguien de la platea, se dio cuenta que el cardenal estaba en el palco presidencial, y surgió el aplauso y los vítores. Don Gabriel le sugirió a monseñor Caro que dijera algunas palabras. Rápidamente le hice instalar micrófono:

-Cómo no voy a estar agradecido de Dios...

Así comenzó sus palabras monseñor Caro:

-Cuando asumí el arzobispado de Santiago, había sido elegido un nuevo presidente, don Pedro Aguirre Cerda. Radical, masón y aliado con los comunistas. Días aciagos se avecindaban sobre la Iglesia. Pero no fue así, nos llevamos muy bien con don Pedro, Por lo demás su señora era una dama católica, apostólica y romana. Se hizo el más grande Congreso Eucarístico en la historia de Chile. Desgraciadamente, al poco tiempo el Señor se acordó de él y se lo llevó. ¡Cómo no voy a estar agradecido de Dios! Después asumió don Juan Antonio Ríos. Radical, masón de larga data. Ahora sí que era grave la situación para

los católicos. Pero no pasó nada. Desgraciadamente, al poco tiempo, el Señor se acordó de él y se lo llevó. ¡Cómo no voy a estar agradecido de Dios! En la actualidad ostenta la Presidencia de la República, don Gabriel González Videla. Para no variar, masón y radical. Mucha gente vaticinaba que con este caballero sí que íbamos a tener dificultades, pues había incorporado a ministros comunistas en su gabinete. Desgraciadamente...

Don Gabriel, a todo esto, se iba hundiendo en su asiento. El público irrumpió en aplausos y sonora carcajada. González Videla se puso de pie y le dio un abrazo al cardenal, que mataba, sin querer, a los presidentes radicales.

Tremendo honor para Becker

El Clásico Universitario, que ya mencioné, referido a la Navidad, de una noche de noviembre de 1949, motivó tal agrado al rector y al Consejo Superior, que me otorgaron el Premio de Honor de la Universidad, este consiste en un crucifijo grande con una placa que lo identifica. Fue un honor muy grande el que se me hizo. Soy el único agraciado con esa distinción, sin que existan para ello, motivos académicos formales. El día que en el Salón de Honor de la Universidad, en ese que una vez no me habían dejado entrar, me hicieron entrega del premio, monseñor me agregó el libro *La imitación a Cristo*, con dedicatoria y un cheque por \$50. En el libro, escribe mi apellido como «Béquer», sin duda influenciado por el autor de las célebres *Rimas*. Lo curioso que el verdadero apellido del poeta, era Domínguez; y el otro que se conoce, es seudónimo inventado por él. Otro momento crítico de mi apellido, ocurría y ocurre, cuando se nombra al asesino de la Legación Alemana. Se dice: «el crimen de Becker». Falso, el secretario de la embajada, que mató a Tapia, se llamaba Guillermo Beckert, con «t» final. Cuando ocurrió este hecho, mi papá estaba interno en el colegio San Ignacio y sufrió todas las bromas y tallas, posibles de imaginar. Por curiosa coincidencia, la Legación estaba en la calle Duarte -hoy Lord Cochrane-, esquina de Alonso Ovalle, a ochenta metros del San Ignacio.

Volviendo a Bécquer, este poeta, nacido Domínguez, como esta dicho, lo hizo en Sevilla y murió en Toledo, donde fue enterrado. En una ocasión visité el cementerio de esa ciudad, en busca, precisamente de la tumba de Bécquer. La encontré. Le recé un par de oraciones. En mi caminar por el campo santo, leí el siguiente epitafio:

«Cuando nací, yo lloraba y los demás reían; ahora que morí, todos lloran y yo río».

Gratas visitas

Poco tiempo después de terminada la segunda Guerra Mundial, llegó a Chile una familia de artistas italianos. Estaba compuesta por los padres y tres hijos hombres: Paolo, Vitorio y Claudio. Todos habían heredado de su padre, don Julio, un gran sentido plástico. Vitorio y Claudio, además, estaban enamorados del teatro. Luego se fueron acercando a la Universidad Católica. En el Teatro de Ensayo los recibimos con mucho cariño. Eran dos muchachos robustos, interesados en lo que hacíamos y cooperadores. Cuantos trastos y tarimas practicables, me ayudaron los Di Girólamos a trasladar, en los ensayos pre-generales de Juana de Lorena. Claudio me hizo los decorados de South Pacific, El soldado de chocolate de Bernard Shaw, y el Enrique IV de Pirandello. Un recuerdo cariñoso a «mama» Julia, acogedora y generosa. Cuántas veces no mitigó nuestro apetito después de los agotadores ensayos. Hicimos buenas migas con toda la familia. Todavía conservo las hermosas tarjetas de invitación, que Claudio nos entregaba para la misa anual, en recuerdo de la muerte del Duce. Después cambió su apreciación de la Italia que había dejado. Por demás, está en su derecho y libre albedrío, cambiar de opinión. La verdad que en esos días, al menos los que nos dedicábamos al teatro con pasión, nada teníamos que ver con la política. Un día Fernando Debesa se encontró con Di Girólamo, y le preguntó con mucho interés, por don Julio, su padre, y éste le contestó:

-Partió a Europa, donde ya terminó la historia, yo me quedo aquí, porque en Chile se está haciendo la historia.

Estábamos en pleno gobierno de la Unidad Popular. El ojito de Claudio. Años después, habiéndosele hecho ciudadano chileno, por gracia, asumió un cargo de gobierno en el ámbito cultural. Su labor ha sido esforzada y militante. Una niña, que en una vitrina de transparentes vidrios, en plena vía pública, y financiada por el Estado, se desnudaba de cuerpo entero para hacer sus diferentes necesidades fisiológicas, provocó demandas judiciales y protestas. Di Girolamo declaró que a él, esto le parecía una obra de arte. Un maestro de la construcción, que junto a los juniors del centro, eran el grueso de los espectadores, dijo en voz alta:

-Esta mina se empelota hasta para pintarse las uñas.

Se gesta Martín Rivas

En 1949, poder encontrar una obra de teatro chileno era prácticamente imposible, a pesar que había la voluntad de estrenar autores nacionales. El oficio de nuestros literatos dramáticos, no estaba acorde con el tipo de obra que estrenábamos los teatros universitarios.

Para que el TEUC fuera considerado como una compañía nacional y quedara liberado de impuestos, tenía que presentar como mínimo, una obra chilena al año. Y es así, como entre gallos y medianoche, presentábamos una obrita corta, nacional, llamada El patio de los tribunales, escrita el siglo pasado. Para romper este círculo vicioso, propuse que adaptáramos al teatro, la novela de Blest Gana, Martín Rivas.

En esos años yo era director y profesor de la Academia de Arte Dramático, de la Católica. Un breve recuerdo de quienes fueron mis alumnos y que posteriormente tuvieron figuración en el oficio: Miriam Thorud, tal vez la más dotada; Monserrat Julió, catalana, hoy actriz en Europa. Silvia Piñeiro, de gran popularidad. Un día llegó a la Universidad Santiago Vivanco -cuñado de Sergio Livingstone- y me habló de una niña, que él creía de muchas condiciones teatrales. Me pidió, como favor personal, que yo le hiciera clase. Acepté de buen grado y le dije que la inscribiera en nuestra Academia. Así comenzó la Silvia. Los años, la intensidad de las temporadas, tal vez, la han hecho un poco olvidadiza. Paz Irrarázabal, Carmen Undurraga. Mónica Echeverría, Irene Domínguez, Marina González, y otras, cada una en su medida, fueron un aporte para la actividad teatral en Chile. En los varones, recuerdo a Jorge Álvarez, con quien hice el Delfín de Francia, en Juana de Arco. Al morir, dejó un vacío artístico que aún no encuentra sucesor. Jaime Celedón, comediante integral. Jorge Díaz, este alumno de arquitectura, llegó como mimo a la Academia. Buen colaborador, me ayudó en algunos espectáculos de los Clásico Universitarios. Silencioso, ponderado, correcto; luego se transformó en el cotizado autor dramático, que todo el mundo conoce. Julio Retamal, buen temperamento y sensibilidad. Derivó del teatro a la historia: Perdió el primero y ganó la segunda. Julio Rubio, hoy ingeniero especialista en cibernética en Holanda. Manuel Poblete, genial, murió muy joven en Venezuela.

Volviendo al proyecto sobre Martín Rivas, pensé que Sergio Vodanovic sería quien la adaptara. No me acuerdo por que, me enojé con Eugenio Dittborn, que en esos momentos presidía el TEUC. Este enojo, motivó que me marginara de hecho del teatro. La nueva directiva resucitó el proyecto Martín Rivas. Y Eugenio, a guisa de sutil venganza, le ofreció la dirección de la obra, a Pedro Mortheiru. La adaptación se le había pedido a Santiago del Campo. Cuando Pedro, estaba recién estaba haciendo el reparto, se produce gran pelotera entre Mortheiru con Dittborn. No sé por qué.

Yo estaba trabajando en la Corporación Vitivinícola, preparando los diversos actos y espectáculos de la Fiesta de la Vendimia, cuando Eugenio llegó a mi oficina a pedirme que dirigiera la obra, por cierto que acepté. Revisé la adaptación con mi amigo Santiago puliendo algunos momentos de la obra. Modifiqué el reparto: Incorporé a la gran Elena Moreno, encarnando a doña Bernarada Cordero, viuda De Molina, reina del «picholeo». Le di el papel de su vida a Sergio Urriola, haciendo el Amador Molina, el pícaro de la pieza. Colaboración del Chilote Campos y doña Petronila Orellana. En ellos, como en sendos maniqués, hilvané los personajes de doña Bernarda y de su hijo Amador, actuaciones claves, para el tono chileno, de bajo perfil social. Tanto doña Petronila como el Chilote, sabían que ellos estaban marcando para ilustrar a los verdaderos actores del reparto.

Petronila Orellana, junto a decenas de temas, es la autora y compositora de la cueca Chicha de Curacaví. En la presentación de Chile en el Campeonato Mundial de Fútbol de

Alemania, en 1974, puse esta hermosa cueca. Se calcula, que por intermedio de la televisión mundial, la vieron y oyeron, más de un millón de personas.

Martín Rivas ha sido uno de los mayores éxitos teatrales de todos los tiempos. Para los decorados de Bernardo Trumper, usé un escenario giratorio. Ya teníamos alguna experiencia, pues lo había utilizado en el montaje de South Pacific. Se presentó cien veces en el Teatro Municipal, a tablero vuelto.

Jean Luis Barreaul, Rosa Robínovic. El primer nombre corresponde, por cierto, al gran actor y director francés y el segundo a la relacionadora pública y periodista del Teatro de Ensayo. El actor y su compañía, recién habían llegado a Chile, después de un viaje accidentado e incómodo. La travesía de la cordillera había sido en plena tormenta. Los decorados, por error, habían seguido a Lima. Un desastre. A pesar de todo, la Rosita llevó al famoso divo, al Municipal, a una función de Martín Rivas. Me avisaron y acudí a saludar al maestro. La función continuaba. Mi curiosidad era, que es lo que más le gustaría, de lo que estaba viendo. Pensé, en el montaje, el escenario giratorio, la luz, la actuación de Justo Ugarte, actor realista de gran voz. Pensé varias posibilidades. En el intertanto, la Rosa sonreía.

El escenario giró, y nos encontramos en pleno picholeo, en casa de doña Bernarda Cordero, viuda De Molina, que atravesaba el salón, con una bandeja llena de vasos con chicha. Ella estaba ligeramente chispa. La vio Barreault y me dijo en francés:

-Ésa es una actriz.

Era la gran Elena Moreno. Tuve el placer de contárselo a mi querida Elena.

En la trama de Martín Rivas, como recordarán, está subyacente la Sociedad de la Igualdad, y con ella Francisco Bilbao y otros ilusos y románticos. Cuentan las crónicas que Bilbao en los desfiles y actos solemnes de la Sociedad, lucía su frac azul y portaba en sus manos, hecho en mostacilla, el árbol de Guernica, símbolo vasco de la libertad. En este conato revolucionario contra el presidente Manuel Montt, que figura en la obra de Blest Gana, sus organizadores trataban por todos los medios, de asemejar sus acciones y escenografía, a las revueltas que había visto en París. Por ese motivo, al poco pueblo que tenían, lo hicieron construir una barricada frente a lo que hoy es Mercado Central. Por no haber otros elementos apropiados para construir este fortín urbano, se optó por una gran cantidad de sacos llenos de nueces, que habían traído del campo, una caravana de carretas. Esto comenzó muy temprano. Los «guerrilleros» estaban en ayunas. Sus líderes les habían informado, que como a las diez de la mañana, iban a ser reforzados por un regimiento. Llegaron las diez, las once, las doce y nada. Los rotos bramaban de hambre. Alguien descubrió que los sacos contenían nueces. Hasta ahí llegó la barricada: se la comieron. Sigamos con Bilbao, que no es lo mismo que sigamos por Bilbao. Desterrado en Buenos Aires, se prendó, perdidamente de una hermosa muchacha del lugar. Esta no le daba ninguna muestra de interés. La sociedad bonaerense de esa época, frecuentaba un bonito paraje en las orillas del río de la Plata, la juventud lucía sus mejores galas en este idílico lugar. Ahí Bilbao vio por primera vez a su Dulcinea. Ella asistía al paseo todos los Domingos. Bilbao, de generalmente afiebrada cabeza, ideó un plan para que esta niña lo

notara y le hiciera caso. Contrató a un pescador de la zona, para que en determinado momento se cayera al agua, fingiendo que no sabía nadar. El hombre, previo pago por adelantado, cuando se lo indicó Bilbao, tras cierta seña establecida, cayó al río de la Plata, dando patéticos alaridos:

-¡Socorro! ¡Sálvenme!

Todos los paseantes quedaron petrificados, salvo un joven, que en veloz carrera, arrojando su levita al suelo, se zambulló en pos del salvataje. El agua esta helada, más de lo que él creía, la corriente no dejaba de inquietarlo, pero, por fin, agarró al falso náufrago y lo sacó sano y salvo a la orilla. Bilbao no había previsto que iba a hacer una vez en tierra, mojado como una diuca. Alguien se comedió y minutos después, le trajeron una manta para cubrirse. Poco sirvió. El «salvado» le consiguió un coche, y Bilbao partió a su hotel. Abreviando: le dio bronconeumonía y murió. La indiferente nunca supo la verdad.

Mi vida empresarial

Con algunos de mis amigos, que eran parte del equipo de los Clásicos Universitarios, formamos una sociedad de hecho, a quien la llamamos Argos: Publicidad y Espectáculos. Ellos eran Salo San Miguel, Sergio Contreras y Ricardo Pulgar. Nuestro primer trabajo, fueron los espectáculos de la Fiesta de la Vendimia en Curicó. Esto lo conseguimos por intermedio de Santiago Brurón, a quien conocí en la Acción Católica.

Me detendré algunos instantes, para recordar, con admiración y cariño a este real personaje, uno de los más entrañable, que me ha tocado conocer. Con su mujer Margarita Pinedo y sus hijos, formaban una sólida familia. Con sin igual coraje, supieron afrontar trágicos momentos de dolor; una noche, estando en un retirado lugar campesino, una epidemia causó la muerte de dos de sus hijos. Ya eran niños crecidos. Con resignación aceptaron los designios de Dios. No hubo llantos, sino oraciones. Pasado el tiempo el restos de sus hijos constituyeron sus propios hogares. Su amada Margarita falleció, quedando solo. Su fuerte vocación religiosa se le acentuó con la soledad. Tras obtener la dispensa necesaria, de la Iglesia, ingresó al Seminario, ordenándose de sacerdote. Su primera misa, a la cual asistí, fue en la Parroquia San Carlos de Borromeo. Posteriormente tuvo importantes cargos en el Arzobispado Metropolitano. A los pocos años falleció.

Santiago era gerente de la Viña Santa Rita, y en esa calidad, miembro del directorio de la Corporación Vitivinícola. Nuestra misión consistía en hacernos cargo de las ceremonias y actos rituales, más un corso de carros alegóricos. Los diversos momentos que debíamos desarrollar, habían sido creados por Brurón. Ellos eran: Edicto de la Vendimia, Bendición de los frutos, Gran Coupage, desfile de los carros de cada Viña de marca y espectáculo final. Cada uno de los actos nombrados, eran en lugares diferentes. La gran alegoría final, en un enorme escenario, se efectuó en la Alameda de Curicó. Ahí hubo ballet, cantantes,

actores, luces y fuegos artificiales. En dicha ocasión, fue la primera vez que actuaban en un espectáculo dirigido por mí, los Quincheros. No debo olvidar a Antonio Prieto, un joven cantante que era toda una promesa. La autoridad vitivinícola de la zona, era el doctor Aníbal Grez. Grata persona, a sí como su señora y sus dos hijos. Al año siguiente, 1951, la fiesta fue en Talca. En Chillán en 1952, Linares en 1953 y en Santiago en 1954. En esta última Vendimia, cuyo acto final ocurría frente al Palacio de la Moneda, por el lado de la cancillería, la uva llegó en un helicóptero de la Fuerza Aérea, piloteado por el Capitán de Bandada José Berdichewsky. Este distinguido aviador, siendo coronel, comandó la Base Aérea de Quintero.

Retornando a Curicó, cuando volvíamos en tren a Santiago, a pesar que todo había sido un éxito, descubrimos que habíamos perdido dinero. Cálculos mal hecho, sobre tiempo de los maestros, variaciones de precios, etc. Debemos aclarar, que estuvimos cinco semanas en Curicó, con un personal de cincuenta personas, entre carpinteros, pintores, electricistas, pirotécnicos, escenógrafos. Los artistas llegaron tres días antes, para los ensayos generales. A la altura de San Fernando, ya estábamos totalmente quebrados. Hasta Rancagua, no hablamos ni una sola palabra. Buscando la manera de inventar un nuevo trabajo, se me ocurrió que hiciéramos la caída de un Disco Volador. Este se lo podíamos ofrecer a don Armando Dousaillant, con quien habíamos hecho muy buenas migas, y en una ocasión me dijo que cuando tuviera una buena idea publicitaria le interesaría para la Viña Casa Blanca.

En Santiago, después de haber descansado un par de días, le pedí una entrevista a don Armando. Le conté la idea la cual ya había sido ilustrada por unos estupendos dibujos del Pituco Pulgar. Le gustó. Me pidió que le diera algunos días para estudiar el asunto. Poco tiempo después viajó a Europa. El año avanzaba. Felizmente, en la oficina se había hecho las cuentas de nuevo, y no estábamos quebrados. Menos mal. Don Armando nos tramitó. Pero, esto permitió, que mientras hacíamos otros trabajos, se mantuviera la esperanza. Cuando el Disco, el 17 noviembre de 1950, «cayó» en la falda del San Cristóbal, don Armando Dousaillant tuvo la finesa de llamarme por teléfono para congratularme.

El Disco Volador

«Dios escribe derecho sobre reglones torcidos».

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, que presidía José Toha, y entre otros, el Negro Jorquera, estaban preparando la fiesta de la primavera de ese año. Paralelamente, otro grupo juvenil hacía lo propio. Se trataba de la Federación de Estudiantes Industriales y Mineros, que un mes antes de la fecha de las festividades, proclamó a su propia reina. Mientras la reina oficial era la estudiante de danza, la hermosa Gloria Leguisos, el sector disidente proclamaba a la agraciada deportista Natacha Méndez, la cual sumaba a su encanto y simpatía, el hecho de haber sido miembro del equipo de básquetbol femenino, que recién, habido ganado, el Campeonato Sud Americano en Lima.

El asunto se ponía serio. Fue en esos momentos, cuando al Teco Contreras, uno de nuestros socios, que tenía amigos en la directiva de la FECH, se lo ocurrió la brillante idea de proponerles el Disco Volador. Lo aceptaron al tiro y con aplausos. Un Disco Volador, sin duda, distraería la atención de la opinión pública, sacándola del tema de la guerra entre las reinas. Comenzamos a trabajar. Los planos los hicieron Ricardo Pulgar, arquitecto y Salo San Miguel, constructor civil. A Adrián Buzzetti, ingeniero le encargué la construcción. El «astillero» donde se construyó la nave, fue una bodega del Estadio Nacional. Nos demoramos 20 días en construirlo. A los maestros se les dijo que era un carro alegórico para las próximas fiestas.

Gracias al comandante Middlenton, de la Fuerza Aérea y edecán del presidente González, que era dirigente de la rama de fútbol de la Católica, me conseguí una audiencia con «Gabito, para informarle, bajo secreto, que íbamos a hacer la broma del Disco Volador. Se rió y me prometió ayuda. Cumplió. Me entrevisté con el General Ardiles, Prefecto de Carabineros de Santiago, el cual me dijo que me daría todo el apoyo necesario, por instrucciones del Presidente de la República. El Disco lo íbamos a colocar en el faldeo sur del Cerro San Cristóbal, en un lugar llamado el Oasis, cercano a donde hoy día está el terminal del teleférico. La misión de Carabineros era aislar el sector, para que permitiendo la vista al público, este no se abalanzara sobre la nave espacial. A las tres de la mañana, partimos con varios camiones, que llevaban los diversos segmentos del Plato Volador.

Nos acompañaban treinta maestros y toda la directiva de la FECH. Con Pepe Tohá íbamos en la cabina del primer camión. Me dijo:

-Parecemos terroristas irlandeses.

Previamente yo me había puesto de acuerdo con el director de Las Noticias Gráficas, Alamiro Castillo, a quien le di la exclusiva de la broma y participó en su puesta en escena. Antes de partir del estadio hacia el cerro, armamos el disco, como un ensayo, y para que los maestros supieran la firme, de que se trataba. Un fotógrafo de Las Gráficas, junto a Castillo. Hicieron algunas fotos y partieron para el diario. El plan era que se imprimieran algunos miles de ejemplares, con la noticia de la caída de un Disco Volador en la zona de Pedro de Valdivia norte, y estos se repartieran, saliendo el sol, frente a las iglesias, mercados, lecherías y panaderías. Otro que nos ayudó fue el director de la Radio Cooperativa Vitalicia, Adolfo Yankelevic quien hizo instalar un puesto transmisor aledaño al Disco. Don Juan Bautista Rosetti, destacado hombre público y dueño del diario La Opinión, fue datado por Alamiro Castillo, después que ya había «golpeado», con su diario Las Noticias Gráficas. La Opinión se embarcó en el asunto, y ese día saco cuatro ediciones extraordinarias. Dirigía este diario, el periodista José Dolores Vásquez, con quien, tiempos después, compartimos labores en la Moneda. Lo recuerdo con aprecio.

Nuestro equipo de operaciones, también está integrado por algunas camionetas, a las cuales les habíamos puesto un cartel que decía: «Laboratorios de Emergencia». Otro elemento teatral, era una grúa a vapor, que simulaba intentar abrir el disco, con cero resultado. El técnico, un artista, hacía bramar la máquina. A todo esto la cuadrilla de maestros, cavaban una zanja alrededor de la nave. De vez en cuando, unas bocanadas de humo verde emergían por las escotillas. El Disco se notaba que estaba accidentado. Una buena parte del pasto que

lo circundaba, se había quemado. El aspecto era dramático y amenazador. Algunos vehículos blindados del ejército, se apostaron en la entrada del camino de subida. Con anteojos y telémetros observaban el Disco y las maniobras que en su contorno se hacían. Aviones de guerra volaban sobre el lugar. Uno de ellos, hizo un gran círculo con una estela de humo. Las micros que circulaban por Santiago, habían escrito con tiza en sus parabrisas: «Al Disco». A mediodía la muchedumbre era inmensa.

Desde lo alto veíamos la gran cantidad de gente que avanzaba por la Costanera. Llegó el embajador de los EE. UU. y varios agregados militares. A nadie se le permitía subir. El jefe de las fuerzas policiales era un teniente coronel, por intermedio de la radio interna, me envió el mensaje de que nos reuniéramos en determinado punto del camino. Lo hice. Era un hombre de gran humor:

-Hay que divertirse un poco más.

-¿Cómo? -le pregunté.

-Déjemelo a mí. Si llega alguien famoso, le pediremos algunas condiciones para que puedan subir.

Y es así como el director de La Última Hora, don Carlos Becerra, se le permitió subir, siempre que no llevara nada metálico en el cuerpo. Dejó cinturón, suspensores, colleras, cigarreras. Subió el cerro, afirmándose los pantalones con la mano. Cuando llegaban arriba, se les contaba la verdad. Primero acholo, luego enojo, pero rápidamente se abuenaban, esperando disfrutar del que subiera después de ellos, en las mismas condiciones. Y en esas circunstancias llegaron al Disco, entre otros, Jorge Délano Coke, Don Ramón Cortez, director de La Nación y fundador de la primera Escuela de Periodismo. Al avanzar la tarde, las medidas de seguridad fueron aflojando, de manera que grandes multitudes llegaron cerca del Disco. Desde temprano se habían instalado parlantes en todo el sector. Cuando se estaba poniendo el sol, una música se hizo oír. Era la canción de los estudiantes, con versos de Justavo Campaña: «Con las alas abierta». El Disco Volador comenzó a abrirse, como una descomunal almeja, y en su interior apareció la reina: Gloria Leguissos, bellísima. A su lado el Rey Feo, Petronio Romo. Pepé Tohá dijo algunas palabras y comenzó un espectáculo artístico. No sé cómo habrá informado de esto la prensa mundial, en circunstancias que la BBC de Londres, varias veces en el día, transmitió el siguiente boletín:

«Santiago, Urgente.- En un cerro de los contrafuertes andinos, tuvo un aterrizaje de emergencia una nave extraterrestre. No hay sobrevivientes».

Don Jorge Alessandri

Como siempre ha ocurrido en el mundo político, hay sucesos y casos pintorescos. Cuando era ministro de hacienda, de González Videla, don Jorge Alessandri Rodríguez, la opinión pública comenzó a conocer del carácter de este caballero, su austeridad, rigor y severidad. En cambio la gente que lo conocía en la intimidad, sus familiares, sus amigos, contaban que era afable y simpático, bueno para hacer imitaciones. Así me comentaba mi recordado amigo Jaime Guzmán. Volviendo al Alessandri público, los empleados y funcionarios del ministerio, le tenían sagrado pánico. Un sábado, cerca del medio día, llegaron dos empleados del ministerio de hacienda, bastante «emparafinados», por lo tanto, envalentonados. Rafa Gumucio que era el sub secretario de Hacienda, quedó perplejo cuando los vio pasar raudos y resueltos, hacia el despacho del ministro, un verdadero *santum sanctorum*. Sin anunciarse y ni siquiera golpear la puerta, irrumpieron en ese santo *sanctorum*, profiriendo, a gritos, insultos y denuestos. Alessandri, asomándose a la puerta, dijo en voz alta:

-Gumucio, llévese estos borrachos.

Esto lo manifestó, visiblemente airado, pero sin la menor muestra de temor. Los hechores, sin alcoholemia previa, quedaron cesantes. No se sabe si hubo o no, indemnización. En otra ocasión, siendo presidente de la Papelera, recibió en su escritorio un comité de trabajadores. El diálogo se fue poniendo áspero. Don Jorge, dirigiéndose al que los comandaba le espetó:

-Señor, retírese de mi oficina.

El aludido se negó. Entonces Alessandri agregó:

-Si no se va usted, me voy yo.

Y pletórico de indignación se dirigió a la puerta, pero se equivocó y entró al clóset. Como don Jorge no salía de su encierro, la delegación se fue mansamente.

La balsa y vuelta a la radio

Por mi figuración en los Clásicos Universitarios, y por la broma del Disco Volador, todos los clientes de la Agencia de Publicidad en que me ganaba la vida, me pedían cosas espectaculares. Así fue, como para destacar un nuevo producto, que era la «Sidrela», una sidra más suave, hice construir una botella gigante de esta bebida, y colocándola en una balsa, la fondeamos frente a una playa de Viña. El experto que hizo todas las maniobras fue Wilson Gass. Entonces supimos que las anclas «garrean», es decir que se corren, siendo difícil que se mantengan mucho tiempo en un mismo lugar. También tomamos contacto con el «arrufo», efecto de las corrientes marinas, que tratan de destruir todo lo que flota. Por

último, ante el clamor público, a pedido de la Armada, sacamos la balsa. Se nota, que en esa época, había poco que mirar en las playas.

En cambio, lo que se mantuvo largo tiempo, con éxito, fue en Radio Minería, el Bar Sidrela. Era un clásico programa humorístico, que iba tres veces a la semana, transmitido desde un auditorium con público. Raúl Matas, Nana González, Mario Hugo Sepúlveda, Jorge Romero Germán Becker y Alejandro Gálvez, éramos el elenco.

Otra vez la Navidad

Terminaba el gobierno de don Gabriel González Videla. A fines de 1951, el Alcalde de Santiago don Germán Domínguez, me pidió que hiciera una gran Navidad, frente a la Moneda, por el lado de la Alameda, como despedía a don Gabriel y la señora Miti. El escenario, de grandes proporciones y desniveles, rampas y escalas, cubría totalmente la pila que estaba frente a la Moneda. La revista Topaze publicó, con su ácido humor, que los radicales estaban encajonando la pila para llevársela; en realidad, la imagen del Partido Radical, estaba bastante deteriorada.

Se efectuó un extraordinario espectáculo navideño. Largas rampas en altura, eran accesos a las zonas principales de actuación. Una partía desde la calle Bandera y la otra desde Lord Cochrane. Por una entrarían los pastores con sus rebaños, en tanto, por la otra los Reyes Magos. Mi intención era que los camellos del Zoológico, fueran las tradicionales cabalgaduras de estos Magos. Para lograr esto, de acuerdo a veterinarios y autoridades del Zoo, dos semanas antes de la representación, había que acostumbrar a los camellos a la bulla y efectos musicales. Es así, que todas las mañanas, temprano, antes que entrara el público, dos carabineros, músicos del Orfeón, uno con bombo y el otro con platillos, se instalaban frente al corral de estos animales y les tocaba toda suerte de fanfarrias. Fue imposible domesticar a estos cuadrúpedos. Era peligroso llevarlos al espectáculo de Navidad. Según nos informaron los entendidos, tienen la fuerza de un buey y la viveza de un potro. Melchor, Gaspar y Baltasar, llegaron al pesebre a caballo. La primera parte se trataba del Imperio Romano. Fieras, carros de guerra, danzas paganas. A ese mundo llegó Jesús. La regidora doña Elena Doll de Díaz, quedó de llevar, el día de la presentación, un hermoso muñeco, de tamaño natural, para que fuera el Niño Dios. Era tanta la gente, que la señora Elena no pudo acercarse a la zona del Pesebre. La Navidad fue sin el Niño. Nadie se dio cuenta.

La central de mando del espectáculo -luz, sonido, efectos especiales- la instalamos en el cuarto piso del edificio del Banco del Estado. Era impresionante la visión de esta gran construcción, cuando la estaban reedificando.

En todos los vidrios de las ventanas, del entonces Ministerio de Defensa Nacional, se habían colocados grandes estrellas azules de papel celofán transparente, todas las luces de

las oficinas, de todos los pisos, estaban cortadas por el control general del edificio. En un momento, en que nubes de humos blanco, trepaban por la fachada y una gran estrella bajaba por andarivel, descendía hacia el pesebre, el cielo se encendió. Fue un hermoso efecto. ¡Gloria a Dios en las Alturas, y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Cuando terminó todo, el edecán de servicio me vino a invitar de parte del presidente a comer. Mi facha no me permitía aceptar. Le agradecí el honor, pero me negué. El Edecán se retira. A los pocos minutos regresa. Vuelve con cuatro carabineros de la Guardia de Palacio. La invitación, era ahora, bajo apercibimiento de arresto. Fui con Ernesto Allende, el Viejo, y Jaime Celedón. La comida, fuera de serie. Era la última cena de Navidad del Presidente y su familia.

Nuevas elecciones

Comienza la campaña presidencial. Ibáñez, Alfonso, Matte y Allende se disputan las preferencias. Matte ayudaba económicamente a Allende, para quitarle votos a Ibáñez. En una ocasión acompañé al senador don Hernán Videla Lira, a una casa de la calle Serrano, secretaría política, llevando en una caja de zapatos, varios fajos de billetes.

Los ánimos estaban violentos. En concentraciones frente a la Moneda, y con los parlantes a todo volumen, María de la Cruz insultaba al presidente González Videla y a su familia.

En esos años la actividad política y sobre todo, electoral, tenía algunas gracias que ahora se han perdido: La oratoria. Los discursos encendidos, las metáforas que electrizaban a los oyentes. Proclamando a don Pedro Enrique Alfonso, en diciembre de 1951, en un estrado frente a la Moneda, Radomiro Tomic, a nombre de la Falange, dijo:

-La derecha es como esta luna que nos alumbrá; la cual, aunque brille mil años, nunca hará germinar ni un solo grano de trigo: ¿Qué pido para mi patria? Que en lugar de mil años de luna, haya un solo día de sol.

El 4 de septiembre fue la elección. Ganó, con mayoría absoluta el general Carlos Ibáñez del Campo. Mis padres, que cuando cayó Ibáñez, salieron con el auto de la casa embanderado, ahora habían votado por el «general de la esperanza». Mi mamá decía:

-¡Cuando Ibáñez era presidente, una señora podía ir a la vega, sin que la faltaran el respeto!

La fuerza de las cosas simples, como diría Óscar Wilde...

Durante este período del presidente electo, quien asumiría el 4 de noviembre, precisamente para el día de San Carlos, me llamó de nuevo don Germán Domínguez, para que preparáramos unas buenas Fiestas Patrias, según él, para pasar la pena, y seguir despidiendo

a don Gabriel y a la señora Mitti. Hubo festejos para todos los gustos. Previo al «18», hice una ceremonia en la Alameda, frente a la Moneda. Con mis compañeros de colegio, los Said, Jaime, Lucho y José, nos conseguimos que regalaran gran cantidad de rayón, rojo, azul y blanco. Con las monjas, se pudieron hacer mil banderas, de dos metros y medio de vuelo. En sus respectivos mástiles blancos, las entregamos a quienes había concursado para obtenerlas.

Las ruinas

Don Germán Domínguez Echeñique: Hombre de gran simpatía personal; parlamentario, regidor, alcalde de Santiago; Social Cristiano. En una de sus campañas electorales, usó la siguiente divisa:

«Para un gran arquero, Livingstone. Para un gran diputado, Domínguez».

Estando su hija Irene en Europa, donde ella se radicó como pintora, don Germán fue a visitarla a Roma. A su vuelta me encontré con él, y le pregunté por la Irene, y por sus impresiones del viaje. Recurriendo a su carácter huaso y cazurro, me dijo:

-La Irene está muy bien; lo único malo es que en Roma, me llevó a visitar puros escombros.

Así veía don Germán, las ruinas de la Itálica famosa.

Volvemos a la radio: La Biblia

José Stefanía, esposo de la Anita González, tuvo la idea de hacer un gran programa radial: «La Biblia». Ésta fue una iniciativa que compartió con el Departamento de Radio de la Acción Católica. Me ofreció la dirección. Se transmitiría por Radio Minería y una cadena nacional. Para los diversos personajes que requería esta obra, adaptada por Alfredo Lefevre, invitamos a diversos actores de ambos teatros universitarios y figuras profesionales. Mireya Latorre, María Maluenda, Silvia Infantas, Inés Moreno, Marta Ubilla, Justo Ugarte, Roberto Parada, Emilio Gaete, Jorge Álvarez, Emilio Martínez, Hipólito Villegas, Alberto Rodríguez, Mario Montilles, etc.

Se transmitió con una gran acogida del público en todo Chile. Las fuerzas, es decir, el financiamiento llegó hasta el momento, en que Moisés (Roberto Parada), divisa, desde lo alto del monte Nebo, la Tierra Prometida.

Jaime Celedón fue mandado por el Departamento de Radio de la Acción Católica a Roma, para entregarle al Papa, varios discos de acetato, con todos los episodios de nuestra transmisión. Celedón llegó al Vaticano en taxi, después de haber hecho otras diligencias. ¡Horror! No sabe dónde ni cuándo, se le quedaron los discos y los perdió.

Pero terminemos con un recuerdo amable. El actor Emilio Martínez, que ya hemos recordado cómo uno de los intérpretes de la Biblia, tenía un gran cariño por los animales. Cuando en plena segunda Guerra Mundial él estuvo becado por la BBC de Londres, solía visitar el zoo de la capital inglesa, y en especial la jaula del cóndor, la cual tenía un letrero que consignaba como la patria del ave, la cordillera de Los Andes, en territorio de Chile. Cuando arreció la campaña submarina alemana, contra los buques de abastecimientos ingleses, las autoridades británicas acentuaron el racionamiento, e incluso se anunció que serían sacrificados animales del Parque Zoológico, por carecerse de alimentación para mantenerlos. Supo esto, Emilio Martínez, y todos los días acudía al zoo, y le daba la mitad de su almuerzo al cóndor chileno. Por curiosa coincidencia, en la Biblia hizo el papel de Noé, el que salvó a los animales.

Vuelve monseñor Caro

Cuando el Presidente Ibáñez ya había asumido el mando, se me encomendó dirigir el acto solemne, en el Estadio Nacional, en homenaje a monseñor Caro, por haber sido nombrado Cardenal Primado de la Iglesia.

La escenografía era un estrado blanco, en medio de la cancha, el cual tenía forma de cruz tendida sobre el pasto. Los cuatro extremos de los brazos de este escenario, terminaban en gradas. Un brazo era de norte a sur. Y el otro, obviamente, lo atravesaba. El ancho de cada uno era de cuatro metros, y su largo total, treinta. Desde la Puerta de la Maratón, hasta las gradas oriente, se extendía una imponente alfombra roja (facilitada por el templo de Santo Domingo), que marcaba una senda, sobre el verde del pasto. Por ella ingresó el Cardenal, ataviado con sus paramentos litúrgicos, seguido por todos los obispos de Chile, con mitra y báculo. A continuación venían los canónigos con sus grandes capas negras. Cuando este cortejo avanzaba hacia el centro de la cruz, por ambos fosos de la cancha, aparecieron todos los sacerdotes y religiosas de la diócesis, incluyendo seminarista y novicias. Cada uno de ellos, traía una campanilla, que la tocaban mientras convergían hacia el centro de la cancha: Hacia la Cruz.

En la oportunidad en que se había recibido a monseñor Caro, a su vuelta de Roma, ya con su capelo cardenalicio, la Barra de la Chile le brindó un hermoso saludo. El Flaco Gálvez

escribió los versos, que con la melodía de La casita, fue cantada y aplaudida en esa contienda universitaria:

-Que de dónde amigo vengo, vengo llegando de Roma, que me han hecho Cardenal...

Tomé esa misma canción para el acto que relatamos. La cantó la notable soprano chilena Matilde Broders.

En el montaje de la escenografía conté con la colaboración de mi compañero de colegio, Alberto Reyes Mozó, el Bigote.

De gran talento y refinado sentido del humor, es un personaje inolvidable de mi niñez, adolescencia y adultez. Él me introdujo en la lectura de Enrique Jardiel Poncela, decoramos vitrinas, hicimos publicidad y soñábamos con hacer cine y comedias musicales. El «Bigote» era un ser tranquilo, vivía y actuaba en tono menor. Para muchos, era tímido. No creo, con su modo pausado se atrevía a todo. Una vez se enteró que en Inglaterra un humorista, en una experiencia psicológica, se introducía a los sets de TV, y cuando estaban transmitiendo las noticias, el pasaba por detrás del locutor, dando unos saltitos a pies juntos. Aparecía por un costado de la pantalla y salía por el otro. Obviamente, este personaje, era sacado a patadas de los respectivos Canales de TV. Alberto un día me dijo:

-Ve las noticias en el Canal 9.

En esa época era de la Universidad de Chile. Como me lo pidió lo hice. Leía las noticias Petronio Romo. De pronto, Alberto Reyes, de terno, cuello y corbata, ingresó y salió de escena, dando menudos saltitos. Por el ruido que hacía al saltar, el locutor se dio cuenta, e impertérrito, como era la condición y costumbre de esos grandes lectores de noticias, dijo:

-Grande la mosca.

Años después, en 1958, me correspondió el tristísimo honor de estar junto a la cama del Cardenal cuando murió y colaborar en sus honras fúnebres. También estaban los sacerdotes Emilio Tagle, Eduardo Lecourt, Francisco Fresno, el doctor Rodolfo Rencoret, Santiago Brurón y yo, cuando expiró.

Durante su larga agonía, había llegado a Santiago, un hermano del Cardenal, cuyo parecido con el moribundo, era pasmoso. Tanto era así, que cuando salía a la calle, la gente manifestaba su complacido estupor, y en pleno momentos fúnebres, irrumpía en aplausos. El hermano de monseñor, hombre de campo, anciano, sencillo, respondía las ovaciones con sonrisas y agitando las manos. Esto ocurrió varias veces frente a la casa del Prelado, en la calle Mac Iver, frente a la Merced, y después durante el cortejo que trasladó, solemnemente, los restos de nuestro primer Cardenal a su tumba en la Catedral. El cadáver de monseñor Caro, vestido con todos sus paramentos, iba descubierto, tal como lo señala el protocolo del Derecho Canónico, por ser, el Cardenal, arzobispo en ejercicio. Posteriormente, en nuestros días, se hizo una notoria excepción, dándole el mismo rango al entierro de monseñor Raúl Silva, que cuando murió, hacía mucho tiempo que había dejado de ser arzobispo de Santiago.

Actividades en la FEUC

Como labor del Departamento Cultural de la FEUC, que yo dirigía, tuvimos la idea de realizar «El Primer Festival de Arte Universitario». La verdad que fue el primero y el último... Carlos Vera, estudiante de arquitectura, fue el comisario y quien diseñó las instalaciones de la muestra. Estas estaban ubicadas en el primer patio de la Universidad, y consistían en diversos desniveles, y rampas que ascendían hasta más arriba del segundo piso. La construcción, «transparente y virtual», como era la gran moda de la época, se sustentaba en una estructura de tubos de acero, andamio con el cual hacíamos nuestros encatrados en el Estadio para los Clásicos. Por cierto que éstos fueron armados por el viejo Allende y el maestro Camus. Cuando se inauguró el festival, asistió el presidente Ibáñez, el cual subió por las rampas, hasta el nivel más alto. Como la estructura se movía, Allende y Camus iban afirmando con unos fierros, los lugares por los cuales pasaba el presidente. La instalación era peligrosa, casi, como la que se usó en una Bienal de Arquitectura en el Palacio de Bellas Artes.

Con Carlos Vera, mientras armábamos este encuentro artístico, decidimos invitar a grandes personalidades del mundo cultural, a estar presentes y dar conferencias. Ni cortos ni perezosos, decidimos convidar a Papini, Dalí y Le Courvicier. Tuve la misión de ubicarlos. La embajada de Italia me dio el teléfono de Papini que vivía en Milán. Él no hablaba por teléfono. Conversé con la secretaria que me informo, que la ceguera que padecía, lo tenía absolutamente deprimido y alejado del mundo. Di las gracias y le mandé saludos. Ubiqué a Dalí en su pueblito catalán. No entendió nada. Él estaba en esa pintoresca etapa del huevo. Hacía grandes huevos de cera y él salía de adentro. Le ofrecí tenerle huevos de diversos tamaños, texturas y colores. No hubo caso. Creo que su locura era delirante. Por último, por intermedio de mi querido amigo Tobías Barros Alfonso, que era primer secretario de la embajada de Chile en Viena, hicimos contacto con el afamado arquitecto. Tobías habló con él. Le hizo nuestra invitación. Barros me llamó desde Austria y me dio la respuesta de Le Couvisier. Dijo que estaba aburrido de viajar y dar conferencias. Él quería diseñar y construir. Si hubiera un proyecto de trabajo en Chile, vendría con mucho agrado. Carlos Vera, que era beato de este arquitecto, casi sufre un síncope de emoción. Me fui a conversar con Osvaldo Buccicardi, arquitecto jefe del Ministerio de Obras Públicas. Le pareció maravillosa la posibilidad que el maestro viniera a trabajar a nuestro país. Me dijo que le ofreciera construir el nuevo edificio del Correo. Osvaldo, depositario de esta gran noticia, se la comunicó a los periodistas, los cuales le dieron publicidad. ¡Horror de horrores! Al saberse, el gremio de la profesión protestó, diciendo que el señor Le Couvicier, le venía a «quitar el pan de la boca» a los arquitectos chilenos.

Día del comercio

Mis amigos Horacio González y Miguel Llodrá, más otras autoridades del comercio, en junio de cada año, con motivo del nacimiento y muerte de Portales, organizaban algunos actos e iniciativas, en las que tuve la oportunidad de participar. Una era el homenaje al servidor público anónimo. Se eligió al artillero del Santa Lucía, el que da las doce, todos los días del año. A propósito, Santiago Ontañón, escenógrafo de Margarita Xirgu, que vivió largo tiempo en Chile, en la calle Santa Lucía, al pie del cerro, decía que Santiago era una ciudad ideal para vivir, lo único malo, es que «a uno lo despiertan todos los días de un cañonazo».

Volviendo al artillero, se le llenó de regalos, incluso se le casó, porque hacía vida de pareja. Lo cual entonces y ahora, es mal visto por la gente decente.

El Mampato y la radio

El año anterior, llamado por Carlos Eastman, gerente general de la empresa El Mercurio, fundé y le di nombre a El Mampato, un tabloide infantil, que se incluía los miércoles en el diario.

Ese mismo año, asumí la dirección de C. B. 114 Radio Corporación, cuando era del Banco del Estado. Llegaba a la radio a las cinco de la mañana, porque las costumbres estaban muy relajadas en cuanto a horarios. El control que sacaba la emisora al aire, todas las mañanas a las seis, era un muchacho de apellido Parada, hijo de mi amigo Roberto, el actor. Como este joven estaban iniciándose en esta profesión, le asignaban el turno más incómodo. Al saber que yo estaba llegando, antes que él, se esmeró y exageró su puntualidad. Cuando entré a la radio, vi que había luz encendida en la sala de control. Me acerqué, y ahí estaba Parada, preparando la parrilla de discos, probando las grabadoras, comunicándose con la planta. Lo saludé y me senté para observar su trabajo. Paseando la mirada, de pronto vi sus pies; tenía puesto un solo calcetín. Como sería su apuro en levantarse. Me hice el lesa. Ésta es la primera vez que lo comento.

Recién habían terminado las elecciones en Alemania, con el triunfo de la corriente Social Cristiana. Le pedí al jefe de prensa, que obtuviera una comunicación telefónica con Alemania para felicitar, personalmente, al canciller Adenauer por su triunfo electoral.

La comunicación con Alemania, fue programada para las ocho de la mañana, hora chilena. Pedí ayuda a la Embajada para que me mandara un intérprete calificado. A las seis de la mañana de ese día, llegaron dos. Venían elegantemente vestidos. Pantalones a rayas, gris con negro, chaleco color perla, vestón negro, camisa blanca y corbata plateada. Los traje a

la radio, el chófer de la embajada. Era un acto solemne. A las ocho y media, la Compañía de Teléfonos, nos comunica que hay huelga telefónica en Nueva York. En esa época no había satélites de comunicaciones, por lo tanto los contactos con Europa, había que hacerla vía EE. UU. Se estimaba que el conflicto en USA, duraría, mínimo veinticuatro horas. Los intérpretes, haciendo enérgica venia, se retiraron. A las once de la mañana; a las once en punto de la mañana, el control de la emisora, entra a mi oficina y me dice:

-Tengo al Canciller de Alemania en el teléfono.

En este verdadero zafarrancho, yo corrí al teléfono, Juan Walker, el gerente, comenzó a llamar a la Embajada de Alemania. Para ganar tiempo, yo me hacía que no oía nada y me quejaba a la operadora. La verdad que se escuchaba clarito:

-¿Herr Becker spriche?

Alguien de la radio se acordó, que en los bajos, en la galería comercial del Banco del Estado, había un gordito que hablaba alemán. Salieron como zumba a buscarlo. El gordo casi se murió de la impresión, cuando subiendo las escaleras, a toda velocidad, se le explicó para que lo necesitábamos. Los kilos, la escalera corriendo, la importancia de lo que estaba ocurriendo, provocaron en nuestro amigo, trastornos psíquicos y físicos. Al borde del desmayo, se le tuvo que llevar al baño a vomitar. Tomó un sorbo de agua, se le insultó soezmente; esto lo mejoró y le subió la moral. Conversó, relajadamente con Herr Adenauer, quien contó su victoria y proyectos. Tubo la fineza, de acordarse de Frei y mandarle un saludo. Ya eran cerca de las doce. Invitamos al gordo, a almorzar al Escorial, a metros de la radio. Estaba feliz, igual que nosotros. Comió y tomó como un «guardián tercero». Sin el afán de auto-alabarnos, era la primera vez que se hacía contacto desde una radio de Chile, con Europa, para entrevistar a un personaje de resonancia mundial. Cuando aún estábamos en el aperitivo, llegaron los dos intérpretes de la Embajada Alemana; impecables pero jadeantes. Por cierto que adornaron nuestra mesa. Avanzando la hora, los recuerdos se nos fueron borrando. Igual que en el teatro griego, este episodio tubo planteo, nudo y desenlace; al igual de unidad de tiempo, asunto y lugar.

Fui a buscar al Presidente del Senado

El 2 de abril, pelotera en Santiago. Asonada política, que nunca pudo establecerse con absoluta seguridad, su origen y resultados. Hubo incluso rumores que el propio Gobierno de Ibáñez la habría instigado. Mi amigo el coronel Videla era ministro del interior. Acudí a la Moneda, invitado por Edgardo Andrade Marchán, jefe de gabinete del ministro. El coronel me pidió que me quedara en su oficina. En las primeras horas de la tarde, continuaban los desórdenes y desinformación. Llegó el senador Allende informándole al ministro, que su auto que lo había estacionado en la zona de la Estación Mapocho, cerca al monumento de Prat, una turba se lo había hecho pedazos. Alguien sugirió que habría que

llamar al presidente del Senado e invitarlo a la Moneda. El problema era que no había ninguna seguridad en la calle, a pesar del gran contingente militar desplegado. Había que irlo a buscar. No convenía que fuere ningún funcionario de gobierno. El ministro Videla me miró y dijo:

-Tú vas.

El hecho es que me mandaron en un carro blindado del ejército, a buscar a don Fernando Alessandri. Cuando lo invité a subir al vehículo, me dijo sonriente:

-Veo que la gente de la Universidad Católica está en todas partes.

Para mí se cerró este episodio político policial con una escena que me tocó presenciar, esa noche, desde los balcones de la Falange, junto a Eduardo Frei y a un chileno, traductor de la ONU, de apellido Echeverría. El silencio era impresionante, no transitaban vehículos y nadie había en las calles. Santiago estaba a media luz, por diferentes atentados que habían ocurrido durante ese día. Frente al Cerro Santa Lucía, a metros de donde estábamos, un tanque montaba guardia. Inmóvil, silencioso, como un dinosaurio dormido. Su cañón apuntaba hacia el poniente, hacia el centro. De pronto nos pareció sentir el ruido de una voz. Pusimos atención. Desde la Plaza Italia, se escuchaba, mucho más claro, el canturreo de alguien que venía caminando por el medio de la Alameda. Al acercarse, se notaba que el hombre venía con sus tragos. El cantor se encontró con el tanque. Primero se detuvo, algo extrañado, luego se molestó y comenzó a imprecicar al carro de guerra. Este no daba señales de vida. El curado fue subiendo de tono, en sus insultos y denuestos. Nosotros mirábamos la escena, entre entretenidos y preocupados, por la suicida intemperancia e insolencia del transeúnte. Como provocado por nuestras inquietudes, el tanque, con un ruido escalofriante, fue girando la torreta del cañón, quedando el arma, a boca de jarro del noctámbulo. Durante algunos segundos, se congeló la acción. Silencio del tanque, silencio del civil.

Este último rompió el hielo sacándole la madre al vehículo blindado y dándole una patada en una de sus orugas. Acto seguido siguió su marcha hacia el centro, sin duda buscando donde calmar la sed.

Gabriela Mistral

La venida de Gabriela Mistral a Chile, motivó que el general Ibáñez me llamara, y con su fina cortesía, me pidiera mi colaboración. Quien la había sugerido mi nombre era don Óscar Herrera Palacios, tri-ministro del régimen, con quien me vinculaba una especial simpatía; el mayor Herrera, como cariñosamente se le llamaba, me había colaborado, con gran eficiencia, en algunas presentaciones multitudinarias en la cancha del Nacional. Por cierto que acepté. El ministro de Relaciones, don Roberto Aldunate, presidía el comité a cargo de los actos de bienvenida y programación general. Entre otros, integraban este grupo, Alone -

jamás abrió la boca-, Ricardo Latcham, el doctor Marín y una que otra poetisa. Hice equipo con el comandante Santiago Polanco Nuño, edecán militar del Presidente y con Jaime Eyzaguirre, quien aceptó, de buen grado, la invitación que le hice. Discretamente traté de informarme, por que se me había otorgado esta responsabilidad, habiendo funcionarios de la Cancillería y de otras reparticiones, que bien podrían hacerlo. Cuál fue la respuesta: la «madre del cordero». El Gobierno no quería que el Partido Comunista en general y Neruda en particular, trataran de manipular la presencia de la Gabriela y los diversos actos y ceremonias. La negativa de un funcionario estatal, comprometía al gobierno; en cambio yo, como un particular ad honorem, podía actuar sin tapujos, liberando a la autoridad de mayores dificultades. Los comunistas, se dieron cuenta y molestaron poco.

A Neruda yo lo fui conociendo, personalmente, de a poco. Primero en una feria de libros que se instaló en la rivera sur del Mapocho. Ahí me firmó un libro que él mismo me vendió. La segunda vez, fue más consistente. Comían en nuestra casa Arturo Aldunate, ingeniero y escritor, y su mujer, la Lucía Lynch. Terminábamos el café, cuando sonó el teléfono y el mozo nos comunicó que un caballero llamaba a don Arturo. Pronto, Aldunate, informó que era Pablo Neruda que nos invitaba, a los cuatro, a tomar un trago en su casa. Neruda quería mucho a Arturo, pues éste lo había ayudado a financiar su primer libro en Nascimento. Partimos hacia el pie del cerro San Cristóbal, donde estaba la residencia santiaguina del bate. Nos recibió con cordialidad y señorío. La comida, en una terraza junto al gran jardín, había congregado a muchas personas. La mayoría eran dirigentes comunistas latinoamericanos.

Entre ellos estaba la Margarita Aguirre, chilena, egresada de la Universidad Católica, casada con el secretario general del Partido Comunista Argentino. A ella la conocí en el Teatro de Ensayo, cuando se estrenó La comedia de la felicidad. Hacía el papel de una sordomuda, obviamente, tenía pocos parlamentos. La naturaleza la compensó, pues su marido hablaba hasta por los codos. También estaban, entre otras persona no vinculadas a la Unión Soviética, el escritor Jorge Edwards y su señora Pilar de Castro, que fue mi alumna en la Academia de Arte Dramático de la U. C. La reunión fue grata, gracias a Neruda, que supo equilibrar la presencia de moros y cristianos. Evidentemente que habían más moros... Hubo música, se cantó e incluso se bailó cueca. La primera «pata», la interpretó la señora del dueño de casa, con el mozo que atendía la mesa. La segunda la bailamos con mi mujer. Según Arturo Aldunate y la Lucía, habíamos dejado muy en alto el nombre de Chile. Más vale así. Punto para los cristianos.

Neruda hacía muy buenas imitaciones de personajes conocidos de nuestro país. No olvidaré la parodia que hacía de mi querido amigo, René Silva Espejo, entonces director de El Mercurio. Él no lo quería mucho, pero la imitación era estupenda.

Después la conversación derivó a temas del folklore y las costumbres de las diversas nacionalidades, que ahí estaban representadas. En eso estábamos, cuando surgió un comentario sobre La Marsellesa. Todos sabemos que este hermoso himno nacional de Francia, sus versos fueron escritos por el oficial de ingenieros, Rouget de l'Isle, en homenaje al ejército del Rhin. Fueron los marselleses quienes la difundieron, de ahí su nombre. ¿Pero cómo la aprendieron a cantar, en una noche, como dice la tradición, sin haber en esos años ningunos de los medios de difusión masiva? La respuesta es clara: la

música era una melodía que el pueblo sabía. Era la de un Tamtu Mergun. Con la letra en latín de este antiguo y popular himno religioso, lo entoné con la música atribuida a la «Marsellesa». Hagan la prueba: «Tamtu mergun veneremus no vorcheda rictuú». Los dirigentes rojos, tan alejados del «Opio del Pueblo», no pudieron ocultar su molestia y estupor. El único que gozaba era Neruda, quien reía con la cara de sus invitados. La tercera vez que lo vi, años más tarde, fue cuando estaba próximo a partir a Europa, a encargarme de ciertos detalles de la próxima gira que el presidente Frei iba a realizar a ese continente. Por intermedio de Vicente Bianchi me invitó a Isla Negra. Neruda sabía de mi próximo viaje, y derechamente me planteó que el gobierno ayudara a resaltar su imagen, facilitando de esta manera el camino, tras el Premio Nobel. La ocasión sin duda era propicia, y a mí me pareció un deber de patriotismo, colaborar. Posteriormente se lo planteé a Frei, quien estuvo de acuerdo. El ministro de RREE, Gabriel Valdés, administró importantes medidas para este fin. El Presidente ya había olvidado y perdonado, la diatriba que le recitó Neruda, en el Parque Cousiño, en una concentración de Allende:

«Y aparece el señor Frei, con su nariz de cuchillo, acompañado de algunos chiquillos, vestidos de amarillo, mientras algunos frailes le prenden los cirios...».

No nos hemos olvidado de la Mistral. Ella alojó, desde la primera noche de su llegada, en la casa de la suegra de Radomiro Tomic, doña Carmen Echeñique de Errázuriz. Junto a la amistad que tenía la Mistral con esta familia, era una entusiasta admiradora de Eduardo Frei. En la campaña presidencial de 1958, la Carmencita Frei, me mostró un documento, donde Gabriela había escrito de su puño y letra:

«Algún día Eduardo Frei será presidente de Chile; yo ya no estaré viva, pero me daré vueltas en mi tumba, para aplaudirlo».

Ni corto ni perezoso, hice imprimir gran cantidad de estampas, con el retrato de la poetisa, en el anverso y su texto por el revés. Hace poco tiempo, una ágil periodista en una crónica que tituló Mitos históricos, afirma, suelta de cuerpo, que esto que relato, no había ocurrido nunca. ¿De qué Escuela de Periodismo será esta señorita?

Volviendo a la frase de la Mistral, ésta se prestó para algunos comentarios de humor negro. El día de la elección, que perdió Frei, hubo un terremoto en la zona del Cajón del Maipo, a las 4 de la tarde, en pleno proceso electoral. Los remezones, muy fuertes, fueron dos. A los pocos minutos de ocurrido el sismo, ya algunos decían:

-Éstas son las vueltas que se da la Gabriela Mistral en su tumba.

Esa primera noche, en la casa de misia Carmen Echeñique, junto a la chimenea, conversé con Gabriela, hasta que salió el sol. No siempre a solas con ella; como a las dos de la

madrugada, el oficial de carabineros que comandaba la escolta, me comentó, que en la calle, frente al jardín, una señora con sus dos pequeñas hijas, hacía rato que espera poder ver a Gabriela Mistral. Me asomé a la puerta, y con grato asombro que se trataba de la querida Inés Moreno, actriz del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, con la cual recién yo había estrenado Juana de Arco. La Inés era una ferviente admiradora de la Mistral. Por cierto que la hice pasar.

En uno de los actos que me tocó realizar en homenaje a la Mistral, en el Teatro Municipal, a ella la senté sola, en medio del escenario a su más grande dimensión. Tras ella se iban proyectando diversas diapositivas con su historia, mientras una luz cenital, la iluminaba a ella en la escena. Desde un palco, que fue iluminado, una cantante, no vidente, con hermoso rostro y muy hermosa voz, cantaba la hermosa ronda Dame la mano y danzaremos, dame la mano y me amarás. Con versos de Gabriela y la bella música del maestro Federico Ojeda.

La actriz de Juana de Arco

A propósito de Juana de Lorena, uno de los grandes éxitos del TEUC, no fue fácil su elección. En un principio la Universidad la rechazó. Fernando Debesa sugirió que fuéramos a visitar al Padre Hurtado, que estaba hospitalizado en la clínica de la Católica. Leyó la obra. Le encantó, enviándole una carta al Rector, con su opinión favorable.

Desde que comencé el estudio de la pieza, pensé en la Inés Moreno para encarnar a Juana de Arco. No me equivoqué. Fue capaz de dar la sencillez de la campesina de Orleans, y la heroica majestad de la guerrera y de la santa.

Es pintoresco el hecho, de como conocí, de lejos, a esta actriz. En nuestros veraneos en Llolleo, en casa de los San Miguel, una mañana vimos llegar una larga caravana de vehículos; automóviles, camiones y buses. Un señor de la comitiva se acercó a nosotros, veraneantes que tomábamos sol. Nos explicó que era parte del equipo de filmación de una película chilena Romance de medio siglo, protagonizada por Inés Moreno y Francisco Flores del Campo. Agregó, que esa tarde, tenían que filmar una escena de 1900, en la playa de Santo Domingo, y que nos ofrecía contratarnos como extras, para dicho rodaje. Aceptamos de inmediato y fuimos a conseguirnos más gente para debutar en el cine. Nos vistieron con esos trajes de baño, a rayas, propios de la época. A algunos se les puso grandes bigotes postizos y otros adminículos. Cuando estábamos en esa fecha apareció la protagonista. Nos maravilló. Años después, yo le contaba a la Inés este suceso, que le producía amables recuerdos.

No sólo la grata visita de Gabriela Mistral a Chile, fueron los huéspedes que el general Ibáñez invitó. Otra figura descollante, en la época, que nos visitó, fue el general Domingo Perón, mandatario de la Argentina Justicialista. Su presencia en el país causó encontradas

reacciones, sobre todo por los contenidos de sus discursos. El más lamentable fue el que pronunció en la Escuela de Caballería, en Quillota.

Diversos actos y ceremonias, se programaron en homenaje del visitante. Entre otros, unas gigantescas maniobras militares, que culminaban en una presentación en Peldehue, con gran concentración de diversas unidades de las diversas armas del Ejército. El jefe de la caballería, general Daniel García Mafei, «El patas crespa», al verse al frente de la mayor concentración de jinetes, en toda la historia, ordenó una carga fuera de programa. Dicen que dijo:

-Nunca más en mi vida voy a tener reunida a toda la caballería de Chile. Esta ocasión yo no la pierdo.

Con él, a la cabeza, cruzó de derecha a izquierda, cargando con las lanzas y se devolvió en un ataque de sables. Terminado su antojo, se arrestó a sí mismo. Lo salvó de mayores, el hecho que Ibáñez era oficial de caballería.

En el ambiente militar, se recuerdan innumerables sucesos de este oficial, el cual era muy querido por sus compañeros, subalternos y jefes.

Cuando era subteniente, le tocó servir en un escuadrón de caballería en Tacna, antes del plebiscito. Esta unidad era comandada por un coronel que era seco y puntilloso en la disciplina: El «Macho» Cortez. Entre las prácticas que realizaban los uniformados, se efectuaban algunas patrullas, que a cargo de un oficial, recorrían remotos lugares y caseríos del altiplano.

Cuando volvieron después de algunas semanas de cabalgar, los diferentes grupos, el «Macho» Cortez los reunió en el casino, y mientras todos estaban firmes, él se paseaba como mariscal de Napoleón, interrogando a los tenientes.

De pronto, en un gesto de humor, conociendo el carácter del oficial García le preguntó:

-Dígame, teniente, ¿tomó mucha chicha en codpa?

-No, mi coronel, la tomé en vadso.

Gira a Lima

Dirigí y organicé la primera gira del TEUC a Lima, con la eficiente ayuda de Alfredo Celedón. Para poder viajar necesitábamos urgentes ayudas. En esa época, yo estaba en gran amistad con el presidente Ibáñez. Le pedí «un millón y un avión». Me invitó a la Moneda a un consejo de Gabinete. Planteé nuestras necesidades. Me fue bien.

La delegación fue presidida por Eugenio Dittborn.

Para llevar los decorados, utilería y parte de las luces, me conseguí el buque Almendro de la Nachipa, propiedad de don Arturo Fernández Zegers, padre la Cuca, mi alumna en el teatro de la Católica. Por cierto que don Arturo nos dio todo el servicio, absolutamente gratis. En el mismo buque, viajamos con Diógenes Carrasco, y el «Pelado» Grez. El primero como jefe de tramoya, y el segundo como utilero. Los decorados, en un tiempo récord, los embarcamos en San Antonio. De ese puerto, el buque tocaba Iquique y de ahí al Perú. Mis acompañantes y yo, viajamos por vía aérea a nuestro puerto nortino, y de ese lugar zarpamos. Como íbamos con objetos y otras especies, la salida tenía que ser desde Iquique, por su calidad de Puerto Mayor. Con el adagio, que: «A buque regalado no se le mira el ancla», nuestra nave navegaba, sin escala, hasta Chicama, caleta contigua a Trujillo, casi al límite con Ecuador. A mil doscientos kilómetros de Lima.

Mientras navegábamos, las noticias que llegaban a la sala de radio, era la caída de Perón. La travesía fue tranquila. Solamente son dignos de recordar dos hechos: una noche emergió al costado de nuestra nave, un submarino peruano; el capitán hizo tocar la sirena como saludo. El otro momento «estelar» fue cuando navegábamos frente a las islas Chinchas, las famosas guaneras del Perú. Pareciera que en ese lugar anidaran todos los pájaros del mundo. Es impresionante las gigantescas bandadas de aves que oscurecen el cielo como un sonido sideral, el batir de alas acalla cualquier otro sonido. Durante horas estos pájaros pasan y pasan rumbo a la isla, a diversas alturas. Un perro de alguno de los tripulantes, realmente enloquecido por esta presencia aérea, corría y ladraba como un enajenado por la cubierta del Almendro, tratando de atraer y atrapar alguna de estas aves. Este ejercicio duraba horas. Entre la inmensa cantidad de estos seres volátiles, algunos pasaban tan bajo que casi chocaban con los mástiles del buque. De pronto ocurría el clímax; algunos pájaros agotados por el viaje, caían muertos sobre el buque. El perro redoblando sus ladridos, los agarraba con su hocico y con indisimulado orgullo, moviendo su raquílica cola, los depositaba frente a algunos de los tripulantes. Estaba convencido que había derribado el ave, con sus ladridos.

Cuando llegamos al desembarcadero peruano, supimos que no había muelle, por lo tanto todos nuestros numerosos y delicados bártulos, debían ser llevados en faluchos a tierra. Previo a esta maniobra, el capitán González, jefe del Almendro, nos informó, que pronto arribaría al buque, el gobernador marítimo, militar de cierto rango. Como se estila, el capitán del buque chileno le había traído algunas botellas de buen vino. Había preocupación en el buque, en cuanto, a que el gobernador de marras, le pusiera visto bueno a todos nuestros enseres teatrales y pudiéramos desembarcarlos. El capitán González me indicó, que él y otros oficiales del buque, recibirían a la autoridad peruana en la cámara principal. En algún momento, me llamaría para saludar al visitante, y contarle de nuestra visita a Lima, invitado por el alcalde de dicha capital. Yo llevaba cartas que así lo acreditaban. Llegó la lancha y el gobernador subió a bordo. Era un hombre bajito, moreno y poblado bigote. Su uniforme, color caqui, tenía una particular discordancia con el entorno y el cargo que este oficial desempeñaba: Gobernador Marítimo, pues usaba pantalón de montar y relucientes botas.

Lo ancho de su bombachas, lo hacía aparecer más pequeño aún. Si hubiera llevado sable, habría parecido soldado japonés de una película yankee.

Con mis compañeros estábamos expectantes. La reunión se dilataba más de lo acostumbrado, como nos comentó el telegrafista. Unos momentos después, nos pareció oír unos gemidos. El primer oficial subió al lugar en que estábamos, informándonos, que el gobernador peruano estaba con un feroz ataque de cálculos renales y el botiquín del Almendro era insuficiente para la emergencia. En este momento comienza participar la Virgen del Carmen. Hacía algunas semanas que yo había tenido las mismas dolencias, por lo cual viajaba, por precaución, con varias cajas de Papaverina en supositorios. Fui rápido a mi camarote y bajé a la cámara con el remedio en la mano. El pobre hombre, en posición fetal, bramaba de dolor. Le dije que se pusiera uno de los supositorios que le ofrecía. Me miró con ojos de angustia y comenzó a bajarse los pantalones de montar. Se puso en cuatro pies y trató de enchufarse el remedio. Fue inútil. No pudo auto-med icarse. El capitán González me miró, con expresión de ruego y luego de súplica. A todo esto había concurrido al lugar de los hechos, toda la tripulación, incluso el patrón de la lancha oficial. Le pedí a los que me parecieron más fortachos, que, en la misma posición que estaba, en cuatro pies y a traste pelado, lo subieran a una mesa que estaba en el centro del recinto. Lo hicieron. El gobernador estaba entregado como un cordero. Pedí un par de guantes. El contra maestre me pasó los suyos. No pude sacarle el papel plateado. El capitán me ayudó. Los guantes eran muy gruesos y el supositorio se me deshacía entre los dedos. El maestro Cuki, el cocinero, me facilitó uno más delgado, que él usaba para picar cebolla. Ése sí. Encomendándome a Dios, se lo introduje con fuerza y sin asco. El hombre se quedó quieto, en esa posición estatuaria. No se atrevía a moverse. Diógenes Carrasco, comedido y diligente, le puso un pañuelo mojado en la frente. El aspecto era, así, mucho más divertido. Y aquí la Virgen del Carmen termina su obra. Al gobernador marítimo de Chicama, se le quitó el dolor. Demás está decir la gratitud de este caballero y las facilidades que se nos dieron para desembarcar, las cosas y nosotros. En la orilla nos esperaba un señor alto, muy moreno, con un amplio sombrero de finas fibras. Metros más atrás, se hallaba una mujer rubia, entrada en carnes y maquillada en exceso. Se hacía la desentendida, mientras arribábamos a tierra peruana. El señor era el alcalde del lugar. La rubia, la alcaldesa. Nos recibió con esmerada cortesía. Cuando se enteró que éramos de la Universidad Católica, manifestó mucha alegría. Él había estudiado teología en Chile. Su parsimonia y manera de hablar, delataban al sacerdote. Lo serio y emocionante del momento, lo contrarrestaba la rubia, haciéndonos ojitos. Luego nos enteramos, que el alcalde, realmente había sido párroco en Lima. Chicama era su destierro.

Arrendamos cuatro grandes camiones y partimos a devorar los mil doscientos kilómetros que nos separaban del Teatro Municipal de Lima. Nosotros viajábamos en un moderno taxi que contratamos en Trujillo. Partimos de Chicama, a las diez de la mañana y llegamos a nuestro destino, cerca de la media noche. Catorce horas, eso sí, por un excelente camino. En el viaje hubo cosas de dulce y de agraz. Por error del chófer, a un camión se le acabó la gasolina y la caravana quedó botada. En el taxi fuimos a un pequeño puerto pesquero, Chiclayo, donde encontramos gasolina. En dicho lugar, tuve el agrado de encontrarme con un circo chileno, que regentaba el Tony Azócar, con quien había tenido relaciones artísticas. Volvimos a la caravana y partimos hacia el sur, hacia Lima. El camino pasaba por Chiclayo, por plena plaza de armas. Cuando nos acercábamos, vimos un gran número de personas reunidas en aquel lugar, abriendo calle en las dos aceras de la calle. Era

Azócar, quien formó al elenco de su circo, para rendirnos honores. Los vecinos acudieron a curiosear. Lo más hermoso, lo entrañable, es que la banda del circo, nos tocó la Canción Nacional. Se nos puso la piel como carne de gallina. He tenido el privilegio de escuchar nuestro Himno en muchas partes y lugares: Bajo el Arco de Triunfo en París; en Berlín, junto al muro, a bordo de la Esmeralda en el Támesis, frente al Vaticano; pero jamás me había tocado tan profundo, como esa vez en Chiclayo.

En la gira llevamos varias obras del repertorio del Teatro de Ensayo. Yo dirigía dos, Dittborn otras y Letelier el resto. El programa eran seis piezas: La loca de Chiallot, El enfermo imaginario, Navidad en el circo, Juana de Lorena, El tiempo y los Conwey, etc. Yo tenía a mi cargo la producción y el montaje de todas las obras del programa. En los ensayos técnicos de iluminación y escenografía, teníamos la platea llena de universitarios que se interesaban por el oficio teatral. La temporada fue un gran éxito, tanto es así, que años después se repitió. Otras obras, otros actores, otros responsables. Pero ya el camino estaba abierto.

Nuestra estadía en Perú fue grata y placentera. Todo ocurrió en octubre, durante las dilatadas festividades del Señor de Los Milagros. Con ese motivo piadoso, todo el mundo, ricos y pobres, se visten de morado. Los hombres, con la corbata, un pañuelo; las mujeres, en cambio, van, a todas partes, enteramente de color morado: al mercado, por la calle, en las boîtes, en sus oficinas, en los parques y plazas.

Entre las grandes manifestaciones en loor al Señor de los Milagros, se hace una procesión donde intervienen cientos de miles de fieles devotos. Es tan multitudinaria, que dura tres días. La Ana González, nuestra querida Desideria, acompañada por el actor Justo Ugarte, asistieron a la procesión. Cuando llevaban más de dos horas de marcha, la Ana, con pavor, reparó, que su valioso solitario, se ha caído del montaje del anillo. El gran diamante estaba irremediablemente perdido. Ugarte le sugiere que deshagan el camino. Caminado contra la corriente, lograron recorrer dos cuadras. El Señor de los Milagros honró su nombre: la Ana encontró el diamante. Esta piedra era del tamaño de un garbanzo.

En ese viaje conocí a la Chabuca Granda y a una hermosa mulata, ya mayor, a quien Chabuca le escribió La flor de la canela. En largas conversaciones con esta destacada autora y compositora, hablábamos de lo humano y lo divino. De pronto surgió el tema del vals peruano. Ella dio una clara explicación:

-El vals vienés se bailaba en Europa sobre suelos de mármol o de finas y relucientes maderas, por lo tanto, deslizar el pie, como lo requiere el vals, es muy cómodo. En cambio, al llegar a la América Latina, el pueblo, que es el primero en adoptar esta danza, lo baila sobre suelo de tierra, por lo tanto no puede deslizar. El valsecito peruano reemplaza este deslizamiento, con un pequeño salto.

Comedias musicales

En la Quinta Vergara, con Los Quincheros y unos números elencos, escribí y dirigí Cien años y una canción y Los conquistadores.

Para la FEUC, solamente con alumnos, monté, en el Municipal, South Pacific y Oklaoma. La Cuca Fernández, que ya he mencionado, le asigné el papel de la enfermera, con la voz, de la célebre Mary Martín. Para el viudo elegí a Constantino Kúsulas, con la voz de Ezio Pinza, alumno de Leyes y dirigente de la FEUC. Ellos tenían que darle vida al romance, en aquella isla del Pacífico Sur. Se llevaron lo más bien, tanto en los ensayos, en las funciones, como después en la vida privada. Tanto fue así que se casaron.

En esos tiempos de la FEUC, cuando fui director del departamento cultural, teníamos un fraterno grupo, integrado por Fernando Sanhueza, presidente, Ricardo Miranda, Guillermo Root, Rafael Toro y Constantino Kúsulas Torrézuriz, mezcla de griego y vasco. Esta alianza étnica lo llenaba de sano orgullo. Dino, como le decían en su familia, fue cadete de la Escuela Militar, ingresando posteriormente a la Escuela de Leyes de la Católica.

Bueno para los puñetes, boxeaba por su Facultad.

Después de su matrimonio con la Cuca, partieron en una Luna de Miel espectacular, recorriendo toda Europa occidental, culminando en Grecia, cuna de su padre. Dino tenía buen físico: bronceado, pelo corto y facciones armónicas, su mujer era bellísima, con un hermoso cuello y cuidado perfil. Lo importante es que no era creída, Kúsulas parloteaba algo de griego, así que llevó a su mujer a conocer a los parientes, en las diversas islas en que vivían. Lo que nunca Constantino previó el comentario de los griegos:

-Quién será esa griega casada con ese venezolano.

Del Teuc al Ictus

En 1955 recibo el premio Caupolicán por mi dirección de Juana de Lorena.

Se ha sabido que en el año 2000, la quemaron de nuevo...

En 1956 fundé el teatro Ictus. Este fue el resultado de mi última y definitiva discordia con Dittborn y alguno de sus pajes. Me acompañaron mis alumnos del último curso del TEUC. Nuestro plan era de cuatro años. El primero, los orígenes del teatro: Grecia. Segundo año, teatro religioso medioeval; Auto Sacramentales, moralidades. El tercero, Siglo de Oro español; y, el cuarto, teatro chileno. Debutamos en un festival universitario de teatro, en Concepción, con Las suplicantes de Esquilo. Ésta es la más antigua pieza teatral que se conoce.

Formamos Ictus, entre otros: Mónica Echeverría, Marina González; Carmen Undurraga, Paz Irarrázabal, Sonia Azócar, Irene Domínguez, Julio Retamal; Pelayo Correa, Julio Rubio, Emilio Cánepa.

Ibáñez descubre a Frei

El presidente Ibáñez, era un hombre, cuyo pensamiento, cuyo mundo interior, era difícil de descifrar. Un día, como era habitual, se reunió con los periodistas en la Moneda. Los sorprendió a todos, cuando preguntó, quien, a juicio de ellos, era el político más ilustrado, integérrimo y con más atractivo personal. Los reporteros, haciendo abstracción de banderías partidistas, le contestaron, en forma unánime, que el senador Eduardo Frei Montalva. Ibáñez lo llama. La noticia es un verdadero terremoto. Hernández Parker, en su célebre «Tribuna Política», dijo:

-Al senador Frei, la diosa fortuna lo ha besado en la frente.

El Presidente la pide al senador falangista, que organice el gobierno. El propio Frei asumiría el Ministerio del Interior, Hacienda y Minería. Esta iniciativa política del presidente Ibáñez, contó, desde un comienzo, con la fuerte oposición de la suegra de Ibáñez, doña Margarita Velasco de Letelier, habitual opinadora sobre asuntos de estado, en la familia, más don Rafael Tharud, comerciante de Talca y político emergente y don Jorge Prat, antiguo contradictor del senador Frei. Don Jorge Alessandri, conduciendo su propio automóvil, acarrea a Darío Saint Marie -Volpone- al Palacio de Viña, para influenciar a Ibáñez, y suspender el proyecto.

Por diferentes y diversas razones, esta patriótica iniciativa del mandatario, abortó.

El presidente Ibáñez, como está dicho, era un ser muy peculiar, con salidas desconcertantes. Cuenta Javier Lira Merino, que siendo ministro de Salud, le comentó a Ibáñez, que el ministro de Obras Públicas no tenía camioneta para visitar los trabajos de su cartera. El mandatario le contestó:

-El que toca ministerio, no toca camioneta.

Esto me lo contaba Javier, cuando era Embajador de Chile en Colombia.

Fui nombrado representante del presidente Ibáñez en el Teatro Municipal, a pedido de la alcaldesa, doña María Teresa del Canto. Debo aclarar y agradecer, que esta señorita, vio todas las funciones de Martín Rivas, que yo dirigí. Como era profesora de inglés, muchos le decían «Mis Del Canto». Fue una buena funcionaria del gobierno del general.

Desde el cargo que me asignó el presidente, pude lograr que la última plataforma hidráulica que estaba al fondo del escenario y que nunca se usaba, fuera trasladada al foso de la orquesta, y así evitar la colocación de gran cantidad de practicables (tarimas), cada vez que se necesitaba extender el proscenio sobre el foso.

Don Carlos: un hito en la U. C.

Después de ejercer la rectoría de la Universidad Católica por varios decenios, la Santa Sede decidió que ya era tiempo que monseñor Carlos Casanueva descansara. La verdad es que don Carlos había conllevado una penosa enfermedad durante muchos años. Se me encomendó el acto multitudinario de la despedida. El intendente, Mamerto Figueroa no nos autorizó el desfile frente a la Católica. Este caballero, de profesión hípico, no tenía mucho conocimiento de la realidad. El general Ibáñez, durante sus dos gobiernos, fue amigo de don Carlos Casanueva y gran favorecedor de la Universidad Católica. Bastó un breve telefonazo al edecán, informándole la situación, para que todo se arreglara. Desfilaron frente a don Carlos, que estaba en el balcón principal de la Universidad, todos los alumnos, profesores y decanos. El desfile salía por la calle Lira, doblaba por la Alameda y por Portugal volvía a entrar a la Universidad. Todos, de capitán a paje, llevaban toga y birrete, mas el estandarte de cada facultad.

Después del desfile, que duró cerca de dos horas, estaba programado un banquete en el gimnasio. Yo estaba bastante cansado y decidí no quedarme a la comida. Don Julio Phillipi, Secretario General de la Universidad me insiste en que me quede:

-Tú eres el director de todo esto. Si te vas es una rotería. Por lo demás estás en la mesa de honor.

No tuve alternativa. En la testera me tocó junto al ex-alumno y senador, don Eduardo Frei.

Junto al interés por honrar al rector que se alejaba, había una gran expectación, porque en la comida, a nombre de los ex-alumnos, iba a hacer uso de la palabra Radomiro Tomic, había interés en escucharlo, no sólo por su excelencia oratoria, sino porque todo el mundo sabía de las profundas discrepancias, que existían entre el Rector y el ex-alumno de Leyes. Al café, debía hablar Tomic. Cuando Radomiro iba a hacer uso de la palabra, entraba en una especie de trance. Se le endurecían los músculos de la cara. Sus labios eran una línea. Sus manos le caían libremente por el costado del cuerpo. Las empuñaba y las abría. Daba la sensación que contenía la respiración. Él estaba sentado en una mesa, en las antípodas de la mesa de honor. Se puso de pie. No quiso micrófono, y con voz fuerte y clara, saliendo del presunto trance, comenzó:

-Don Carlos, un hombre que ha proyectado sombra sobre muchos hombres; es la sombra que proyectan los cuerpos que se elevan sobre la tierra.

La ovación atronó el gimnasio. Siguió su discurso, que terminó, con el homenaje del poeta Walt Whitman, a la muerte de Lincoln: Capitán, oh Capitán. ¡Espectacular!

Frei

Esa noche conocí a Eduardo Frei, que junto al capitán Prat y Livingstone, pasó a integrar el triunvirato de mis personajes más admirados. En la medida que se han ido muriendo, no los he reemplazado, pero sí he encontrado otros que me han ayudado a consolar el vacío.

Frei me llevó a mi casa en su auto. Dieciséis años después, yo lo llevé a la suya cuando entregó el mando. En esa ocasión, la noche del homenaje a don Carlos Casanueva, conversamos largo rato. Cuando le pregunté por sus aspiraciones políticas, guardo unos segundos de silencio y dijo:

-Claro que tengo aspiraciones políticas. Si no, no estaría en estos avatares. Pero hay una cosa que me frena: el porvenir de mis hijos. Si al aspirar a cargos importantes, la Presidencia de la República, por ejemplo, lo hago mal, hipoteco el futuro de mi familia. El día que clarifique mis aprensiones, y me decida a dar la pelea, ten la seguridad que no habrá cosa, legítima por cierto, que yo deje de hacer, buscando la victoria. Cuando llegue ese momento, si llega, quiero contar contigo.

Yo quedé turulado. Nunca había tenido una conversación, de ese contenido, con una persona del tonelaje de Frei.

Frei candidato a senador. Dijo Tomic en la proclamación del Caupolicán:

-Limpio como una espada, recto como un rayo de sol.

Primera mayoría, sobre Alessandri, Faivovich, Bossay. El Topaze tituló Ganó por nariz.

Elección complementaria

Muere el diputado Rojas del tercer distrito. El gobierno tiene un plazo mínimo y máximo, para llamar a elecciones. El bando de Frei tenía un candidato de lujo, Eduardo Simián. En esos días Ibáñez pidió autorización al Congreso para viajar a los EE. UU. El partido Demócrata Cristiano y otras agrupaciones políticas se la negaron. Ibáñez se enfureció y

llamó a elecciones en el plazo máximo. La derecha se rearmó y triunfó con Enrique Edwards: «Yo iba a votar por otro...» Esta consigna, muy bien utilizada por la propaganda de Alessandri, le dio el triunfo a Edwards, restándole el gran caudal de votos que Frei había lograda en la senatorial, entre los profesionales y empresarios.

De todas maneras Frei fue a la pelea. Edmundo Pérez me llama para que trabajara en la campaña. Acepté, renunciando a la dirección de la radio Corporación y a El Mampato de El Mercurio.

Primera campaña presidencial

Debuté con mi primer afiche político: «En un mundo que avanza, avancemos con Frei». No olvidemos que recién la URSS, había lanzado el Spucknic. Ante un gran cohete posado en tierra, un huaso domina su caballo que se espanta. Batalla diaria en la Costanera. Todas las noches, algunos pintábamos la palabra «Frei», en el muro que orillaba el Mapocho, y otros escribían «Alessandri». Cada vez que nos encontrábamos los grupos antagónicos, la cosas se ponía tensas. Felizmente nunca la sangre llegó al río, a pesar de la proximidad de la corriente fluvial. Una vez me salvó la Pola Marchán, directora de «Vida Social» de El Mercurio. Me sacó en su automóvil, del medio de una vorágine. Nuestros rivales en la Costanera, eran comandados por Jaime Egaña Baraona, el Negro, con el cual, fuera de los conflictos electorales, cultivamos amistad. Cuando escribo estas líneas, se conoce la triste noticia de su muerte. Un recuerdo en su memoria.

Nuestras huestes las encabezaba Carlos Verneil, con valor y riesgo.

Gran marcha «Avancemos con Frei». Era la primera vez que me correspondía organizar y dirigir una marcha política. Años ha, en la campaña de don Arturo Matte, mi amigo René Silva Espejo, en su época de Radio Sociedad Nacional de Agricultura, me invitó a una reunión, en la propia radio, cuyo tema era un desfile en pro del candidato don Arturo Matte. Esa reunión me clarificó muchas cosas, que me iban a ser útiles en el futuro. Toda la ciencia que expresaban los expertos en marchas electorales, al menos en esa reunión, era la duración del desfile. Para ese fin se hacían formaciones estrechas, gran distancia de fila a fila, paso pausado etc. Entre los que opinaban, había un señor de pocas palabras y poco pelo. Tenía la muletilla:

-Yo tengo alguna experiencia.

En voz baja le pregunté a Silva Espejo que quién era. René me musitó:

-Ignorante. Es Jorge González von Maree.

En esa reunión aprendí, al menos, lo que no se debe hacer.

En la gestión y planificación de la marcha «Avancemos con Frei», no privilegié la duración del desfile, sino su impacto masivo; la avalancha humana. La marcha que partía desde la Plaza Baquedano, hacia el Poniente, era de muro a muro. Cada fila la integraban sesenta personas, con contacto de codos. Para acentuar más esta sensación arrolladora, cada desfilante llevaba un pendón, de color, con el nombre de Frei, en forma vertical. Al caminar los integrantes, de muralla a muralla, iban arreando a quienes estaban de mirones en las veredas, y así los incorporaban al desfile.

El objetivo de estas manifestaciones electorales, es para demostrar el arrastre y la multitud que reúne el candidato. Es un acto de propaganda. Y como tal lo encaré.

Los pendones que se montaban en la cruceta de un mástil de dos metros y medio de largo, al llevar el extremo posterior de este, apoyado en la cintura, el pendón se desplazaba hacia delante, produciendo un bello efecto y ocupando gran espacio, entre fila y fila. Creo que nunca más se ha hecho una marcha con estas características e impacto.

Nuestra organización no fue la adecuada. Perdimos, pero aprendimos para la segunda vez. Frei tuvo el apoyo de miembros del Partido Agrario Laborista, así conocimos a don Sergio Onofre Jarpa y a los parlamentarios Luis Pareto, José Musalem, Mario Hamuy y Luis Martín, quienes trabajaron con lealtad y entusiasmo. Un especial recuerdo para algunos independientes que participaron con fervor, en ambas candidaturas, la senatorial y la presidencial: El almirante Espina, Víctor León Quintana, Raúl Saez, Santiago del Campo, Hernán Elgueta, Salvador Pubill, Samuel Sánchez y otros.

Frei salió tercero, tras Alessandri y Allende; le ganó a Bossay y al «Cura de Catapilco» (Antonio Zamorano).

A este último Frei, siendo senador, lo vio asumir en la Cámara de Diputados. Antes de entrar a la sala, oraba de rodillas en un baño, mientras los timbres sonaban llamando a los honorables. Se fue perdiendo del quehacer público. Se supo que estaba viviendo en el pueblo de Chanco, sufriendo una ceguera total. Al escribir estas líneas, no conozco su condición actual: Que Dios lo ayude.

Tras la derrota presidencial, fuimos convocados al comando.

Nunca olvidaré las palabras de Frei, el día de esta última reunión, en Alameda esquina de Dieciocho:

-Duros momentos se ciernen sobre nuestras ideas; se une El Mercurio con el Diario Ilustrado; el poder político con el poder económico. ¿Qué debemos hacer? Yo les digo a los que han integrado este Comando, y que con tanto esfuerzo y sacrificio han trabajado tras la meta final. Qué debemos hacer, qué haremos. Progresar como seres humanos y ciudadanos. Los que han estudiado poco, que estudien más. Quien no tiene automóvil, que se esfuerce en el ahorro y lo consiga. En una palabra, crezcamos espiritual, intelectual y materialmente.

Así lo hicimos y ganamos en septiembre de 1964.

Cuba

Pero antes de llegar a esa fecha, pasaron muchas cosas. Revolución en Cuba. Asume Fidel Castro. Alegría general. Nadie sabía lo que traía el señor Castro bajo el poncho. Los primeros coletazos de la revolución cubana, los recibimos cuando en un avión cubano, sin aviso previo, llegó a los Cerrillos una delegación de guerrilleros verde oliva, con largas barbas y chasconas melenas. Por cierto que portaban metralletas y pistolas. Cuando llegaron, la policía internacional les quitó las armas y se les pidió el certificado de vacuna. No lo tenían. Tuvieron que ser vacunados. Esto lo consideraron un vejamen fascista. Fueron llevados a un hotel. Se les dijo que el ministro del interior los recibiría, una vez que se hubieran bañado. Otro acto anti-revolucionario, y anti progresista. Al día siguiente pidieron ser llevados a los sectores populares. Cuando llegaron a las poblaciones, en la fecha que comentamos, fueron el hazme reír de esta gente sencilla; recordemos que en 1960, no se conocían todavía los hombres con melenas ni con aros.

Primer Millahue

Terminados los ardores y quebrantos de la campaña, le propuse a Eduardo Frei, que hiciéramos una reunión informal, en un lugar agradable cerca de Santiago, para conversar, no para debatir, nuestros errores y proyectos para llegar al poder. Esto no se podía hacer dentro de los cánones partidarios, porque cada reunión o asamblea era una pirotecnia de discursos, lugares comunes, peloterías y «maquinarias». Frei acogió la idea con entusiasmo. Con Pepe de Gregorio, secretario general de la Democracia Cristiana, comenzamos a organizar el cónclave. Elegimos el lugar. La Hostería Millahue («Lugar del oro», en Mapuche). Después hicimos la lista de convocados. Gente agradable, inteligente y que no fueran espesos. De alguna manera mi idea era recrear la atmósfera de los retiros que nos hacía el padre Hurtado en el noviciado jesuita de Marrueco. En una tarde de invierno gris y tempestuosa, llegamos a Millahue, por el Cajón del Maipo, pasado San José de Maipo. Era media tarde, por lo tanto nos dedicamos a instalarnos, comer temprano y prepararnos para la mañana siguiente. En este plano semi-escolar, nos permitimos hacerla sábanas cortas a don Horacio Walker. Se rió.

Estábamos sentados en unos escaños, tras unos macizos de flores, Alberto Jerez, Marco Antonio Rocca, Raúl Troncoso, Jorge Cash, Claudio Orrego y Bosco Parra. Cuando sin querer escuchamos la conversación de dos diputados, ex-agrarios laboristas, que recién se

habían incorporado a la D. C. Ésta era la primera reunión que asistían en su nueva tienda. Uno le decía al otro, que había llegado atrasado:

-Oye, huevón, ten cuidado de no hablar puras huevadas, porque estos huevones son recultos.

Se lo conté a Frei y a Tomic. No se rieron, explotaron.

Emelco y bombas lacrimógenas

Derrotados y cesantes. Gracias a mi amistad con Juan Gómez Millas, rector de la U. de Chile, la empresa Emelco me contrató para gestionar un documental con esa universidad. No resultó, pero yo seguí trabajando. Inventé las «transparencias» que reemplazaban a los viejos vidrios pintados.

Momentos pintorescos se vivieron ante el aparente fraude de Maurás contra Carmona, en una elección complementaria en el norte. Esto ocurrió en el mes de mayo, días antes del Congreso Pleno. El senador Frei, decidió pedir la palabra y protestar. El día anterior, el senador Allende llegó a la casa de Frei a convencerlo que no lo hiciera. De todas maneras pidió la palabra. Descomunal batahola. Julián Echevarri, se enfrentó con el Paleta.

Después del Congreso Pleno, envalentonados, desfilamos por el centro. La policía recibió la orden de despejar. Nos refugiamos en la sede de la Falange, en la Alameda al llegar a Carmen. Ese alcázar fue sitiado por los carabineros. La más importante autoridad partidaria, para resistir el asedio, era don Horacio Walker; sereno, canchero, distinguido. La gran preocupación era que no fuera a tener algún problema con los gases de las lacrimógenas. Quien dirigía las labores de emergencia sanitaria, por cierto que era el doctor Wood antiguo falangista, el mismo que fue a Chillán, después del terremoto, a prestar su ayuda. Una vez que ubicó a don Horacio, a buen recaudo de los gases, llegó con una gran tijera, dispuesto a cortarme la barba, pues ésta era un peligroso acumulador de las emanaciones de las bombas. El peligro que yo muriera intoxicado era inminente. Al comienzo pensé que era broma del doctor. Luego me di cuenta que el peligro de una mutilación pilosa era cierto y grave. Arranqué por los pasillos del local, mientras el Dr. Wood, tijera en ristre, corría tras de mí. Providencialmente, en esos momentos ingresó al edificio un oficial de Carabineros, quien venía a comunicarnos que el asedio terminaba y el personal se estaba retirando. Gran alivio. Alguien le explicó al policía, que la persecución que él había visto, de alguien con un arma cortante, como es la tijera, tras un barbón, era de carácter médico, y no una controversia doctrinaria.

Años después, estando comiendo en la casa del Gobernador de Calama, uno de los invitados era el ex-senador Maurás y señora. Con humor recordamos estos episodios.

Graneros

Dentro de mis actividades para ganarme la vida, y de acuerdo a mis talentos, fui contratado para hacer clase de arte dramático, en el sindicato de Chiprodal, de la planta de Graneros... Linda experiencia. Hice buenos amigos. En uno de los sistemas de la formación de actores, yo acostumbro a dedicar una sección, en que los alumnos cuentan alguna experiencia personal, digna de ser conocida. Uno de ellos, un hombre alto y delgado, relató un sucedido, que yo ya conocía por intermedio de otro de los protagonistas. He aquí la historia. Diego Barros Aldunate tenía un camión, en el cual cargaba lo que hiciera falta en el campo de su familia, y también, generosamente, atendía encargos de los vecinos. Un día, al anochecer, pasó a poner bencina en un servicentro a la salida de Santiago. En ese lugar, un conocido de él -mi alumno de teatro-, le pidió el favor que lo llevara. Diego accedió de inmediato, pero por ir la cabina del camión, con otras personas, le dijo que subiera en la parte de atrás. En el lugar de la carga, transportaba algunas bolsas con salitre, algo de madera, cajones con bebidas y un ataúd vacío. Siguieron hacia el sur. Comenzó a lloviznar. Mi amigo, comedido, protegió el salitre con los cajones de bebidas. Él, muerto de frío, se metió al ataúd, protegiéndose con la tapa. Cuenta que se quedó dormido. En Paine el camión se detuvo unos minutos, para que el conductor entregara una carta. Ahí le surgió un nuevo pasajero. El hombre llevaba buena manta de Castilla y generoso guarapón, por lo tanto se defendía bien de las inclemencias del tiempo. Al solicitar a Barros que lo llevara, este, sin problemas le contestó:

-Súbete con el que va atrás.

Así lo hizo. Saludó con el sombrero al difunto y se acurrucó en una esquina del camión. A la salida del túnel de Angostura, el camino estaba muy áspero por unos arreglos que se le estaban haciendo. En cada bache, el vehículo daba saltos. En uno de ellos se le cayó la tapa al ataúd, despertándose el «muerto», se enderezó, El pasajero de la manta de Castilla, a un tris del infarto, saltó camión abajo, gritando despavorido. Por lo malo del camino, el camión iba en marcha lenta, y nuestro arrojado viajante sólo sufrió de contusiones leves. Esta historia la supe por el dueño del camión y por el primer pasajero: el muerto.

Valdivia

En mayo de 1960 ocurrió el gran terremoto y tsunamida Valdivia. Fue a mediodía. Pusimos la radio, y a los pocos minutos, cuando nadie sabía nada, la entonces popularísima audición del Reporter X, en Radio Del Pacífico, informaba que el cataclismo se había producido en

la zona de Valdivia. Agregaba detalles. Sin duda él tendría contacto con algún radio aficionado, es la única explicación. Teléfonos y telégrafos estaban cortados. Esta audición que recordamos, se presentaba de esta manera: «El Reporter X: Con el severo patrocinio de la Empresa de Pompas Fúnebres La Central». Siempre referido a este terremoto, debemos recordar el notable libro de Luis Hernández Parker, Catástrofe en el Paraíso, así como la epopeya del Riñihuey la labor de Raúl Saez junto a sus bravos trabajadores, salvando a Valdivia de una catástrofe.

Cuenta Nicanor Allende, parlamentario de la provincia, que se tenía especial cuidado de no propalar noticias que pudieran causar pánico. Cuando el ministro Julio Phillipi, a las pocas horas del terremoto llegó al área del desastre, fue informado, privadamente, del gravísimo peligro que significaba los derrumbes de montañas que habían embalsado al lago Riñihue. Esta noticia, el ministro tenía que comunicarla con urgencia a Santiago, para que la autoridad central dispusiera las medidas que evitaran la hecatombe. Desde la casa de Nicanor, el ministro Phillipi debía telefonar al ministro Eduardo Gomián. La comunicación era por intermedio de una telefonista, la cual estaba, igual que todo el mundo, con la oreja parada, para conocer noticias. Julio Phillipi, tenía recursos; cuando tuvo a Gomián en línea, le dijo:

-Eduardo, Marino de Lovera, página 84, segundo párrafo.

Y siguió una conversación normal. El ministro estaba citando un libro de historia de la época colonial. Este fenómeno del Riñihue, no era la primera vez que ocurría, por lo tanto al leer las líneas del libro De Lovera, todo quedó claro.

En esos días, una audición en cadena nacional, una autoridad de gobierno dialogaba con el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Fontaine. Hay una tendencia de la autoridad política, a aminorar las magnitudes de los accidentes o fenómenos naturales, muchas veces, faltando a la verdad. En esa cadena oficial que comentamos, el ministro dijo:

-Pero, Almirante, ¿no serían solamente bravezas del mar?

Fontaine lo interrumpió:

-Señor, cuando la Armada dice que es maremoto, es maremoto.

Campaña para el compadre

En noviembre de ese mismo año, nació nuestro hijo Germán, fueron sus padrinos Eduardo Frei y la Maruja. Treinta años después, una nieta de Eduardo, la Isabel Beca Frei, fue la madrina del primer hijo de Germán.

Siguiendo los consejos de Benjamín Maluenda, quien sostenía que la comunidad buscaba participación, las elecciones Municipales se dieron bajo la consigna: «Su Gobierno comienza en el Municipio». Se tuvo buenos resultados. En el año 1963, al iniciar la Campaña Presidencial, tratamos de retomar esa idea y agregamos: «Y el Gobierno del Pueblo comienza con Frei». Conmoción y quebranto, provocó en la izquierda, que alguien, que no fueran ellos, estuvieran usando la palabra pueblo.

La Campaña fue bien planificada; las canciones, las consignas, la rapidez de reacción. La imaginación y el amor a la causa, el ambiente en que se desarrollaban nuestros comités creativos, fue factor determinantes en el éxito. Éramos un grupo de amigos, que trabajábamos por un ideal común. El Pronunciamiento Militar de 1973, nos desarticuló. Asumiendo el riesgo de olvidar a algunos, nombró a quienes me prestaron significativa colaboración, para crear y dirigir la publicidad del candidato Eduardo Frei: Ernesto Merino, Eduardo Zúñiga, Marco Antonio Rocca, Raúl Troncoso, Benjamín Maluenda. No debemos olvidar la acertada y serena conducción de Álvaro Marfán, como Generalísimo del comando. Con el afán de no dejar pasar ninguna oportunidad de atacar o contra atacar, cuando se rifaron los números que cada candidato llevaría en la Cédula Única, a Allende le salió el 1, con gran alegría de sus partidarios, en cambio a Frei le tocó el 2:

-Ése será el orden de llegada -afirmaba la prensa de izquierda.

A dos años del Mundial de Fútbol, la gente no había olvidado el resultado que la selección chilena logró contra el equipo de la Unión Soviética. Inmediatamente que supe el resultado del sorteo, mandé imprimir, miles de afeches, con el marcador del Estadio de Arica: «Chile 2, Rusia 1» (Frei 2, Allende 1).

Me instalé en la Semana Santa de 1964, con los versos de Miguel Arteche en la mano, en la casa de mi querido amigo, el ingeniero y músico Juan Amenábar. Mi única labor, era decirle a Juan, que no me iría hasta que terminara la música para los versos del poeta Arteche. La amenaza sirvió: Amenábar creo la hermosa marcha Brilla el sol, símbolo de nuestra campaña.

Especial recuerdo, para el foro de la audición A Ocho columnas de Carlos Jorquera (El Negro). En ella participaban los candidatos Frei, Allende, Durán y Prat. Cada uno de ellos tenía un periodista, permanente en el panel, que representaba el bando correspondiente. Cada candidato asistía sólo al programa y era interrogado por cada uno de los periodistas. Éstos eran: José Dolores Vázquez, Augusto Olivares, Rafael Kisteiner y Mario Arnello.

Cuando le correspondía a Frei, seguíamos una rutina. Yo lo pasaba a buscar a su casa y de ahí nos íbamos a tomar té al Hansel y Gretel. Después de la torta Selva Negra, partíamos para Chile Films. El maquillaje lo aplicaba Julio Errasti, un buen profesional argentino, radicado en Chile. Un día le dijo a Frei, que él admiraba la tranquilidad y paz que transmitía. Agregó:

-Cuando llega el senador Allende, se siente de lejos que viene. Viajan en un solo auto, como siete personas. Desde aquí escuchamos los gritos de sus discusiones.

Frei guardó silencio. Luego dijo:

-Yo tengo muchos puntos de diferencia con Allende, pero hay algo que le admiro: soportar a la Julieta Campusano, ocho horas diarias.

Entre otras personas que invité a trabajar en mi oficina, en pro de Frei, destaco a Enrique Búnster, «el Capitán». Gran amigo de Eduardo Anguita. En la campaña anterior, cuando Anguita trabajaba en Storand, asistió a una comida de intelectuales con Frei, en casa de Fernando Illanes. Como la empresa de la cual era empleado Anguita, le hacía la publicidad al candidato Alessandri, le pareció anti ético asistir, pero con mayor fuerza lo impulsaba dar testimonio de su adhesión al candidato demócrata cristiano. Asistió; pero con una máscara para que nadie lo reconociera.

Dentro del comando de la campaña, por cierto había muchas cosas permanentes que comentar y otras que surgían a diario. Una noticia que nos llegó, por intermedio de un rumor bien fundamentado, de Alejandro Hales, era que las fuerzas del FRAP- así le llamaban, antes de ser U. P.- intentarían algunas asonadas en contra del comando central y algunos de Provincia. Se me comisionó para que conversara con el General de Carabineros don Óscar Cristi, el famoso equitador, a quien yo le tenía un especial afecto, sobre todo por ser hinchas de la Católica. Permítanme un paréntesis semántico. De un tiempo a esta parte, ha surgido la cursi costumbre, de llamar al club de la Cruz Azul, con la palabra «Católica», a secas: «Yo creo que el equipo de Católica..., etc.» El uso y costumbre en Chile, es anteponer el artículo «la» al sustantivo propio femenino. La María, La U., la Corte Suprema, La Católica, etc.

Volvamos al general Cristi. Le planteé los rumores que habían llegado al comando y le pedí una mayor protección de Carabineros. Me respondió afirmativamente, pero también me manifestó que debíamos tomar algunas medidas preventivas: buenos cerrojos, vigilancia nocturna, aparatos contra incendios, algunas armas de mano, ser cuidadoso en lo que se decía por teléfono etc. Esta reunión se efectuó en la casa de Óscar Cristi. Cuando me fue a dejar a la puerta, se cruzó corriendo una cabrita chica, bien bonita: años después sería alcaldesa de Peñalolén y luego parlamentaria.

Informé de todo esto a Marfán. Se le encargó a Juan de Dios Carmona, adquirir algunos revólveres. Minutos después, escuchamos a Juan de Dios, desde una oficina contigua, hablar por teléfono. Transcribo el diálogo:

-Sí, sí. Tiene cierta urgencia. Entonces, resumiendo, serían siete Quijotes empastados. Claro, completos, con las balas que sean necesarias.

El boldo

Con Álvaro Marfán almorzábamos todos los días en el centro. Generalmente en un restaurante que se llamaba Pan Pan. Pero un día que teníamos a algunos dirigentes de provincia invitados, fuimos al Hotel Carrera, al comedor del primer piso. Terminado el almuerzo, la camarera, una mujer madura y muy atenta, nos ofreció café. Le pedí una agüita de boldo. Ante este pedido comentó:

-El boldo: bueno para el hígado, pero malo para el «muñeco». Privilegié el hígado; es vital en la política.

La marcha de la Patria joven

Esta idea yo la tenía en barbecho de hacía algunos meses. Me faltaba la persona que fuera el director ejecutivo del proyecto. ¡Eureka! El Negro Zúñiga. Ex-presidente de la FECH e ingeniero de la U., aguerrido, responsable, generoso. El plan consistía en una suerte de posta, donde sendos grupos partirían de Arica y Puerto Montt, al mismo tiempo, rumbo a Santiago. Cada grupo marcharía de diez a quince kilómetros, donde le entregarían el testimonio, a los que estaban esperando, los cuales continuarían la caminata. Esto era lo que habíamos determinado. En la práctica fue la locura. Hubo quienes siguieron todo el recorrido a pie, de Arica a la Capital, igual los que venían del sur. Siempre pensé en dos grupos, longitudinales, jamás en las marchas que bajaban de los pueblos cordilleranos: Andacollo, Calama, San Clemente, o los que subían desde la costa. Realmente, cuando recibíamos noticias del desarrollo de la «Marcha de la Patria Joven», se nos apretaba el corazón.

La Marcha partió el 21 de mayo, desde el Morro de Arica y desde Puerto Montt. En el norte la despidió el entonces diputado Alberto Jerez, y en el sur, Patricio Hurtado, también parlamentario. Las columnas comenzaron a llegar al atardecer del día 20 de junio a Santiago. Otro elemento espontáneo que los jóvenes aportaron, fueron los regalos representativos de cada provincia, que le traían a Frei. La inmensa mayoría, nunca habían estado en la Capital, y esa noche, improvisaron una subida al Cerro San Cristóbal.

Felizmente el tiempo estaba sereno, de manera que pudieron armar campamentos, tanto en el propio cerro y otros en el Parque Cousiño, lugar donde se efectuaría la concentración el día 21.

A Frei se le ofreció una casa cercana al parque, para que esperara el momento de entrar al eclipse. Ésta tenía que ser de una familia de plena confianza. Yo la elegí. Por cierto que fue la casa de los San Miguel que vivían en la calle Vergara, a metros de la Plaza Ercilla.

Fuera de los caminantes que habían arribado al parque, grandes multitudes de santiaguinos se incorporaron a la concentración. El espectáculo era sobrecogedor. A un toque de clarín y después la marcha «Brilla el sol», Eduardo Frei ingresó al recinto del parque. El estrado

estaba al pie de la Tribuna Presidencial, en el costado poniente de la elipse. Acallado los vítores, habló el candidato:

-Sólo el oír el nombre de la Patria Joven, nos llenó de esperanza la mente y el corazón, esta esperanza se convirtió en certeza, cuando Germán Becker la echó a andar.

Más adelante agregó:

-Pensaba que un hombre, semidormido, es despertado por un niño, al oír la marcha que cruza frente a su casa.

-¿Quiénes son abuelo, son los de Cancha Rayada, los de Chacabuco, los de Tacna, los de Chorrillos y Miraflores?

-No, hijo: es la Patria Joven que pasa...

El 15 de agosto de 1964, en un accidente automovilístico, muere Irene Frei Montalva, cuando se dirigía a la zona de San Antonio, a trabajar en la campaña electoral de su hermano. La Irene era regidora por Santiago, habiendo obtenido una gran votación. El dolor paralizó la acción política. Una suerte de tregua surgió en todos los sectores. Luego continuó la campaña.

Faltando algunas semanas para la elección, se me informó que en varios lugares del país, ciudades, comunas, habían aparecido unos carteles que decían: «Curicó Territorio Allendista», «Recoleta Territorio Allendista».

Di instrucciones para que no se tocara ninguno de estos carteles. Junto a ellos, pusimos los nuestros, que en todo el país, decían: «Curicó territorio chileno». «Arica territorio chileno», «Temuco territorio chileno», etcétera. O «Frei sabe los que el pueblo quiere, por eso el pueblo quiere a Frei».

Triunfamos. ¡Victoria de Frei! Ésta era el nombre de la mamá del candidato. A la señora Victoria la conocí cuando fuimos a Concepción a hacer el Clásico Universitario. Entre los niños que participaron en la «copucha» de la Católica, estaban los Frei Bolívar. Arturito, que después sería senador, encarnó a una trapecionista, cuyo nombre artístico era, Miss Mamerta.

Los viejos tiempos

Conversábamos un día con Frei, sobre lo que llamábamos, «cosas antiguas», y me contó que su papá, don Eduardo Frei Schlinz, que estaba de paso en Chile, el domingo en que tenía que viajar en la tarde a Valparaíso, para el lunes embarcarse de vuelta a Europa, un

amigo lo invitó a visitar la terraza del Cerro Santa Lucía. En ese lugar ocurría un paseo dominical, con la asistencia de distinguidos jóvenes y hermosas señoritas. El «Gringo» Frei, se deslumbró con el paisaje, y sobre todo con una chiquilla, esbelta y atractiva. Esta niña era la Victoria Montalva. El viajero perdió el tren y el buque. Se quedó, se casaron; así nació la familia Frei Montalva.

Otro suceso familiar, que relataba Eduardo Frei, era la historia de ese asaltante argentino, apodado el «Che Eduardo», el cual le arrebató un fajo de billetes, a un cajero del Banco Anglo. El cajero era el señor Ruiz Tagle, quien posteriormente sería suegro de Frei. El asaltante fue capturado rápidamente, pues cometió el craso error de ir vestido con un terno blanco.

Cuando era Ministro de Obras Públicas del gobierno de don Juan Antonio Ríos, contaba Frei, que para expropiar algunos lugares de la actual avenida Bulnes, y dar paso al Barrio Cívico, por no haber leyes apropiadas, tuvo que apelar a la antigua ley de ferrocarriles, la cual permitía anejar terreno para instalar los rieles. Ahora, durante su propio gobierno, se descubrió que la ley del Tránsito vigente, obligaba a los vehículos motorizados que salieran de la ciudad, «llevar cohetes de señales» (igual que los buques), para pedir ayuda en caso de quedar en pana.

Otro personaje pintoresco, del cual Frei se acordaba con simpatía, era un senador del Partido Demócrata, éste tenía una «muletilla» que aplicaba al final de toda mala noticia:

«Erupción de un volcán en Filipinas, duelo a muerte de dos diplomáticos en Bruselas, tren descarriló en la Selva Negra, etcétera».

Sin la menor vacilación, este caballero agregaba su famosa sentencia: «Otro golpe para Valparaíso»...

Frei, presidente electo

Me tocó anunciarlo, ese 4 de septiembre de 1964, al final de la tarde, desde los balcones de un edificio en la Alameda, frente al cerro. Desde ese momento lo traté de usted, como correspondía, hasta el día que entregó el mando y lo fui a dejar a su casa, como ya lo he recordado. Semanas después, cuando el Congreso confirmó el resultado de las urnas, que le daban mayoría absoluta a Eduardo Frei Montalva, el presidente don Jorge Alessandri, acompañado por su edecán aéreo, comandante Sepúlveda, visitó al presidente electo, en su casa. Frei lo recibió personalmente y pasaron a un saloncito privado. La Maruja, su hija Mónica, mi mujer María Eugenia y yo, invitados por la dueña de casa, nos instalamos en

otra sala, muy cerca del guardarropía. Cuando el mozo llegó con el abrigo, el sombrero y la bufanda del presidente Alessandri, la Mónica, entre emocionada y divertida, dijo a media voz:

-Me voy a poner la bufanda, aunque sea sólo un ratito.

Lo hizo. La Maruja se enojó.

Transmisión del Mando. Cincuenta y dos astas para las banderas de los países que estarían presentes. Se las pedí al alcalde don Manuel Fernández Días. En la hermosa remodelación posterior, se conservaron en espíritu.

Bernardo Leighton invita a Rafael Caldera (Copei), ilustre estadista venezolano, a visitar el Pedagógico; los futuros educadores se «lucieron» agrediendo a peñascos a los ilustres visitantes: «En la mochila de todo terrorista va el arma del asesino».

El presidente me dijo:

-Quisiera que tuvieras un escritorio aquí, en la Moneda.

Le contesté que muy honrado, y que era mi anhelo dedicarme a investigar las peculiaridades del chileno. Frei me dio escritorio y oficina. Comencé mi trabajo de investigación cultural, cuando estalló una huelga de la Salud -en esa época muy peligrosa-, y el presidente me embarcó de inmediato en el asunto. Colaboré con el intendente que era mi amigo el general Juan Bancalari. Nunca más pude volver a mi vocación primitiva. Trabajé con el ministro Secretario General de Gobierno, Raúl Troncoso. Me entregaron todas las difusiones y propagandas del gobierno, giras, etc. Se me dio el pomposo y confuso título de Asesor de Difusión y Cultura. Incluso, cuando acompañaba al presidente en giras al extranjero, se me condecoraba. Gajes del oficio. Cuando vino la Reina de Inglaterra, con el frac, me las puse todas. Me veía lo más bien.

La noche del 31 de diciembre de 1964 era la víspera del Año Nuevo. El primer cambio de folio del Gobierno del Presidente Frei. Para esa ocasión, programé una cadena radial no política, sino que con acento cultural y emocional, muy de acuerdo a la fecha. Para dicho objeto reuní a tres hombres señeros en la Historia de Chile, y que estaban disponibles: Francisco Encina, Daniel de la Vega y Manuel Plaza. La Historia, la Poesía y el Deporte. Previa identificación de estos personajes, cada uno de ellos envió un mensaje a la gente, en esa última noche del año. El resultado fue espectacular. Todo el programa estaba grabado en cinta magnética. Esta verdadera joya histórica, no se conservó, pues era tan dramática la carencia de cintas, para otras transmisiones, que tuvimos que hacer, que este tape fue borrado.

Siempre tratando de enfatizar las efemérides, prepare el 12 de octubre, Fiesta de la Raza. Para ello llamé por teléfono al Alcalde del Puerto de Palos, días antes, para concertar con él una posterior conversación, que se grabaría para transmitirla en cadena nacional, el día del Descubrimiento. Este señor, español sureño, era todo una simpatía y gracejo. Se impresionó

mucho que se le llamara de tan lejos para honrar la efeméride, pero me reconoció que no tenía

Idea de Chile, ni de su historia, geografía, etc. Pero se comprometió, que para el próximo año, se documentaría, y me rogó que para entonces, lo llamáramos de nuevo. Pasaron doce meses y lo llamé. Me recibió por el teléfono recitándome las Rimas de Bécquer y a continuación disertó con gracia y conocimientos sobre Chile, su gente, héroes y artistas. Desgraciadamente se me extravió el nombre.

Este cargo de propagandista del gobierno, tiene sus bemoles. La oposición sostiene, que lo mejor del gobierno, es la propaganda; en cambio, este señala que su debilidad es la difusión de sus obras.

En una ocasión, Renán Fuentealba, dijo en el senado:

-La propaganda del gobierno es fantasiosa y cara; digna de un Clásico Universitario.

Por cierto que éste fue el principal titular de los diarios de oposición a Frei. Los tiros de Fuentealba, con dedicatoria, eran en contra mía. Armé gran pelotera... En el mundo político, estas críticas y ataques, no tienen ninguna carga personal. Es el lenguaje propio de ese sector, al notar que alguien comienza a mostrarse, a distinguirse, en un ámbito que los políticos consideran propio:

-¡No vaya ser, que este fulano sea candidato a un asiento en el Congreso!

El metabolismo partidario, reacciona, ante el peligro de un presunto competidor. En el caso mío, esta reacción instintiva de Fuentealba, era absolutamente fuera de tiesto. Jamás se me ha pasado por la mente, ejercer en «el mundo del servicio público», como con tanta gracia y desenfado, se autoproclaman. Trabajé en la Moneda, porque estaba el presidente Eduardo Frei Montalva, mi querido y admirado amigo. El tiempo todo lo cura. No tengo ningún resquemor con Renán. Lo fui a ver a la intendencia de la Serena. Ha hecho una muy buena labor.

Como todo gobierno nuevo, que se respeta, Frei también tubo su terremoto. Este ocurrió un domingo de marzo a mediodía. Partí a la Moneda. Todavía no llegaba nadie. Atendí el teléfono del Ministro del Interior, era don Víctor Santa Cruz, embajador de Chile en Londres. Sabía del terremoto y estaba preocupado por Zapallar y por la presunta caída de la marquesina del Estadio Nacional. Lo tranquilicé.

A Europa los boletos

Gira a Europa: junio de 1965. A veces, lo que abunda daña. Esto me ocurre con esta gira al viejo mundo. Comenzó en Italia, luego Francia, Inglaterra, culminando en Alemania. Se iniciaba en un país con gobierno demócrata-cristiano y se termina con otro de iguales características, políticas. La abundancia, a la cual hago mención, se refiere a sucesos, anécdotas y chascarrillos, así como a momentos de gran significado y emoción. Previamente al viaje del presidente, su comitiva y los periodistas, me correspondió hacer el mismo recorrido, preocupándome de algunos aspectos de difusión, seguridad etc. Me acompañó, prestándome una valiosa ayuda, mi viejo amigo Eduardo Tironi Arce, a la sazón director ejecutivo del Canal 13 de TV. Durante la estadía del presidente Frei, en los países ya señalados, me correspondía velar que los periodistas, de todos los medios, tuvieron las facilidades necesarias para su trabajo y permanencia: movilización, alojamiento y transmisiones. En esta delegación de prensa, estaba representado todo el espectro ideológico de Chile. Nuestra Cancillería había comunicado oportunamente mi misión a los respectivos gobiernos. Cada país, a su vez, designó a un funcionario de alto rango para coordinarse conmigo.

Italia

En Italia Roberto Sabio. Viejo conocido. Habíamos estado con él, varias veces en Santiago. Frei llegó a Milán. Lo esperaba el ministro Fanfani y el embajador de Chile, Francisco Pinto. En ese lugar, con Tironi nos incorporamos a la comitiva. La mayor expectativa del equipo de prensa, la motivaba la visita al Vaticano. Felizmente hubo credenciales para todos. Frei y el Papa, se entrevistarían en la biblioteca de Paulo VI. Al resto nos hicieron pasar a la Sala Clementina, contigua a un pasillo que lleva al lugar de la audiencia. Estábamos en la espera, cuando comenzaron a pasar personajes conocidos. Primero el Cardenal Baggio, que había sido nuncio en Chile. Conocía a todos los presentes. Como había tiempo me dijo que me iba a contar un cuento vaticano:

-Hay cuatro cosas que Dios no sabe: Que entienden por pobreza los franciscanos, como practican la obediencia los jesuitas, que va a predicar un dominico y que predicó un pasionista.

Cuando se había retirado monseñor Baggio, llegó monseñor Manuel Larraín, gran obispo chileno y muy amigo del presidente Frei. Años más tarde, murió en un accidente automovilístico. Me tocó la dolorosa obligación de informárselo al presidente, en pleno banquete, en la Moneda, al presidente Saragat de Italia, que estaba de visita de Estado en Chile. En Santiago solíamos estar con don Manuel, pues acudía al monasterio Benedictino, cerca de mi casa. Una vez dijo una corta oración original, en un grupo de confianza:

-Señor que los malos se hagan buenos, y que los buenos sean simpáticos.

Con tanta conversa, con tanto purpurado, mientras yo escuchaba sus palabras, los periodistas, ni cortos ni perezosos, se fueron acercando hacia la biblioteca Papal. Cuando me di cuenta, me acerqué a ellos. De pronto sale por las amplias puertas del recinto, un sacerdote enteramente vestido de blanco. Se encontró con nuestro grupo. Nos miró con una profunda mirada, de sus ojos, increíblemente azules, y sonrió. Era el Papa en persona. El Perro Olivares y el Burro Belet, que estaban inmediatamente delante de mí, cayeron de rodillas, expresando respeto y emoción. Creo que este gesto, en ellos, por su ideología, es doblemente encomiástico.

Antes de abandonar Italia, un último recuerdo. Gran recepción, comida y baile, en el Palacio del Quirinal, que le ofrecía el gobierno italiano al presidente de Chile y su comitiva. Tenida, frac y condecoraciones, como prescribe el protocolo. Llegamos a los regios salones, acompañado por el Gato Gamboa, que en estas circunstancias se le duplicaba el ingenio y la simpatía. Todo el mundo estaba elegantísimo. El Gato, se veía como de primera comunión. Las damas eran espectaculares, por su físico y por su ropa. Los géneros de los vestidos, en esa época no llegaban a Chile, eran de una calidad superior. Lamé dorado y plateado, rasos y terciopelos, joyas y demáses. En cuanto a ellas, iguales a la Sofía Loren, en porte y belleza. El Gato Gamboa, al borde del delirio, se acercaba a una de ellas y después a otra, y con su estatura, que apenas le llegaba al escote de las madonas, les decía:

-¡Mamacita!

Las señoras, sin entender nada, le sonreían, caritativamente.

Francia

Llegamos a París. Enrique Berstein, gran señor, era el embajador de Chile. Nos deparó, para algunos, al menos, el honor de conocer en la embajada a Jack Maritein. Lo encontré igual al poeta Daniel De la Vega. Dándomelas de experto, les mostré la Catedral de Notre Dame, a un grupo de los nuestros. Entre ellos, estaba la Maruja Maldini, esposa del periodista Raúl González y el Gato Gamboa.

Genaro Medina, nos amenazó durante toda la estadía en París, que nos iba a venir a buscar una amante de gran categoría, que él había enamorado, en viajes anteriores. Nos contaba que tenía un gran auto convertible blanco y un chófer negro. Jamás se presentó. Un día Rafael Otero le preguntó:

-¿No se habrá casado con el negro?

-¡Claro! -dijo René Olivares, hermano del Perro- Y pusieron una fábrica de tableros de ajedrez.

-Y se llama «Black and white» -acotó González Alfaro.

Realmente, cuando no se peleaban por las credenciales, que a veces no alcanzaban para todos, eran divertidos e ingeniosos. Buenas personas.

El funcionario a cargo de nosotros era Monsieur Le Bell. Había trabajado en su embajada en Chile. Incluso me hizo mención al estreno de Juana de Lorena, al cual él había asistido. Me hizo algunos comentarios, que comprobaban su presencia en la función. Me felicitó por mi puesta en escena.

Frei, fuera de programa, se había quedado un par de días más en Italia, para visitar Florencia y otros lugares. Nosotros ya estábamos en París, cuando llegó. Se le fue a esperar. Como iba el presidente de Gaulle, las medidas de seguridad eran extremas. Tuve el privilegio de viajar en el auto del jefe de seguridad, el cual encabezaba la caravana del mandatario francés. Este hombre, con un pito en la boca y con medio cuerpo fuera del auto, iba abriendo calle, saltándose los semáforos, e incluso dándole quiños a los vehículos que no se retiraban con presteza.

Para ir al aeropuerto, habían tres vías alternativas. El jefe de la caravana, antes de partir, hacía funcionar una pequeña ruleta, la cual, al azar, elegía la ruta a ocupar. Por lo tanto, cualquiera emboscada terroristas, tenía que ser planeada en forma triple. Las tres rutas, tenían policías en los jardines, terrazas y techos. Grupos de turistas, paseaban por las calles y avenidas, así como vendedores de helados, y fotógrafos callejeros; todos eran policías. También monjas y clérigos, era otro de los disfraces usados.

Con la cantidad y violencia de los atentados contra el general de Gaulle, eran lógicas estas extremas medidas de seguridad.

El tiempo era realmente escaso, una tarde que estábamos en un bus particular, frente al Louvre, esperando a unos periodistas que estaban despechando para Chile, nos avisaron que tenían para veinte minutos más de trabajo. No aguanté la tentación, pagué la entrada e ingresé al museo. A toda velocidad, alcancé a ver la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia, que está al final de una gran escala. Sentada en el suelo y apoyada en el pedestal de la estatua, estaba la Carmen Cuevas. Grata sorpresa. Sentí la bocina del autobús, y terminó mi tour por el Museo del Louvre. Para que nos ubiquemos, nuestro museo de Bellas Artes, tiene siete ventanas en su fachada; el de París, setenta. Las conté.

A propósito de la Venus, contaba Willy Arthur, que un caballero chileno, de buena estirpe y fortuna, pero medio rústico, llegó al Louvre con un grupo de amigos, quienes quedaron deslumbrados con la estatua de la Venus de Milo. Nuestro caballero, dijo en voz alta:

-Tanta zalagarda y pelotera, si ustedes hubieran visto a mi mujer en pelota...

Una tarde acompañé a Lucho Hernández Parker, al aeropuerto de Orly. A Lucho le dio frío y me invitó a que nos tomáramos un buen coñac. Instalados en una mesita, el mozo nos

preguntó si queríamos coñac nacional o importado. Hernández Parker se apresuró a elegir el importado. Por eso, en Francia tomamos coñac español.

Londres

Llegamos a Inglaterra. Don Víctor Santa Cruz, que había sido embajador de Alessandri, fue confirmado en el cargo, por Frei. Londres es la ciudad más exótica del mundo. Por sus calles transitan hombres y mujeres de todos los continentes con sus trajes típicos. Pieles de leopardo, plumas, grandes turbantes, botas, sandalias, abanicos etc. El attaché que nos pusieron, era mister Gleen, un gringo encantador que dominaba el castellano. Era casado con paraguaya.

El presidente Frei y señora, así como el canciller Gabriel Valdés y señora, el edecán militar, coronel Félix Guerrero y el director de protocolo, Eduardo Cisternas, llegaron de París a Inglaterra, a un aeropuerto, en las afueras de Londres. En ese lugar se cambiaron de ropa. De traje de calle a chaquet. Y se embarcaron en un tren especial, que los llevaría a la Estación Victoria, donde los esperaba la reina y el duque. Evidente que la recepción era mucho más solemne. Los periodistas tenían una ubicación especial y cómoda para cubrir la ceremonia. Después de saludar a la reina, ella, acompañada del presidente Frei, salieron a la calle, donde los esperaban las carrozas descubiertas, que los conducirían al palacio. El recorrido era por una amplia avenida llamada del Almirantazgo, la cual termina frente a las rejas de Buckingham. En ese lugar, y en una rotonda, está el Victoria Memorial, impresionante monumento a esa reina, que marcó una época, no sólo en su imperio, sino que en el mundo entero.

Frei y la reina Isabel llegaron al palacio. Esa noche, por ser visita de Estado, alojarían en ese lugar. Previamente nos habían hecho visitar el interior del palacio. En una de las salas, vimos un auto de pedales, detrás de un sofá. Recordemos que esto ocurrió hace treinta y cinco años, los príncipes estaban chicos. Más adelante, en una galería de pasos perdidos, encontramos un par de patines. Junto al monumento de la entrada, se había juntado mucha gente. Parece que cada vez que la reina sale en coche, turistas y londinenses se agolpan en ese sitio. Tuvimos la grata oportunidad de conversar con una señora mayor, morena y con el pelo absolutamente blanco, amarrado en un moño. Era una empleada chilena, que llevaba cincuenta años en Londres. Seguía trabajando.

La Esmeralda, nuestro buque Escuela, estaba atracada a un muelle del Támesis. El comandante dio una recepción a bordo, en honor del Presidente de Chile. Asistimos todos los chilenos, el embajador y su personal, como también autoridades y periodistas ingleses. Es famosa la hospitalidad de nuestra Armada y los incomparables sabores, tanto para lo que se masca, cuanto para lo que se bebe. Abreviemos: el pisco sur y sus estragos en el mundo sajón. Ocho gringos cayeron al agua. Todos fueron rescatados vivos. Volvieron a la fiesta. El comandante les hizo poner ropa seca. Dos de ellos, se cayeron por segunda vez. Fueron

llevados a la enfermería del buque, por precaución. No crean que los chilenos estábamos muy al margen de las libaciones. La curadera comenzó cuando hicimos el primer brindis por Lord Cochrane. Hubo un cuasi desconcierto, cuando alguien se equivocó e hizo un salud por Montgomery. Yo aproveché de brindar por Romel. No hubo oposición, pues seguimos brindando. Felizmente el presidente hacía rato que se había retirado.

Como retribución, el almirantazgo británico, ofreció una comida en Greenwich, Academia Naval donde estudió el almirante Nelson. Sigue siendo recinto náutico y en él está el observatorio que define la hora del mundo. El Meridiano. Antes de la comida, que era para hombres solos, hubo un aperitivo en las dependencias del almirante. Este momento, era con señoras. Frei y Valdés estaban, como otros invitados, sin sus consortes. Solamente los anfitriones estaban acompañados de sus respectivas esposas. Por un momento pensé que el Gato Gamboa; moría. Cuando entró al saloncito, en que se servía el jerez, vio algo que lo puso pálido. En esos años, y en Europa, se había puesto en boga, volver a los usos napoleónicos, a la llamada moda Directorio, donde no existía el escote, pues las damas llevaban los pechos al aire. Las «almirantas» usaban vestidos estilo Directorio. Nosotros, para que nos creyeran huasos, seguíamos impertérritos. Cuando Frei, en un momento, pasó junto al grupo en que estábamos, musitó:

-Nadie lo va a creer en Santiago.

Pasamos al comedor, este era más grande que la iglesia de San Agustín. El recinto lo presidía, a guisa de altar mayor, un desnivel con gradas, como un comulgatorio. En él estaba la mesa de honor, con unas diez personas. En la sala, correctamente dispuestas, decenas de mesas de caoba, para doce comensales. Para lucir la madera, ninguna de ellas tenía mantel. Al sonar de unas trompetas navales, entraron los cadetes, ataviados con uniformes de los tiempos de Nelson, y llevando sobre sus hombros, un gran jabalí asado. Este animal estaba atravesado por varios sables, como tradicionalmente se les mata.

El menú era bien exótico. Se partía con sopa de tortuga. Es fría, color yodo y con gusto a tortuga. Ahora, yo no tengo la menor idea, que gusto tienen las tortugas. Hasta aquí, todo era pintoresco y solemne. Por cierto que todos estábamos de etiqueta, correspondía smoking. La gran mayoría de los comensales eran marinos. Casi al frente de donde los chilenos estábamos, comía un civil, sabio atómico, de una juventud increíble, sonriente, fino y con una obsesión por el brandy, que se notaba. Junto a él, le habíamos dejado la botella, de muy transparente cristal. De pronto, ¿el Niágara? El Vesubio? No era el sabio que se le había descompuesto el estómago, y por sobre la mesa de caoba, asperjaba con violencia. La situación era horrible. Lo peor, es que Frei, creyó que el estropicio, los había causado alguien de nuestro grupo. Como siempre ocurría, me clavó la mirada. Estábamos a unos veinte metros de distancia. Me ayudó el hecho, que en silencio, algunos mozos ya estaban limpiando. El resto de la gente, con un gran dominio, pareció no ver ni oír nada. El sabio atómico, a todo esto, sonreía en forma angelical. Se le quitó la botella. No protestó. El problema era el presidente azotado por la sospecha. Iluminado, tal vez por el Espíritu Santo, me puse de pie y levantando la copa dije:

-Excelentísimo señor, nadie nacido entre mar y cordillera, o en la larga tierra de Arica a la Antártica, ha sido causante del desaguisado que usted acaba de sufrir. Somos inocentes. Nuestros jugos gástricos trabajan en paz. ¡Salud, señor!

Todo el mundo aplaudió, creyendo que era un ceremonial propio del hemisferio sur. Frei sonrió y levantó su copa.

Fernando Debesa, que era nuestro agregado cultural en Londres, me avisó que para el banquete final que ofrecía la reina al Presidente de Chile, era uso y costumbre, que la mañana del mismo, se visitara el palacio, se conociera la música que se iba a tocar, se viera la vajilla de oro, se conociera el vestido que usaría la soberana, etc. El protocolo prohíbe que otra dama use el mismo color del traje de la reina. Fernando me agregó que se podían invitar dos periodistas. Elegí a José María Navasal y a la Érika Wexler. Fernando por su rango, y yo por el mío, teníamos que ir con chaquetgris. Otro comedor gigantesco. Lo que nos iban a mostrar, estaba listo, en una extremo del gran recinto. Todo esto lo maneja el protocolo de la reina, que es autónomo del protocolo del gobierno. El lugar donde estábamos, tenía buena luz, el resto del comedor en penumbra. Solamente la claridad natural que entraba por unos altos tragaluces, disipaba en parte la obscuridad. Tres largas mesas, de unos cincuenta metros de largo, cada una, se veían adornadas con flores y candelabros. Por cierto que estas estaban puestas. Volví la atención a los detalles de lo que iba a ser la comida, También se nos leyó el menú. Minutos después, miré de nuevo hacia el comedor. En el extremo más lejano, en la otra punta de la mesa, habían llegado unas personas que parecían revisar los puestos. No se veía bien cuantas eran, ni si se trataba de hombres o mujeres. Continuaban las disertaciones de los funcionarios del palacio. Volví a mirar, y ahora me pude dar cuenta que se trataba de dos señoras y un señor. En forma cuidadosa iban corrigiendo algunos detalles. Los señores del protocolo, comenzaron a demostrar que estaban nerviosos. Cambiaban de ubicación, a cada rato, dándole, de preferencia, la espalda a las mesas del comedor. No entendía nada. Debesa, al oído, me indicó que no mirara a las personas que recorrían los asientos. Imposible evitarlo; era la reina, que como una dueña de casa, común y corriente, velaba por los más pequeños detalles de su comida. Sensacional. Nuestros anfitriones, se movían como pollos cuando aparece el peuco. La reina Isabel II llegó a cuatro metros, de donde estábamos. En ese momento, los señores del protocolo, la vieron oficialmente. Ya no era posible disimular. Ella, de muy buen talante, nos sonrió. El funcionario le informó quiénes éramos nosotros y en qué andábamos. En los momentos en que me miraba le dije:

-Buenos días, señora. Mi mujer nunca me va a creer este momento que está ocurriendo.

Y chapurreando inglés, más la ayuda de Fernando, como lenguaraz, pude continuar el diálogo:

-¿Por qué no le van a creer, no siempre le dice la verdad a su esposa?

-Señora, es que es tan extraordinario encontrarme con su majestad... En mi país se tiene gran simpatía por usted. La gente de mi edad, la conoce, por fotografías, desde que era niña. (Por cierto que yo no le iba a decir que era un año menor que ella.)

Toda la escena era contemplada por los del protocolo, con una sonrisa beatífica. Nos les quedaba otra. Continué mi conversación: Hay un fotografía suya, con su hermana, en que las dos están junto a sus caballos pequeños, ponney, y que ambas llevan pantalones de montar castellanos. La reina creyó que me refería a pantalones españoles.

-No, señora, «castellano» se refiere al color del género pequeños cuadros negros y blancos.

Esta frase la dije en inglés, de corrido. Nos dio la mano a todos y se retiró.

En un almuerzo que la colonia chilena residente le ofreció al presidente Frei, estaba Anita Lizana la gran tenista chilena. Ella había venido del pueblo en Escocia, donde vive con su marido e hijos, a saludar a Frei. Entre los chilenos que viajábamos, su presencia nos causó gran revuelo. Le prometí invitarla a Chile. Felizmente le pude cumplir.

Con José María Navasal, que era mi yunta para asuntos culturales, un domingo, temprano, visitamos el Museo Británico. Es enorme. Tiene todo lo imaginable en arqueología, historia, arquitectura, monumentos, objetos; según las malas lenguas, casi todo robado. Caminamos todo el día. En la tarde, ya avanzada, oímos las chicharras de aviso, porque iban a cerrar. La verdad, es que arrastrábamos los pies. Acercándonos a la salida, por un ancho pasillo, franqueado por estatuas y monumentos egipcios, me detuve, en una intersección, apoyándome en una mesa negra. Navasal venía, apenas, como a una cuadra de distancia. Tuve tiempo para intrusear en la mesa. Ésta era redonda, de piedra, o algo por el estilo, y tendría unos dos metros de diámetro. Me interesé en ella. Cuál no sería mi sorpresa, cuando me percaté que era la famosa piedra Rosetta, la de Champollión, con la cual pudo descifrar los jeroglíficos del antiguo Egipto. Esto le fue posible, porque el texto grabado en la piedra, también había sido escrito en griego.

Bonn, Frankfurt y Berlín

Culmina la gira; Alemania. Nuestro embajador era mi querido amigo Camilo Pérez de Arce, ingeniero y dramaturgo, recién asumido. El hotel en que nos alojamos en Bonn, estaba aledaño al Rhin. Es tan intenso el tránsito por esta vía fluvial, que hay momentos que uno cree, que está en la avenida Providencia, por el ruido.

La cerveza, helada, espumante y generosa, nos recibió desde el primer momento de nuestra llegada. Es una delicia. Esa primera noche, hubo una recepción en uno de los tantos palacios barrocos del país. Como siempre, frac y condecoraciones. Yo ya tenía una. Eduardo Cisternas me pregunta por José Piñera, pues no lo veía y le correspondía recibir una distinción del gobierno alemán. Le informé que se había quedado en el hotel. El jefe del protocolo de Alemania, que estaba con Eduardo, y que hablaba castellano, expresó su pesar y el problema de entregarle la medalla, por que al otro día, temprano, volábamos a

Berlín. Tomemos un auto y vamos a condecorarlo a su pieza, sugerí. Cisternas, que le tenía mucha simpatía a Pepe Piñera, se entusiasmó, el alemán también y partimos. Nos recibió, fumando, y con esas tenidas de ropa interior, que integran calzoncillos largos y camiseta. Igual que los soldados de caballería, en las películas de la Guerra de Secesión. Pepe, imperturbable, nos ofreció un trago y lo condecoraron. Su rango era importante, por lo tanto, llevaba banda y medalla.

Fuimos a Munchen, Múnaco de Babiera, como dicen con razón los italianos. La ciudad fue fundada nada menos que por Julio César. En la noche, todo el grupo de intelectuales, como nos auto apodábamos, nos concentramos en una de las famosas cervecerías. ¡Prosit! Las alemancitas que servían, llevaban catorce chops; siete en cada mano. Comenzó la música. Marchas y valsos, que las interpretaban, con acordeón, unos alemanes de pantalón corto y sombrero con pluma. Lo que llamamos, traje tirolés. Evidente que no entendíamos nada de las letras que los músicos entonaban. De pronto, cantaron, Drink Drik... y el Perro Olivares gritó:

-¡Por fin una canción chilena!

En un avión comercial norteamericano partimos a Berlín. Ningún avión de Alemania occidental, podía volar sobre la Alemania comunista. La llegada a la antigua capital germana, era bastante peculiar. El aeropuerto, estaba rodeado de edificios. Cuando el avión tocó la pista, tanto a la derecha como a la izquierda, grandes construcciones se levantaban a tres o cuatro cuerdas. La razón de esta estrechez, la explica la estructura del muro del Berlín. Éste no era una gran línea que dividía la ciudad en dos, sino un anillo que encerraba una zona, por los cuatro costados. Honores al presidente Frei por una banda militar y un grupo de fusileros. En los momentos en que se interpretaba el Himno Nacional, un fuerte viento azotó a los presentes. El bombo de la banda, fue el agarró más ventolera, haciendo girar sobre sí mismo al músico, y luego tirándolo al suelo. En su caída arrastró a varios compañeros. Los que quedaron en pie, siguieron tocando, sin perder ni el compás ni la melodía.

Se efectuó una reunión y conferencia de prensa, con el alcalde de Berlín, Willy Brand. Nos llevaron al muro. En un punto estaba escrito «Frei», libertad.

Al sitio que fuimos estaba preparado con escalas y plataformas que permitían una buena visión del lado oriental. En ese mismo lugar, estuvo el presidente Kennedy, en su visita al país. Si no fuera por las muertes y el dolor que significó para mucha gente, este muro, habían en su entorno cosas divertidas. Del lado oriental, sobre grandes andamios, habían unos letreros camineros de respetables proporciones, con dibujos ofensivos contra los alemanes de este lado, junto a injurias impublicables. Lo curioso es que las obscenidades, las escribían con letras góticas, por lo tanto, para los que no entendemos el alemán, parecían salmos.

En Alemania terminó la gira a Europa. Saludamos a Adenauer, que ya estaba retirado. Fue especialmente cariñoso con Frei.

El postrer recuerdo de esa nación, lo constituye un paseo por el río Rhin. Plácido, sereno, me atrevo a decir mágico. Me emocionó el río, no sé si por mis lejanos ancestros teutones, por que echaba de menos a mi mujer y los niños o porque estaba cansado.

Años después, volví a Alemania, a cargo del espectáculo chileno para la inauguración del Mundial de Fútbol, de 1974.

Chascarros con sotanas

Los sucedidos con sacerdotes y purpurados, son numerosos. El padre Gilberto Lizana, con quien hice en TV. Dominó, me comentaba sobre un conocido sacerdote de comienzo de siglo, el padre Clovis Montero. Dicen que una vez que caminaba por la calle Lira hacia la Alameda, se encontró con unos trabajos en la vereda, la cual estaba infranqueable, salvo por una angosta pasarela que habían colocado los maestros. Justo en el momento que el sacerdote llegaba a un extremo de este puentecillo, un señor llegaba por la otra punta. Al ver al padre Montero vacilar en su marcha, dijo en voz alta:

-Yo no le doy en paso a cerdos.

Don Clovis, en forma instantánea responde:

-Yo sí.

Y se hizo a un lado para que el «caballero» pasara.

Del arzobispo de Santiago monseñor Crescente Errázuriz, se cuentan muchas historias. Este piadoso obispo y erudito historiador, era de firma carácter y ágil imaginación. Un sector político, con prejuicios religiosos le tenía gran antipatía. Un día monseñor Errázuriz entraba al Club de la Unión a dar una conferencia, cuando en la puerta se cruza con alguien que salía. Este individuo, que sin duda venía con sus tragos, lanzó la ofensa:

-Me cargan las polleras.

Don Crescente, sin inmutarse le contestó:

-¡Maricón!

Anita Lizana

Cuando estuvimos en Londres, como lo contamos, durante la gira del Presidente, estuvimos con la eximia tenista, Anita Lizana, «La Ratita», como cariñosamente la llamaban los periodistas de su época. Ella, en compañía de su esposo, Mr. Ellis, manifestaron la ilusión de viajar algún día a Chile. Anita tras varios años de vivir en un pueblo de Escocia, tenía un acento totalmente «gringo».

Dos años después, con motivo de un campeonato de tenis que organizaba Elías Deick, la ubicamos por intermedio de nuestra embajada e invitamos al matrimonio Ellis Lizana. Cuando les comuniqué la noticia a los periodistas de la Moneda, pensando que daba un golpe noticioso, ningunos de los «ágiles», chicos y chicas de la prensa, tenían la menor idea quien era la mentada Anita Lizana.

Llegó en 1966. En compañía del edecán aéreo, comandante Eduardo Fornés, y en auto de la presidencia, fuimos a recibirla a Los Cerrillos. Hicimos el protocolar cambio de regalos en una salita que nos facilitó el administrador del aeropuerto. En esos días ni se soñaba con un salón VIP. Me entregaron una botella de whisky Queen Ann y un mazo de naipes, con el mapa de Escocia, donde se marcaba el lugar donde ellos vivían. Los naipes todavía los tengo. La botella se me acabó. Nosotros le entregamos flores, chocolates y vino chileno. Le pregunté que ruta le gustaría para cruzar el centro. Me pidió que pasáramos cerca de la Botica del Indio. Le informé que ya no estaba. Esa farmacia había funcionado en la esquina nor-poniente de Estado con Alameda, y su nombre se debía a un mascarón de proa, originarios de los clippers, veleros que venían a cargar salitre al norte. Este indio de madera, estaba en la entrada de la famosa botica. Entramos por Morandé rumbo a Agustinas, pasando por el costado del Palacio de la Moneda. El diarero que tiene su puesto esquina de Moneda, la reconoció. El hombre creyó que había visto una aparición. Dejó botado sus diarios, y siguiendo trotando al lado del auto, hasta que, doblando por Agustinas, llegamos al Hotel Crillon. Al bajarse Anita, nuestro diarero, que era un hombre mayor, se acercó jadeando y le besó la mano. Otro personaje se incorporó a la escena, era el ministro William Thayer, que en esos momentos salía del hotel.

Al día siguiente la acompañé al Hospital de Carabineros, donde estaba Arturo Godoy reponiéndose.

Arrau en la moneda

Un momento muy grato fue cuando Claudio Arrau vino a Chile. El presidente Frei lo convidó a tomar té a la Moneda. Arrau no estaba en ese lugar, desde el gobierno de don Pedro Montt. Cuando estaba por terminar las onces, le pregunté al maestro Arrau, si cierto chascarrillo era verídico. Contestó que sí. El presidente me pidió que lo contara. Así lo hice:

Cuando asumió la Presidencia de la República don Pedro Aguirre Cerda, nombró embajador en Méjico a don Manuel Hidalgo, un antiguo dirigente obrero. Ya instalado en su embajada, el primer secretario le informó, que estaba en ciudad de Méjico el famoso pianista chileno Claudio Arrau, dando unos conciertos con gran éxito. Le agregó el funcionario, que la embajada debiera hacerse presente ante tan dilecto compatriota. Hidalgo aceptó la idea y se organizó una comida para el artista, con invitados del mundo político y artístico de la capital azteca. Llegó el día del convite. Terminado los aperitivos, el mayordomo le informó a la dueña de casa, señora de Hidalgo, que la comida estaba servida. Pasaron hacia el comedor, el embajador, su señora, Arrau y los otros invitados. Entre el salón en que habían estado y el comedor, había una pequeña sala de música, en la cual se destacaba un piano de cola con su tapa abierta. Al pasar Arrau junto al instrumento, deslizó su mano por el teclado, en una improvisada escala. La señora embajadora, al ver esto, sonriendo le dijo:

-Bah, también tenía su graciasita.

El maestro dijo que sí; que era cierto.

La bandera de Chile

A comienzos del año 1967, el Presidente me designó a cargo de las celebración, del próximo 18 de octubre, sesquicentenario de la Bandera Chilena.

Con Óscar Pinochet de la Barra, subsecretario de Relaciones Exteriores, mandamos un oficio a la Embajada de Japón, solicitando un presupuesto para adquirir una bandera gigante, tal como la que había donado el Emperador con motivo del cuarto Centenario de Santiago. La embajada nipona acusó recibo del documento, y eso fue todo. Pasaron algunas semanas, y por citófono, Óscar me dijo:

-Ven a la cancillería a buscar la bandera.

Japón regalaba la segunda bandera chilena. La primera, que era de seda natural, una joya, fue expropiada de a poco.

Con pesar me he enterado, que esa segunda bandera también terminó echa pedazos. Felizmente, gracias a gestiones del empresario chileno don Roberto de Andraca, sus pares japoneses han regalado una tercera. ¿Llegará ésta, al Centenario? Y si llega, ¿será honrada como se merece? ¿Algún chileno se negará a portarla ante el mundo?

Cosas del campo

Un cuñado muy querido, apenas se recibió de médico, fue designado Director General de Zona, en un pueblo de la 6ª. Región. En su calidad de director del Hospital, era una de las autoridades pueblerinas: Juez, Párroco. Oficial de Carabineros, Alcalde y el Doctor.

Suele ocurrir en estas regiones rurales, que se le presentan al juez demandas y juicios por violación, que no pocas veces son provocadas por las madre de las violadas, para obtener casorio. Se presentó un caso particularmente complejo. El juez no tenía una impresión cierta, si la muchacha había sido víctima de un ataque fortuito o había sido una violación inducida. El magistrado le pidió ayuda al doctor, para que conversara con la presunta víctima y le diera su opinión. En un saloncito del juzgado, mi cuñado se reunió con ella. Era una muchacha robusta, de buenos colores y de una estatura sobre la media; a todas luces, parecía una niña inviolable. La conversación fue llevada con la mayor delicadeza por parte del médico:

-Dígame, hija, ¿no tiene nada que agregar fuera de lo que le contó su mamá al señor Juez?»

La muchacha que había permanecido en silencio y con la vista baja, sin levantar la cabeza, mientras jugaba con una hilacha del vestido, habló:

-Doctor, la primera vez fue violación, la segunda vez nos acompasamos.

Me contaba el guatón de Ramón, huaso, arquitecto, poeta y músico, que en su Santa Cruz natal, en Colchagua, había un juez, entrado en años, de una simpática pachorra. Llegó a ejercer a ese lugar, una chiquilla recién titulada de abogado. El lunes, a primera hora, fue a saludar al magistrado. La puerta del tribunal estaba abierta. Desde allí gritó:

-Buenos días, su señoría.

Y el juez le contestó:

-Mandandirum dirum da.

Al margen de lo pintoresco de la situación, hay algo muy atractivo en el lenguaje campesino. Es certero sin ofender. Claro y poético. Hubo un empleado en mi casa, José, hombre maduro y muy acampado. A mi mujer no le decía «señora», sino que «patrona». Daba justo oírlo hablar. Un día la María Eugenia le pide que vaya a buscar algo a la despensa. Se demoró y trajo varias cosas. Entonces nos dimos cuenta que no sabía leer:

-Patrona, conozco todas las letras, las sé juntar; pero nunca las he podido hacer hablar.

Sin abandonar el habla campesina, don Álvaro, mi suegro, en nuestras largas y añoradas conversas, me contó que estando en el campo, tras un fuerte aguacero, cuando escampó, decidieron salir a zorrear. Con la humedad el rastro del zorro es más evidente para los

perros. Jinetes y jauría salieron a campo traviesa. Al poco andar, tras un barranco, los perros agarran al animal. Uno de los baquianos del grupo cruzó el obstáculo y le quitó el zorro a los perros, para que no lo despedazaran. Don Álvaro le gritó al empleado:

-¿Es zorro o es zorra?

-No sé, patrón, no lo he marruequeado todavía!

Qué maravilla; inventó un verbo preciso.

Domingo Durán estaba una vez con un grupo de trabajadores arreglando una alambrada. De pronto se sintió el motor de una nave aérea. Uno de ellos gritó:

-Mire, patrón, la helicóptera.

Domingo:

-No, hombre, «helicóptero».

Trabajador:

-Ave María la vista suya...

Una señora doñiguana comentaba:

-Buen dar con la buena suerte de don Rosento, ahogarse en el Cachapoal, y no perder las espuelas.

Hernán Undurraga, ingeniero agrónomo, bueno para la guitarra, siendo funcionario de la ECA, estaba con un grupo de campesinos de la zona, a las afuera de Linares, en una calidad noche de verano. Junto a las típicas conversas entre agricultores, Hernán se cantaba una tonada, bajo el acogedor parrón de las casas. De pronto, un huaso, algo mayor, que estaba sentado en una silla de paja, dijo en voz alta:

-¿No me estaré muriendo?

Y acto seguido se murió, sin caerse de la silla. Éste sí que es un caso de muerte anunciada.

La manta

La manta en ceremonia frente a la Moneda. Se le encargó a un funcionario de la Moneda, relacionado con la arquitectura y la escenografía, vigilar el armado de un escenario del

Teatro Municipal, para una ceremonia relacionada con la Reforma Agraria. Para estos trabajos se contaban con una cuadrilla de tramoyistas. Cerca de las once de la noche, me llamó el oficial de guardia, comunicándome que todo estaba inconcluso, pues al encargado le había dado frío y abandonó la tarea. Partí para el lugar de los hechos. Cuando ya había salido el sol, teníamos todo listo. Despaché a los maestros a dormir. Me aprestaba a retirarme, cuando el jefe de protocolo, Eduardo Cisternas, me conminó a quedarme. Tienes un puesto en la testera y si te vas quedará el hueco. No te olvides que esto puede ser interpretado como un desaire al presidente y a sus invitados. Yo estaba con manta de abrigo, por haberme amanecido, de todas maneras, me insistió que tomara mi lugar en el estrado. A regañadientes lo hice.

Al otro día me llamó el presidente a su despacho:

-Germán, tú sabes cuanto te aprecio y conoces nuestra vieja amistad, pero varios embajadores y generales, (sic) me han expresado, que no es posible que tú en un acto oficial de la Presidencia de la República, estés con manta de campo.

Estos reclamadores «imaginarios», era un recurso típico de Frei, cuando nos quería tirar las orejas.

Le expliqué las razones, y el asunto quedó hasta ahí. Eso creía el presidente, pero le hice y le mandé unos versos. Helos aquí.

«Me voy a sacar la manta
Para no faltar el respeto;
La guitarra está en silencio
Pues la cueca es como un reto.
El volantín que encumbraba
Mejor se lo lleva el viento...
Me voy a sacar la manta
Para no faltar el respeto.
El álamo bota las hojas
Para no ofender al invierno;
Yo me sacaré la manta
Por razones que no entiendo.
Pero un día no lejano
Volverá la primavera,
Con manta verde los campos
Y en el viento mi bandera.
Entonces la manta mía,
Tradición de mis abuelos,
Hará la revolución
En la tierra y en el cielo».

Iniciativas

Las ideas que solíamos tener los asesores del Presidente, no siempre eran factibles. Hay dos que recuerdo con cariño: pintar la Moneda de rojo colonial, rompiendo el monótono gris del barrio cívico, y el instalar un buque de verdad en el Mapocho. Para esto ya tenía palabreada a la Nachipa, la cual cortarían en partes un viejo vapor y lo mandarían a Santiago en transportes especiales. Junto al embalse y demás obras que había que realizar en el río, mi plan era que el buque tuviera un capitán, el cual viviría a bordo. Éste sería Enrique Búnster. En la nave también, funcionarían una oficina de correo, escuela pública y museo permanente del mar. Se consultaba, así mismo, un restaurante con especialidades marinas. Se hicieron dibujos y planos. Pero en esa época todo esto parecía una locura. En la actualidad la moneda fue pintada, y el empresario Sebastián Piñera ha hecho pública una idea similar para el río Mapocho.

Consejo de Gabinete

Yo era miembro del gabinete con derecho a voz, pero no a voto. Éste se efectuaba tipo tres de la tarde. En esa ocasión asumía un nuevo ministro, por la renuncia del titular de Educación. Antes que el Presidente diera por iniciada la sesión, entro el edecán, coronel Óscar Bonilla, quien le habló en voz baja a Frei. Él se puso de pie, pidió excusas e informó que le anunciaban terremoto en Lima y que nuestro embajador, don Horacio Walker, estaba en el teléfono. Cada vez que el Presidente nos dejaba solos, se producía una reacción casi escolar. Mesuradamente se podía chacotear y reírnos, inventando tonteras. El nuevo ministro, como está dicho, estaba un poco tenso. Le pregunté si tenía alguna estrofa especial, de la Canción Nacional, que él quisiera citar, cuando el Presidente dijera la tradicional frase: «En nombre de Dios, se abre la sesión». Acto seguido le expliqué que era uso y costumbre, cuando un nuevo ministro se incorporaba, recitar, brevemente un par de versos de nuestro Himno. Para ayudarlo, le sugerí algunos ejemplos: «Ha cesado la lucha sangrienta..., Esas galas, oh, patria esas flores..., Con su sangre el altivo araucano...; Siempre noble constante y valiente...», y muchas posibilidades más. El resto, que escuchaba atentamente mis palabras, guardaban estricto silencio, y algunos, a sentían con la cabeza. El doctor don Ramón Valdivieso, Ministro de Salud, médico al fin, se dio cuenta que el novato, estaba tomando en serio el asunto. Interrumpió la escena diciéndole al presunto afectado, que esta costumbre ya estaba obsoleta, pero como a mí me gustaba la historia, quería revivirla. Mire Fulano, agregó el doctor, le voy a decir que es un Consejo de Gabinete:

-Es una Misa de Difuntos, donde el único que habla, es el muerto.

La verdad que Frei era muy exigente. Para alivianar la tarde, después del Gabinete, nos convidaba a tomar una ricas onces. Durante ellas, en un ambiente distendido, se conversaba sobre discos voladores y parapsicología. Personaje, irremplazable, al cual se evocaba, era al abogado Galtés. Un alto funcionario de Impuestos Internos, con una poderosa fuerza psíquica, que lo hacía sobresalir como medium. El Dr. Valdivieso, acotaba, que en Galtés se encarnaba un médico alemán, muerto en Bolivia. Agregó que él y otros médicos chilenos, habían tenido una junta con este doctor fallecido.

Tiempo después, en una reunión social, tuve la oportunidad de conocer al señor Galtés. No tuvo ningún inconveniente en mostrar sus talentos paranormales. En realidad impresionaba, pues era un hombre que se veía serio, como en realidad lo era. Cuando estaba en trance, alguien le preguntó si los espíritus podían adivinar el futuro. Él contestó que no. Pero, muchas veces, podían vaticinar el porvenir, porque tenían, los espíritus, la propiedad de poder ver y juzgar la realidad, objetivamente, en forma absoluta.

El cuadro de Murillo

Una de las anécdotas que me ocurrieron cuando desempeñaba mi cargo en la Moneda, fue la llegada de un joven amigo, dirigente de la FEUC, que, como estaban en plena celebración de la Semana Universitaria, no encontró nada mejor, que «robarse» un pequeño cuadro de la Virgen, atribuido a Murillo, desde el Museo de Bellas Artes. Su peregrina idea era ganar puntos para su candidata a Reina, en mérito de su hazaña. Dentro de sus desvaríos, pretendía que yo la guardara en la Moneda. Con cariño lo saqué con viento fresco. Este joven ha crecido, desempeña cargos diplomáticos y ha serenado su magín. La última vez que supe de él, fue por intermedio de la televisión, comandando el traslado de los restos de Allende, desde Valparaíso a Santiago. Posteriormente, con la visita a Chile de S. S. el Papa, tengo entendido que tomó parte en la comisión de expertos en estos avatares. En esta ocasión tuvo menos presencia televisiva.

Otras giras

Colombia, Ecuador y Perú. En esos días, los atentados terroristas, comenzaban a florecer con singular potencia y frecuencia. Cuando estábamos en Bogotá, esperando la ascensión del presidente Carlos Lleras, con Gabriel Valdés, hacíamos ensayos anti-atentados, La

consigna era que quien escuchara un ruido parecido a un disparo, se arrojara al suelo. Lo hacíamos. El presidente Frei gozaba. Gabriel es una persona con gran sentido del humor y reacciones prácticas. Cuando en 1995 era presidente del Senado, una delegación de expertos japoneses en riesgos y peligros, le manifestaron que la sala de sesiones del senado era una trampa mortal. Bajo ella están los estacionamientos de automóviles, que en caso de un siniestro, abrasarían el senado, sin escapatoria posible, pues los cristales de las ventanas son fijos y de gran grosor. Valdés escuchó y actuó. Debajo de su escritorio en la testera, guardó un hacha de gran tamaño y un cordel lo suficientemente grueso y largo, para, rompiendo los cristales, descolgarse a salvo, fuera del recinto. Esto me lo contó en un almuerzo de ex-alumnos, el día de San Ignacio. Le pide autorización para contarlo. Me la dio. La transmití para un «top secret» de la Segunda, pero Cristián Zégers no me creyó.

Uruguay

Reunión de Presidentes en Punta del Este. La delegación chilena, periodistas incluidos, estábamos alojados en un estupendo Hotel, tipo hostería, rodeado de jardines y parques. Nuestro Presidente, amistoso y de buena conversa, una tarde, golpeó a la prensa, cuando con un grupo de amigos -todos presidentes- llegó a los jardines de nuestra residencia. A todos los mandatarios entre otros Onganía, Belaúnde, Stroesner, Leoni, etc. Frei le iba presentando a algunos periodistas que estaban en los jardines. También aprovechó de alabar el alojamiento. Lo bien atendido y cómodo. Señaló a sus compañeros de paseo, como el cuarto piso, se había destinado a los periodistas chilenos, en forma exclusiva. Al decir esto el Presidente Frei, mostraba las ventanas de nuestros «chicos de la prensa». De pronto, con estupor vio que en una de las ventanas colgaba un somier. Por cierto, que de inmediato me miró con cara de pregunta. Fui a investigar. En esa época, no había satélite y las comunicaciones con Uruguay eran pésimas. El somier que colgaba, como un repostero, era en la pieza del reportero Mario Gómez López, que para poder mandar sus despachos a la Radio Minería, usaba el somier como antena.

Portaaviones norteamericano. Invitados per el presidente Johnson, lo visitamos. No funcionaba nada.

No llegó ni Fidel ni el boliviano Barrientos, el que se lanzaba en paracaídas.

Robinson Crusoe

Cuando era subsecretario del interior, Juanito Hamilton, mi amigo y compañero de trabajo, Enrique Búnster, me contó que los italianos, le querían poner el nombre de «Róbinson Cruzoe», a una isla del Mediterráneo, solamente por afán turístico. De inmediato se lo informé a Juan, quien redactó y tramitó el decreto que a la isla Juan Fernández, se le puso el nombre del célebre solitario. El nombre de Juan Fernández, quedó para el archipiélago.

Til Til y taltal

Cuando vino en visita de estado, el presidente Saragat de Italia, en su comitiva figuraban un buen grupo de periodistas. A mi departamento le correspondía atenderlos y darles el apoyo que necesitaran. La primera noche los invité a comer al Restauran del Cerro San Cristóbal. Gran éxito por el panorama y los condumios. Estos profesionales se habían preparado adecuadamente para esta visita a Chile; nuestra historia, en general, y los hechos más recientes. Por el cable se habían enterado, de un cuasi terremoto ocurrido en Taltal, hacía algunas semanas, y de otro, el mismo día de su llegada, que sacudió Til Til. Estaban convencidos que en Chile, igual que con los tornados en USA, se le pone nombre a cada sismo importante: Uno el Taltal y otro el Til Til.

El tacnazo

Estando en Buenos Aires, compaginando mi película Ayúdeme Ud., compadre, me avisan de la Embajada de Chile, que el Embajador, necesita con suma urgencia, que acuda a la embajada. Lo hice. Nuestro representante diplomático era don Hernán Videla Lira. Me informó que había el peligro de un golpe militar en Chile, pues el general Viaux, se había acuartelado en el Regimiento Tacna. La situación era confusa. Llamé a la Moneda y hablé con Claudio Orrego, quien me contó que pensaba rodear el Tacna, con los grandes camiones basureros de la Municipalidad. El Embajador, hombre de armas tomar, me comunicó, que el Congreso de Arquitectura que se estaba realizando en la capital argentina, culminaba esa noche, en una importante recepción en la Embajada de Chile, con la asistencia de las principales figuras, nacionales e internacionales, del ámbito político y cultural. Por la imagen de nuestro país, ese acto no se podía suspender. Incluso, me agregó, que lo había consultado con el presidente Frei, y estaba totalmente de acuerdo con Hernán Videla. Me pidió, eso sí, que yo me constituyera en la sala de radio y comunicaciones de la embajada, y estuviera a la escucha de cualquier novedad o mensaje. Por cierto que acepté gustoso. Durante la comida, cada cierto tiempo, debía hacerle al embajador determinada seña, para indicarle que no había mayores novedades. Me hicieron compañía, durante mi vigilia de radio escucha, los técnicos pertinentes, más los agregados del Ejército, coronel

Pikering y el de Fuerza Aérea, mi viejo amigo, el coronel Eduardo Sepúlveda. El agregado Naval no se apareció. El coronel Pikering, no ocultaba su simpatía, por lo que él llamaba «El ejercicio». Unos de los contactos que hice con Santiago, para informarme, fue con mi mujer, la cual me dijo que todo estaba en calma. Otro lo hice, llamando al periodista Raúl González Alfaro, el cual me manifestó, que toda la tensión estaba en la zona aledaña al regimiento Tacna.

El coronel Sepúlveda, el «Caco», también hacía sus indagaciones. Llamó a una de las guardias del Bosque, base de la FACH, y después de identificarse, hizo algunas preguntas inocentes. El teléfono lo conectó a un amplificador, así que se oía el diálogo:

-¿Todo tranquilo?

-Sí, mi coronel.

-¿El personal está de salida?

-No, mi coronel. Se ordenó acuartelamiento.

-Y el material, ¿anda en vuelo?

-No, mi coronel, están en los hangares.

Estos diálogos del Caco Sepúlveda, nos trajeron tranquilidad. Cerca de la media noche, el propio embajador Videla Lira, entró a la central de radio, trayendo una bandeja con algunas delicias y una rica botella de tinto. Con el «Caco» Sepúlveda le dimos el bajo. El Caco, posteriormente, fue suegro de Gonzalo Bertrán.

Fiesta en San Bernardo

Después de varios años, volvía a Chile, mi amigo el gran músico Donato Román Heitman y su esposa. Un señor Smirno, dueño de la imprenta del mismo nombre, le ofreció un gran almuerzo en su hermosa parcela de agrado en las afueras de San Bernardo, invitando a una gran cantidad de personas, relacionadas con Donato y su carrera. Asistimos con mi mujer. El parque donde se iba a realizar el ágape era espectacular. Ahí nos encontramos, fuera de tantos, con el muy querido general, escritor y poeta, Diego Barros Ortiz y su mujer Tencha Mallet. Buena moza y pintora. Nos sentamos los cuatro, en una de las numerosos mesitas que estaban ubicadas bajos los árboles. Pronto los mozos nos trajeron un delicioso vino blanco con frutilla. Vimos, cerca de nosotros, a un señor que estaba solo. Lo invitamos a nuestra mesa. Era ingeniero. Luego afloraron los amigos comunes. Había sido compañero de curso en la universidad con Eduardo Simián, etc. Expectación en el ambiente, pues se esperaba la presencia de Neruda y de Allende, presidente del Senado. Era la época de la

mesa redonda, para elegir el candidato presidencial de la izquierda. Esta mesa la integraban, fuera de los dos nombrados, Rafael Tarud y Jaques Chonchol.

Frente a la zona de la mesa que ocupábamos, se extendía un largo parrón, fácilmente de media cuadra. Al final del emparronado había una puerta. Por ella vimos entrar la inconfundible figura de Salvador Allende. Lucía guayabera y sandalias. Lo acompañaba una señora, sobre cuyos hombros, Allende pasaba su brazo. La Tencha, esposa de Diego Barros, señora chilena al fin, atarantada y entusiasta, cuando la pareja se acercaba al lugar que ocupábamos, se abalanzó a saludarlos, mientras oíamos clarito que decía:

-Señora Tencha, tantas ganas que tenía de conocer a mi tocaya.

No se oyó más. Sólo un especie de murmullo de Allende. Nuestra Tencha Mallet se volvió con el rostro rojo de vergüenza. Se acercó a la mesa:

-Con razón se comenta que este tipo es un mujeriego. No es la señora quien lo acompaña.

Entonces, el ingeniero que nos acompañaba, dijo serenamente:

-No, es mi mujer, que trabaja con Salvador.

Nuestro amable contertulio era el marido de la Payita. ¡Plop! Como los finales de Condorito.

Ayúdeme usted, compadre

Para el Canal 13 escribí y dirigí, mi primer programa de Televisión: Ayúdeme Ud., compadre, con Los Perlas, Miriam, Los Quincheros, Roberto Parada, Elena Moreno, Los de Ramón, Pucará, Jorge Moncayo, el Coro de Vicente Bianchi y decenas de extras y comparsas. El programa caló hondo en el público, siempre deseoso de conocer y recrear lo chileno.

El primer programa, según las encuestas de la época, lo vieron 300.000 personas, esto ocurrió en 1967. Jamás yo había tenido un auditorio de ese calibre, ni en el Teatro Municipal con Martín Rivas, ni aún en los Clásicos Universitarios en el Estadio Nacional. Ante la elocuencia de la «sintonía», me desligué del teatro y de los espectáculos de masa. La TV era el camino. Pero me faltaba el color. Patricio Kaulen, presidente de Chile Films, me sugirió, que con el tema de los programas de televisión, hiciera una película. ¡Touché!

Renuncié a mi cargo en la Moneda e hice la película, del mismo nombre.

Un 13 de mayo comenzó la filmación. Previamente con la ayuda y el consejo de Kaulen, armé el equipo de producción. Éste lo manejó Alberto Parrilla, productor argentino, quien demostró una eficiencia a toda prueba, y a una empatía mutua, que motivó una profunda amistad y aprecio, extensiva a su familia: Betty, su esposa, y sus hijos, Alberto y Andresito.

El tema de la película eran recrear las canciones chilenas, que las radios no tocan, pero que cuando estamos celebrando en familia, siempre las cantamos. Estas canciones, interpretadas por diversos artistas, las ambientábamos en diferentes lugares de nuestro territorio. Sin darme cuenta, fui pionero de los «vídeo clip».

En una conferencia de prensa, a propósito del rodaje de Ayúdeme usted, compadre, una aguda periodista me preguntó si el contenido de mi película, era congruente con la «problemática» del país. Le respondí que era un documental de recuerdos, emociones y sensaciones. No entendió nada. A propósito de la palabrita «problemática», el genial Lukas, a través de su personaje, el señor Aldunate, decía que esa expresión significa «Los problemas de los siúuticos».

Las locaciones que usamos fueron varias: Chillán, Punta Arenas, Tierra del Fuego, Antofagasta, Calama, Chuquicamata, Sewel, Puerto Aldea, Peldehue, Cuesta de Chacabuco, Valparaíso, Santiago. En la capital filmamos en el Palacio de Bellas Artes, Parque Forestal, Providencia, Cerro Santa Lucía, Media Luna de los Dominicos, Iglesia San Vicente Ferrer. También trabajamos a bordo de los jet de la Fuerza Aérea, y en los cruceros, destructores, helicópteros y submarinos, de nuestra Escuadra.

Esta película enfervorizó al país. El periodista Eugenio Lira Massi, que escribía en el Clarín, y que era famoso por sus ácidos y contundentes comentarios y opiniones, escribió: «Fui a ver la película Ayúdeme usted, compadre con el propósito de rajar al “Guatón” Becker. Me gustó tanto, que, como era rotativo, la vi tres veces».

Actualmente la opinión pública se ha enterado, que durante treinta y tantos años, la película Ayúdeme Ud., compadre, ha sido récord imbatible de taquilla. Durante treinta y siete años.

Después hice Volver y El santo y la limosna. Siempre teniendo como productor a Alberto Parrilla. Un recuerdo grato para todo el grupo de técnicos argentinos que fueron parte importante de mi equipo de filmación. Eficientes y leales.

Raúl Matas que trabajó y vivió muchos años en Argentina, me comentaba un día, que todos los bonarences amanecen muertos todos las mañanas. A medio día resucitan y laboran. No había reparado en esto. Hice la prueba una mañana, preguntándole a uno de mis asistentes, Cacho Taselli, como había amanecido. Me contestó con voz quejumbrosa:

-Qué querés, Germán; estoy con los ojos en el suelo.

Matas tenía razón.

Volver, tenía un tratamiento similar al Compadre, referido las canciones de todos los tiempos y de origen americano. Filmamos en Argentina, Bolivia, Perú, Colombia, Paraguay, México, Venezuela, Ecuador y Chile.

En este oficio del cine se pasan mil peripecias, se descubren cada vez nuevos trucos y maneras de hacer las cosas. Pancho Huneus, eximio dibujante y hombre de arte, en los albores de nuestro cine nacional, todavía mudo, hizo una película sobre el incendio de la Compañía, pavorosa tragedia, que un 8 de diciembre del siglo ante pasado, enlutó a la sociedad de Santiago. Pancho nos contaba, que se construyó una maqueta a escala de la iglesia. La gente, inmensa mayoría mujeres, estaba representada por diucas a las cuales les puso polleras y mantos que les cubrían la cabeza. Este salvaje le prendió fuego a su escenario en miniatura, y a través del visor de la cámara, entre las llamas y el humo se veía a estas «beatas» despavoridas, tratando de salvarse de las llamas.

El rehén

Una noche, a la hora de comida, me llama el presidente en persona y me pide que acuda de inmediato a la Moneda. Cuando llegué a su gabinete, me informó, que por declaraciones que había hecho públicas la directiva del Partido Nacional, y que comprometían seriamente la honra y seguridad del país, a determinada hora de la noche iba ser detenida con don Víctor García Garzena a la cabeza. Me pidió que me quedara toda la noche de guardia en la Moneda. Me agregó que llamara a don Carlos Urenda, por el cual Frei tenía especial estima, y lo invitara a la Moneda, a conocer una noticia, con el compromiso de permanecer en el Palacio, hasta que esta se efectuara. Urenda aceptó. Como vivía cerca en el Parque Forestal, llegó rápidamente. Habíamos dado instrucciones a la guardia para que lo hicieran pasar de inmediato. Nos instalamos en mi oficina, un mozo de turno le ofreció café y galletas. Le informé le que estaba por ocurrir. Se esperaba las once y media de la noche para hacer la detención, pues un miembro de la directiva llegaría a su casa a esa hora. De esta manera Carlos estaría embargado hasta esa hora. Lo aceptó de muy buen grado. A la hora señalada, el Director de Investigaciones, usando el lenguaje típico de su gremio, me informó que la «diligencia» se había realizado con cero falta. De inmediato liberé a Carlos de su compromiso. De todas maneras se quedó una hora más en la conversa. Educado hasta para las traspasadas.

De luto amanece el día

El último año del gobierno del presidente Frei, fue violentamente enlutado, por el intento de rapto al general Sneider y posterior asesinato. El general era Comandante en Jefe del Ejército y un gran ciudadano. Era mi amigo. Le escribí unos versos. Joaquín Prieto García, coronel de artillería hizo la música. Los Quincheros la cantaron y la grabó en un disco, Camilo Fernández. Éstas son las cuartetitas.

«Canta mi voz llorando
Penas de la Patria mía.
De luto está la bandera,
De luto amanece el día.
Tres balas buscan su pecho
Queriendo robar su vida.
Tres rosas en la guerrera
Parecen sus tres heridas».

Tambores tocan a muerte campanas de funeral. El Clarín pide silencio: Ha muerto mi general

«Otra vez penachos blancos
Como al comenzar su vida,
Otra vez penachos rojos
Con su sangre los teñía.
Las cien águilas heroicas,
Las del alcázar triunfal,
Remonta muy alto el vuelo
Para poderlo escoltar».

En reunión con quienes planificaban los funerales del general, sugerí que vinieran a Santiago los estandartes de todas las unidades del Ejército. Así se hizo.

La última cadena

Cuando faltaban pocos días para que el Presidente dejara el cargo, me hizo llamar para que organizara y dirigiera su último mensaje a los chilenos. Agradecí el gesto y el honor que Eduardo Frei me otorgaba. Terminaba así, una larga y constructiva etapa de amor a Chile y su gente, que se había iniciado en aquellos días que despedimos a don Carlos Casanueva, y en larga conversación nocturna, prácticamente se definió el estilo y los objetivos para que Frei Montalva llegara a ser Presidente de Chile. En aquella ocasión, y no me canso de repetirlo, me dijo:

-Todavía no estoy seguro si dar o no la batalla política para lograr objetivos mayores. Me preocupa el porvenir de mis hijos. Si no soy capaz de ser un buen gobernante, los perjudicaría para siempre. Mi nombre sería una carga para ellos. Cuando logre aclarar estos recelos, y decido luchar y competir, no habrá esfuerzo que sea demasiado grande, ni nada que me pueda inhibir a seguir avanzando. Si soy candidato, cuento contigo.

-Sí -fue mi respuesta.

Hacía cuatro horas que nos conocíamos personalmente.

Una verdadera misión, que él se había impuesto a sí mismo, era dejar muy en alto el nombre de su familia. Hermosa y arduo desafío para sus descendientes.

Rechazo a una nueva campaña

Radomiro Tomic vuelve a Chile, habiendo dejado su cargo de Embajador en los EE. UU., con el objeto de preparar su campaña presidencial. Me llama por teléfono, anunciándome visita. Lo invité a tomar té. Con su brillo acostumbrado, me sorprende, al pedirme que me haga cargo de su publicidad electoral. Digo, me sorprende porque me había retirado de toda acción partidista, por las presiones y camarillas que se habían organizado, para lograr esa responsabilidad. En esos entonces, estaba en boga afirmar, que yo había acumulado una fortuna, gracias a la publicidad de la campaña de Frei. Varios interesados, incluso viajaron a USA, cuando Tomic aún era embajador, aparentemente, finiquitando los asuntos publicitarios. Estas personas, de vuelta en Chile, anunciaban su asunción a la jefatura de la propagando de Radomiro. Por lo demás, estaban en su derecho, tal como yo, en el mío, de marginarme de cualquier actividad política. Al plantearme Tomic, su deseo, le expliqué mi sorpresa y las razones por las cuales, junto a darle las gracias por su oferta, no la aceptaba. Ahí Radomiro paso del brillo a la vehemencia. Yo me mantuve firme. Mi decisión era categórica. Al margen de la simpatía que siempre he tenido por Radomiro Tomic, él había incurrido en algunos errores de protocolo con el presidente Frei, como era el hecho, que

después de haber renunciado a la embajada, y vuelto a Chile, primero visitó a sus antiguos electores de Valparaíso, antes de ir a saludar al Presidente de la República. Le comenté el asunto y otros más. Los argumentos que esgrimía Tomic, eran subrayados por su fuerte vozarrón. Como estábamos encerrados en mi escritorio, mi mujer, al oír la zalagarda, golpeó discretamente la puerta, con el pretexto de ofrecernos más té. Nos negamos. Seguimos el debate, el cual terminó cuando le recordé una anécdota de Bernard Schaw. En una ocasión le preguntaron si él se sentía más grande que Shakespeare y el contestó:

-Sí, porque yo estoy sobre los hombros de Shakespeare.

Agregué:

-Tú serás más grande que Frei, en la medida en que estés sobre sus hombros.

Hasta ahí no más llegó la reunión. Se fue enojado, pero no quedamos peleados. Meses después, en plena campaña presidencial, fue invitado al programa de TV A esta hora se improvisa, del cual yo formaba parte. Después de la transmisión, en una amable conversa me dijo que quería pedirme un favor:

-Quiero que la Transmisión del Mando, no sea el Salón de Honor del Congreso, sino que en el Estadio Nacional. Y tú te harás cargo.

Su fe, realmente trasminaba.

Llega la U. P.

Termina el período presidencial de Eduardo Frei. Elecciones: Gana Allende, segundo Alessandri y tercero Tomic. Como Allende no tiene mayoría absoluta en los escrutinios, la izquierda marxista le pide apoyo al Partido Demócrata Cristiano, para la votación del Congreso Pleno. La cúpula D. C. acepta, siempre que la U. P. firme un documento en que se compromete a respetar la Constitución y las Leyes. Se firma el famoso Estatuto de Garantías. La D. C. le dio su apoyo. Allende no cumplió. Siendo ya Presidente Electo, mi viejo amigo Pepa Toha, para quien hicimos el disco Volador, cuando era presidente de la FECH, y que yo había invitado a participar en A esta hora se improvisa, llegó a mi casa, por encargo de Allende, para conocer mi opinión y eventuales consejos, en relación a la Transmisión del Mando, tenidas, vehículos, etc. Toha me informó que Allende no se pondría frac. Le sugerí, entonces, que no usara banda, sino que solamente la piocha de O'Higgins en la solapa, tal como lo hacían los jefes soviéticos. Le señalé que la Banda Presidencial, sobre un vestón cruzado, era igual a un abanderado de la Acción Católica.

-A Salvador lo tienen muy horquillado los partidos, y ellos no quieren que use frac.

Me confidenció Pepe, agregándome que tampoco usaría las carrozas a la Dumont, sino que iría en un jeep militar. Me pareció correcto, que al no usar frac, tampoco ocuparan las carrozas. Años después vimos, como otros mandatarios, con ternos, viajaban en las mencionadas carrozas, la verdad que parecían veraneantes o turistas.

El último Presidente civil, que usó la ropa adecuada, y por lo tanto los coches presidenciales, fue don Eduardo Frei Montalva, dando testimonio de su respeto al cargo, a la tradición y al pueblo que lo había elegido. Otros no se daban cuenta de estas y otras cosas.

Se efectuó la ceremonia en el Congreso Pleno, presidida por el presidente de esa corporación, el senador Tomás Pablo Elorza. Me ubiqué muy cerca de la testera, para estar a disposición del presidente. Cuan hubo entregado las insignias del mando, se acercó y me dijo:

-¿Andas motorizado?

-Sí, Presidente.

-Anda a dejarme, por favor.

Una vez más Eduardo Frei me honraba.

Tenía el auto estacionado en la calle Catedral, frente al Congreso. Le pregunté por dónde quería que nos fuéramos:

-Hazme un viaje larguito -me contestó.

Bajé hasta San Martín, cruce la Alameda y enfilé por Ejército. En la calle Blanco Encalada, tomé la dirección de la Plaza Ercilla y entramos al elipse del Parque Cousiño. Cuando pasábamos frente a la Tribuna Presidencial, tarareé la marcha Radesky. De ahí doblamos hacia el oriente, hasta llegar a su casa. En la vereda lo estaba esperando don Jacobo Schaulsohn.

De Eduardo Frei Montalva, conservamos en mi casa, tres retratos dedicados, que guardamos como «huesos de santo». El primero es de 1957 en su campaña a senador por Santiago:

«Para Germán Becker Ureta, capaz de conmover multitudes y crear amigos leales y decididos, con todo el afecto: Eduardo Frei».

El segundo, es de cuando asumió la Presidencia de la República:

«Para Germán Becker y María Eugenia, con todo el afecto de un viejo amigo, que los quiere y que los ha sentido tan unidos en las grandes jornadas comunes».

Y por último, en 1970, terminando su gobierno, en la despedida, me escribió:

«Para Germán Becker, noble y leal, con todo el afecto de su viejo amigo: Eduardo Frei».

Una vez dije, que Frei le hacía salir a uno, lo mejor de sí mismo; era cierto.

Canal 13

En 1971 el Rector de la U. C., el arquitecto don Fernando Castillo Velasco, me ofrece la dirección del Canal 13. Le agradecí pero no acepté. Le propongo los nombres de Ricardo Miranda o el Padre Raúl Hasbun. Se me encomendó hablar con el cardenal para que le diera permiso. Lo hice.

El Perro Olivares asumió la dirección del Canal 7, dando origen a violentos y reiterados ataques contra el canal de la Universidad Católica. Propongo el símbolo del «Angelito». Recuerdo de un Clásico diurno. El Flaco Gálvez, jefe de la Barra de la Chile, había inventado, que el foso de la U., hubiera un muchacho vestido de ángel y el otro de diablo, ocultos en la escala, esperando un gol de la U. Se produjo. Y el ángel salió corriendo del foso, atravesando la cancha en diagonal, hacia la Puerta de la Maratón. Para poder correr más ligero, se arremangaba la túnica, pues, tras él, el diablo con gran tridente lo perseguía, clavándole el trasero. Gran carcajada. La carrera se efectuaba mientras el árbitro reanudaba el partido. El ángel y el demonio habían desaparecido por la Maratón. ¡Gol de la Católica! Y en genial improvisación, salió el diablo arrancando hacia el foso, mientras el ángel lo arriaba a patadas.

Para el canal de la Católica, en Protab, empresa de TV, creada por mi amigo Ricardo Miranda, dirigí La silla eléctrica, con Firulete, Manolo González, Gabriel Araya y Alejandro Lira. Dominó, con el padre Gilberto Lizana, Diego Barros Ortiz, Luis Mesa y Pedro Fonseca. Éstas son nuestras canciones, El doctor Mortis, El show de la Silvia Piñeiro, Hombres y mujeres de Chile, Efemérides, Juegos deportivos y todos los especiales sobre hechos de la historia de Chile y las más importantes fechas religiosas: Semana Santa y Navidad.

Asesinato de Edmundo Pérez

El 8 de junio de 1972, día de mi cumpleaños, nos enteramos, con horror, que había sido vilmente ametrallado Edmundo Pérez, que manejaba su auto en compañía de una de sus hijas. Mientras lo conducían al hospital falleció. Los autores eran unos terroristas, que habiendo estado encarcelados, Allende los indultó, diciendo que eran unos «Jóvenes idealistas». Sobre estos asesinatos y sus concomitancias políticas, me permito citar un libro del destacado periodista Hernán Millas, obra en la cual nos entrega antecedentes de gran importancia. En Anatomía de un fracaso, página 65, abajo, Millas dice:

«No pasó mucho tiempo para que los indultados por Allende renovasen la violencia. La VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), que era el nombre de este grupo terrorista, integrado por socialista de doble militancia, inició una escalada de crímenes de una ferocidad extrema: asaltaron una confitería, asesinaron a su propietario y luego ultrajaron su cadáver; asaltaron un supermercado y mataron a un carabinero. Todos estos crímenes quedaron impunes, hasta que cometerían el más atroz crimen político».

La prensa de la U. P. diariamente, atribuía a Pérez Zújovic implicancia en algún complot o maniobra en contra del Gobierno de Allende.

La VOP lo colocó en la lista de sus «fusilables» (Pág.: 69). En la mira de los asesinos venían después el ex-Presidente Frei y los senadores demócrata-cristianos Patricio Aylwin y Juan de Dios Carmona, como después lo reconociera una declaración de la Comisión Política del Partido Comunista.

Al día siguiente, 9 de junio, se efectuaron las honras fúnebres; la familia pidió expresamente al gobierno de la U. P., que no asistiera ninguna autoridad oficial. La misa fue en la Catedral Metropolitana, era lo que correspondía, puesto que Edmundo había sido vicepresidente de la república.

Junto a Benjamín Makenna, nos dirigimos a la iglesia. El gentío era inmenso. Las tropas, apostadas a un costado de la calzada, esperaban el paso del cortejo para rendir honores. El paso era difícil. De pronto, un oficial de Carabineros nos abrió camino. Con estupor, seguimos por el medio de la calle, totalmente expedita. Para abreviar camino, entramos por una puerta lateral del templo, que comunica directamente con el presbiterio. Un canónigo, nos recibió con especial delicadeza y nos hizo pasar al lugar de honor de las autoridades, el cual, como está dicho, estaba totalmente vacío. Con Benjamín nos instalamos. Nunca olvidaré la cara de la Lala, esposa de Edmundo, cuando nos vio junto al altar mayor. Qué había pasado. Yo en esa época tenía la barba rojiza, y andaba, en esa oportunidad, con un

abrigo color pelo de camello. Ésa era la facha habitual del intendente de Santiago, que además tenía barba roja. Me habían confundido nada menos que con ese personaje. No recuerdo su nombre. Solamente conservo en la memoria, que fue el intendente que le dio orden a la policía para que actuara contra un desfile de minusválido, que se dirigía hacia la Moneda.

En esta Anatomía de un fracaso de Hernán Millas, nos revela otros repudiables entre telones de este crimen:

«El Director de Investigaciones de la época, hizo lo imposible para que los asesinos no fueran capturados vivos. A pesar que mostraron bandera blanca, sobre el tejado de una modesta vivienda del barrio Recoleta, los hermanos Rivera Calderón, autores materiales del crimen, fueron ultimados».

«Sólo más tarde se sabrían las sórdidas vinculaciones del director Paredes con los asesinos de la VOP».

Nos agrega Hernán Millas.

Durante los mil días de la U. P. hice la mayoría de los especiales de TV en Canal 13.

A pedido del Gobierno

El ministro del interior, José Toha, me llamó por teléfono y me dijo que el Gobierno tenía interés en que realizáramos un Clásico Universitario, para algunas delegaciones extranjeras que estaban en Chile. Quedé de consultarlo con las directivas de ambas Universidades. Le agregué, que para mí sería un agrado hacerlo, porque me encantaba ganarle a la Chile. Lo que Pepe me contestó, está vetado por la ley de imprenta.

Todavía continuaba la visita de Fidel Castro. Las peloterías eran a diario. Se había decretado estado de sitio y toque de queda. Cuando el Clásico ya tenía fecha en diciembre y estaba su espectáculo listo, los dirigentes cayeron en cuenta que no se podían vender las entradas, porque el toque de queda, le impedía al público salir del estadio e irse a sus casas; era, como dijimos, «un Clásico puertas adentro». Pedimos conversar con el jefe de la plaza, que nos dio cita a las siete y media de la mañana. A esa hora llegamos, el presidente de la U. Emilio Torrealba, Manuel Vélez, presidente de la U. C. y yo en mi calidad de director de la Barra de la Católica. Quien nos recibía era el general Augusto Pinochet Ugarte. Nos mandó a hablar con Pepe Toha. Habían llegado temprano a sus oficinas, pues esa mañana habían ido a despedir -por fin- a Fidel Castro.

El asunto se arregló. La Barra de la Chile, la dirigió mi amigo Alfredo la Madrid. Por cierto que ganamos nosotros.

La calma chicha

Durante el período de la U. P., nosotros los de Protab, vivíamos como en un oasis. Trabajábamos para el Canal 13 e incluso para el gobierno, pues no había otro móvil de TV en el país. Gracias a los paros, podíamos tener la mejor gente de Santiago en la grabación de nuestros programas. En La silla eléctrica, por ejemplo, donde se quería a buenos reidores, contábamos con Claudio Orrego, Alfonso Amenábar, el Padre Gilberto Lizana, Jorge Rencoret y la María Eugenia, mi mujer. Ella tiene el galardón de haber contagiado de la risa a los cómicos del Teatro Maipo, en Buenos Aires.

Posteriormente los Canales, alucinados por el sexo y la violencia, nos descontinuaron. Para no dar una lucha estéril, comencé a escribir sobre estos temas, en El Mercurio y La Segunda. Gracias al asilo literario que me han brindado mis amigos y compañeros de colegio, Cristián Zégers y Joaquín Villarino.

Se acerca la tormenta

Las cosas iban pasando de castaño oscuro. Creo que el comienzo del fin, fue el proyecto del gobierno sobre la Educación Nacional Unificada. La tristemente célebre ENU. Esta iniciativa la capitaneaba el Ministro de Educación, un señor Tapia. Creo que es el mismo, o pariente, del intendente del mismo apellido, que trató de impedir las bandas de músicos en los colegios del Norte Grande. Más adelante nos ocuparemos de él.

Coincidiendo, o planificado, llegó en visita a Chile, el Padre Arrupe, Superior General de los jesuitas. El prestigio, el poder moral y la importancia de este cargo eclesiástico, ha hecho que en el mundo laico, sea conocido como «El Papa Negro», por el color de su sotana. Primera vez que venía a Chile una autoridad religiosa de tanto rango e influencia espiritual. El revuelo fue grande, sobre todo entre los que estamos vinculados a la Compañía de Jesús, sacerdotes y ex alumnos de los diversos colegios que la Orden tiene en el país. Se invitó a la ciudadanía a una misa, en la tarde, en la gran Iglesia de San Ignacio. El templo estaba de bote en bote. Para el besamanos de los vinculados a la Compañía, se habilitó el Patio de Vidrio, un lugar del colegio que da a una puerta lateral de la sacristía. En el umbral de aquella puerta, se ubicó el padre Arrupe, acompañado de autoridades

jesuitas locales. Algunos de los sacerdotes era antiguos compañeros de curso; Lucho Covarrubias, el Guatón Vial, Cucho Sánchez. Yo asistí acompañado de Raúl Troncoso, ex-alumno del colegio, del periodista José María Navasal, que se sentía un poco inhibido por militar en una logia masónica, pidiéndome que lo presentara. También llevé a mis hijos hombres, Germán de diez años y Pedro de ocho. Hicimos la larga cola, habitual durante la U. P., hasta que llegué frente al general de la Compañía de Jesús. Fuera de bromas, era muy emocionante. Yo me había enterado el año en que el sacerdote había sido consagrado, que era el mismo en que yo entré a San Ignacio. Tomándole su mano le dije:

-Padre General, Ud. cantó misa en 1937, el mismo año en que yo ingresé a este colegio. ¡Qué gran año para la Compañía de Jesús!

Le besé la mano y con mis hijos entré. Mientras se reía les acarició la cabeza a los niños. Cuando les pregunté, si se habían dado cuenta del honor que habían recibido, me contestaron:

-El padrecito nos chasconeó.

El ambiente era tirante

En esos días tensos, llenos de presagios, buscábamos la manera de aflojar la tensión. Es así como acudimos a un rodeo cerca de Santiago. Como no era una competencia oficial, el almuerzo después de la serie de yeguas, fue bastante largo. Bajo una ramada, habíamos unas doce personas en el grato yantar. Entre los comensales estaba el Padre Lizana, una viuda, joventona y agraciada, varios corraleros y don Eliseo, un huaso viejo, que no se sacó el sombrero, en todo el almuerzo y no le quitó el ojo a la cazuela; nosotros a la viuda. La presencia de una viuda, en una reunión masculina, siempre pone una nota, ligeramente picaresca. La animada conversación, de pronto tubo un silencio, una pausa, y don Gilberto Lizana, para dar conversa le pregunta a la viuda:

-Señora, ¿hace cuánto tiempo que falleció su esposo?

Ella respondió:

-Hace ocho años, Padre...

Don Eliseo, que no miraba, pero que oía todo, musitó en voz alta:

-¿Ocho años? ¡Ave María que debe estar embancada la boca toma!

Protab y la política

En esa época de nuestro país, desde la última elección presidencial hasta la parlamentaria que se acercaba, nos correspondió estar inmersos en el mundo político, por la sencilla razón que teníamos que ir con los camiones a la Moneda para grabarle a Allende o recibir a todos los candidatos para, grabarles sus spot de propaganda. Desde Jorge Alessandri a don Volodia. En la sala de maquillaje se conocía el grado de pretensión de cada uno. En Protab se grabó el temblor de mano del «Paleta». Cada candidato acudía acompañado por su comando. Era una fiesta.

En canal 13 hacíamos un programa que se llamaba Los compatriotas, destinado a preservar los valores patrios, en esos días tan amenazados. Le envié una carta al entonces Comandante en Jefe del Ejército, general Prats, pidiéndole apoyo logístico para esta iniciativa, explicándole, detalladamente los pormenores y propósitos del programa televisivo. Me respondió cortésmente, me felicitó por la iniciativa, y me designó al coronel Pedro Ewing, como enlace. Ahí reconocí a Pedro, que cuando, era capitán en el Regimiento Maturana, había sido el oficial a cargo de los arzones, transformados en carros romanos, así como de los soldados aurigas, para el Clásico Diurno de 1953, que se llamaba La historia del espectáculo. En dicha ocasión, mientras cuarenta carros romanos, tirados por briosos corceles y conducidos por vistosos cocheros de polleritas cortas, más corazas y yelmos de guerra, giraban veloces por la pista de ceniza del Estadio Nacional, y las gráciles bailarines del Ballet Sulima llevaban coronas de flores a los vencedores, de jaulas especiales y con las debidas precauciones, soltamos leones africanos en medio de la cancha de fútbol. Los equinos al oler a los felinos, enloquecieron, poniendo en grave peligro al público y a los actores. Para colmo de males, a un carro se le cortaron los tiros, quedando prácticamente sin gobierno. El capitán Ewing, ubicándose en la pista de ceniza, con los brazos abiertos, frente a la Puerta de la Maratón, obstaculizó la carrera de los caballos, y con evidente riesgo de su vida, los desvió hacia fuera del recinto. Los caballos, carros y aurigas, siguieron desbocados, y sin que hubiera nada que los detuviera, enfilaron hacia la querencia: el Regimiento Maturana, en Santa Rosa con Avenida Matta. El capitán Ewing, en un taxi les iba abriendo camino. El estupor de la gente, cuando veía pasar cuarenta carros de guerra, manejados por romanos, era indescriptible. Felizmente no hubo heridos que lamentar. A los soldados que no soltaron nunca las riendas, no se le cayó ni un casco ni ninguna prenda del vestuario. A todo esto, el público del estadio, que se había dado cuenta del percance, se mantenía inquieto. En la central de nuestra Barra, media hora después recibimos la noticia que todo había terminado bien. Personalmente anuncié por los parlantes:

-Señoras y señores, los carros romanos llegaron al Regimiento Maturana, sin novedad.

Ovación. El Flaco Gálvez, de la U. acotó:

-Qué bueno, porque uno de los cocheros es mi primo.

Carcajada.

Pedro calaba hondo en la gente que lo trataba. Cuando era coronel y desempeñaba el cargo de ministro secretario general de gobierno, en su honor de artillero compuse unos versos, Eugenio Rengifo hizo la música, y con los Huasos del Algarrobal, se grabó el disco.

«Como un pájaro de fuego
Quemando el aire en su vuelo
Como un grito de combate
Que rompe tronando el cielo.
Como una luz que destroza
Como un volcán bullanguero
Ésa es tu vida artillero.
CON LA VIDA ENTRE TUS MANOS
CON EL RAYO EN EL CAÑÓN
CON LOS OJOS EN LA MIRA
CON CHILE EN EL CORAZÓN.
En cada salva despierta
Tal vez un alma dormida
Clarín de bronce y acero
El de la voz más temida.
Empujas a vencedores
Detienes a los vencidos
Al comenzar la batalla
Arengas con tu estampido».

Nunca olvidaré, cuando un 29 de junio, día de San Pedro, temprano llamé a Pedro Ewing, a su oficina del Ministerio de Defensa, para saludarlo por su santo, Contestó el teléfono, lo saludé, me agradeció y me pidió que oyera. Se sentían claritos los estampidos de los cañones de los tanques que atacaban la Moneda y el propio Ministerio. Era el «Tanquetazo» del coronel Souper.

Los primeros relámpagos y truenos

A comienzos de septiembre de 1973, nos enteramos, por el jefe de bandas del Ejército, comandante Castro, que no iba haber Parada Militar para el 19. No tenía músicos para ensayar. Todos estaban haciendo de centinelas en las bombas de bencina. Entonces,

astutamente, comenzamos a preparar un programa patriótico, para transmitir en el hueco que dejaba en la programación de los canales, la ausencia del tradicional acto castrense de homenaje a las Glorias del Ejército. Estudiamos un reportaje a la Academia de Guerra. Esta estaba en la Alameda pasado Brasil. Allí fuimos con Ricardo Miranda. La muralla del recinto estaba llena de carteles del MIR, que llamaba a los soldados a sublevarse. Nos recibió el coronel Enrique Morel, quien atentamente nos mostró todas las dependencias, mapas, etc. La relación con el coronel, siguió más adelante, ya lo contaremos.

Paralelamente a este proyecto para reemplazar la Parada, en TV, teníamos contratado por el 13, un especial para el día 18 de septiembre. Escribí un libreto sobre el Cabildo Abierto y el entorno humano y cultural de la época. Participaban, muy querido y recordado amigo, Ramón Eyzaguirre, el famoso martillero, conocedor de arte y de estilos. Patricio Groos, arquitecto, especialista en la construcción colonial. Jorge Inostroza, el buen novelador de la historia, actores, Iván Soto, como director TV, Javier Larenas productor y yo. El programa lo había titulado Junta queremos. La noche del 10 de septiembre, nos reunimos en la casa de Ramón, frente a la Escuela Militar, para afinar los últimos detalles. La reunión fue grata y la conversación abundante. Se sirvió un muy buen pisco sour. Cerca de la media noche nos retiramos; al otro día, 11 de septiembre, teníamos que grabar Junta queremos, desde las ocho de la mañana. Temprano, el 11, Javier me pasó a buscar a mi casa. Él había sido cadete militar y su padre era coronel (R), por lo tanto, tenía buen ojo para las cosas castrenses. Me informó que había visto muchos soldados en tenida de combate y con un pañuelo naranja, como distintivo. Yo le mostré la bandera chilena que flameaba frente a mi casa. Nos habíamos enterado, por la radio, de lo que, todavía en forma confusa, estaba sucediendo. Partimos para Protab. La responsabilidad y la curiosidad nos llamaban. A medida que nos acercábamos a Tarapacá con San Francisco, se sentían disparos. Por cierto que no hubo grabación; sin embargo ¡Junta tuvimos!

Ese martes 11 de septiembre de 1973, cerca del medio día, Allende se había suicidado. Los mil catastróficos días de la Unidad Popular habían terminado. La resistencia armada, en Santiago, cordones industriales, fuerzas cubanas y guerrilleros de otras nacionalidades, demostraron poco espíritu de lucha. En provincias hubo más enfrentamientos.

En aquella época, la Unión Soviética aún imperaba en el mundo en gloria y majestad. La desinformación y las mentiras de la propaganda comunista, la cual goza de muy merecida fama, junto al cretinismo de tanto tonto útil, proyectaron una imagen totalmente desformada de la realidad chilena. Esta aberrante situación, aún se mantiene, dentro y fuera de Chile.

Creo que ilustran con meridiana claridad la verdad de lo que comentamos, las palabras con que se cierra la introducción de la obra que ya hemos citado Anatomía de un fracaso, demostrando que la «vía democrática» de Allende, era un mito, una gran mentira. Dice el libro en su página 13:

«Lo que Allende predicaba en el exterior -y que tanto aplaudían sus exégetas- no era lo que en Chile realizaba, sino todo lo contrario. Por eso, al analizar las razones de la caída de Allende, podría sintetizarse lo ocurrido en una frase: la experiencia socialista chilena fracasó, en el fondo, porque llevaba en sí misma el germen de su autodestrucción.

Si no hubiera sido por la engañosa dualidad con que actuó la Unidad Popular, ciertamente jamás habría ganado las elecciones. Y Chile se habría evitado tres años de desastre».

Los grandes camiones de Protab, con los equipos móviles de TV, fueron instalados en la Escuela Militar. Ahí me topé con Enrique Morel, el coronel que nos había atendido en la Academia de Guerra. Espontáneamente nos dimos un abrazo:

-Ese gran panel que les mostré, y que tú dijiste que parecía un gobelino, era el plan maestro de esta operación. Estaba hecho en clave y su nombre es «Alborada».

Llegando a mi casa, escribí los versos de Alborada, que con la música del Chino Urquidi, fue llevada al disco, por cierto por Camilo Fernández:

«En el azul de septiembre
Blanca luz de la Alborada,
Puedo formar la bandera
Con mi sangre derramada
Para izarla muy alto
Se unieron las cuatro espadas
Y Chile a la luz renace
En medio de la Alborada
Marchamos por el camino
De una Patria esperanzada
Sortearemos los escollos
Con la luz de la Alborada.
¡Despierta Chile despierta!
Que sonó la clarinada,
Trabaja de cara al sol,
Que ha llegado la Alborada
EL DOLOR DE COMPATRIOTAS».

En la mayoría de la gente, el Pronunciamiento fue recibido con euforia. Con el transcurrir del tiempo, el entusiasmo fue declinando. Al mismo tiempo que los derrotados se fueron reagrupando y aprovechando mejor la ayuda extranjera que llegaba generosa, en dinero y en propaganda. A pesar de todo, cuando el Gobierno Militar, perdió el plebiscito -al cual se había comprometido- obtuvo el 43% de los votos.

El 11 de septiembre, fue la culminación de un estado de cosas que hacía insostenible la convivencia ciudadana, y el comienzo de días muy duros para quienes fueron miembros o defensores del gobierno marxista. Los ciudadanos comunes y corrientes, somos muy desaprensivos para pedir intervención militar, como último recurso, sin reparar en los llamados «horrores de la guerra», que juzgados a la distancia, merecen el repudio y el anatema, olvidándose, muchas veces, el cuándo, el cómo y el dónde, de los inevitables y crueles actos de guerra, que hoy día execramos.

A los Jueces Militares, a los que les tocó dictar sentencia, estaban respaldados por la ley y por los claros, reiterados y públicos bandos, que marcaban la cancha, y que señalaban las reglas del juego:

«Quienes portaran armas o explosivos, los que atacaran de cualquier forma a efectivos uniformados, ya fuera con armas de fuego, armas blancas o arrojadas, así como, a quienes se les sorprendiera en actos de sabotaje o propalando falsos, rumores, serán fusilados en el acto».

Los mencionados bandos se difundieron por radio, altavoces, diarios y carteles. Dura medida, pero irrenunciable para evitar males mayores. En más de alguna mente se recordarán las soberbias palabras: «Si armas quiere el pueblo, armas tendrá el pueblo». Éstas son las causas y los efectos. Quienes murieron lo hicieron en su ley. Si bien, equivocados en sus principios, aberrantes en sus acciones, no se puede desconocer que tuvieron coraje. Enfrentaron y atentaron contra los soldados con una intrepidez muchas veces suicida. La propaganda los quiere hacer aparecer como mansos ciudadanos que «rezaban el rosario en familia» cuando fueron descubiertos y apresados. Ofenden su memoria los que pretenden disfrazarlos de blancas palomas sin decir la verdad, sobre los que arriesgaron su vida, y la perdieron, siendo leales a su bando Cayeron peleando. En cambio, otros se instalaron en Europa profitando de ayuda en dólares y dándose la buena vida. Algunos todavía permanecen en el viejo continente. En estos últimos tiempos los hemos visto por televisión agruparse en Londres, Madrid, París. Se autollaman exiliados, cuando hace más de once años que dejaron de serlo. En sus mítines relámpago, enarbolan banderas chilenas. ¡Qué vergüenza! ¡Viva la mentira! ¡Viva la calumnia! ¡Viva la venganza! Y lo peor, que han engañado y convencido a gente joven de todas sus infamias y mentiras sobre el Pronunciamiento Militar, que ellos provocaron, con su secuela de dolor y muerte. La historia les dará su merecido. Es inaudito, que en las filas de la aguerrida U. P., no existan héroes, sino que solamente víctimas. ¿Nadie luchó por sus ideas? Limpiemos la memoria de quienes murieron peleando por lo que creían. España mostró un camino con su monumental Valle de los Caídos.

Según cuenta don Ismael Valdés Vergara, en sus memorias de la Revolución del 91, un policía, en Valparaíso, se percató, en la mañana, que la Escuadra no estaba en el puerto. Dio cuenta a su superior, quien llamó por teléfono a Santiago y pidió comunicación con la Moneda. Habló con el Edecán, a quien le informó que la Escuadra había zarpado sin órdenes. Balmaceda, por expresas órdenes suyas, no fue despertado y recibió la noticia a la 1 de la tarde. Ochenta y dos años después, otro policía, comunicó a la casa del presidente Allende, que la Escuadra, que había zarpado la tarde anterior, en la Operación UNITAS, estaba al ancla en el puerto. Una vez le pregunté al almirante Merino, como se les había quedado abierta esa línea de comunicación con Santiago. Me contestó que lo hicieron adrede, para poner nervioso al Gobierno de la U. P.

En el auto de Mackenna, iniciamos algunos encargos que se nos habían encomendado, entre otras, ubicar unas cámaras de cine, nuevas, que no estaban en Chile-Film. Felizmente las encontramos. El toque de queda era estricto y muy temprano. Para poder movernos, nos habían dado un salvoconducto, que tenía el tamaño de media hoja de cuaderno. Una tarde, cumplida la hora de queda, estábamos llegando a la Escuela de Leyes y divisamos que venía hacia nosotros una patrulla de carabineros. Benjamín detuvo el auto, y como es friolento, prendió la calefacción. El salvoconducto lo manejábamos sobre el tablero, para que fuera fácilmente visible; la calefacción se tragó el documento. El oficial que venía al mando, miró dentro del auto, nos reconoció y siguió su camino.

Ceremonias y actos de la Junta

Pronto se cumpliría un mes del Pronunciamiento y se programó un acto solemne, en la placa del Edificio Portales. Se me pidió que me hiciera cargo. Con gusto acepté la responsabilidad. La ceremonia se llevaría a cabo el 11 de octubre. Sobre el fondo de cobre de la testera, en hierro se puso la palabra «CHILE: 1810-1973». A la empresa que le pedí las letras y la instalación, no cobró ni un centavo. El otro ornato que usé, fue la bandera del Escuadrón Escolta de O'Higgins, que la facilitó mi dilecto amigo, Director de Bibliotecas y Museos, don Roque Esteban Scarpa. Ramón Eyzaguirre puso la mesa y el tintero de plata. Estos mismos valiosos objetos históricos, habían sido usados el 11 de septiembre en la tarde, para la transmisión televisiva que se efectuó desde la Escuela Militar, con el nuevo gobierno: La Junta Militar.

Tuve que hacer sacar una fila de asientos junto al pasillo de acceso, pues los cuatro integrantes, de idénticos rangos, no cabían marchando con contacto de codos, como corresponde.

A la ceremonia, entre otras altas autoridades, estaban invitados los ex presidentes de la república; don Gabriel González Videla, don Jorge Alessandri Rodríguez y don Eduardo Frei Montalva. Dos días antes del acto, me llamó Frei por teléfono diciéndome:

-¿Tú crees que yo deba ir al Edificio Portales, después de los que acaba de publicar la secretaría de prensa de la Junta?

La publicación a la cual se refería Frei, había sido enviada por el secretario de prensa, Federico Willowgui y decía:

«“En Chile hay dos partidos políticos que son manejados desde el extranjero: el Partido Comunista y el Partido Demócrata Cristiano”. El autor de esta publicación, terminó su vida política, como asesor de la Concertación. Es decir, del PPD, P. Socialista, P. Radical y P. Demócrata Cristiano. No se puede negar el embrujo del marxismo. En la actualidad este “peregrino”, de sectores políticos, zonas de influencias, Cías y otros pitutos, ha arribado a las procelosas costas del fútbol».

Vuestros nombres

Ese mismo año, el general Comandante en Jefe de la guarnición de Santiago don Orlando Urbina, me pidió colaboración para el acto que iba ocurrir en diciembre, en el Aula Magna de la Escuela. En dicha ocasión, el Instituto O'Higginiano, que presidía don Humberto Aguirre Doolan, condecoraría a la Junta de Gobierno. La misión no era difícil, pues se trataba de algo sencillo. Lo importante era la Canción Nacional, con la cual, por primera, se le rendiría honores a la Junta en un acto oficial. Pare ello contábamos con orquesta sinfónica que dirigía el maestro Retig y el coro de la Universidad.

Al Presidente de la República o a quien lo encarne, es la única autoridad que se le toca dos veces el himno patrio: cuando llega y cuando se retira. Por lo tanto, previa consulta al general Urbina, me puse de acuerdo con el director del coro y con el maestro Retig. Al llegar la Junta: Puro Chile... y Dulce Patria. Al irse: Vuestros nombres... y Dulce Patria. Esto tan sencillo, produjo un impacto fenomenal. Tanto fue así, que al ser llamado por la Junta para felicitar me, el almirante Merino me dijo:

-Estoy cierto, que usted mi amigo, nos ha brindado un momento de emocionante belleza.

Me sentí muy halagado. Pero, nunca faltan las dificultades; a un ministro de Estado, no sé cuál, le gustó tanto, que dispuso que esta forma de cantarla fuera la oficial. Así destruyó mi idea, que consistía, en tener una Canción Nacional presidencial, así como hay una bandera con tal rango. Esta manera de cantar, sería exclusivamente para el Presidente de la

República. Y en cada cambio de administración, el mandatario entrante, elegiría el verso que más lo interpretara. Esto no ocurrió así, y esta iniciativa que nació con un propósito de unidad, concordia y divulgación de los versos de Eusebio Lillo, se ha transformado en un himno de batalla, de ruptura. Lástima.

En la actualidad nuestro Himno Patrio, está sufriendo otros embates de sectores, comúnmente llamados «progresistas», y estos consiste en cambiarle el ritmo y el fraseo, lo cual va contra el espíritu original de nuestra Canción Nacional.

El huevo duro

La madre de un buen amigo estaba en una casa de reposo, en Las Condes, camino al Arrayán. Cuando fuimos a visitarla, llegó una patrulla militar, y le solicitó a la administración permiso para revisar un pequeño bosque, aledaño al establecimiento. Durante una hora, estuvieron los soldados en sus labores. No encontraron lo que buscaban. Seguramente a Altamirano, que era la moda de la época. Antes de retirarse, el oficial a cargo, se reunió con los ancianos, les agradeció la colaboración y preguntó si alguno tenía alguna queja. Un viejito, que estaba arropado con un chalón en las rodillas, dijo:

-A mí me robaron el huevo duro.

El Itzumi

Invitado por el Rector de la Universidad de Chile, general Agustín Toro Dávila, asistí a una comida, en que se despedía a un numeroso grupo de rectores de universidades latinoamericanas, que habían venido a Chile a un encuentro académico de alto nivel. En la mesa me tocó sentarme al lado de un sacerdote, rector de la Universidad de Cuenca, Ecuador. Al correr de la conversación me contó, que su padre, capitán de navío de la armada de su país, le había correspondido venir a Valparaíso, acompañado de una tripulación completa, a buscar nuestro crucero Esmeralda, que el gobierno de Chile se lo había vendido al Ecuador. Se trata de hechos ocurridos en la última década del siglo XIX, y el buque era nuestra tercera nave con ese glorioso nombre. En emocionante ceremonia, se arrió el pabellón nacional y fue izada la bandera ecuatoriana. El buque zarpó, y cuando estaba en aguas internacionales, cambiaron bandera: bajó la de Ecuador y subió la del Japón. Cuál era la razón de todas estas maniobras. Muy sencillo. Estábamos en pleno peligro de guerra, entre Rusia y Japón, y se habían suscrito pactos de no vender ningún tipo de material bélico, a los beligerantes. Por eso, de común acuerdo, se hizo la faramalla:

Ecuador era el que le compraba a Chile; y luego la república sud americana lo traspasaba al Japón. Nuestra ex-Esmeralda, recibió el nombre de Itzumi, y tubo un brillante desempeño en la Batalla de Port Arthur, donde fue destruida la escuadra rusa. Japón nunca ocultó el agradecimiento a nuestro país. Cuando, durante el Gobierno Militar, nos donaron un buque científico, este llevaba el nombre de Itzumi. Lamentablemente, durante un temporal en Valparaíso, al encargado de la nave, quiero creer que no era marino, se le quedó una claraboya abierta. El buque se llenó de agua y se fue a pique. En los anales de nuestra marina de guerra, se consigna que nunca un Comandante en Jefe de la Armada había estado tan furioso. El recordado almirante Merino, por cierto.

Colaboración con el Gobierno Militar

El día 11 de septiembre, los camiones de PROTAB, donde yo trabajaba, los trasladamos a la Escuela Militar. Recordemos que era el único equipo móvil de televisión que había en el país. Esa noche, transmitimos la instauración de la Junta de Gobierno, desde el hall central de la Escuela. La próxima transmisión ocurrió desde El Cañaveral, lugar de esparcimiento del Gobierno U. P. y Escuela de Guerrillas.

Algunos de nosotros fuimos invitados a participar en un comité creativo.

Del Ministerio Secretaría General de Gobierno, que presidía el ya recordado coronel Pedro Ewing. Entre otros, formamos parte del comité, Jaime Guzmán, Juan Carlos Fabres, Jaime Celedón, Vitorio Di Girólamo, Álvaro Puga, el coronel Eduardo Esquivel y el suscrito.

Tiempo después, cuando ya se estaba desgranando el choclo, con mi querido amigo Alfonso Márquez de la Plata, colaboré en el Ministerio Secretaría General de Gobierno, en labores de difusión. Ahí integré la K. G. B. Carlos Krum, Patricio Guzmán, Germán Becker. Cuando Alfonso fue nombrado Ministro del Trabajo, para allá nos trasladamos. Terminé trabajando con él, en el Consejo Nacional de Televisión.

Con el ministro Sergio Melnik, atractiva personalidad, vidente, brujo y futurólogo, también tuve el honor de colaborar. Me encargó un libro sobre el General Pinochet. Me entrevisté con el presidente en la Moneda. Fue muy gentil y abierto. Lo sometí a una batería de preguntas, con relación a su niñez, que respondió con agrado. Me contó cosas, que en sus libros no ha publicado. Quedamos de acuerdo de juntarnos en El Melocotón, pero la cita se fue dilatando. Después supe la razón, la Raquel Correa y otra periodista, serias, pero no adictas al Gobierno Militar, estaban escribiendo. Evidente que políticamente este libro era mucho más importante.

Sergio Melnik, a quien le encantan las cosas esotéricas, me sugirió investigar el horóscopo del general. A don Augusto, sin ser fanático como Sergio, no le desagradan estos temas. El

general Pinochet nació en noviembre, según los entendidos, Sagitario, «el que lanza la flecha». Escribí un horóscopo apócrifo, sobre este personaje del zodiaco. Helo aquí:

«SAGITARIO, EL ARQUERO: El que lanza la flecha.

Este signo corresponde a los que nacen entre el 22 de noviembre y el 21 de diciembre

Las antiguas culturas le daban gran importancia a la fecha en que llegaban al mundo los seres humanos. Le atribuían a los diversos signos que presiden los cielos, especiales influencias en el carácter y en el futuro de los individuos.

Viejas costumbres, sabiduría ancestral, que aún conservan algunas personas, de sensibilidad singular.

Veamos el signo del general Pinochet: «El que nace bajo el signo de Sagitario, símbolo de agua y de fuego, será manso con los mansos y bravo con los bravos.

Abrirá el camino, haciendo arder las zarzas y así alejando a las alimañas; avanzará por la senda nueva y en cada recodo esperará a quienes vienen tras él. Aprenderá de las aguas, siguiendo su curso natural, derroteros ocultos para otros, pero nítidos, seguros y claros, para él va adelante.

Y como las aguas, sabrá ser lluvia para saciar la sed de su pueblo, y será neblina para confundir a sus enemigos.

Sagitario: Sagaz, valiente, certero, realizador y profeta. Estará al borde del abismo, pero no caerá jamás. Conocerá el dolor, el odio y la injusticia. Pero el que lanza la flecha, hará blanco en la victoria final»

Viejos recuerdos

Me contó el general, que para una pascua le regalaron un triciclo, ese mismo día salió con la empleada a probarlo. Lo atropelló una carretela y le hirió gravemente una pierna. Decidieron cortársela, por el temor a la gangrena. Su madre estaba destrozada. Llegó a Valparaíso un médico alemán que le salvó la vida y la pierna.

Cuando entró a la Escuela Militar era tal la pobreza de recursos, que no habían uniformes de salida. Los cadetes sólo podían recibir visitas en el Escuela.

A muy pocas semanas de haber ingresado, el cadete Pinochet, tuvo una destacadísima participación en un torneo, defendiendo los colores de la Escuela, esta vez en tiro al blanco. El coronel director del establecimiento, entusiasmado con la actuación de este cadete, lo premió dándole salida el domingo. Para ello la sastrería, como pudo, le produjo un uniforme de salida. Fue a la casa de su apoderado el coronel Portales. Las hijas del coronel le terminaron de pegar los botones que habían quedado algo sueltos. Recordaba que ese día fue a la matiné del Teatro Real, donde daban Cumbres borrascosas.

Siendo teniente recién ascendido le correspondió servir en Chillán. Al poco tiempo fue trasladado a Santiago. Otra vez el atletismo. Ganó todas sus pruebas. Le dieron dos días de permiso. Por la rapidez de su traslado a Santiago, se le había quedado en Chillán un baúl que él apreciaba mucho. Sin pedir permiso, aprovechando las 48 horas que le habían otorgado, a fines de enero de 1939, partió para Chillán a rescatar el arcón. Viajó el 24, llegando el tren a su lugar de destino, ya avanzada la tarde. Se presentó en el regimiento. Ubicó su baúl, con el cual partiría al otro día para la capital. Pleno verano, había poco movimiento, y después de comida, se instaló a conversar en la guardia. A las 11 de la noche vino la hecatombe: Terremoto de Chillán. Él que había ido por pocas horas, le tocó quedarse varios meses, en las innumerables labores, que uniformados y civiles, debieron realizar en auxilio de tantos damnificados. Lo más duro, por su juventud y poca experiencia, fue lidiar con las «Brigadas Socialistas», que con las donaciones y ayudas que llegaban, trataban de organizar un «mercado negro».

Augusto Pinochet Ugarte se casa con la señorita Lucía Hiriart, romance iniciado y culminado en San Bernardo. El papá del novio, le regaló los pasajes y algunos pesitos, para que se fueran de Luna de Miel, fuera de Chile. No fue posible; estábamos en guerra con Japón, y en esas circunstancias ningún uniformado podía salir del país. El viaje de bodas, entonces, terminó en Jahuel.

La consulta y otras elecciones

El tiempo del Gobierno Militar se terminaba... Se perdió el plebiscito, a pesar que el general logró un porcentaje significativo. Los militares no tienen la menor idea como hacer una campaña política, y como no confían mucho en los civiles, los resultados fueron negativos. Si hay hechos que parecen de chiste. El intendente coronel, al alcalde capitán:

-Cómo están las cosas alcalde.

-Muy bien, mi coronel.

Y hasta ahí llegaba el diálogo electoral. Yo voté por el «sí», naturalmente, pero me alegro del resultado, para desligar a las Fuerzas Armadas y de Orden, de labores fuera de su competencia permanente.

La campaña de Buchi fue otro desastre de organización, de sistemas de métodos. Se me ofreció uno de los cargos del Comité Directivo, el Comando de la Campaña. Por cierto que acepté, como una forma de dar testimonio. Por lo demás, era un agrado cada reunión, con gente de primera categoría. No sirvió ni servimos de nada; con decir que nunca estuvimos con el candidato. Sumado a estos nutridos desaciertos, se les ocurrió, a los que realmente mandaban, traer asesores norteamericanos a orientar las acciones. Gran disparate. Otra psicología, tradición y costumbres de hacer las cosas. El gran aporte de estos «expertos» fue sugerir que en los programas de televisión, el candidato debía vestir camisa celeste y corbata roja. Estos caballeros, lo único que saben hacer, es lanzar miles de globos en las convenciones donde eligen candidatos. Y lo genial, es que los Demócratas y los Republicanos hacen lo mismo. Y últimamente se ha comprobado, que son malazos para los escrutinios.

El mundial de fútbol

En el mundial de fútbol de 1974, se me designó a cargo de la presentación artística de Chile, en la ceremonia inicial de este torneo. Elegí a los Quicheros, Carmen Drago, Jorge Moncayo, Albero Rey, Ricardo Palma etc. El primer día de ensayo en el estadio de Frankfort, quedamos muy mal impresionado de la policía que nos protegía. Vestidos al lote, pelos largos, melenas que sobresalían de la gorra. Un desastre. Toda la imagen prusiana que uno tiene de los alemanes se había evaporado. Una forma bastante ordinaria de entender la democracia. Terminado el ensayo, entre paréntesis, a mí todos me hablaban en alemán, por mi apellido, sin que yo entendiera ni una palabra, formé a toda la compañía, hombres y mujeres, y mientras tarareábamos la marcha Radesky, marchamos haciendo paso regular. La policía nos miraba. Satisfecho nos dirigimos al bus. Al otro día, antes de comenzar la práctica, la policía se formó y nos hicieron el paso de ganso. ¡Estábamos rescatando a los alemanes!

50 años de carabineros de Chile

El mismo año que cumplí 50, 1977, Carabineros de Chile, también lo hacía. El general César Mendoza, gran jinete olímpico, huaso, sencillo, cazurro, sin dobleces, me pidió que hiciera un acto en el Estadio Nacional, en conmemoración de este medio siglo de vida institucional. Teniendo al gran Raúl Matas, actuando en la cancha como relator del espectáculo, en abril de ese año, presentamos una alegoría que fue recibida con agrado y entusiasmo. La parte de audio, la hice con mi amigo Jaime de Aguirre, excelente

profesional: creativo y responsable. El estudio de sonido estaba en la calle Carmen. Entre los efectos que había que grabar, se contemplaba un diálogo, real, entre Matas y el sargento de carabineros del retén de Puerto Toro, el servicio más austral de nuestra policía, en pleno canal del Beagle. El día de la grabación, Jaime llegó temprano. Casi se le paraliza el corazón cuando ve parado en la puerta de su estudio, gigantescos vehículos de carabineros con grandes antenas, radares y tecnología que él no conocía. La razón de este espanto, era que Jaime, en su recién pasada juventud de niño provinciano, había sido acérrimo partidario de la U. P., mal que todavía no se le quita. Claro que ya no tiene estertores. Es de justicia recordar, el espléndido espectáculo que realizó en el Estadio Nacional, el día que asumió el Sr. Aylwin. Actualmente ha tenido un muy buen desempeño en TVN.

El general Leigh y el almirante Merino

Los otros miembros originales, de la Junta de Gobierno, eran el general Gustavo Leigh y el almirante José Toribio Merino. A la «vieja» Leigh lo conocía desde que era capitán y asesoraba a Carlos Cortínez en sus vuelos acrobáticos. Un día que se encontró conmigo en el Edificio Portales y yo andaba con manta de abrigo, me dijo:

-Tú eres el único que aun se viste como U. P.

El que fue para mi un descubrimiento, una gratisima sorpresa, fue el almirante Merino y su esposa la señora Margarita. Espontáneo, ingenioso, profundo; gran patriota, figura señera para la Historia de Chile. Lo extraño.

Recordaré un suceso. El Almirante, en el salón principal de su casa oficial, en Santiago, tenía una pequeña y elegante jaula, con un cardenal. Ese pajarito de copete rojo. Una noche, cuando ya se habían ido las visitas y don José Toribio había pasado a su dormitorio, el mayordomo inició el aseo de la sala. Cual no sería su quebranto, cuando descubrió que el cardenal había muerto. Lo sacó rápidamente y lo enterró en el jardín. Esa mañana, antes que dieran las seis, en un jeep de servicio, partió al Mercado Central, donde una pajarería conocida, compró un hermoso cardenal. Antes que el almirante desayunara, ya estaba el nuevo pájaro en su jaula.

Cuatro años después, otro mayordomo, una noche al ir a hacer el aseo. ¡Horror! Se encuentra con el pajarito exánime. Él había sabido la experiencia de su colega anterior, así que, ni corto ni perezoso, repitió la operación.

Pasó algún tiempo, y una tarde en que el almirante Merino, conversaba con un amigo, precisamente sobre pájaros, le dijo a su contertulio:

-Quiero que veas un cardenal, que es mi regalón. Seguramente porque se le trata con cariño y se le da la alimentación y vitaminas adecuadas, esta avecilla, que suelen vivir cuatro a cinco años, lleva catorce en esta casa. ¡Un milagro!

Willy

Hacía algún tiempo que mi actividad social estaba muy ligada a un personaje extraordinario: Simpático, celebrador, lleno de historias, con una familia a la antigua, católico profundo, nunca le oí hablar mal de nadie; generoso, preocupado de la amistad y de los amigos, gran sentido del humor: Willy Arthur Aránguiz, bien y feliz casado, con la Gloria Errázuriz Pereira. A insinuación de él, yo había sido llamado para integrar un panel de conversa, en el Canal 9, entonces de la U. de Chile. Lo integraban también el Dr. Domínguez, Enrique Schilling, y el chistólogo Zegers... marchó más o menos. A Willy le sirvió de entrenamiento y de enloquecer, definitivamente con la televisión. Bregó sin descanso hasta que armó Tertulia en el canal de Valparaíso. Duramos ocho años. Primitivamente lo integrábamos, con Durán, Huneus, Willy y yo. Pablo Huneus aportaba sus historias con la toninas y sus navegaciones. Al poco andar, Pablo cometió un error, al menos para Willy y para mí: sostuvo en un programa cercano a la Pascua, que la fiesta de Navidad era siútica. Hasta ahí no más llegó. Había que reemplazarlo. En mis tiempos de Protab, mi amigo el escritor Antonio Montero -el que impulsó mi nombramiento como director de la Barra de la Católica-, llevó a otro colega, para una prueba de TV que le hice a ambos. El amigo era José Luis Rossasco. Ante la ausencia de Pablo hice ubicar a Rossasco y lo incorporamos al cuarteto. Resultó. Al octavo año de transmisión, Willy murió. Tertulia inició su propia agonía y terminó sin pena ni gloria. Los cuentos, las anécdotas de Arthur, sus chascarros, eran y son una delicia. Me acuerdo del último que me contó en privado. Un matrimonio joven que vivían en el campo, y que eran amigos suyos y de sus hijos, una o dos veces en el año solían venir a Santiago, según ellos, a ponerse al día con el cine y otras actividades. Se quedaban en la capital, más o menos una semana, pues tenían un pequeño departamento en Providencia. Según Willy, informado por los propios protagonistas del sucedido, este fue lo aconteció. El marido mandó a lavar el auto, ella se cambió para ir de compras. Él le dijo a su mujer, que se quedaría en el departamento para aprovechar de arreglar un pequeño problema que había en el lavaplatos. Al hombre le gustaba maestrear. Con una vieja camisa escocesa y sus ya raídos jeen, se metió debajo del artefacto, mientras la señora salía, tirándole un beso a la pasada. Después de media hora de intentar usar la llave inglesa, la francesa y otras, no pudo aflojar una tuerca. Aburrido, fue al teléfono y le pidió al conserje que por favor le mandara un gasfiter. Llegó el maestro. Le explicó cuál era el problema y se fue a dar una ducha. Entre tanto el maestro, de los bolsillos de su blue jeen, fue sacando herramientas, estopa y un soplete. En cuatro patas se introdujo bajo el lavaplatos y comenzó a laborar. La posición de su cuerpo, así como el esfuerzo que hacía para aflojar la pieza rodada, produjo que se le fueran bajando la parte trasera de los pantalones, poco a poco develando mayor cantidad de su cuerpo humano. Por lo demás este striptis involuntario de los maestros, es sumamente habitual. Cuando ya la ranura dorsal, se

lucía plenamente, se sintió abrir la puerta y entró la señora cargada de paquetes. Cuando entró a la cocina, dejó las cosas sobre una mesa, y cariñosa, metiendo su mano entre el jeen y el cuerpo, del que creía su marido, le decía:

-¿De quién es este potito?

El maestro estuvo en estado de coma, durante cuatro días. Lo atendió el Fonasa.

Momento de magia

Suelo ir a una sombrerería que está ubicada en la calle 21 de mayo, especialista en sombreros de huaso. Se llama Donde golpea el monito. Su dueño, Fernando Tamayo Sánchez, excelente persona y buen conversador, me contó, que cada cierto tiempo acude a su tienda un señor, a todas luces arruinado; terno oscuro, brillante por el uso, zapatos remendados, aunque relucientes. Bien peinado y de finos modales, pide autorización para pasar a la parte de atrás de la tienda, que es inmensa, y se detiene ante un gran espejo de arrimo, que llega casi hasta el techo. El espejo que mi amigo adquirido en un remate en la calle República, tiene un hermoso marco dorado al fuego. Este raro visitante, está más de una hora, mirando el espejo, como si fuera un enorme televisor. ¿Qué verá? ¿Qué recordará? Una vez que yo estaba en la tienda mandando planchar un sombrero de huaso, llegó. Realmente era patético. Me quedé hasta que se fue. Se acercó a despedirse del dueño y se retiró. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Rancagua, Valparaíso, la Antártica

Siempre en la época del Gobierno Militar, en 1978 y 79, en octubre, convocado por el alcalde de Rancagua, Francisco Balart, realicé, en dos ocasiones, el aniversario de la Batalla de Rancagua. Asistía el presidente, la Junta y todo el gabinete. La última ocasión que comento, fue especialmente emotiva, pues era la primera aparición pública del general Pinochet, después del sangriento atentado del Melocotón, donde fueron asesinados varios de sus escoltas.

En Valparaíso, llamado por el entonces alcalde Francisco Bartolucci, hice la llegada del Santiaguillo. Las peripecias, sucesos y percances de los tripulantes de esta nao, son dignas de ser contadas. Algún día lo haremos.

Invitado por el almirante Merino, a sugerencia de Lucho San Miguel, emblemático odontólogo de la Armada, viajé a la Antártica, en el Piloto Pardo, al mando del comandante Camacho. También viajaba en el buque, el almirante Gallegos, pues había una ceremonia en la Base Prat, que cumplía cuarenta años. Por ir el Almirante a bordo, las lanchas torpederas y misileras de nuestra Armada, le rindieron honores; inolvidable. Es una travesía maravillosa. El buque navega primero por el Canal Beagle, entre glaciares, luego el Cabo de Hornos y el mar de Drake, con grandes témpanos. Cuando anclamos frente a la Base Prat, sentí un gran ruido, al costado del Piloto Pardo, que atrajo mi atención. Dos locomotoras salían del mar con gran fuerza. Por cierto que eran dos ballenas negras, que acto seguido pasaron por debajo del buque y aparecieron al otro costado. La verdad, es que la primera vez que las vi, por un instante, se me figuraron locomotoras, por el tamaño, el color y el ruido.

Una vez en tierra, con un día precioso, recorrí, miré y pregunté. A unos ciento cincuenta metros de la Base Prat, hay otra edificación color naranja, muy semejante a la sede principal. Me explicaron que es un duplicado de la Base, pues si hay un incendio, en ella tienen que refugiarse para no morir de frío, en la larga noche polar. Desde a bordo, divisé una cruz a unos centenares de metros de la base. Pregunté si la cruz significaba algo especial o si recordaba un hecho. Me informaron que señalaba el lugar donde había muerto el sargento Rojas, de la Infantería de Marina, primer mártir de nuestra permanencia en la Antártica. Para mí fue muy emocionante, enterarme de ello, pues en el Clásico Universitario nocturno de 1948, en noviembre, rendimos un homenaje a este marino, por intermedio de una gran figura, en que se le veía, de bruces, muerto sobre la nieve. El cuadro lo pintó el ingeniero Raúl Maldonado, miembro esencial de mi equipo en la Barra de la U. C. Realmente fue una obra de arte. Esta alegoría se proyectaba en lo que llamábamos la Máquina Vertical.

Juan Pablo II

Cuando nos visitó S. S., poca labor me asignaron las autoridades eclesiásticas en los actos oficiales. Solamente me pidieron ayuda para el primer encuentro que tuvo el Papa, con los fieles santiaguinos, impartiendo su bendición desde la cumbre del San Cristóbal, al pie de las Imagen de la Inmaculada Concepción. Cuando el Pontífice impartía su bendición, iba nombrando diversos barrios de la ciudad. Sus palabras se transmitían por radio, de esa manera los equipos que instalé en diferentes lugares, cuando escuchaban que el Papa nombraba su zona, encendían los fuegos artificiales, con los que habían sido equipados. Estos elementos pirotécnicos, los finalicé con una donación que le solicité al empresario Carlos Cardóen. Para esa misma ocasión, la Armada facilitó un gran reflector y el personal para operarlo, a cargo de un teniente. Cual Juan Pablo llegó al Santuario del cerro, el contingente naval le rindió honores. Por su gran potencia y ubicación, el foco pudo alumbrar la Nunciatura, donde el Papá alojó. Como retribución a mi ayuda, la comisión,

«finamente» me otorgó una entrada para estar cerca de S. S. en la comentada ceremonia. Se la regalé a mi querido amigo Salo San Miguel, que es viudo.

La Línea Aérea Nacional, LAN, transportó al Papa dentro de Chile. Su vicepresidente ejecutivo, de brillante gestión, mi buen amigo Patricio Sepúlveda, decidió poner una placa en el avión en que había estado el ilustre visitante. Para dicho objeto, me pidió que escribiera una frase, para escribirla en el testimonio. Lo hice. Y es así, que traducida al latín por el padre Luis Eugenio Silva y al polaco por Bob Borovic, ambos entrañables amigos, la placa decía: «Cuando S. S. Juan Pablo II viajó en este avión, nunca LAN había volado más alto». Ésta también, en los tres idiomas, fue escrita en el regalo que se llevó al Vaticano:

«Una hermosa escultura moderna, representando una paloma. ¡Ojalá que alguien lo recuerde en el valle de Josafat!».

Panimávida

Fuimos con mi mujer y algunos de los niños, a pasar unos días a las Termas de Panimávida,, dominios de mi viejo amigo Luis Ángel Ovalle. Fue una estadía sana y grata. Entre los parroquianos de esos mismos días estaba el almirante Sergio Huidobro y su señora, así como Patricio Aylwyn y la Leonor, su mujer. Un ambiente realmente ecuménico. Una tarde, que paseábamos con Patricio cerca de la Fuente de la Mona, le pregunté, si él, que tenía la estatura moral y política para ser candidato a la presidencia de la república, no lo intentaba. Me respondió:

-Jamás. Recuerda que en mi partido me consideran momio.

En esos mismos tiempos, Jaime Celedón, andaba candidateando a su «tapado».

La verdad es que, Alwyn, fue candidato y presidente.

El famoso tapado de Celedón, se destapó después. Según algunas opiniones, no debió haberse destapado nunca.

. Con Aylwyn siempre tuve buenas relaciones. Varias veces, junto a Frei y Edmundo Pérez, tuvimos al matrimonio Aylwin invitados a nuestra casa. Curiosamente y sin explicación ninguna, una vez que fue mandatario, cada vez que nos topamos, dos o tres veces, me saludaba a penas. ¿Estaría molesto por que no voté por él? Tal vez. Creo que pretendió que me olvidara, que él había sido candidato de los partidos de la Unidad Popular. Algo le pasó a este caballero; de ser una persona ponderada y serena, se transformó en un irritable vocero de equívocas razones, de discutibles influencias.

Debo confesar una diablura. Cuando ya era presidente electo, me encontré en la calle con el Negro Zúñiga, eficiente dirigente universitario y después honesto conductor político. Con él hice la Marcha de la Patria Joven, como ya lo he recordado. Volviendo a mi encuentro, después de los saludos de rigor y las bromas pertinentes, le «confidencié» que Inteligencia del Ejército, dejaría la Moneda llena de micrófonos ocultos. A los pocos días me enteré por la diarios, que Aylwyin había arrendado una casa especial, para todas sus reuniones de Comando y posteriores de gobierno.

La gran retreta

Se estaba terminando el plazo, que el Gobierno Militar, se había auto impuesto, y me correspondió colaborar con el general Juan Espinoza, en la dramatización de la Gran Retreta de las Cuatro Espadas, presentada en honor del Primer Mandatario y la Junta de Gobierno, que dejaban el mando, tal como se habían comprometido. Este espectáculo se efectuó en el patio de honor de la Escuela Militar.

En noviembre de 1995, don Augusto Pinochet, siendo Comandante en Jefe del Ejército, cumplió ochenta años. En el aula magna de las Escuela, hicimos un hermoso espectáculo, en su honor, en el de su señora hijos y nietos. Nos anotamos un siete.

El segundo Frei

Don Patricio ya había terminado su efímero periodo presidencial y le correspondió ejercer la primera magistratura a don Eduardo Frei Ruiz Tagle. Hijo y nieto de camborio. Lo conocí de niño. Tengo por él afecto y simpatía. No quise ir a verlo a la Moneda, para que no se creyera que estaba tratando de aguenarme con la Concertación. Ese es un coto de caza, exclusivo de Jaime Celedón; lo respeto. Y con los de la U. P., ni perdón ni olvido.

El presidente tenía una interesante presencia en los partidos de fútbol en que jugaba la Chile. Su amor por la U. era a prueba de Orozco. Publiqué una carta en la Segunda, donde fuera de otras consideraciones, le dije que él era la oveja azul de la familia. Lo tomó con humor y contestó mi carta. Las tengo: Señor director: Motivo de singular agrado, para los que amamos el deporte, en especial el fútbol, el hecho que S. E. el Presidente de la República y su señora prestigien con su asistencia los encuentros deportivos del Estadio Nacional. Ésta es una señal positiva y alentadora para el país deportivo.

Párrafo aparte nos parece, que S. E. haya confirmado y divulgado su adhesión al Club Deportivo de la Universidad de Chile. Está en su derecho. Él se tituló de ingeniero en dicha Universidad. Sin embargo, merecen felicitación especial los directivos del club del «chuncho», al contar con este adherente a la «U», tanto por la categoría personal y por el alto cargo que desempeña. A lo dicho tenemos que agregar -lo cual le suma méritos al Dr. Orozco- la circunstancia cierta, que S. E. procede de una familia, mayoritariamente de la Católica. Su padre, el recordado ex-presidente Frei, sus tíos, paternos y maternos, sus hermanos y primos siempre han tenido la Cruz Azul en el corazón. Por ello, bien podríamos decir, con verdad y respeto, que actual Presidente de Chile, es la «oveja azul de su familia».

Acompaño lo dicho, con una fotografía documental, de la gira del Club Deportivo de la Universidad Católica a Punta Arenas, en la década del 30. En ella vemos, junto al palo mayor, al alumno de leyes Eduardo Frei Montalva. También son de la partida, Pedro Fornazzari, Manuel Garretón (fundador de la Falange Nacional), Jorge Fuentes, Mario Cabezas, Óscar Gacitúa, Jorge Vidal (fundador de Los cuatro Huasos), Jaime Carafi, Sergio Gutiérrez Olivo (Ex-embajador en EE. UU. y Argentina), Alejandro Duque (uno de los fundadores del CDUC), Carlos Herrera, Guillermo Bonolla, Otoniel Pássara (Peruano. Atleta y puntero izquierdo de la U. C.), y, finalmente, Eduardo Simián, el querido «Pulpo», reforzando a la Católica.

Hasta aquí mis cuitas. Me despido, afectuosamente, de «un romántico viajero», en mi calidad de modesto «Cruzado Caballero».

A los pocos días, el Presidente me respondió en una carta por mano. Fechada el 16 de septiembre de 1994. Consulté al edecán, para pedir la autorización de publicar esta respuesta. El Presidente la autorizó. Hela aquí.

«Estimado señor Becker:

Agradezco, sinceramente la atenta carta que publicara recientemente.

Desde hace muchos años asisto habitualmente, al igual que miles de chilenos, a eventos deportivos. Conocida es mi «militancia» en el equipo azul, ya que es en la Universidad de Chile donde me formé profesionalmente; aunque reconozco mi particular simpatía por los cruzados caballeros, por provenir de una familia mayoritariamente cruzada.

Así se han planteado las cosas, hoy día me veo asumiendo nuevos desafíos, con la convicción y la firmeza de principios para cumplir con las metas que nos hemos planteado y donde sin duda, también hay un espacio para los Cruzados Caballeros.

Atentamente,

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE».

¡Un caballero, por lo demás tiene a quien salir!

Nuestra vida deportiva

Todos los Sábados en la mañana en cancha de Ricardo Miranda o en la Corfo, que estaba comunicada a su casa, jugábamos fútbol. El contingente estaba compuesto por Ángel Fantuzzi, Javier Hurtado, Patricio Sepúlveda, Benjamín Mackenna, Manfredo Mayol, Iván Silva, Patricio Bañados, Raúl Hasbun, Augusto Olivárez, Antonio Vodanovic, Emilio Pellegrini, Hermógenes Pérez de Arce, Tito Olave, Juan Cueto y sus hijos, Salo San Miguel, sus hijos y sobrinos, el dueño de casa y sus hijos y yo con los míos y algunos sobrinos. No todos iban siempre. Por eso que no habían corto circuito. Pero cada sábado había gente para armar dos equipos. El problema surgía, cuando la pelota se nos pasaba para la casa de Ricardo Claro. Fantuzzi la reclamaba. Siempre hubo humor, compañerismo y buenas cervezas para el tercer tiempo. Un momento estelar de los partidos, era cuando Hermógenes, cruzado la cancha en diagonal decía:

-Estoy arrastrando marcas.

Por cierto que nadie lo estaba siguiendo.

Durante el tercer tiempo, lugar de las pilsener y las conversaciones, y como habían varios periodistas en la banca, un día planteamos el tema de los lugares comunes. Por ejemplo, cada vez que un policía dispara, lo hace «usando su arma de servicio»; cuando un funcionario sale a veranear es «en su feriado legal» o en «su merecido descanso». Toda capilla ardiente, es «severa» y cuando muriendo un jefe de hogar, un inefable amigo escribe algo para el diario, nunca, jamás faltará la frase: «Padre obsecuente, esposo ejemplar».

Loa parlamentarios y políticos en general usan en forma asidua, la expresión: «Esto es grave» Y los futbolistas, en cada frase, dicen que están «tranquilos». Hay discursos con la monserga: «Y por que no decirlo» o «No escapará a su elevado criterio».

Las secretarias, brazos derechos, de gente importante o pudiente, no escapan a ciertos vicios de lenguaje, aun que la culpa no es de ellas, sino de los jefes que las adiestran. Por ejemplo, antes, cuando uno llamaba a una persona por teléfono, y esta no estaba disponible o no quería hablar con uno, la secretaria decía:

-Señor, don Fulano está ocupado.

Pasó el tiempo y se reparó que esta excusa, daba la sensación que don Fulano se llevaba en el baño. Se cambió la muletilla:

-Señor, don Fulano está en una reunión.

A esta «ingeniosa» manera de negarse, se agregan otras joyitas del lugar común:

-Señor, ¿él lo ubica a usted?

Siempre les contesto, diciendo que no conozco la cultura general de su jefe, en relación si sabe que existo y quién soy. Se desconciertan. Por último, ésta otra respuesta:

-¿De dónde llama usted?

El contraataque es múltiple: De mi casa, del auto, del almacén de la esquina, etc. Un amigo que no se despega del celular ni para las actividades más íntimas, a la pregunta de la secretaria, le respondió hidalgamente:

-Lo llamo desde el baño, señorita.

Otra lacra en boga, es no saber usar la palabra «evento», quizás que hado maligno, creando un caos lingüístico, festina el significado de lo «eventual», escribiendo o diciendo: «El evento se realizará el martes a las 13 horas en el lugar de costumbre». ¡Disparate! El evento no tiene fecha, ni hora ni lugar. Un temblor es un hecho eventual, un arco iris, un estornudo, un choque de trenes. ¿Por qué tendremos la tendencia de contagiarnos con los errores y con la fealdad?

Cuentan que en una ocasión Rafael Kisteiner le preguntaba a su colega periodista, Patricio Amigo, cuál sería el número del fax, de fulano de tal. Amigo le contestó:

-Qué va a tener fax ese, si no tiene ni alcantarillado.

En el transcurso de nuestra vida deportiva, paulatinamente fuimos derivando del fútbol al tenis. Algunos de la FIFA, pasaron a la A. T. P., como es el caso de Sergio Prieto y Hernán Undurraga. Otros llegaron directamente al deporte blanco: Sergio Figueroa, Elías Villalabeytia, su señora Gabriela Roa. Si bien, sin muchas bondades técnicas, siempre el grupo ha mostrado un tenis alegre.

Hemos jugado en diversas canchas, las cuales hemos tenido que abandonar por carencias y mala atención «que el canchero se curó, no hay peloteros, el tizado está mal hecho, etc.». Hasta que llegamos al club del Pato Cornejo, donde nos arranchamos. Buenos cancheros, excelentes pasadores de pelota, buen tizado, y lo más importante, Cornejo siempre está supervisando el funcionamiento de su rancho.

A propósito de Sergio Figueroa, uno de los tenistas, hace algún tiempo acompañaba a mi mujer a la Clínica Alemana, cuando nos encontramos con Sergio. Al momento de vernos, dijo:

-Antes nos encontrábamos en las discotec, ahora, sólo en las clínicas.

El cañón

Algunas cosas que se me habían quedado en el tintero, las cuento a guisa de posdata. Para el montaje de Martín Rivas, necesitaba un cañón de época, que dispara, para la escena de la revolución, donde moría Rafael San Luis. Para ello, como tantas veces, recurrí a mi distinguido amigo el coronel Beas, director de los Laboratorios de Guerra Química del Ejército. Lo conocí pidiéndole favores para los Clásicos Universitarios y para la Acción Católica: Humos de colores para el estadio, antorchas para los desfiles de Cristo Rey. Estas eran las más baratas y de mejor calidad del mercado. El coronel Beas, un hombre de amplia cultura y fina sensibilidad. Varias veces le contaba mis proyectos para el próximo espectáculo en el Clásico. Siempre me dio una opinión atinada; para él mi recuerdo afectuoso. Volvamos al cañón. En el parque de la unidad, había varias piezas de artillería, obsoletas, como ornamentos castrenses. Le solicité el préstamo de un cañón Krupp de montaña, por lo tanto, de buen tamaño para el escenario del teatro. Por cierto que lo prestó.

Arrendé una carretela, en un paradero cerca de la fábrica Yarur, y con un grueso cordel amarramos la cureña en la parte trasera del carretón. Felizmente esta tenía dos caballos. Me instalé en el pescante junto al carretelero. Partimos. El recorrido no era corto. Desde Rondizzoni, detrás del Parque Cousiño, hasta el Teatro Municipal, en Agustinas con San Antonio. Las ruedas del cañón, el cual no tenía ni amortiguadores ni resortes, sonaban como diablo. La expectación de la gente era enorme. Algunos nos seguían por varias cuadras. Para qué decir los perros; uno llegó al Municipal. Cansado se echó en la puerta del teatro. Martín Rivas fue un gran suceso teatral, por lo tanto estuvo muchos meses en la cartelera del Teatro Municipal. Cuando el TEUC. Decidió terminar la temporada, para preparar el próximo estreno, Carlos Hevia muy recordado administrador del teatro, me pidió el cañón prestado, para la temporada de ópera. Lo hice con gusto. Pasaron varias semanas más y procedí en devolver el cañón. Otra vez la carretela la curiosidad de los transeúntes, el fervor y constancias de los perros. Algunos tienen alma de artilleros. Llegué a los Laboratorios de Guerra Química. El coronel Beas no estaba. Me recibió el ayudante. Le expliqué mi cometido. Puso cara de duda. Revisó algunos archivos y me dijo:

-Este cañón no existe.

-¿Cómo?

-Fue dado de baja y borrado del inventario, por lo tanto, le ruego que se lo lleve.

-¿Pero dónde lo voy a tener?

En esa época yo vivía en un departamento, en que estaban estrictamente prohibidos los niños, los perros y los cañones. Para mayor problema, habíamos contratado la carretela solamente para ir a dejar el cañón y no para traerlo de vuelta. Llamé a Carlos Hevia al Teatro Municipal. Le pedí asilo para el cañón y que me pagara el transporte de regreso.

Otra vez la gente, otra vez los perros, pero esta vez con un agregado: Nos pararon los Carabineros. Abreviando, le di el teléfono del oficial ayudante y el confirmó que el cañón no era robado ni íbamos a tomarnos la Moneda. El sufrido cañón quedó en las bodegas de utilería del teatro. Pasó el tiempo. Comenzaron a nacer los hijos, y del departamento nos cambiamos a una casa con jardín, en Ñuñoa. Fui al Municipal a buscar el cañón. Carlos Hevia, visiblemente incómodo, me dice, que la municipalidad hizo hacer un inventario del interior del teatro, y por un imperdonable error el cañón lo inventariaron como bien municipal. ¡Horror! El Intendente Alcalde, el general (R.) Ramón Álvarez Goldsak, a pesar que era artillero, me negó la liberación de mi cañón. Estábamos en pleno gobierno del presidente Alessandri. Un compañero de curso era ministro de estado, Patricio Silva Clares, pero andaba en comisión de servicio fuera de Chile. Esperé seis años. Cuando asumí Frei, nombró Alcalde de Santiago, al arquitecto Manuel Fernández Días. ¡Me devolvió el cañón!

Toda esta pintoresca historia, la supo muy deformada el periodista Marcos Chamudez, quien editaba un tabloide llamado PEC. Como la LAN le había quitado los avisos de publicidad que, durante seis años le había otorgado el gobierno anterior, creyó que yo era el culpable y las emprendió conmigo. Agarrándose de lo que le contaron sobre mi cañón, hablaba de corrupción, turbios manejos, armas en poder de particulares, el poder de la artillería y otras linduras. Chamudez había sido diputado comunista, pero se convirtió y llego a ser sargento del ejército norteamericano. Volvió a Chile, y, como todo converso, era beato de la derecha. Trabajé con él, pues era un muy buen fotógrafo. Tantas tonteras dijo sobre el cañón, que autorizado por el presidente contraataqué. El notable periodista, innovador de los noticieros radiales, Raúl González Alfaro, buenazo para armar mochas y polémicas, organizó un foro, en Radio Portales, primerísima sintonía, entre Chamudez y Becker. La verdad que era tan débil y ridícula la posición de mi contradictor, que le saqué la cresta. En sus últimos estertores radiales dijo:

-Señor Becker, mientras yo arriesgué mi vida, luchando contra el fascismo, usted arriesga su honor, haciéndole propaganda al gobierno demócrata cristiano.

Le respondí:

-Señor Chamudez, cada uno arriesga lo que tiene: usted vida y yo honor. Si esto hubiera sido radio-teatro, aquí se agregaría: «Pantallazo musical».

Se quedó, a pesar de que ya estaba «libre», una hora más de conversa. Se despidió cordialmente y se fue. Educado hasta en las traspasadas.

Deportistas cristianos

Avanzando en el tiempo, el mismo día que Patricio Mekis moría en un desgraciado accidente, yo partía a EE. UU., invitado por una Asociación de Deportistas Cristianos. La

delegación chilena estaba compuesta, entre otros, por Alfredo Asfura, el Cañón Alonso y su hijo, Salo San Miguel, Chamullo Ampuero, Leonardo Véliz, Carlos Caszely, el capitán González de Carabuneros y otros. Cuando llegamos a Miami, nos estaba esperando un hermano del Chamullo, su mujer, hijos sobrinos y primos. Una multitud. Cuando ya estábamos en la policía internacional y este grupo de parientes se veía a través de las rejas del recinto, yo les grité:

-¡Chamullo ha sido un ejemplo en el viaje! Cuando el grupo, encabezado por el hermano, gritaron: ¡Aleluya! ¡Aleluya! Nos dimos cuenta que el hermano de Chamullo Ampuero, era pastor protestante.

Los 50 años de la U. C.

En 1985, fui invitado por el doctor Mauricio Wainer, preclaro dirigente del Club Deportivo de la Universidad Católica, a una reunión destinada a planificar los 50 años de la fundación del club, que ocurriría 1987, durante la presidencia de Alfonso Swett, artífice de la grandeza del Club. En ella propuse dos cosas: encender cincuenta enormes fogatas en la falda de la cordillera, previamente anunciadas, simbolizando nuestro medio centenario y elegir a cincuenta miembros de la Católica, caracterizados por su amor a la Cruz Azul e irreprochable conducta, y condecorarlos con la medalla de Cruzado Caballero, que sería diseñada especialmente para dicho objeto. La segunda idea fue aprobada por unanimidad. Mauricio se la hizo saber al Directorio Central, siendo ratificada la aceptación.

Por razones diversas, estas condecoraciones fueron impuestas a los elegidos, recién en 1989. En este tiempo yo me desentendí del asunto. Encomiástica labor cumplieron Mario Livingstone y Fernando Jara, eligiendo a los candidatos a la medalla. Estos nombres fueron aprobados por las autoridades del club. En una ceremonia en Santa Rosa de las Condes, nos impusieron las preseas. Esa misma noche le propuse a Fernando, que organizáramos una Orden Civil de Caballería, con todos los ritos y costumbres medioevales. Así nació la Orden de los Cruzados Caballeros. Diseñé su escudo, los nombres de los cargos directivos, los textos ceremoniales, el estilo epistolar, y todo lo que fuera útil para este juego de hombres grandes y viejos. La primera hornada, tal vez con mayor cultura y tradición dentro de la Católica, entendió, claramente de que se trataba. Los que han ido llegando, en reemplazo a los que ya no están, no todos, entendieron ni entenderán.

El cambio de folio

Algunas líneas sobre la actualidad, entre el siglo que se nos fue y el que llegó.

Yo no voté por don Ricardo Lagos, sin embargo, desde que asumió me ha causado una buena impresión. Tiene presencia, don de mando, cultura, serenidad, virtudes o cualidades que, para mi, han sido una sorpresa. Tiene cinco años por delante para confirmar o negar lo que digo. Y poder salir de perdedores, con Joaquín Lavín.

Tal vez su punto negro de este año de gobierno, lo constituyó los decires y razones del Intendente de Iquique, destinadas a execrar y oponerse a que los escolares tuvieran bandas de música y marcharan con gallardía, tal como ha sido la hermosa tradición de esos niños y jóvenes. El peligro que este funcionario de marras veía en estas manifestaciones, era un acercamiento peligroso a los militares y a los marinos. Estos desatinos los dice, precisamente en un territorio, que si es chileno, se lo debemos a nuestro Ejército y a nuestra Armada. En su oportunidad, me permití mandarle una docena de consejos prácticos, para evitar la proliferación, entre los jóvenes, cualquier atisbo de espíritu castrense:

- 1.- Prohibir el uso de mochilas entre los escolares. Ellas recuerdan a soldados en campaña;
- 2.- Evitar la ducha diaria entre los jóvenes, pues ésta es copia de la odiosa higiene militar y naval;
- 3.- Modificar las estatuas cuyos personajes vistan con uniforme naval o militar. Se conservarán la cabeza y las manos. El resto se cubrirá con ropas civiles. Terno, overol, gabardina. No se usarán, túnicas, para que la gente no los vaya a confundir con el Padre Hurtado;
- 4.- No es recomendable que los niños sean devotos de la Virgen del Carmen, porque ella es Patrona Jurada de los militares;
- 5.- Los que críen aves de corral, tanto para el consumo propio como para la venta, se esmerarán para que los gansos no levanten la pata al caminar;
- 6.- Será de público reconocimiento, que cuando un joven suba a un bote o lancha, o cualquiera embarcación, se maree de inmediato, para demostrar que no es marino;
- 7.- Por ningún motivo, pretexto o circunstancia, cuando se esté organizando una fiesta juvenil, se debe decir, por ejemplo, “Me cuadro con el pan de molde”;
- 8.- Si es inevitable que los escolares desfilen, por la presencia de alguna autoridad nacional o extranjera, se acompañarán con maracas y cornetas de cumpleaños;
- 9.- En cuanto al paso que deben emplear, en este acto cívico, será con una pierna encogida y saltando con la otra, con la que llega al suelo, tal como jugando al “luche”. Cada cien metros se cambiará de pie, para evitar la fatiga, desgarros o carnes abiertas (esguince);

10.- Si las ilustres autoridades visitantes, demuestran su estupor, por este dantesco espectáculo, se les entregará un sobre personal y lacrado, explicando las razones de estas medidas. El documento debe abrirse al llegar a Santiago y después quemarlo;

11.- No entrará a la región ningún billete o moneda, que tenga la figura de alguien uniformado. En el aeropuerto, se le canjeará por fichas;

12.- Esta última sugerencia, que esperamos que sea decreto ley, es de carácter urbano. Todas las calles, plazas y lugares de uso público, que tengan el nombre de algún militar o marino, se escribirá su nombre al revés. Por ejemplo, la Avenida Baquedano, será Avenida Nodaqueba.

Finalmente una aclaración sobre el nombre de Banda de Guerra, a las cuales se refiere el intendente, esta expresión se usa para distinguir la parte instrumental, del conjunto musical, de la otra compuesta por pitos y tambores, que encabeza el desfile. Este último grupo es el que se denomina Banda de Guerra. No hay instrumentos de ataque; no hay trombones Krupp ni clarines Mauser. ¿Habrá quedado claro?

Una última palabra sobre este siglo XX que ya se nos fue.

Parece ser que el número 2.000, tiene un cierto magnetismo, que ofusca las mentes. Es la única manera que se pueda explicar, que tanto en Chile como en el extranjero, muchas personas mataran el siglo que recordamos, doce meses antes que el milenio terminara. Muchas veces se les hacía ver a periodistas conocidos sobre el error que estaban cometiendo, oralmente o por escrito. La respuesta era:

-Sí, sí, está claro, pero como todo el mundo cree, que ya estamos en el siglo XXI, qué le vamos a hacer.

¡Señor danos tu fortaleza! Me consta que personas inteligentes, que además tengo por ellos especial afecto, no hubo caso que entendieran el asunto secular: Jaime Ravinet y Andrés Rillón. Siguen desconcertados.

Viejos decires

Algunos proverbios, dichos y sentencias que escuché desde niño, las suelo repetir, y la gente joven no entiende nada. Por ejemplo: cuando uno entrada a un lugar corriendo y en forma brusca, mi abuela decía:

-Parece caballo de invierno.

En realidad estos animales en los meses lluviosos se ponen especialmente nerviosos. Guachapear es sinónimo de «robar». Decimos «cacharpear», cuando alguien compra ropa nueva. Viene de Cacharpas que son todos los elementos que llevan consigo los mineros en la montaña. Cuando nos mantenemos firmes, sin transigir ni aceptar, decimos: «Ni a cañón rayado». Cuando el interior del cañón tiene estrías -rayas- el proyectil toma más fuerza, poder y distancia. Es un arma mejor. Si algo que esperamos, se siente lejano y poco menos que imposible, surge el verso de «Ni para el día de San Blando que no tiene cuándo». Cuando una visita nos traía un engaño, picarones, confites, u otras golosinas, y esta persona consumía en forma entusiasta su regalo, mi abuela, si el visitante era de confianza le decía:

-Don Lucas Gómez; tú lo traes y tú te lo comes.

Si a pesar de estar el tiempo frío, uno andaba con poca ropa, la gente decía:

-Con esta temperatura, y Ud. de «paciente en corte».

En las oscuras noches doñiguanas, cuando aullaban los perros se solía decir:

-Santa Ana parió a María, Santa Isabel a San Juan, por estas santas palabras los perros se han de callar.

Por último, mi abuela no despertaba, «recordaba».

Cuando un joven lucía elegante, se le decía que era «chute», y cuando caía en alguna barrabazada, se le tildaba de badulaque. Si un compadre de bautizo, después de la ceremonia, no tiraba monedas a la salida de la iglesia, se le asignaba el nombre de padrino cacho.

Hay un hecho curioso pero comprensible. Cuando éramos chicos, remedábamos estos términos en forma burlesca; pero al pasar los años, los comenzamos a usar en serio.

Todos estos decires y costumbres, evocaciones y nostalgias, pareciera ser que son parte de mis genes; que espero pueda ser demostrado el día en que se me analice el ADN.

Y colorín colorado...

Cuando por la edad -setenta y tres años- suele flaquear la memoria, emprendo esta tarea de escribir lo que me ha ocurrido, lo que he visto, lo que me han contado. ¿Me habré acordado de todo? ¿De qué?... ¿De qué estamos hablando?

FIN

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.

